

Armando Cuevas

FUBARBUNDY

La última pandemia



Lectulandia

Un virus. No hay cura. No hay vacuna. Todo intento por contener la epidemia es inútil. En pocas semanas la práctica totalidad de la humanidad está infectada.

El «Fubarbundy» corre por sus venas transformándolos en seres brutales, sin mente, sin alma. Grupos reducidos de personas lucharán por sobrevivir en una guerra desigual por evitar la extinción. Esta es su historia.

Lectulandia

Armando Cuevas Calderón

La última pandemia

Fubarbundy - 1

ePub r1.0

Titivillus 04.02.2018

Armando Cuevas Calderón, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Amaya, el virus de la felicidad

El mundo comenzó sin el hombre y terminará sin él.

Claude Lévi-Strauss

PRIMERA PARTE

1. EL VIRUS

Es una mañana soleada del mes de octubre, cerca de Central Park. La vida se desparrama por las calles y un bullicio de voces y motores lo envuelve todo. Un padre lleva a sus hijos al colegio entre un tráfico infernal, mientras los mira por el retrovisor, sonrío. No puede evitar sentir un leve sentimiento de angustia al pensar en su futuro, «esta maldita crisis», piensa. Sacude sus pensamientos y reafirma su sonrisa, «no hay mal que cien años dure». Los comercios empiezan a abrir y el chirriar de los cierres al levantarse se une al resto de los ruidos que componen el sonido que produce la vida en una gran ciudad.

El día se inaugura una vez más.

Un hombre de cincuenta y dos años que aparenta setenta se viste con parsimonia en su apartamento de Central Park West. Sobre la mesa de cristal del amplio salón tiene unas hojas grapadas, va hacia ellas, las mira, las acaricia y luego firma todas. Son la solicitud de divorcio de su joven esposa. Cuando termina las vuelve a dejar sobre la mesa. Hace el gesto de guardarse la pluma en el bolsillo de su chaqueta pero se detiene y también la deja sobre las hojas. «Que seas muy feliz con tu nuevo marido... el resto de tu vida», dice entre dientes con una sonrisa nerviosa. Podría parecer un loco, él sabe que es un genio, pero realmente es un cobarde, el mayor de los cobardes.

Una vez en la calle espera la llegada del taxi que ha solicitado por teléfono. Lleva una gabardina ligera, una maleta y una pequeña bolsa de mano. La luz le molesta y se pone unas gafas de sol. El taxi llega y se sube, sin titubeos, con decisión, como tantos otros harán esa mañana. Saluda al taxista y le indica el destino: Aeropuerto JFK. El taxista, un hindú de mediana edad, es de carácter abierto y no tarda en trabar conversación con él. Le habla de esto y de lo otro sin un rumbo fijo, a través de la mampara de seguridad. El desconocido asiente sin prestar atención a lo que le dice mientras mira por la ventanilla y registra cada imagen que ve, cada gesto de la cara de los viandantes, cada sonido. Luego baja un poco la ventanilla y también intenta impregnarse de cada olor. El trayecto transcurre sin incidentes y en cuarenta y cinco minutos llegan al aeropuerto. Baja del coche y se dirige al maletero, el taxista lo acompaña, abre el capó y le entrega la maleta. Extiende un billete de cien dólares y espera para recibir el cambio. Una brisa suave pero fría empieza a levantarse. Guarda los billetes del cambio en su cartera dejándole 10 dólares de propina, y antes de que el taxista se retire le tiende la mano. No es un gesto muy común, no suele darse, recibir propina sí, pero un apretón de manos de un cliente no es algo a lo que un profesional del taxi esté acostumbrado. El hindú, que solo lleva una ligera camisa, siente frío, parece inquieto por volver dentro del vehículo. Mira al desconocido y le estrecha la mano con una sonrisa sincera, piensa que aún quedan personas educadas.

Luego vuelve a sentarse al volante dispuesto a continuar con su dura jornada. Un pequeño escalofrío lo sacude, sube la calefacción y mira el retrovisor, no viene nadie, puede continuar, aún le quedan muchas horas de trabajo.

Él será el primer infectado.

El desconocido entra en el aeropuerto y comprueba la hora de salida de su vuelo: 8430 destino París a las 11:00 a. m. Tiene mucho tiempo, por eso primero compra el periódico y luego se toma un café. Comprará tres periódicos más en otras tiendas y se tomará otros cuatro cafés en otras cafeterías. Recorre escaleras y entra en todos los baños que encuentra. Con una hora de antelación factura su maleta y, con su bolsa de mano, accede al control de pasajeros.

En ese momento más de cien personas están infectadas.

Entrega su pasaporte y su tarjeta de embarque y pasa su equipaje de mano por el escáner. Ha metido en una bolsa transparente unas pastillas contra la acidez de estómago, un pequeño bote de líquido para las lentillas y un frasco de perfume, ambos con capacidad inferior a cincuenta mililitros. Pone la bolsa en la bandeja, junto con su reloj, el móvil, unas llaves, el cinturón, unas monedas sueltas y los zapatos. El control lo realiza una mujer con uniforme azul, lleva guantes de látex e inspecciona rutinariamente el contenido de la bandeja, es un pasajero más. Una vez en la zona de embarque recorre las tiendas y compra diversos artículos: cuatro revistas, tres libros, dos gafas de sol, cuatro pañuelos, un par de guantes y seis bolígrafos distintos. Como aún le queda mucho tiempo, se toma un par de cafés más y visita tres aseos. En el primero de ellos, aprovechando la privacidad del váter, coge el frasco de perfume y rocía cada uno de los objetos. Hojea también las revistas sentado en cuatro zonas de espera distintas. Cuando faltan diez minutos para embarcar, nada de lo que ha comprado viaja con él: las gafas se quedaron en los baños; los libros, junto con las revistas y los bolígrafos, sobre distintos asientos en las zonas de espera; los guantes los dejó caer cuando salía de un aseo y los pañuelos también olvidados intencionadamente, aquí y allá.

Sube al avión y, a la hora prevista, despegue con destino a París.

Después de transcurridas dos horas desde que llegara al aeropuerto más de quinientas personas están infectadas.

El desconocido tiene un plan de vuelo muy concreto. Su primer destino será París, luego viajará a Madrid, Londres, Berlín, Roma, Moscú, Pekín, Seúl, Tokio, Canberra, Nueva Delhi, Nairobi, Pretoria, Brasilia, Buenos Aires, La Habana y Ottawa. En cada ciudad estará el tiempo mínimo, un día, a lo sumo dos. En algunos casos el tiempo imprescindible para hacer escala.

Ha pasado un mes desde que tomara aquel primer avión con destino a París. Ahora está frente a un ordenador portátil, en el Sofitel New York, un hotel de lujo junto al Rockefeller Center, y lleva un rato tecleando sin parar. Hace dos días que volvió de

su periplo por el mundo, desde entonces no ha salido de su habitación, pendiente de los periódicos y de la televisión. Durante la noche escucha la radio hasta que le vence el sueño y su mente se pierde en un abismo negro. Son las nueve de la mañana, ya casi ha terminado de escribir y comprueba de nuevo que la *WIFI* funcione correctamente. También ha mandado una carta a todos los periódicos, pero está seguro de que internet es un medio más efectivo, una noticia viral —sonríe levemente— colgada en los sitios correctos y dirigida a los correos electrónicos de las personas adecuadas es un seguro de distribución mundial.

A las nueve de la noche todos los telediarios abren con la misma noticia: miles de personas en todo el mundo colapsan los hospitales. Las informaciones son confusas, hablan de enfermos que ingresan en una especie de coma en el que permanecen unas horas para después despertar. Las noticias se suceden y los programas de televisión dejan paso a noticiarios exclusivamente. Los reporteros conectan desde diversos lugares del mundo y relatan con dramatismo algo que aún no comprende nadie. Una hora más tarde, una chica rubia de ojos azules, y vestida con un grueso abrigo rojo, informa desde la puerta del hospital Memorial. Según su relato, uno de los ingresados, después de volver del coma y tras estar algunas horas en observación, atacó a una enfermera y le arrancó un trozo de cara de un mordisco.

El desconocido apaga la televisión y se sienta delante del ordenador. Nota unos leves espasmos, «ya está aquí», piensa, las inyecciones que lleva administrándose desde hace unos días no pueden retrasarlo más. No revisa su carta (ya lo hizo varias veces para asegurarse de que no se le olvidara nada) y la envía a todas las direcciones que tenía previstas. En unos minutos el mundo entero sabría lo que estaba pasando, luego todo daría igual, en pocos días la humanidad pasaría a la historia.

En un laboratorio de Nivel 5, a treinta metros bajo tierra en algún lugar del desierto de Mojave, cerca de las Vegas, alguien ve la televisión en su despacho. De pronto un hombre y una mujer entran precipitadamente, ambos llevan batas blancas. Lo miran y señalan la televisión con un dedo índice tembloroso al final de un brazo extendido, no pueden hablar. El hombre apaga la televisión, se levanta de un salto del sillón y grita más que habla, «¿quién ha salido del complejo durante el último mes, quién?». El hombre y la mujer se miran un instante, «la única persona que se ha marchado del complejo en los últimos tres meses ha sido el Dr. Freeman, usted lo retiró del Proyecto Fobos por agotamiento, estrés y deterioro general. Se marchó... hoy hace treinta y tres días», responde la mujer mientras su acompañante asiente con la cabeza. El hombre se deja caer en el sillón, esconde la cara entre sus manos, no es capaz de decir lo que pasa por su cabeza, lo que sabe que está sucediendo. Los tres científicos lo saben, pero él lo verbaliza finalmente, en voz baja, casi susurrando: «Es el fin». El hombre que entró con la mujer en el despacho se quita las gafas al tiempo que se apoya en la pared, le fallan las piernas, «que Dios nos proteja», dice con la voz

ahogada. El Dr. Widman, director de los laboratorios de biotecnología y responsable de la división ultrasecreta de guerra biológica, gira su cabeza lentamente y los mira fijamente, sus ojos parecen vacíos, como si ya no le pertenecieran.

«Dios ya no puede hacer nada, es el *Fubarbundy*», dice finalmente.

A las 12:30 p. m. un disparo sonó en la habitación número 324 del Hotel Sofitel New York, pero nadie le prestó atención, el hotel era un caos..., la ciudad era un caos.

2. LA INFECCIÓN

Eran cerca de las diez de la noche cuando Rajiv aparcó el taxi y se dirigió a su casa. Se había hecho taxista independiente hacía tan solo un par de meses y acababa de comprar un flamante Nissan NV200, los japoneses se llevaron el gato al agua y los Nissan serían los nuevos taxis de New York durante los próximos diez años. Ya le había hecho un montón de kilómetros, trabajaba duro, no dejó de hacerlo desde que llegó a EE. UU., entonces estaba soltero pero ya pensaba en el futuro. Ahora, con una mujer y dos hijos, las obligaciones aumentaban aún más.

La noche estaba fresca pero agradable, y como vivía en una casita unifamiliar aparcó en la rampa del garaje y no se puso la chaqueta a pesar de que llevaba todo el día con escalofríos. A las seis de la mañana ya estaría otra vez conduciendo, por eso dejaba que su hijo metiera su viejo Honda Civic en el aparcamiento. Sabal tenía veinte años y estudiaba para ingeniero aeronáutico, era inteligente y estudioso, y buen hijo, Rajiv estaba muy orgulloso de él. Bueno, también de la pequeña, la alegría de la casa. Taj tenía seis años, era menuda y nerviosa, tenía unos enormes ojos negros igual que el carbón y era despierta como un ratón. Su madre, Reena, la peinaba siempre con dos coletitas tiesas atadas con lacitos de colores y le ponía alegres vestidos cuando no llevaba el uniforme del colegio. Era el juguete de la casa.

Rajiv y Reena habían tomado el nombramiento de sus hijos muy seriamente, igual que en su día hicieron sus padres con los suyos, como en general hacen todos los hindúes. Sabal significa «con fuerza». Estuvieron de acuerdo desde el principio los dos al elegirlo, sin duda tendría que tener fuerza para poder abrirse camino en un mundo de blancos y competir en el futuro en un entorno laboral muy competitivo. Rajiv se esforzaba cada día para poder darle los estudios necesarios y Sabal tendría que aprovechar esa oportunidad que él no tuvo. No sería fácil pero estaría a su lado para ayudarlo siempre. Taj lo eligió su mujer y significa «corona o joya». Él hubiera preferido ponerle otro nombre, alguno que siempre la dirigiera por un camino recto de moralidad, pero su mujer fue inflexible, cuando la tuvo en sus brazos al nacer miró a Rajiv y le dijo: «solo puede llamarse Taj».

Cada vez que abría la puerta de su casa y sentía ese calor de hogar daba gracias a su Dios por todo lo que había conseguido. Dejó las llaves en el mueble de la entrada y colgó la chaqueta en el perchero. Antes de que se volviera ya tenía a Taj abrazada a su cintura. Había ido corriendo por el pasillo nada más oír abrir la puerta y ni siquiera soltó el lápiz de color y la hoja donde dibujaba un elefante rosa. Adoraba a su padre. Rajiv la cogió en brazos y le besó ambas mejillas lentamente, para luego hacerlo más fuerte, produciendo una pedorreta que a ella le encantaba y le hacía reír sin parar. Reena estaba en el salón, leyendo junto a una lámpara de pantalla que proyectaba una luz cálida, se quitó las gafas y lo miró, «¿todo bien, cariño?», preguntó sin levantarse,

pero con una media sonrisa que no podía ocultar lo feliz que se sentía de verlo de nuevo en casa, de tener por fin a toda la familia junta. «Sí», le contestó Rajiv, mientras giraba con Taj en brazos. Aunque se sentía un poco mareado, a Taj le gustaba jugar con él y haría cualquier cosa por oír su risa.

—Te he dejado un poco de *pilaff* en la cocina —dijo Reena. El *pilaff* era el plato favorito de su marido y ella lo preparaba de una manera soberbia, con un arroz condimentado exquisito y frutos secos que elegía con esmero.

Rajiv dejó finalmente a Taj en el suelo y se sentó en el sofá junto a su mujer. Estaba sudoroso y tenía palpitaciones, pero no quería preocuparla, seguramente había cogido frío, «es algo normal, estás con la calefacción en el coche y sales sin abrigarte a meter o sacar las maletas del cliente y coges frío», pensó, convenciéndose a sí mismo. Se bebería un vaso de leche caliente con un antigripal y se metería en la cama, nada como dormir ocho horas para quedarse como nuevo, eso haría. Por eso no dijo nada a su mujer, aunque esta ya miraba las perlas de sudor que se formaban en su frente.

—¿Dónde está Sabal, ha salido? —preguntó distraído mientras hojeaba el periódico, sobreponiéndose al malestar que empezaba a sentir.

—En su cuarto —respondió Reena—. El lunes tiene un examen. Lleva todo el día estudiando el pobre.

—Sí, eso está bien, pero es viernes y también debería salir a divertirse con los amigos, no me digas que no hay tiempo para todo —dijo Rajiv.

Estaba muy orgulloso de su hijo y nada podía hacerle más feliz que verle acabar su carrera y trabajar de ingeniero. Se esforzaba cada día para que así fuera trabajando doce horas diarias. Pero tampoco quería que su hijo dejara de disfrutar de esos años jóvenes, esos que nunca vuelven, esos que él perdió al volante de un taxi.

—Él sale con los amigos, no te preocupes, incluso llama algunas veces a una chica que dice que es solo una amiga, pero no sé, no sé. Sabal es muy responsable, ya lo sabes, solo eso —dijo Reena mientras le palmeaba la espalda y subía disimuladamente la mano hasta su cuello. Luego, ya sin disimulo, le puso la mano en la frente.

—¡Pero, Rajiv, si estás ardiendo!

—No es nada, puede que haya cogido frío y tenga un poco de fiebre, nada más que eso, no te preocupes.

Era fiebre, en efecto, pero no como consecuencia de un enfriamiento. Él no podía imaginar que, hacía ahora treinta días, había sido infectado con el virus más terrorífico conocido. Tampoco tenía cómo saber que, en ese momento, mil millones de personas más en todo el planeta estaban contagiados también, experimentando esos mismos síntomas, propagando la infección a todos aquellos que se encontraran cerca. Y nunca sabrá que, tan solo unos días más tarde, esos mil millones de personas dejarán de ser quienes son para convertirse en monstruos.

Reena apoyó el libro que estaba leyendo sobre la mesita baja y fue a su habitación

a buscar el termómetro. Su marido raramente enfermaba, no recordaba cuándo había sido la última vez que estuvo en cama y jamás había pisado un hospital. Por eso caminó preocupada y rebuscó nerviosa entre los cajones. ¿Dónde habría puesto el termómetro? La última vez lo había usado con Taj, la vio un poco apagada una tarde de hacía una semana y le extrañó, su hija era un cascabel a todas horas. Ya recordaba, lo había dejado en el armarito del baño. Salió de la habitación sin apagar la luz y entró en el cuarto de baño con una sensación de angustia en el estómago. Allí estaba, junto a los botes de champú y los cepillos de dientes.

Cuando volvió al salón Rajiv continuaba sentado en el mismo lugar en el que lo dejó, pero ahora tenía la cabeza vencida sobre el pecho y los brazos lacios caídos a los costados.

—¡Rajiv, Rajiv! —llamó con tono nervioso a su marido mientras palmeaba su cara, apretaba sus manos y lo besaba en el cuello, escondiendo su cara ya llena de lágrimas.

—¿Qué le pasa a papá? —preguntó Taj muy seria de pie en medio del salón.

—Nada, hija, que se ha quedado dormido —mintió Reena con cierto temblor de voz, sabiendo que algo iba muy mal—. ¡Sabal, Sabal! —llamó a su hijo mientras se precipitaba por el salón en dirección a su habitación.

Cuando abrió la puerta lo halló con la cabeza y los brazos apoyados sobre la mesa de estudio, con la luz del flexo iluminando su brillante pelo negro. Cogió su cabeza entre las manos, lo besó en la cara, en los ojos, pero no reaccionó. El efecto de la adrenalina hizo que Reena no se percatase del aumento de sudoración y la visión borrosa que estaba experimentando. Tampoco se fijó en el temblor de sus manos mientras marcaba el teléfono de Urgencias.

Taj lloraba junto a su padre en el salón, le tocaba el pelo, acariciaba su cara y cogía el dedo gordo de su mano derecha.

—Papá, despierta, papá, ¿qué te pasa? —sollozaba con un ataque de hipo—. Despierta, papito.

Y papá despertó, pero ya no era él. Levantó lentamente la cabeza que tenía vencida sobre el pecho y miró a Taj con ojos de animal hambriento.

Después de llamar a Urgencias, Reena se desplomó en la cama de su hijo, tenía palpitaciones y la cabeza parecía que le fuese a estallar. No pudo explicar qué les había pasado a su hijo y a su marido, no encontraba una razón lógica. No reaccionaban a ningún estímulo y apenas parecían respirar. Así se lo explicó a la mujer que atendió su llamada de emergencia médica, esta le indicó entonces que se tranquilizara, que ya estaba una ambulancia en camino.

Y sí, pareció tranquilizarse un poco, pero esa especie de descargas eléctricas que notaba en su cerebro... nunca había sentido nada igual. Se acordó de que su pequeña Taj llevaba sola en el salón un buen rato, que estaría asustada y probablemente llorando abrazada a su querido padre. Quiso levantarse pero su cuerpo no respondió, solo podía quedarse donde estaba, sentada en la cama. De pronto cayó hacia un lado y

quedó tumbada. En ese momento su cerebro se estaba sumergiendo en un abismo muy profundo y muy oscuro.

Si hubiese podido levantarse e ir a buscar a su hija, como hubiera querido hacer antes de que su cerebro se desconectase de su cuerpo y le impidiese caminar los pocos pasos que la separaban del salón, si ese maldito virus no estuviera tomando el control de su cuerpo y de su mente, la última imagen que hubieran percibido sus ojos y registrado su cerebro humano le habría helado la sangre.

Sin duda fue mejor así, no ver cómo Rajiv, el que fuera un marido ejemplar y un padre amoroso que se desvivía por sus hijos, se abalanzaba sobre su querida hija con la boca abierta, escupiendo saliva, y le arrancaba de un mordisco su delicada traquea entre gruñidos de satisfacción.

A los veinte minutos una ambulancia llegó a la casa. A pesar de que Mickey, un joven médico que llevaba trabajando en el turno de noche dos meses, tocara el timbre durante cinco minutos nadie abrió. Tampoco escuchó nada dentro. Confirmaron la dirección llamando a la central y al final determinaron que probablemente habría sido una broma de mal gusto. Aún así quisieron asegurarse y llamaron a la policía. Les extrañó que no hubiera nadie en casa, había un coche en el garaje y un taxi nuevo en la rampa, y a través de las cortinas de las ventanas se filtraba luz. Keith, su auxiliar, propuso mirar en la parte de atrás mientras esperaban al coche patrulla. Dejarían a Sandy, la conductora, esperando en la puerta.

La parte trasera de la casa tenía una diminuta parcela rodeada por una valla de madera pintada de blanco, con una pequeña puerta abierta. Al mirarla con más detalle vieron que el cerrojo había saltado, parecía forzado. También la puerta de acceso a la casa tenía roto el cristal y la malla antimosquitos colgaba por el suelo. Mickey y Keith se miraron, con el testigo de «alerta, aquí pasa algo raro» encendido.

—¿Qué hacemos, Mickey, esperamos a la policía? Esto huele a robo con violencia.

—Sí, tiene toda la pinta de ser eso, pero por otra parte quizá haya alguien herido que necesite nuestra ayuda. Déjame pensar un momento.

Keith, que era ya veterano, detectaba los problemas a kilómetros. Por su parte Mickey deseaba dejar pronto el trabajo en urgencias y empezar a trabajar en un hospital con un buen horario y un salario decente, y la verdad es que no quería correr riesgos innecesarios. Al final decidieron volver a la ambulancia y esperar a la policía.

El coche patrulla llegó a los cinco minutos, lo que tardó Sandy en fumarse un Camel mentolado que tiró con disimulo por la ventanilla cuando vio por el retrovisor las luces rojas y azules. Ella no entró en la casa, se quedó sentada al volante porque no se encontraba muy bien, les dijo que tenía escalofríos, que pondría la calefacción y los esperaría en la ambulancia. «Este puto cigarro me ha debido de sentar mal con el estómago vacío», pensó. Les pediría a los chicos algo para la acidez cuando

volvieran, y también para la cabeza, empezaba a sentir unos pinchazos muy extraños.

Del coche patrulla se bajó un agente de mediana edad, con algo de barriga y una calva incipiente. Se colocó la porra en el cinto y se puso la gorra.

—Bueno, chicos, ya está aquí la caballería. Quién me va a explicar por qué habéis llamado —su aspecto era el de policía de la vieja escuela, su dialéctica también.

Fue Mickey quien lo hizo, estaba nervioso, relató la secuencia con detalle: la llamada a Urgencias de la mujer de la casa explicando que tenía a su marido y a su hijo inconscientes, que nadie contestaba a la puerta cuando llegaron, y por último, y donde hizo más hincapié, lo que habían encontrado en el jardín.

—Vale, vale, vayamos a echar un vistazo —concluyó el policía y se encaminó a la parte trasera de la casa seguido de Mickey y Keith.

—Hola, hola. ¿Hay alguien en casa? —preguntó levantando bastante la voz y golpeando con la linterna en el marco de la puerta—. Seguramente han entrado a robar y de paso han llamado para gastarnos una broma, esos cabrones deben estar escondidos por aquí cerca partiéndose el culo de nosotros.

Esas palabras del policía habrían tranquilizado a Mickey y a Keith de no ser porque, cuando abrió la puerta, con cuidado de no cortarse con los cristales que aún quedaban sujetos al marco, sacó su arma, quitó el seguro y metió una bala en la recámara.

Instantes después saldría de la casa dando traspies y se apoyaría en un coche para vomitar.

En el interior no encontraron ningún enfermo, de hecho no encontraron a nadie... vivo, solo un pequeño cuerpo destrozado al que le faltaban todas las partes blandas. La cabeza la hallaron detrás del sofá, pero no era más que un cráneo descarnado del que prendían lo que parecían dos coletas atadas con lazos de color rosa.

El veterano policía siguió agachado, con el estómago en la garganta, y no se percató del ruido de cristales rotos y gritos que venían de alguna casa cercana.

Rajiv y su familia estaban de caza, necesitaban comer, aún tenían mucha hambre.

3. MEDIDAS DESESPERADAS

Las órdenes que le habían transmitido al veterano teniente de infantería Aconda, perteneciente a la Brigada Acorazada Guadarrama XII, eran tan simples como aterradoras: con veinticinco hombres se trasladaría a Madrid y tomaría el hospital Norte y no dejaría entrar ni salir a nadie. Luego, con precisión quirúrgica, eliminaría sistemáticamente a todos los enfermos que estuvieran en coma o inconscientes. El método sería un disparo en la cabeza y otro en el corazón, finalmente meterían el cuerpo en una bolsa de cadáveres. El resto del personal, civiles y personal sanitario, quedaría retenido hasta nueva orden en el interior, debiéndose proceder a su eliminación si llegaran a presentar los síntomas antes descritos. No habría excepciones y se abriría fuego contra todo aquel que se opusiera al cumplimiento de dichas órdenes o intentara abandonar el hospital.

Otros muchos equipos de contención salieron esa mañana de todos y cada uno de los cuarteles de España con órdenes similares y múltiples destinos. En algunos casos la dotación nunca llegaría, el superior al mando desobedecería las órdenes y la unidad quedaría disuelta. En otros sus integrantes enfermarían antes de llegar y se perderían en algún arcén o cuneta.

La unidad del teniente Aconda, formada por dos vehículos ligeros Aníbal, un camión Uro MT, un BMR blindado de quince toneladas armado con una ametralladora calibre .50 Browning M2, un sargento, dos cabos y veintidós soldados, acababa de salir de El Goloso cuando sufrió el primer incidente. La radio del Aníbal en el que viajaba el teniente sonó.

—Señor, habla el cabo Montoya.

—Dígame, cabo, ¿qué pasa?

—Señor, llamo desde la cabina del Uro, me informan que entre los soldados que transportamos hay varios que no se encuentran bien, uno en concreto está inconsciente. ¿Qué hacemos, señor?

El teniente Aconda y su sargento eran los únicos que conocían las órdenes. La decisión fue esperar a que llegaran al hospital para comunicárselas a sus hombres, la idea era que tuvieran menos tiempo para pensar.

—Cabo, vamos a parar en el arcén, señalice y deténgase —ordenó el teniente.

Su todoterreno encabezaba la formación, seguido del BMR y el camión Uro, cerraba la formación el otro Aníbal. Cuando todos los vehículos estuvieron detenidos ordenó al sargento que formara a los hombres y que depositaran a los enfermos fuera del arcén, en un pequeño desnivel que formaba el terreno.

—Sargento Aránega, explique a los hombres nuestras órdenes —dijo el teniente mirándolo muy fijamente—. Y de prisa, no tenemos mucho tiempo.

—Sí, mi teniente —contestó y se cuadró muy marcial.

Luego relató a los soldados aquellas terribles órdenes con la misma naturalidad con la que pasaba revista a diario.

El teniente Aconda se paseaba arriba y abajo mientras su sargento hablaba, pero no dejaba de observar a los soldados. Cuando terminó el silencio era absoluto, solo se oía el rumor de los coches que circulaban por la autovía.

—¿Han entendido bien las órdenes? —pregunto el teniente sin dirigirse a ninguno de sus hombres en concreto. Nadie habló—. He dicho que si han entendido bien las órdenes.

Ni siquiera el teniente Aconda conocía la verdadera magnitud de la pandemia que se abatía sobre la humanidad, quizá ni tan siquiera sus mandos superiores poseían todos los datos. Solo sabía que una infección muy contagiosa, probablemente propagada por algún bioterrorista, amenazaba nuestra patria y era necesaria erradicarla al precio que fuera. La tropa no tenía ni idea, por supuesto, solo sabían que les habían puesto en estado de máxima alerta, pero eso podía significar cualquier cosa, incluso, en el mejor de los casos, un simple ejercicio para comprobar el tiempo de reacción ante alguna eventual amenaza. En ese momento fueron conscientes de que en realidad la cosa iba en serio y quedaron paralizados, no daban crédito a lo que oyeron. Pero su teniente los estaba haciendo una pregunta directa y ellos eran profesionales, por eso, casi al unísono contestaron.

—¡Sí, mi teniente!

—Bien, entonces que dos voluntarios vayan donde sus compañeros enfermos y cumplan las indicaciones: un tiro en la cabeza y otro en el corazón. Y pónganse las máscaras, coño, que para eso las tenemos.

Ningún soldado se movió de la fila. Había inquietud, leves movimientos, un tímido rumor de voces ahogadas. El teniente Aconda dirigió la mano a su pistola y soltó la presilla que la sujetaba a la funda. El sargento Aránega llevaba sirviendo con el teniente más de ocho años, lo conocía bien, lo definía como a un fanático hijo de puta y no como a un patriota, sabía de lo que era capaz, dispuesto a hacer cualquier cosa para que se cumplieran sus órdenes. Por eso desenfundó primero y apuntó a un soldado, uno cualquiera, y luego a otro.

—Tú y tú. Cumplid las órdenes, después coged un poco de gasolina y prended fuego a los cuerpos —gritó sin dejar de mirarlos a los ojos. Probablemente había salvado la vida de algún soldado, aunque eso no hizo que se sintiera mejor.

Seis tiros sonaron y se perdieron en la distancia, luego una columna de humo despidió al convoy cuando se puso en marcha de nuevo. No hubo palabras entre el sargento y el teniente cuando subieron al Aníbal, solo silencio roto por el arranque del motor.

Pararían tres veces más.

Cuando llegaron al hospital la dotación de vehículos seguía siendo la misma: dos vehículos ligeros Aníbal, un BMR y un camión Uro, pero el número de hombres se había reducido sensiblemente. Llegaron un teniente y nueve soldados.

Llevaba casi toda la noche leyendo en el pequeño sofá de escai ya que la guardia había sido especialmente tranquila. Eran las siete de la mañana y en una hora terminaría su turno y podría irse a casa, preparar sus cosas y largarse un par de días a escalar con su amiga Sonia. Se había descalzado y tenía las piernas apoyadas en una silla, una Coca Cola en una mano y el libro electrónico en la otra. Se encontraba sola en ese momento, sus compañeras enfermeras estaban haciendo la ronda y disfrutó ese rato especialmente. Leía una novela de ficción erótica muy de moda en esos momentos, «Los herméticos», y estaba estimulando sus sentidos muy gratamente. La puerta del cuarto se abrió de pronto y la cabeza de su compañera Adela asomó sin terminar de entrar.

—Vamos, Eva, parece que esto se anima, Urgencias se está llenando —dijo a media voz.

—¿Un accidente? —preguntó Eva mientras se levantaba del sofá, se calzaba y bebía de un sorbo el contenido que le quedaba en la lata de Coca Cola—. Pues me ha pillado con las bragas bajadas —concluyó agitando el lector digital delante de su cara.

—No, parece una intoxicación o algo parecido —contestó su compañera—. Por cierto, ya me pasarás el libro, que llevo una vida sexual que ni una monja de clausura.

—Te lo compras, tacaña —replicó Eva, y terminando de meterse los zuecos salió detrás de su compañera—. En una hora acaba mi turno, así que... aligerando.

Tres horas más tarde Eva continuaba en el hospital. No les habían explicado nada, no había directrices claras de cómo tratar a los afectados y nadie sabía qué les podía pasar, solo que quizá fuese algún agente infeccioso y que debían ponerse las mascarillas y los guantes en todo momento y extremar la higiene después de entrar en contacto con los enfermos. Los rumores pronto circularon por todo el hospital, y ante la ausencia de más información, el personal hablaba ya de ántrax u otro agente bacteriológico, un ataque terrorista en diferentes puntos de la ciudad, en eso pensaban. Se habilitó un ala del hospital para destinar a los enfermos que llegaran con síntomas de mareos, sudoración y dolores de cabeza intensos, y por supuesto para todos aquellos que ingresaran en estado de aparente coma o desmayo. Pronto se comprobó que era insuficiente, los enfermos no paraban de llegar.

Lo peor surgió cuando parte del personal sanitario comenzó a manifestar dichos síntomas, incluso pacientes que estaban ingresados allí por otras dolencias terminaban en estado de coma. A las doce de la mañana el caos en el hospital ya era absoluto y la falta de información también. Las líneas de teléfono estaban colapsadas e internet funcionaba a ratos. Tres médicos de Urgencias subieron para hablar con el director pero hallaron su puerta cerrada. Volvieron con un celador que tenía las llaves de todos los despachos para que les abriera la puerta. Al hombre le temblaban las manos y sudaba copiosamente, cayó desmayado nada más abrir. Los tres médicos que entraron en el despacho lo hallaron vacío, con el ordenador encendido y las luces

dadas, pero ni rastro del director. Como no encontraban una explicación, registraron sus cosas, papeles que había sobre la mesa, carpetas abiertas. La justificación de la desaparición del director la tuvieron en la pantalla del ordenador. Ni siquiera se había detenido en apagarlo y lo había dejado encendido y con el último correo recibido. Los tres médicos, vencidos sobre la pantalla leían sin decir nada, con la respiración contenida, escuchando los latidos de su corazón. Fue el más veterano de los tres el primero en salir corriendo del despacho, no dijo nada, solo corrió. Los otros dos lo siguieron pasando por encima del cuerpo caído del bedel.

Minutos más tarde se irían del hospital sin decir nada a nadie, sin ni siquiera quitarse las batas, con el corazón en la garganta cogerían sus coches y huirían, sin sospechar que ya la muerte iba con ellos.

El turno saliente de enfermeras se quedó para ayudar aunque poco podían hacer, tranquilizar a los familiares e intentar acomodar a los enfermos donde podían. Los pasillos pronto se llenaron de camillas con afectados. Cuando se quedaron sin camillas usaron las sillas de ruedas, luego los sillones de las habitaciones, las sillas de las salas de espera y finalmente el propio suelo, enfermos sobre mantas en el suelo, en cualquier rincón.

Eva caminaba por un pasillo en dirección a la sala de Urgencias. Había trabajado sin descanso las últimas cuatro horas, tomando la temperatura, extrayendo sangre, llevando agua y mantas, dando consuelo a hombres y mujeres que no conocía de nada, pero por los que sufría gracias a la empatía, un mecanismo canalla que tienen los buenos profesionales. Al pasar delante de una habitación escuchó a una mujer gritar.

—¡Un médico, por favor, un médico, mi marido...!

Llevaba unas botellas de agua y unas mantas para los enfermos de la sala de Urgencias, tenía las manos ocupadas, por eso empujó la puerta con la cadera y se asomó a la habitación. Había dos camas ocupadas por enfermos y cuatro personas más, la mujer que gritaba, dos mujeres que parecían estar con el otro enfermo y un chaval de unos dieciocho años junto a la otra cama.

—¿Qué pasa, por qué grita, señora? —preguntó Eva, levantando un poco la voz para que esta saliera nítida a través de la máscara.

—Mi marido, mi marido, está despierto, pero no habla, nos mira pero parece no reconocernos, sus ojos, mire sus ojos... —contestó entre sollozos la mujer.

—Papá, ¿qué te pasa, papá? —insistía el chaval a su padre mientras le acariciaba la cara un poco inclinada hacia delante.

—No se preocupe, es una buena noticia que haya despertado, seguro que solo está desorientado —dijo Eva convencida en ese momento de que así era—. Tranquilícese, por favor, enseguida vendrá un médico.

Cuando llegó a la sala de Urgencias indicó a sus compañeras de recepción que avisaran a un médico para que pasara por la habitación 124, pero éstas menearon la cabeza de un lado a otro.

—No localizamos al Dr. Carranza, ni al Dr. Ortiz, ni a Cebreros. Y Gómez y Fábregas están en la segunda planta con un enfermo que ha atacado al paciente de la cama de al lado. Es de locos, Eva, de locos, y mira cómo tenemos esto, la gente por el suelo y el director no contesta en su despacho ni atiende el «busca».

—Bueno, os dejo esto aquí —dijo Eva colocando las mantas y el agua sobre el mostrador—. Voy a averiguar ahora mismo qué demonios está pasando.

Cuando se disponía a coger el ascensor para subir al despacho del director, recordó algo y volvió al mostrador.

—Me llevo un par de mantas para la gente que está en los coches.

Al salir al aparcamiento una chica de unos veinte años pasó corriendo a su lado y la quitó de en medio agarrándola de la manga de la bata, produciéndole un desgarrón, iba diciendo algo entre sollozos, algo que Eva no entendió, decía: Váyanse, váyanse todos.

«Y ahora esta loca me rompe la bata», pensaba Eva cuando vio a aquel hombre zarandeando a Luis, el vigilante, y gritando como un desquiciado. En otras circunstancias no habría intervenido, era un asunto de seguridad y ella era una enfermera, pero ese día era distinto, muy distinto, y tenía los nervios y el nivel de aguante al límite. Solucionó el percance lo mejor que pudo. Aquel hombre también parecía llevar una mañana endiabladamente mala, además traía a un enfermo y a su hijo de cinco años que no eran de su familia, por eso fue comprensiva y decidió no dejarlo esperando y se encargó de ellos, un pequeño acto de bondad en un mar de caos. Después de indicar a Luis que llevara al enfermo dentro, cogió al niño y se dirigió a pediatría, lo dejaría con alguna compañera, después iría a hablar con el director.

Quince minutos más tarde cogía el ascensor y pulsaba la tercera planta. En la soledad del interior, miró el desgarrón de la manga y la sangre que manchaba, desde el cuello hasta el bolsillo inferior, el lado izquierdo de la bata. No era suya, se salpicó al ayudar a contener la hemorragia de una compañera de pediatría que había sido mordida por un niño en el brazo. Aún estaba conmocionada.

Eva no lo había visto, llegó cuando todo había pasado, la compañera se sujetaba el antebrazo con la mano y estaba arrodillada en una esquina de la habitación. El resto de los niños permanecían muy callados, asustados, otros inconscientes... parecían dormidos, aunque no era eso. Otra compañera revolvía en un cajón buscando una goma para hacerle un torniquete y respiraba con dificultad. Entre Eva y ella contuvieron la hemorragia y la vendaron como pudieron, el mordisco había arrancado un buen trozo de carne. Un celador que pasaba por ahí en ese momento acudió al escuchar los gritos de auxilio.

—Llévela a Urgencias, yo tengo que quedarme con estos niños —ordenó la enfermera al celador, apoyada contra la pared, con la respiración entrecortada.

Eva los vio marcharse, se fijó en la enfermera herida, en su andar titubeante y la cabeza vencida y deseó que pudiera ser atendida rápidamente, aunque lo dudaba

mucho. Se dirigió a la otra enfermera sin soltar al niño de la mano y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué ha pasado, Julia? —le preguntó Eva retirándole el pelo de la cara y colocándole la mascarilla que llevaba colgando de una oreja. Fue un gesto que pretendía transmitir sosiego y orden más que otra cosa.

—Martina fue a ver qué le pasaba a un niño de unos diez años que había entrado en coma hacía una hora y parecía estar despertando. Yo estaba dándole de comer a una niña en la cama de al lado. La oí cómo le hablaba, le preguntaba si estaba bien, si la oía, cosas así. Tenemos a cinco niños más en ese estado tan extraño. Eva, no es un coma, es... no sé, están como dormidos, muy... profundamente dormidos, no sé...

—Tranquila, Julia, tranquila —dijo Eva mientras cogía sus manos en otro gesto metafísico—. Dime, qué pasó.

—Pues que ese niño despertó y le mordió en el brazo, Eva, eso es lo que pasó —gritó histérica.

A veces tenían incidentes con los enfermos y con los familiares, el personal sanitario está acostumbrado a bregar con todo tipo de contratiempos. Como si no tuvieran suficiente con verle la cara a la muerte cada día, también tenían que verles la cara a los vivos de vez en cuando, a los vivos hijos de puta, claro, pensó. Por eso Eva intentó tranquilizarla. Aunque ni siquiera ella creía del todo lo que iba a decirle.

—Julia, ya sabes, quizá saliera del coma, o lo que sea, asustado, alterado de alguna manera, un acto reflejo.

—Tú no viste la cara de ese niño, no viste sus ojos —se apresuró a decir.

Eva se separó de Julia y se puso a buscar por el suelo, junto a la cama, entre las sábanas manchadas de sangre. Julia, sin moverse de la pared, se quitó la máscara de la cara, casi no podía respirar.

—No busques el trozo de carne, Eva, el niño lo masticó y se lo tragó, luego caminó hasta la puerta y desapareció, no sé dónde está.

Agradeció que los ascensores de los hospitales no tuvieran espejos, porque la imagen que hubiera visto sería la de una mujer cansada, abatida, con la bata rota y manchada de sangre, la mirada turbia y el rímel corrido, pero sobre todo habría visto a una mujer cabreada, muy cabreada. No entendía cómo el director se había inhibido en una situación como esa, por qué no había información, dónde estaban sus compañeros médicos, con qué enfermedad se estaban enfrentando. Quería saber, si se trataba de un virus, cuál era su vector de contagio y cómo combatirlo, en definitiva. Necesitaba respuestas, y no bajaría hasta que el director del hospital se las proporcionara, aunque para ello tuviera que apretarle las pelotas hasta que cantara. Sucedían demasiadas cosas raras y estaba hasta la coronilla.

Eva había sido militar, bueno, había servido en el cuerpo médico como enfermera. Cuando acabó los estudios no podía esperar para ejercer y al no encontrar

trabajo decidió alistarse. Aprobó las pruebas de ingreso con nota, y con veintidós años ya estaba participando en programas de vacunación. Estuvo en Angola, Haití y Bosnia, se presentaba voluntaria a cuentas misiones humanitarias podía. No era solo bondad, ni sentido del deber, ni siquiera por estar activa, como otros compañeros decían, para Eva era una mezcla de todo, pero lo que más la motivaba era estar lejos del recuerdo de su madre muerta. A los dos años pensó que tenía suficiente, creyó que ya había asimilado la prematura muerte de su madre por cáncer, dejó el ejército y se vino a vivir con su padre. No tardó en empezar a trabajar en un hospital civil. Su vida desde entonces transcurría entre enfermos y picos de montañas, entre un padre destrozado por un dolor que trataba de ocultar y relaciones superficiales con hombres que no le interesaban nada. Solo durante sus escapadas a la montaña se sentía viva. Eva era un animal herido.

El ascensor se detuvo en la tercera planta y salió con paso decidido. Iba tan enfadada que apenas se fijó en qué pasaba a su alrededor: carreras, gritos, golpes, caídas. Su objetivo era el despacho del director y estaba al final del pasillo. Al llegar encontró la puerta abierta y a un bedel tirado en el suelo, era Jonás, un malagueño de cincuenta años muy «salao» que siempre tenía una palabra amable y un piropo con gracia para ella cada vez que se cruzaban. Le tomó el pulso, era débil, como en todos los demás, y su frente húmeda ardía, tenía los mismos síntomas. Trató de moverlo y colocarlo en una posición más cómoda (se encontraba de costado sobre un brazo en mala posición), pero a pesar de que era alta y que con la práctica del alpinismo había desarrollado unos brazos fuertes no pudo con él, Jonás fácilmente pesaría ciento diez kilos y eso era demasiado. Lo dejó como estaba, pasó por encima y entró en el despacho sin golpear en la puerta: lo encontró vacío.

La mesa del director estaba revuelta, los cajones abiertos y las luces encendidas a pesar de ser de día. Miró en el armario y vio la bata colgada, faltaba el abrigo y la cartera de piel marrón que siempre llevaba, ese cabrón se había largado, no estaba, era increíble, pensó Eva. Reparó en el ordenador portátil de encima de la mesa, abierto, con el salvapantallas activado, mostrando paisajes lunares cambiantes. Tocó el ratón y en la pantalla apareció un texto, era el contenido de un correo electrónico. Estaba demasiado cansada para leer inclinada y se sentó en el cómodo sillón de piel.

Tan solo llevaba leídas un par de líneas cuando supo a qué se estaban enfrentando, unas cuantas líneas más adelante tuvo la certeza de que era el final. La angustia le oprimió el pecho hasta no dejarla casi respirar y su cabeza giró en un torbellino de luces enloquecedoras.

Unos disparos en el exterior la sacaron del trance.

Se levantó del sillón y se dirigió a la ventana. El cielo se había nublado y oscurecido bastante, amenazaba lluvia. El despacho del director estaba orientado al sur y daba a la entrada principal. Desde la tercera planta, a unos diez metros de altura, pudo ver perfectamente lo que pasaba: un BMR bloqueaba la entrada, conocía bien el vehículo porque había aprendido a conducirlo gracias a un joven soldado con el que

tuvo un asunto en Bosnia, aprovechando los largos ratos en los que nada había que hacer. También había un camión Uro dentro del aparcamiento y un todoterreno Aníbal. En el BMR un soldado sujetaba la ametralladora calibre .50 y otro esperaba en su interior. Vio tres soldados inspeccionando los coches aparcados y cuatro más acompañados de lo que parecía un teniente o un capitán (desde esa altura no distinguía los galones) que entraban en el hospital. Abrió la ventana y una brisa fría fue entrando en el despacho, también los gritos se iban oyendo mejor.

A Eva no le cabía ninguna duda sobre lo que estaba pasando allí abajo, no tuvo más que relacionar lo que acababa de leer en aquel correo con lo que estaba viendo para saber que habían empezado las medidas desesperadas. Aquella ventana abierta dejó entrar el aire húmedo y frío de un día de invierno con amenaza de lluvia y el horror de una posible matanza.

De pronto supo lo que tenía que hacer. Todo el mundo tenía derecho a saber lo que pasaba, a decidir qué hacer con su vida el tiempo que les quedaba, a tener una oportunidad, en definitiva. Buscó la libreta de direcciones del director y reenvió el correo a todos sus contactos, incluyendo su propia dirección, indicando que lo reenviaran a su vez a los suyos en una cadena infinita. Aseguró que no era ninguna broma, suplicó que la creyeran. Lo que no sabía Eva era que en ese momento ya había llegado a millones de personas, que se estaba distribuyendo vía correo electrónico a ordenadores y móviles de todo el mundo. Tampoco sabía que cada vez menos personas estaban en las mejores condiciones para leerlo. Una vez enviado lo imprimió y lo guardó en el bolsillo trasero de su vaquero, quería mirarlo con tiempo. Ahora tenía muchas cosas que hacer y una de ellas era bajar y poner al corriente a sus compañeros, avisar a todos cuantos pudiera, buscar a su padre e intentar salvar al máximo de personas, y para ello necesitaba salir de allí, huir, y rezar para estar entre ese uno por mil de inmunes al virus.

Nuevos disparos la sobresaltaron, se asomó de nuevo a la ventana y lo que vio la dejó helada: los soldados del aparcamiento iban coche por coche disparando a sus ocupantes, sistemáticamente. Escuchó gritos de horror entre los familiares y carreras desesperadas. Tres soldados disparaban y municionaban con una perfecta disciplina, en formación de cuña avanzaban y disparaban en una sincronía militar aterradora. Eva vio cómo algún civil intentaba huir y se dirigía corriendo hacia la puerta, donde el BMR esperaba; en coche hubiese sido imposible salir, aquella mole de acero de quince toneladas era infranqueable. Imaginaba que en su desesperación, la gente esperaba poder pasar corriendo junto al vehículo blindado: se equivocaban. El soldado que servía la ametralladora no esperó a que se aproximaran demasiado, cuando vio que un grupo de unas ocho o diez personas corrían en dirección a la puerta de salida, amortilló el arma con un sonido de metal contra metal, esperó a que estuvieran a una distancia de unos diez metros y abrió fuego. Eva saltó hacia atrás al ver cómo la Browning M2 calibre .50 convertía lo que habían sido personas en un revoltijo de sangre, huesos y carne. Un par de ráfagas bastaron para acabar con todos

y dejar una alfombra de muerte en el aparcamiento.

Ahora lo tenía claro, ese grupo de militares venía dispuesto a eliminar a todos los infectados y asegurar el hospital, y no dejar salir a nadie... con vida, claro. Eva no era experta en virus pero había participado en suficientes campañas de vacunación y había leído lo necesario para saber que aquella matanza no tenía sentido. No tendría sentido aunque se hubiera tratado de un virus terrible como el ántrax o el ébola pero, por lo poco que había leído del *Fubarbundy*, con él era totalmente absurdo y gratuito. Ya nada podía hacerse. ¿Por qué entonces esa carnicería?

En ese momento cayó en la ironía del nombre, *Fubarbundy*, y recordó la expresión. Estaban en una misión en Bosnia, cooperando con las tropas británicas, cuando la oyó por primera vez. Un soldado de la unidad de desactivación de minas cometió un error y pisó una mina antipersonas PMA-2 cuando limpiaban una zona boscosa. Eva se encontraba en el hospital colaborando con los médicos británicos cuando llegó aquel pobre muchacho. Lo llevaban al quirófano para operar cuando pasaron a su lado y una pierna, amputada a la altura de la ingle, cayó de la camilla. Un médico se volvió y la recogió, miró a Eva y dijo: *Fubarbundy*.

Después se lo explicaron: **Fucked Up Beyond All Recognition But Unfortunately Not Dead Yet**, o sea: *Jodido más allá de toda recuperación pero por desgracia no muerto todavía*. Era argot de sala de urgencias, un acrónimo médico para designar aquellos casos en los que el enfermo no tenía solución pero aún se resistía a morir. Una ocurrencia que quizá procedía de la Segunda Guerra Mundial, nadie estaba seguro. Una palabra que definía con exactitud lo que estaba pasando ahora, admitió.

Se disponía a salir cuando lo vio. El bedel se había levantado del suelo y la miraba desde la puerta.

—¡Jonás! ¿Te encuentras bien? —ella ya sabía que no, hablaron sus nervios. Lo sabía por el *email* que acababa de leer, pero sobre todo por los ojos rojos de animal y la boca abierta goteando saliva.

Aquello que estaba en la puerta mirándola ya no era Jonás, no sabía qué era. Recordó el incidente de pediatría y enseguida supo que lo que deseaba aquel ser era comérsela.

Eva estaba detrás del escritorio, con la ventana a su espalda, y el bedel se acercaba emitiendo unos sonidos guturales escalofriantes. Llevaba los brazos extendidos abriendo y cerrando unas manos como garras y, aunque no parecía moverse muy rápido, sí parecía preciso. Pronto solo la mesa se interpuso entre ambos. Una especie de zarpazo paso rozando el rostro de Eva, que esquivó por poco. No había nada para defenderse realmente efectivo, los ojos de Eva buscaron desesperadamente encima de la mesa y lo único que vio fue el ordenador portátil. Lo cogió y lanzó un golpe que se perdió en el aire. El infectado gruñía y agitaba las manos para agarrarla a la vez que empujaba la mesa. Logró agarrar su bata y tiró de ella. La llevaba hacia él, hacia su boca. Eva cerró el portátil y levantándolo con ambas manos descargó un violento golpe con el canto justo en la coronilla del bedel.

Fue tan violento el impacto que el ordenador saltó en mil pedazos. Si eso no lo detenía ya no tendría con qué defenderse.

El infectado reculó, quedó un poco desorientado, quizá trataba de determinar qué había pasado en su cabeza. El caso es que por un momento dejó de ejercer presión sobre la mesa y sus manos soltaron la bata. Era ahora o nunca. Eva saltó por encima de la mesa, esquivó al bedel y se dirigió como un rayo hacia la puerta.

Casi había salido cuando una mano de hierro la cogió por el cuello. Se giró sobre sí misma, forcejeó pero no pudo soltarse. El infectado era demasiado grande y no podía hacer nada. Intentó separar las manos de su cuello pero le fue imposible. Ahora veía aproximarse la cara del que había sido Jonás, con la boca abierta y babeante, con aquellos ojos enrojecidos y brutales, y pensó que todo estaba perdido. La presión en su cuello era cada vez mayor y comenzaba a faltarle el aire y a nublársele la vista, pero aún tuvo un último pensamiento antes de que la oscuridad la invadiera, «¡ojalá te atragantes, cabrón!».

Estaba prácticamente desmayada cuando un tremendo golpe sonó. Eva no distinguió cómo un ATS golpeaba al bedel con un extintor, cómo lo hizo una y otra vez hasta que la soltó, tampoco vio cómo continuó haciéndolo cuando este estuvo ya en el suelo. Lo vio justo después, cuando había terminado, apoyado contra la pared y con la respiración alterada. Mantenía aún el extintor en la mano y contemplaba a Jonás en el suelo, con la cabeza reventada como una sandía que hubiera caído de un décimo piso.

—Ufff..., por los pelos —bufó el ATS—. Por cierto, me llamo Julián. ¿Y tú? —continuó envarándose y ofreciéndole la mano—. No te había visto por aquí, me acordaría.

Eva tosía y se tocaba el cuello. Miraba al ATS y asentía con la cabeza, al final le estrechó la mano.

—Gracias, tío, soy Eva. Ha faltado poco, sí, aún me tiemblan las piernas.

—Ese tipo quería comerte —dijo Julián señalando el cadáver con el extintor.

—Lo sé, lo sé. Tengo que enseñarte algo —dijo Eva y se sacó el *email* impreso del bolsillo trasero de su pantalón.

—Es el correo de ese hijo de puta de Dr. Freeman, ¿verdad?, ha circulado como la pólvora —Julián ni siquiera cogió el papel. Eva se lo volvió a guardar en el bolsillo.

—No hay nada más que podamos hacer. Tenemos que salir de aquí cuanto antes —dijo Eva mientras se quitaba la bata y la tiraba lejos, como si con ese gesto pudiera alejar las últimas imágenes de su cabeza.

—Pues eso va a estar jodido, encanto, muy jodido.

El teniente Aconda entró en la sala de Urgencias acompañado de cuatro soldados con

las armas terciadas. Nada más hacerlo se dio cuenta de su error y ordenó a uno de ellos que fuera a la parte trasera y vigilara que nadie intentara huir saltando las vallas. Tenía pocos efectivos pero todavía podía hacer cumplir sus órdenes si las cosas se hacían bien. Era un hombre alto y bien parecido de unos cincuenta años y porte marcial, con el pelo teñido no aparentaba más de cuarenta. Sabía que no iba a ser una misión fácil, pero que era necesaria. A veces se puede curar una herida y otras hay que amputar el miembro para salvar el cuerpo, y él era el hacha que lo haría.

Cuando entró en la sala de espera, las personas ya habían oído los disparos del exterior y estaban en alerta. Al ver a los cuatro hombres, vestidos de militares, armados hasta los dientes y con máscaras antigás, el silencio que se produjo fue total. El teniente miró la sala durante unos instantes, sin detenerse en ningún detalle en especial, haciendo una valoración general, luego habló.

—Salgan todos y permanezcan en el exterior sin intentar salir del recinto. Dejen aquí a sus familiares enfermos.

Nadie se movió. Empezaron a oírse sollozos y cuchicheos. Una mujer que estaba sentada en el suelo junto a su hija inconsciente se levantó y se dirigió al teniente.

—¿Puede usted decirnos qué pasa? ¿Qué han sido esos disparos? No nos vamos a mover de aquí hasta que no nos expliquen qué demonios está pasando.

El teniente desenfundó su pistola y la montó. Miró a la señora a través de la máscara antigás y meneó la cabeza.

—No tenemos tiempo, señora, obedezcan, por favor, y salgan todos —ordenó moviendo el arma en dirección a la puerta.

—De eso nada. De aquí no nos movemos —respondió la señora. Los cuchicheos se transformaron en murmullo y luego en viva conversación.

Una enfermera salió del mostrador y se unió a la señora, sudaba copiosamente y se enjugaba la frente con un pañuelo.

—De aquí no se mueve nadie, señor, esto es un hospital civil y estas personas son responsabilidad nuestra —dijo la enfermera pasando un brazo por encima de los hombros de la señora y volviendo a secarse el sudor de la frente.

El hecho no pasó desapercibido para el teniente, que primero miró el pañuelo, luego la frente de la enfermera y finalmente levantó la pistola, apuntó entre sus ojos y disparó. La bala de nueve milímetros entró por el entrecejo dejando un pequeño agujero y salió por la nuca arrastrando sangre, sesos y trozos de hueso, y aún tuvo fuerza para impactar en el hombro de una señora que estaba detrás y destrozarle la cabeza del húmero. La enfermera cayó como un fardo hacia un lado, inundando el suelo de sangre.

—Soldados, procedan a la eliminación de infectados y de todo aquel que se oponga al cumplimiento de sus órdenes. Recuerden todo lo que está en juego —ordenó el teniente con una voz que sonó nítida en el silencio sepulcral que se había creado.

Los subfusiles HK G36E con munición de 5,56 milímetros y cargadores de treinta

cartuchos comenzaron a sonar y, con el selector puesto tiro a tiro, fueron precisos y rotundos. Los gritos se mezclaron con el estruendo de las detonaciones. Los familiares intentaban evitar que ejecutaran a sus enfermos, poniéndose delante, protegiéndolos con sus cuerpos, muriendo con ellos también. Otros corrieron hacia la puerta despavoridos, cubiertos de sangre, y salieron al exterior sin intención de detenerse y esperar. Un grupo de unos diez se dirigió hacia la puerta de salida del recinto del hospital, gritaban y agitaban los brazos. No llegaron, una ráfaga de munición del .50 los barrió como si fuesen polvo en suspensión. En el aparcamiento tres soldados recorrían los coches aparcados, abrían las puertas y disparaban a los enfermos que encontraban tumbados en su interior. Bueno, eso fue al principio, luego se limitaron a disparar a través de los cristales sin fijarse en a quién le volaban la cabeza, eran demasiados coches, era demasiada gente.

La sala de espera por fin se quedó en silencio. El teniente Aconda apretó un botón en su pistola y el cargador cayó al suelo produciendo un sonido metálico. Introdujo otro y liberó el carro de su arma.

—Recarguen, soldados, aún nos queda mucho trabajo por hacer. Ahorren munición, un disparo en la cabeza bastará —el teniente se cuadró y miró a sus hombres—. ¡Por España, por la Patria! —los soldados obedecieron y una sinfonía de metal contra metal resonó en la sala—. Planta por planta, ya saben. Usted y usted, por ese pasillo, y usted conmigo.

Los militares abandonaron una sala de Urgencias cubierta de sangre, agujeros de bala y más de treinta muertos. Sus botas resonaron en el silencio trágico y fueron dejando nítidas huellas encarnadas. Poco a poco fue saliendo un joven ATS de debajo del mostrador de información, donde se había escondido tras escuchar el primer disparo, su instinto de supervivencia le salvó la vida. Contempló unos momentos el espectáculo de horror. En su cabeza aún resonaban los disparos y creía seguir escuchando los gritos y el ruido sordo que produce un cuerpo al caer. Caminó con sigilo y se dirigió al ascensor. Mientras pulsaba el botón de la tercera planta los disparos comenzaron de nuevo.

El cielo se había oscurecido definitivamente y amenazaba lluvia. Unas ráfagas de viento frío barrían la terraza del hospital y movían las antenas suavemente. Eva miró el reloj, eran las dos y cuarto de la tarde. Continuaba el sonido intermitente de los disparos, amortiguado por la distancia y el aire húmedo.

—Gracias otra vez.

—Nah, cualquiera hubiera hecho lo mismo —dijo Julián sacudiendo la cabeza para apartarse el flequillo de los ojos.

—Seguramente —sentenció Eva con una media sonrisa y un tono que dejaba claro el sarcasmo.

—¿Crees que aquí no nos encontrarán? —continuó Eva sentándose al lado de

Julián.

—Solo los de mantenimiento tienen la llave de la azotea. Una noche entré en la garita del vigilante y me hice con ella, la dupliqué y volví a colocarla en su sitio —respondió el ATS mientras se sacaba un paquete de tabaco del bolsillo del pantalón.

—Ya.

—Algún sitio tenía que buscar para poder echarme un cigarrito de vez en cuando. ¿Quieres uno? —le ofreció Julián acercándole el paquete. Eva puso cara de asco—. Vale, vale, entendido. Pues yo me voy a llenar los pulmones de alquitrán antes de que me los llenen de plomo.

—¿Y si cuando terminen en las plantas deciden subir aquí?

—He cerrado con llave. Si deciden subir tendremos que bajar por las escaleras antiincendio —respondió Julián señalando con la mano en direcciones indeterminadas.

—Todavía no me creo lo que me has contado.

—Pues créetelo, estaba ahí cagado de miedo, joder, no he pasado más miedo en mi puta vida —dijo Julián y dio una calada nervioso a su cigarro que se consumía rápidamente debido al viento.

Durante unos minutos ninguno habló. Julián terminó su cigarro y lo lanzó con maestría muy lejos utilizando dos dedos. Estaban recostados en una esquina de la terraza, bajo un pequeño saliente, no muy lejos de la puerta metálica por la que habían entrado. Eva había estado leyendo el *email* de nuevo y ahora se agarraba las rodillas contra el pecho, aunque estaban un poco resguardos del aire comenzaba a hacer frío y Julián se frotaba los brazos, iba en manga corta.

—¿Qué piensas?

—¿De qué? —contestó Eva.

—Joder, pues de todo esto. ¿Qué posibilidades tenemos?

—Si no nos pegan un tiro ya lo sabes, una entre mil.

—Vaya puta mierda —sentenció Julián. Se levantó y se asomó por el parapeto de la terraza, con cuidado de no ser visto. El sonido de disparos se iba espaciando cada vez más—. ¿Y nuestras familias y amigos?

—Igual.

—Joder, joder, mis padres, mis hermanos, mi novia... me cago en todos los muertos del puto Dr. Freeman ese —espetó Julián.

—¿Cuántos soldados ves? —le preguntó Eva.

—Dos en el aparcamiento y uno con la ametralladora en el blindado. Tienen a un grupo de civiles contra la pared, unos veinte o treinta. El suelo es una alfombra de cadáveres y sangre, joder... ¡Qué hijos de puta! —respondió Julián y corrió a mirar la parte posterior del edificio—. Y uno más detrás.

—Ellos también tienen una posibilidad entre mil —musito Eva, habló para ella aunque su voz llegó a los oídos de Julián.

Este, después de pasear nervioso por la terraza y de pegar la oreja en varias

ocasiones a la puerta de metal, finalmente se dejó caer junto a Eva.

—Tenemos que salir de aquí ya —le dijo Eva girando repentinamente la cabeza y mirándole fijamente a los ojos.

—¡Pero qué dices! ¿No recuerdas que hay unos chicos malos que nos volarán la cabeza en cuanto nos vean? ¡Pum, Pum! —dijo Julián mientras con el dedo índice daba golpecitos en la frente de Eva.

—Piénsalo un poco, esto no solo está pasando aquí. Toda la ciudad en estos momentos está sufriendo lo mismo, toda España, todo el mundo, joder. El problema no son estos pocos soldados, el verdadero problema será cuando el 99,9% de la población deambule por las calles en busca del 0,1% restante para comérselo.

—¡Ostia!, no lo había pensado —musitó Julián tocándose la barbilla.

—Mira, puede que dentro de unos días, de unas horas, o de tan solo unos minutos, nosotros mismos andemos por ahí buscando comida fresca. Pero aún estamos aquí vivos y, teniendo en cuenta que hemos estado en primera línea de fuego, lo más probable es que hayamos entrado en contacto con algún infectado antes que nadie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó agitado Julián, sacando de nuevo el paquete de tabaco—. ¿Un cigarro? Ah, no, perdona...

—Quiero decir que tenemos posibilidades, quizá superiores a ese 0,1%. Yo me encuentro bien. ¿Y tú? —preguntó Eva mientras le tocaba la frente a Julián.

—De puta madre, tía, de puta madre, mejor que nunca.

—Bueno, entonces tenemos que idear un plan para salir de aquí y poder llegar hasta nuestras casas, para poder meternos debajo de la cama antes de que esta ciudad se convierta en un puto infierno —sentenció Eva mientras las primeras gotas de lluvia moteaban el suelo granate de la terraza.

Cuando llegaron a la tercera planta se quedaron sin munición. El teniente y sus hombres habían barrido la primera y la segunda planta con una contundencia rayando en la locura. Entraron habitación por habitación y pronto no distinguieron entre enfermos y familiares, entre infectados o convalecientes de alguna otra enfermedad. Dispararon a todo aquel que huía o trataba de esconderse. Unos pocos se libraron y fueron enviados al aparcamiento para que los custodiasen sus hombres de fuera. También fueron atacados por infectados resucitados, y presenciaron escenas de canibalismo, eso aún los desestabilizó más.

En una habitación de la segunda planta vieron cómo dos ATS devoraban a un enfermo que estaba tumbado en una cama. Cuando entraron el teniente y el soldado, se giraron y los miraron con la boca llena de sangre, sin dejar de masticar unos intestinos azulados. El soldado perdió los nervios y disparó una ráfaga continua, sin soltar el dedo del gatillo. Las batas de los ATS se cubrieron de agujeros que pronto se mancharon de sangre, pero no cayeron, solo se agitaron por los impactos, luego

gruñeron y se precipitaron al ataque. El soldado había agotado el cargador e intentaba meter otro, buscó en su cartuchera, sacó uno pero fue consciente de que no le daría tiempo a recargar el arma. Fue el teniente Aconda el que levantó su pistola y, con dos disparos certeros en la cabeza, acabó con ellos, «disparos a la cabeza, soldado, y no malgaste munición», dijo rotundo.

Ahora estaban en la tercera planta, apoyados en el mostrador de control comprobando el armamento, colocando los últimos cargadores, con los uniformes cubiertos de salpicaduras de sangre, esperando a que les trajeran munición del camión.

—¿Cómo va esa munición, soldado? —preguntó el teniente a través de la radio.

—Estoy llegando, señor —contestó el soldado en una comunicación llena de interferencias.

—¿Han podido contactar con el cuartel?

—No señor, siguen sin contestar.

En la tercera planta estaban ingresados los enfermos que requerían menos cuidados y la zona administrativa. El tiroteo y los gritos no habían pasado desapercibidos, y enfermeras, médicos, pacientes y familiares, contemplaban a los militares con un silencio aterrador. Todo había sido tan rápido que la desinformación era total, nadie sabía qué estaba pasando. Las líneas de móviles estaban colapsadas y la centralita muerta, reventada a tiros, por supuesto. Se comentaba de un posible ataque terrorista, por eso, algunas personas al ver a los militares españoles se tranquilizaron un poco.

El soldado que traía la munición apoyó una caja pesada sobre el mostrador y se cuadró.

—Vuelva a su puesto —le ordenó el teniente Aconda—. Municiónense, soldados.

Fueron llenando sus cartucheras y bolsillos y le pasaron al teniente seis cargadores de pistola. Golpearon los cargadores contra sus cascos antes de guardarlos para asegurarse de que los cartuchos se reacomodaran bien y evitar que pudieran encasquillarse.

—¿Pueden decirnos qué está pasando? ¿Qué son todos esos cadáveres que hay en el aparcamiento? ¿Han venido a protegernos, verdad? —la que habló fue una señora que sostenía a su hija, que sudaba copiosamente y le costaba mantenerse en pie.

Nadie le contestó. El teniente Aconda, introduciendo un cargador en su pistola, se giró hacia los tres soldados que lo acompañaban.

—¿Preparados? —preguntó a sus hombres. Sin esperar respuesta soltó el cerrojo de la pistola y disparó, primero a la hija, luego a la madre, dos certeros disparos a la cabeza.

La lluvia arreciaba inmisericorde. Una cortina de agua cambiante por el fuerte viento barría la terraza de lado a lado y ocultaba los edificios en la distancia. Aunque los

sumideros hacían bien su trabajo comenzó a acumularse el agua en determinadas zonas. El cielo se había oscurecido tanto que parecía que fuese a anochecer. No dejaban de oírse sirenas de policía o ambulancias y pitidos incesantes de coches metidos en atascos infinitos.

—¡Qué follón se está montando, chica! ¡Qué desastre de tráfico! Ven a mirar —le pidió Julián, desde el borde de la terraza, moviendo la mano para que se acercara. Estaba totalmente calado.

Eva se acercó hasta donde estaba Julián. Temblaba de frío. Observó un rato los coches colapsando las calles y carreteras, y a la gente correr de un lado para otro. Estaban demasiado lejos para ver con detalle lo que pasaba, además la lluvia no ayudaba.

—El verdadero desastre vendrá cuando no se escuche nada —sentenció Eva.

—He estado pensando. ¿No te gustaría saber si estás infectada o eres uno de esos pocos elegidos?

Eva no contestó inmediatamente, se abrazaba a sí misma sin parar de temblar.

—No lo sé, la verdad.

—Tengo un amigo en el laboratorio de análisis. Bueno, quizá a estas horas tenga una bala en el cerebro o se alegre tanto de verme que «me coma a besos».

—Ja, ja, ja —Eva estalló en carcajadas por el juego de palabras—. Tienes gracia, hombre. Guapo y simpático, lástima que nos hayamos tenido que conocer durante un apocalipsis.

—¡Vaya! Me voy a ruborizar —dijo Julián haciendo como si se tapara la cara con las manos pero dejando que sus ojos, muy abiertos, asomaran entre los dedos. Luego se volvió y perdió la mirada otra vez en la lejanía—. En serio, Eva, sé cómo llegar al laboratorio sin pasar por el hospital.

—¿Sin pasar por el hospital?

—Hay una puerta abajo, justo junto a la escalera antiincendios de la derecha —le contestó Julián.

—Ya, y tú tienes la llave, claro.

Julián abrió mucho los brazos e hizo una reverencia, igual que si saludase a un público desde el escenario de un teatro.

—Mi amigo tenía acceso a muchas sustancias y... digamos que yo pasaba de vez en cuando por ahí, cuando él estaba solo, y probábamos distintas formas de viajar sin mover el culo.

—Tío, eres un irresponsable. ¿Trabajas colgado atendiendo a enfermos? —le reprochó Eva.

—¿Tú no necesitabas nada para soportar este trabajo, para sobrellevar la visión de la cama vacía de un enfermo al que habías cogido cariño, para mirar a los ojos de una madre que tiene a su hijo en oncología o para consolar a un enfermo terminal que te suplica que le pongas más morfina? Tal vez sí sea un poco irresponsable, pero es la manera que he encontrado para no volverme loco —habló Julián, en tono bajo y la

mirada perdida. No se justificaba, era una confesión.

Eva recordó inmediatamente sus arriesgadas escaladas, el subidón de adrenalina que le proporcionaba el peligro, los riesgos innecesarios que corría a menudo escalando sola, y las horas que pasaba en la cima después con la mente en blanco. Recordó y se arrepintió de haber juzgado a Julián. Iba a disculparse cuando le puso un dedo cruzado en sus labios y le habló bajito.

—Silencio, me parece que he oído algo.

Se acercó a la puerta metálica y apoyó la oreja. Con una mano en alto indicaba a Eva que se estuviera quieta.

—Creo que suenan disparos.

—Joder, ya están aquí —dijo Eva en voz baja, sin parar de temblar, ahora también de miedo.

—Voy a mirar —musitó Julián y metió la llave en la cerradura. Eva se acercó y le sujetó la mano.

—¿Estás loco, tío?

—Tranquila, me muevo por este hospital como una sombra, ¿recuerdas?

—Ten cuidado, ¿vale?

Julián no contestó y le guiñó un ojo mientras abría la puerta. Luego, caminando de puntillas igual que un personaje de dibujos animados, desapareció. A Eva se le formó una sonrisa por unos momentos, pero se esfumó cuando fue consciente de la situación. También se le pasó por la cabeza que, si no volvía a verlo, ya nunca podría disculparse. Cualquiera pensaría que esto último no tenía importancia, pero para Eva sí. Sentía mucho ser injusta con la gente y necesitaba disculparse si alguna vez lo era.

En un par de minutos la puerta volvió a abrirse y la cabeza de Julián apareció. Cerró con llave. Su mirada se había endurecido cuando habló.

—Están barriendo la planta. Llegué hasta el descansillo, me escondí detrás de la máquina de refrescos y escuché los gritos y los disparos, nítidamente. Eva, vi la sangre salir bajo la puerta de las habitaciones. Creo que no están dejando a nadie con vida.

Eva se llevó las manos a la cabeza y se escurrió un poco el pelo, luego se las colocó en el cuello: estaba ganando tiempo, evitaba decir lo que tenía en mente.

—No podemos confiar en que no suban aquí. Tenemos que largarnos ya.

Julián asintió.

La lluvia, lejos de aflojar, parecía intensificarse. Estaban calados hasta los huesos pero repentinamente dejaron de tener frío. Julián sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarro, evitando con la mano que se le mojase.

—Bueno, por qué escalera lo intentamos.

—Tú mira a la derecha y yo a la izquierda —resolvió Eva.

Echaron un último vistazo al aparcamiento para comprobar la posición de los soldados, ninguno controlaba directamente las escaleras antiincendios, pero no podían estar seguros de no ser vistos cuando bajaran. El soldado de la parte trasera

permanecía en el centro, junto a la valla del fondo, quieto, aguantando estoicamente la tromba de agua. Hubiera sido más sencillo saltar esa valla de alambre del fondo, ya que en los laterales se alzaba un muro cuya altura les era imposible calcular.

—Una vez estemos abajo tendremos que correr y saltar el muro —dijo Eva.

—¿Cuánto medirá?

—No estoy segura, dos metros y medio o tres —respondió Eva, dándose cuenta en ese momento de que la diferencia podría significar la vida o la muerte, por eso se paró en seco—. Espera.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Tú llegas a tocar el aro de una canasta de baloncesto? —le preguntó Eva.

—Con un poco de suerte lo rozo con la punta de los dedos. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Si ese muro mide más de dos metros, máximo dos y medio, no podremos saltarlo y nos freirán abajo —respondió Eva con el semblante abatido.

Julián no respondió, fue corriendo hacia la escalera de la izquierda y se asomó.

—Creo que tendremos que bajar por aquí —resolvió finalmente Julián.

Le indicó a Eva los contenedores de residuos que se disponían junto al edificio, justo debajo de la escalera. Eran grandes y con ruedas, medirían más de un metro de alto. Tendrían que desplazar uno de ellos hasta colocarlo junto al muro, le explicó, luego sería fácil saltar al otro lado.

—Hay muchas cosas que pueden fallar, Julián. Si está lleno no será fácil moverlo, además hará mucho ruido al rodar y cuando pasemos empujándolo llamaremos mucho la atención.

—O es eso, o nos quedamos aquí a esperar.

Eva pareció reflexionar un poco. Vio a los militares registrar el *parking* subterráneo y el edificio anexo donde se guardaba el material más delicado, estaba segura de que no terminarían su trabajo hasta revisar el último rincón del hospital. Cuando subieran no dejarían que una endeble puerta metálica los detuviera. Por eso miró a Julián con los labios fruncidos.

—Vamos —dijo finalmente.

La escalera era metálica. En otras circunstancias hubiera producido mucho ruido al bajar por ella, pero confiaban en que la tremenda tromba de agua amortiguara el ruido o al menos lo enmascarara. Descendió primero Julián, que se quedó esperando en el descansillo del primer tramo. Eva bajó de frente, cuando le quedaban dos peldaños para llegar al descansillo se detuvo y se quedó mirando la cara de Julián. Este tenía la mirada fija en su camisa mojada, la tela se ajustaba y se tensaba en su pecho.

—No me puedo creer que en estas circunstancias me estés mirando las tetas —le increpó Eva en tono bajo pero rotundo.

—Una cosa no quita la otra. Y tú, «ojos verdes», estás tremenda.

—Anda, tira para abajo, tira, y procura no hacer ruido.

—Voy, voy —dijo Julián resignado.

No tardaron en llegar, eran solo tres pisos. Empujaron suavemente el último tramo de la escalera móvil y bajaron con mucho cuidado. Ya estaban abajo, agazapados contra la pared, totalmente expuestos a cualquier soldado que se asomara por la esquina.

—Queda poco. Ahí están los contenedores, vamos a escondernos detrás —musitó Julián.

De momento estaban cubiertos de la visión del soldado que vigilaba la parte trasera, pero cuando empujaran el contenedor, más o menos a mitad de camino, serían visibles, tenían que ser rápidos. Eva tanteó los contenedores y luego se giró hacia Julián.

—El naranja de plástico es el que parece menos pesado, además hará menos ruido que los metálicos.

—Entonces, vamos, del tirón —dijo Julián con el entusiasmo de un niño en un parque acuático, y se colocó en un lado del contenedor, dispuesto.

—Espera, espera.

—¿Qué pasa ahora?

—Esto no va a salir bien, nos van a freír el culo —dijo Eva, en tono abatido, dejándose caer en el suelo. Julián se sentó a su lado invadido de sensatez, ella tenía razón.

Permanecieron así unos segundos, quizá un minuto. Durante ese tiempo el teniente Aconda había descubierto la puerta metálica que daba acceso a la terraza y, sin preocuparse por buscar las llaves, reventó la cerradura con dos disparos a quemarropa. Salió a la intemperie y agradeció el agua de lluvia. Se quitó la máscara antigás y la gorra, y dirigió la cara hacia el cielo recibiendo la lluvia como un bálsamo. Ya solo lo acompañaban dos soldados que esperaron sin hacer gesto alguno, con las armas preparadas. El tercero sufrió un ataque al entrar en una habitación, un infectado salió del cuarto de baño y le mordió en un brazo, el teniente mató primero al infectado y después al soldado.

—Revisen la terraza —fue lo que ordenó antes de volver a colocarse la máscara.

—¿Has oído eso? —preguntó Julián.

—Esos disparos venían de arriba. Cuando se asomen nos verán y nos matarán como a conejos.

—No hay vuelta atrás —sentenció Julián.

—Vamos entonces —dijo Eva, y se disponía a empezar a empujar con todas sus fuerzas cuando Julián le agarró del hombro.

—Espera, se me ha ocurrido una idea.

Julián se la explicó con detalle pero con urgencia, atropellando las palabras. Eva entendió perfectamente y, aunque se negó al principio, no pudo negar que tal vez

fuese la única opción, y al final aceptó. Mientras hablaban no dejaban de vigilar en todas direcciones, pero sobre todo hacia arriba. Se miraron durante unos instantes y, después de abrazarse por si no volvían a verse en este mundo, «a la de tres» pusieron en práctica el loco plan de Julián.

Eva subió en el contenedor y se agachó. Julián, después de quitar los frenos a las ruedas, comenzó a empujar con todas sus fuerzas. Unos veinticinco metros los separaban del muro. A mitad de camino, más o menos, serían visibles por los soldados que estaban abajo. El contenedor, con Eva encima, pesaba más de lo que esperaba y a Julián le costó un poco coger impulso, luego ganó velocidad y, antes de llegar al muro, Eva se levantó.

—¡Eh, chicos, aquí, yuuuuuuu! ¡Chicos! —Eva comenzó a gritar mientras Julián seguía empujando. Bailaba sobre el contenedor, en sujetador y agitando la camisa por encima de su cabeza.

El soldado que montaba guardia en solitario en la parte trasera fue el primero en verlos. Un soldado del aparcamiento también se dirigió hacia la esquina y se asomó para ver lo que pasaba. Julián seguía empujando y Eva no paraba de bailar y contonearse sobre el contenedor. Cuando fue consciente de que habían sido descubiertos se agarró los pechos con ambas manos y, añadiendo unos sugerentes movimientos, se los ofreció a los soldados.

—¡Mirad lo que tengo para vosotros, guapos, todo para vosotros!

Los soldados mantenían sus armas a media altura, fascinados por el espectáculo.

Salvaron los últimos metros que los separaban del muro y, con un golpe violento, el contenedor chocó. Eva, con la velocidad del rayo, saltó al borde del muro y quedó tumbada sobre él. En un abrir y cerrar de ojos desapareció al otro lado.

El teniente Aconda había oído los gritos y se asomó por la terraza justo en el momento en que Eva se encaramaba al muro. Llevaba la pistola en la mano, por eso no tardó en apuntar y disparar, por suerte Eva ya había desaparecido cuando la bala se estrelló en el cemento. Al oír los disparos provenientes de la terraza, los soldados salieron de su trance y levantaron sus armas para apuntar al único objetivo que quedaba a la vista.

En el momento en el que Julián se encaramó al contenedor, Eva ya estaba a salvo. El sonido de una bala, impactando y salpicándole trozos de cemento, le decía que sus posibilidades se habían reducido mucho. Los soldados, en ángulo cruzado sobre el objetivo, montaron sus armas. Metieron una bala en la recámara y apuntaron cuidadosamente sus HK G36, un subfusil efectivo hasta los doscientos metros y apuntaban desde menos de sesenta. También el teniente mantenía la pistola sujeta con ambas manos, no podía errar el tiro a esa distancia.

Un rayo iluminó la escena de repente y dibujó un tajo de luz en el cielo. Los tres tiradores apretaron el gatillo prácticamente en el mismo instante en el que, justo encima, un ensordecedor trueno estalló mezclándose con las detonaciones.

Los dos soldados erraron el tiro y sus balas pasaron a pocos centímetros del

cuerpo de Julián. La bala del teniente también falló, pero se llevó media oreja antes de estrellarse contra el muro. La adrenalina hizo que casi no sintiera el impacto y saltó al otro lado justo cuando una nueva andanada barría el lugar donde instantes antes había estado.

Cayó de cualquier manera y se golpeó en un brazo. Eva esperaba al otro lado del muro. Lo ayudó a levantarse y, cogiéndolo por los hombros, lo miró fijamente.

—¡Te han dado! ¿Estás bien? —preguntó observando cómo la sangre manchaba el lado derecho de su cara y bajaba por el cuello.

—¡Corre, Eva, corre!

Y corrieron hasta perderse entre las calles. Y siguieron corriendo aunque ya sabían que estaban a salvo.

4. LAMIÉNDOSE LAS HERIDAS

Las calles mojadas reflejaban destellos dorados producidos por la luz de vapor de sodio de las farolas. Era de noche. Había dejado de llover hacía una media hora pero aún caían gotas de los árboles y los aleros de los edificios, empujadas por una suave brisa intermitente. Hasta el interior del bar donde se habían refugiado llegaba, nítido, el rumor de catástrofe que se vivía en el exterior: carreras, acelerones de motores, gritos aislados...

—¿Has mirado en todos los canales?

—No hay más que estática —respondió Eva arrojando el mando a distancia sobre el sofá.

Huyeron del hospital, corrieron sin rumbo, uno detrás del otro. Iban tan asustados que no se percataron de lo que pasaba en la calle. Fue al detenerse para coger aliento, cuando fueron conscientes del caos que los rodeaba. La calle estaba llena de infectados que perseguían a los ciudadanos, estos corrían de un lado a otro con el terror reflejado en sus rostros. Aquí y allá vieron escenas brutales. Muy cerca de la esquina donde pararon dos infectados agachados devoraban a una mujer que aún se convulsionaba en el suelo. Cientos de coches habían salido al mismo tiempo y colapsaban las calles, sus conductores tocaban las bocinas desesperadamente en un intento absurdo por agilizar su huida, aunque lo único que conseguían era llamar la atención de los infectados, que los rodeaban y golpeaban sus cristales hasta romperlos, luego unas manos como garras se introducían por sus ventanillas para alcanzar la carne que tanto deseaban.

Enseguida se dieron cuenta de que necesitaban un sitio donde resguardarse. Julián se agarraba el brazo izquierdo, cojeaba y la sangre de su oreja le manchaba los pantalones. Una vez pasado el chute de adrenalina se sentían cansados y doloridos. No llegarían muy lejos así. Primero se metieron en un portal de una casa antigua y estuvieron escondidos bajo el hueco de la escalera hasta que anocheció. Se mantuvieron en silencio, helados de frío, acurrucados juntos. Cuando oscureció salieron de nuevo a la calle. Estaban hechos unos zorros, Julián tenía un dolor tremendo en el brazo, la oreja le palpitaba y su rodilla derecha se negaba a doblarse, necesitaba una cura urgente. La solución llegó cuando vieron un bar. El cierre no se encontraba bajado del todo. No se lo pensaron dos veces, lo levantaron y se metieron dentro, estaba totalmente a oscuras. Bajaron el cierre hasta abajo detrás de ellos, hizo un ruido tremendo, esperaron con la respiración contenida: si estaba lleno de infectados estaban listos, pensaron, no tardarían en comprobarlo si era así. Heridos y cansados, no tendrían fuerzas para luchar, serían presa fácil. Julián sacó el mechero y

lo encendió. Lo movió delante de sus ojos, intentando adivinar una sombra, una silueta... temiendo descubrir unos ojos rojos sobre una boca babeante.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —preguntó Eva de repente. Julián dio un brinco cuando escuchó su voz y la miró como se miraría a un mudo que de pronto recita del tirón un capítulo del Quijote.

No recibió respuesta.

Tampoco escucharon ruido alguno y eso los animó a que, caminando muy despacio, se acercaran al mostrador.

—¡Hola! —repitieron casi a la vez, un poco más alto.

Registraron todo el bar y no vieron a nadie, ni vivo, ni muerto..., ni no muerto. El bar no era muy grande pero tenía un cuarto en la parte trasera que debía usarse como oficina y sala de descanso, en el que encontraron: una estantería, una mesa con un portátil, una silla, una pequeña mesa redonda con otras dos sillas, un sillón de escai de tres plazas y una antigua televisión de tubo colocada sobre un soporte en la pared. Eva vio un par de grandes candados con las llaves puestas y lo primero que hizo fue salir y colocarlos en el cierre. No le fue fácil hacerlo desde dentro y a oscuras, pero después de varias intentonas encontró las argollas a tientas, y el clic que hicieron al cerrarse le sonaron a música celestial.

De momento estaban a salvo.

—¿Y en la radio?

—Solo estática también, joder, ya te lo he dicho —le espetó Eva recostándose contra la pared.

Lo primero que había hecho Eva al sentir que se encontraban seguros allí, fue buscar algo con lo que curar la oreja de Julián. Comprimió la herida con un pañuelo hasta que dejó de sangrar, pero tenía que desinfectarla y vendarla adecuadamente. Halló un pequeño botiquín en la estantería con todo lo necesario para hacerlo. El hombro era otra cosa, parecía dislocado, y la rodilla estaba hinchada como un balón. Eva sabía lo que tenía que hacer para solucionar lo de su hombro, y Julián lo temía porque también lo sabía. El grito que soltó se hubiera oído en todo el barrio de no haberle metido un trapo en la boca mientras daba el tirón a su brazo. Después se encontró mejor. Le confeccionó un cabestrillo con un par de trapos de cocina y le dio un analgésico. Con la rodilla poco pudo hacer, le colocó una bolsa con hielos que sacó de una nevera bajo el mostrador y procuró que la pierna quedara bien estirada.

Julián estuvo un poco mareado al principio y Eva lo dejó descansar mientras ella salía al bar y buscaba algo para comer. Aquello era una mina y no se privó de nada. Cortó unas lonchas de jamón, lomo y queso, abrió un par de latas de atún y para empujarlo todo descorchó una botella de vino Ribera del Duero reserva.

Cenaron en la pequeña mesa, con la televisión encendida. Como había una estufa eléctrica, se quitaron la ropa mojada y la colocaron en una silla frente a ella, pronto estaría seca.

Tan solo un canal emitía, el hombre que hablaba no era un presentador habitual.

Estuvieron de acuerdo en que probablemente sería algún técnico que los tenía bien puestos. Su discurso intentaba ser tranquilizador pero su cara decía lo contrario. Transmitía lo que otros compañeros le comunicaban a través de unidades móviles. Los teléfonos hacía horas que habían dejado de funcionar. El panorama que relataba era aterrador: inmensos atascos de salida de las ciudades, accidentes, infectados por todas partes y ausencia de información del gobierno. La policía no aparecía por ninguna parte, el ejército tampoco.

Era un sálvese quien pueda.

Las anteriores informaciones habían desatado la locura al asegurar que las grandes ciudades serían el principal foco de infección y a corto plazo los lugares más peligrosos para permanecer. Al recibir el *email* del Dr. Freeman las especulaciones se multiplicaron, hubo dudas, datos contradictorios. Hablaron expertos sobre virus, retrovirus, vectores de contagio... Luego, poco a poco, fueron desapareciendo las cadenas que emitían: la verdad se imponía. Normal, cuando ves a tu vecino del sexto comiéndose a tu vecina del segundo no hace falta que te digan nada para saber que la cosa está jodida.

Finalmente la televisión dejó de emitir a las 20:00 horas.

—¿Dónde vas?

—Voy a buscar velas, o una linterna —le respondió Eva—. ¿Cuánto crees que tardará la corriente eléctrica en cortarse?

—Supongo que no mucho —respondió Julián con la voz un poco amodorrada. Había cenado y bebido más de la cuenta y resbalaba dulcemente e inevitablemente hacia el sueño.

A las 21:15 horas se apagó la luz.

Eva miraba la llama de la vela y escuchaba la fuerte respiración de Julián, dormía profundamente. Los primeros pensamientos que tuvo, durante esa relativa calma, fueron para su padre. Cuando murió su madre, hacía un año, se fue a vivir con él. Tenía un hermano mayor pero estaba trabajando en Alemania, era ingeniero y ante la falta de perspectivas laborales en España, aceptó un trabajo en una fábrica de electrodomésticos en Dortmund y se largó. Notó a su padre muy afectado con la muerte de su madre, habían sido como culo y pañal toda su vida, y ahora lo veía perdido. Por eso renunció a su independencia, apaciguó su carácter indomable y se convirtió en una hija modelo, para que no estuviera solo. Decía que estaba bien, que no necesitaba su compañía, pero la cara de alegría que veía en él cada vez que llegaba a casa, no dejaba lugar a dudas. Trabajaba como jefe de sección en unos grandes almacenes y ese día libraba, lo recordaba porque le había mandado un mensaje al móvil diciéndole que prepararía paella y que la esperaría para comer. Por lo tanto estaría en casa, pensó Eva, en qué estado no lo sabía, pero la estadística le indicaba que probablemente ya no fuera su padre en ese momento. Aún así necesitaba

comprobarlo, tendría que volver a casa.

Sentada sobre un cojín, en una esquina de aquel pequeño espacio, empezó a amodorrarse. La estufa eléctrica calentó el cuarto antes de apagarse definitivamente y la temperatura era muy agradable. Sus pensamientos comenzaron a dejar de tener coherencia y se durmió. Casi al instante se despertó sobresaltada, había tenido un sueño. Bueno, no llegó a ser un sueño, solo fue la imagen de una cara horrible con la boca llena de sangre que se le echaba encima. Se tocó la frente, no sudaba, no tenía fiebre. Se levantó, la llama de la vela se agitó un poco a consecuencia de la corriente de aire que había generado con su movimiento. Apoyó la mano en la frente de Julián: seca y fría, dormía como un bebé. Volvió a sentarse en el rincón, sobre el cojín. ¿Qué posibilidades había de que no estuviesen infectados? Muy pocas, pensó. Según el vector de contagio era casi imposible que no lo estuvieran. ¿Sería posible entonces que fueran inmunes al virus *Fubarbundy*? Eso era aún más difícil, lamentó con frialdad.

Tendrían que esperar un mes para estar totalmente seguros. Quizá no hubiera sido tan mala idea haberse hecho un análisis de sangre como propuso Julián. Bueno, ya no había solución, concluyó su mente disgregada.

Fueron sus últimos pensamientos, luego, poco a poco, se desconectó y se sumió en un sueño profundo, con ausencia de imágenes.

Despertó sobresaltada. La vela se había consumido y la oscuridad era total, ni una gota de luz entraba por el ventanuco del pequeño cuarto. Eva miró su reloj y comprobó que había dormido cuatro horas. Dolorida por la posición en que se había quedado, necesitó de un par de intentos para ponerse de pie. Reparó en que no oía la respiración de Julián. Se orientó. Con sigilo se acercó y, palpando, llegó hasta el sofá. Esperó encontrar la cabeza de Julián apoyada donde la había visto por última vez, pero no fue así. Tanteó por todo el sofá: vacío. Su vista se iba acostumbrando a la oscuridad y ya distinguía volúmenes. Llegó hasta la mesa donde cenaron y cogió la linterna anticuada que había encontrado en un cajón. Las pilas, casi gastadas, proyectaron una luz mortecina pero suficiente para confirmar que Julián no estaba.

Buscó pero no encontró nada con lo que poder aplastar un cráneo humano. No se atrevió a hablar. Salía del cuarto para comprobar si estaba en el bar, cuando se lo pensó mejor y cerró la puerta. Durante unos minutos permaneció con la espalda apoyada contra ella.

—¡Julián, Julián! —llamó cada vez más firme—. ¡Julián!

No estaba segura de que su voz pudiera oírse bien y temía gritar más. Volvió a abrir y proyectó la linterna hacia el estrecho pasillo que conducía hasta el bar. Su luz amarillenta se debilitaba por momentos y apenas llegaba a iluminar la pared del fondo, a unos cuatro metros.

—¡Julián! ¿Estás ahí? —preguntó dirigiendo la voz hacia el pasillo, esperando que tuviera la suficiente fuerza como para doblar la esquina y llegar a los oídos de Julián, pero no lo bastante como para traspasar las puertas del bar y llegar hasta la

calle.

De pronto una figura asomó por detrás de la esquina. La luz macilenta iluminó el rostro de Julián. Tenía los ojos entornados y el pelo revuelto. Cuando terminó de doblar la esquina se detuvo y levantó la mano que tenía libre para taparse la cara. Cojeaba ostensiblemente y llevaba algo en la mano.

—Hola, «ojos verdes» —dijo Julián finalmente. Eva soltó de golpe todo el aire que tenía retenido en los pulmones desde no sabía cuánto tiempo—. ¿Te apetece tomar algo? —y levantó un tetrabrik de leche.

Las farolas estaban apagadas y también los semáforos, el corte de fluido eléctrico había sido general. Sonaban lejanas alarmas de locales y coches alimentadas por baterías que pronto se agotarían. Eva miró a través de la vidriera del local, la reja no era muy tupida y dejaba ver la calle. La luna estaba llena y la oscuridad no era total. El bar daba a una calle estrecha de un solo carril, podía ver el edificio de enfrente. En la ventana del primer piso distinguió una luz tenue y amarillenta, proveniente de alguna vela o candil. Inclínándose un poco más alcanzó a ver otra luz en el tercer piso, esta se movía y era más blanca, probablemente sería una linterna. No vio pasar ningún coche.

Del lado derecho apareció un infectado, lo distinguió por su andar impreciso y su cabeza bamboleante. Eva se echó para atrás y se quedó a unos dos metros de la puerta. El infectado se detuvo justo enfrente, se giró y miró en su dirección. Eva confió en que, al existir más luz en la calle que en el interior del bar, no la viera. Durante unos instantes el infectado movió su cabeza de arriba a abajo, como olfateando, luego golpeó el cierre y continuó su marcha hasta desaparecer de su vista. El estruendo metálico tardó un poco más en desaparecer del todo.

—¿Crees que pueden olermos? —preguntó Julián desde el otro lado de la barra.

—Ni puta idea.

De pronto un motor sonó en el exterior, parecía proceder de una moto. Eva miró hacia la izquierda y vio aparecer una luz de un único faro. Distinguió una persona con un casco que circulaba por la acera, sorteando farolas, papeleras e infectados. Se detuvo delante de un portal sin bajarse y sin dejar de acelerar. Eva entendía de motos y enseguida supo que se trataba de una Yamaha de 250cc, ya con unos añitos. La conocía bien porque tuvo una de segunda mano. Eso fue antes de comprarse la Harley Davidson Night V-Rod Special, la niña de sus ojos. Tuvo un leve pensamiento hacia ella, le costó los ahorros de tres años y ahora se pudriría en el aparcamiento del hospital. Del portal salió una figura cargada con una mochila a la espalda, una bolsa en una mano y en la otra el casco. Parecía una chica joven por sus movimientos y su larga melena suelta. El conductor agitó las manos y gritó algo que Eva no logró oír, por sus movimientos era un hombre. La chica se subió a la parte trasera pero con las prisas se le cayó el casco. Acomodó la bolsa entre su pecho y la espalda del

conductor y apenas llegaba para agarrarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Julián.

—Una moto. Una pareja... —susurró Eva.

La moto arrancó con un acelerón y se bajó del bordillo. Diez o doce infectados ya los estaban encimando, no corrían aunque caminaban muy rápido, era como si no tuvieran buena coordinación. Eva lo había visto muchas veces en personas afectadas de alguna lesión cerebral.

Les cerraron el paso y el conductor giró bruscamente el manillar noventa grados, entonces tuvo mala suerte, aceleró cuando la rueda pisaba la pintura del paso de peatones que, con la calle aún mojada, hizo que la moto patinara y se fuera al suelo. En cuestión de segundos los infectados se echaron encima de ellos, primero diez o doce, enseguida se juntaron muchos más. Al principio el motor, todavía en marcha, ocultó los gritos, luego, cuando se ahogó y se detuvo, resonaron los alaridos por toda la calle. Hasta que se apagaron de golpe.

Al final solo quedó el sonido que hace una manada de hienas devorando una cebra.

—No lo han logrado, ¿verdad? —preguntó Julián. Eva no contestó.

Julián mojaba una magdalena en el vaso de leche. Estaba sentado en un taburete alto y apoyado en el mostrador. Eva lo observaba y se asombró con lo rápido que se acostumbra la vista a la falta de luz, una mínima cantidad de fotones es suficiente para que el cerebro registre imágenes y complete las formas de aquellos objetos que los ojos no pueden ver en su totalidad. No pronunciaron una sola palabra hasta que Julián terminó de beberse la leche. Luego, mirando a la calle, vigilando que no hubiera ningún infectado cerca, encendió un cigarro.

—¿No vas a comer nada?

—No tengo hambre —respondió Eva.

—Ya.

Julián intuía que la visión que ella acababa de tener no era de las que se olvida fácilmente.

—Tuvimos mucha suerte de poder huir y encontrar este sitio.

—La suerte no tuvo nada que ver —dijo Julián mientras hacía dibujos imaginarios con el dedo sobre el mostrador—. Si no hubiera sido por ese trueno que sonó como mil pares de cojones ahora estaría criando malvas. ¡Fue el poder de la naturaleza! —concluyó imitando un trueno con los carrillos hinchados.

—Fue gracias a ti, y lo sabes, desde el principio tomaste las decisiones correctas, elegiste bien en todo momento. Yo sola no lo hubiera logrado.

—Nah —dijo Julián.

—¿Cómo sabías que funcionaría el numerito del contenedor?

—Saber, saber, no lo sabía, pero teniendo en cuenta que eran hombres y además

soldados la cosa tenía muchas posibilidades —respondió Julián.

—Pero tú corriste muchos más riesgos empujando el contenedor, lo podría haber hecho yo también, soy fuerte como una mula.

—No lo dudo, pero tienes que reconocer que mis pechos no hubieran causado el mismo efecto en la tropa —dijo Julián mientras daba una última calada a su cigarro antes de tirarlo al suelo.

—Gracias de todas formas, me has salvado la vida dos veces en un día.

Unos instantes de silencio, luego Eva recordó algo que había querido decirle y vio la ocasión.

—Quería disculparme por lo que te dije en la terraza del hospital.

—¿En la terraza, a qué te refieres? —preguntó Julián con sinceridad.

—Cuando te llamé irresponsable por tomar drogas en el trabajo.

—Ah, eso, no te preocupes. Eran solo unos porritos los que me fumaba de vez en cuando con mi colega del laboratorio. Exageré un poquito para impresionarte, a las chicas les gustan los chicos malos —dijo Julián y se encendió otro cigarro.

—A mí me gustan los chicos buenos... y valientes —concluyó y palmeó el hombro de Julián. Al instante se arrepintió.

Julián dio un respingo, se le estaban pasando los efectos del analgésico y tenía unos dolores tremendos en el hombro y en la pierna, dolores que habían hecho que se olvidara de su oreja. Cuando Eva lo golpeó, aunque fue suavemente, le pareció que le clavaban mil agujas en el brazo.

—Lo siento, lo siento. ¿Te he hecho daño?

—Ya te digo.

Eva miró su reloj. Eran las 6:15 de la mañana. Masticaba con desgana unos cacahuetes. Observó a Julián mientras tarareaba una canción incomprensible.

—Debo ir a mi casa —dijo de pronto Eva—. Tengo que ver si mi padre está bien.

—Ya, y luego nos vamos los tres de cañas.

—Lo digo en serio, Julián. Nunca podría perdonarme no haberlo intentado. No vivo muy lejos de aquí —continuó Eva y se acercó a la puerta, se recostó contra la pared y miró la calle en general, luego centró la vista en la izquierda—. Con esa moto sería fácil.

—Sí, claro, pregúntales a esa pareja. Ah, lo siento, que no te van a poder contestar... ¡Porque están repartidos en la puta tripa de una treintena de engendros come-humanos!

—¿Tú no quieres saber si tu familia está bien? Y esa novia tuya, ¿no desearías estar con ella en estos momentos?

—No tengo hermanos y mis padres viven en Londres. En cuanto a la novia... bueno, es una «*follamiga*» nada más, exageré un poco, ya sabes... —confesó Julián dejando la frase inacabada.

—Un poco de carga melodramática para impresionar a una chica.

—Más o menos —dijo Julián.

—Ya.

Julián se bajó del taburete apoyándose en la barra y caminó cojeando hasta Eva, que no dejaba de mirar hacia fuera.

—Es posible hacerlo, Julián, la moto tendrá las llaves puestas, solo está calada. Ahora hay menos infectados, ellos son lentos, es posible si lo hacemos rápido...

Calló y miró a Julián que aún no había llegado a su lado. Vio su brazo en cabestrillo, su cabeza vendada y su cojera. Julián no dijo nada cuando llegó a su lado, su imagen se explicó por sí sola.

—Tengo que saber si mi padre está bien, tengo que saberlo —repitió con un hilo de voz.

Antes de que Eva se volviera a mirar la calle, Julián distinguió el brillo de un par de lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Yo te ayudaré.

La idea de Julián era sencilla: él distraía a los infectados mientras ella corría hacia la moto y salía zumbando. Tardó un minuto en contársela y media hora en convencerla.

Eva se había puesto una chaqueta acolchada que había encontrado en el almacén, sucia y rota, pero que la protegería del frío, y Julián llevaba en las manos una cacerola y un cucharón metálico. Ya habían quitado los candados y esperaban junto a la puerta. Eva miró en dirección a la moto, luego a Julián.

—¿Estás seguro?

—Sabes perfectamente que conmigo sería imposible. ¡Mira cómo estoy! Y también sabes que sin una distracción, tú tampoco lo lograrías. Tienes que llegar hasta la moto, levantar los más de cien kilos que debe pesar, arrancarla y salir pitando. Hazme caso, es la única forma —explicó Julián esperando zanjar un asunto que llevaba tiempo intentando hacer—. Bueno, ha llegado el momento.

—Ya sabes lo que te he dicho, en cuanto los veas venir hacia ti, corre todo lo que puedas y vuelve a entrar. El candado está preparado, con que pongas uno será suficiente. Luego te quitas de su vista, no esperes a que yo me vaya —le dijo Eva casi susurrando.

—Vale, vale.

—¡No! ¡Vale no! ¡Mírame! —le increpó Eva, esta vez un poco más alto y cogiéndolo de la barbilla para que la mirara fijamente—. Haces exactamente lo que hemos acordado. ¿OK?

—Saldré, haré sonar un poco la zambomba y me vuelvo a casa, entendido.

—Sin mirar atrás.

—Sin mirar atrás —repitió Julián un poco zumbón.

—Luego te lo tomas con tranquilidad, descansas, te recuperas, te pones en forma y esperas a que vuelva a buscarte. Aquí tienes comida y bebida, y un sitio donde dormir resguardado del frío. Ah, y una máquina de tabaco entera para ti. Tómalo

como unas vacaciones.

—Claro, estaré bien.

—No te muevas de aquí, de acuerdo. Cuando compruebe cómo está mi padre volveré a por ti, te lo prometo. Julián, no te dejaré.

Julián no respondió. Volvió a mirar, comprobó toda la calle, se dirigió a Eva y la acarició distraído la mejilla. Luego se agachó un poco en el lado derecho, apoyó la cacerola y el cucharón en el suelo, junto a él, y esperó a que Eva agarrara el cierre con ambas manos por su lado izquierdo.

—¿Preparada? —Eva asintió con un movimiento de cabeza—. ¡Ahora! —gritó Julián.

Y con un tirón brusco, empujaron al mismo tiempo.

El ruido que produjo el cierre hizo que los infectados giraran sus cabezas. No había muchos, cuatro cerca y algunos más, alejados. Julián sujetó la cacerola como pudo con la mano que llevaba en cabestrillo, y con el cazo comenzó a golpearla. Poco a poco se fueron activando y comenzaron a andar en dirección al bar. Eva permanecía agachada, esperando el momento. El plan era esperar que estuvieran cerca de la puerta, en ese momento saldría corriendo entre ellos y llegaría a la moto, que estaba a unos veinte metros, Julián entonces bajaría el cierre. Confiaban que estuvieran entretenidos el tiempo suficiente para permitirle huir.

Los cuatro infectados llegaron a dos metros de ellos, Eva salió disparada y pasó como un rayo entre una mujer y un hombre de mediana edad. Julián seguía golpeando la cacerola, ahora con mayor intensidad, pero enseguida se dio cuenta de que la cosa no funcionaría. Era evidente que a los infectados les atraía más la carne que el ruido, porque se volvieron y siguieron a Eva. También se sumaron a ellos los que estaban más alejados.

No tendría tiempo para levantar la moto y arrancarla, se le echarían encima antes, eso estaba claro, pensó Julián. Sin tiempo para reflexionar, soltó la cacerola y el cucharón y salió del bar. Bloqueando en su cabeza el dolor que procedía de su rodilla, se encaramó a un coche abandonado en mitad de la calle con las puertas abiertas, y trepó como pudo hasta el techo.

—¡Eh, venid por mí, hijos de puta, venid si tenéis pelotas! —gritó y saltó, agitando el único brazo útil que tenía.

Eso sí surtió efecto, y los infectados dejaron de seguir a Eva y se dirigieron a la presa que tenían más cerca. Julián continuó gritando y saltando mientras veía cómo se le venían encima. En segundos estuvo rodeado por aquellos seres que lanzaban las manos para agarrar sus piernas. Los gruñidos eran escalofriantes.

Eva no se percató de lo que había hecho Julián, en ese momento estaba levantando la moto del suelo e intentando no mirar los restos humanos que estaban a su lado. Le pareció que pesaba una tonelada. Logró ponerla en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre la horizontal pero aún le quedaba otro tanto para enderezarla del todo. Supo que con la fuerza de sus brazos no lo conseguiría, por eso metió el

hombro y empujó, y empujó, aguantando el dolor que sentía mientras se le clavaba el chasis. Con un último esfuerzo la levantó. Sintió un mareo debido al agotamiento pero no había lugar para el descanso.

La llave estaba puesta, la giró...

... y no pasó nada.

Julián se desplazaba de un sitio a otro sobre la superficie del techo, evitando que esas manos lo agarraran. Si lo lograban estaría perdido. Quizá lo estuviera ya, pero no pensaba en ello, miraba a Eva esperando oír el motor de la moto, nada más.

«Tranquila», se dijo, «tiene que arrancar». Entonces vio a un par de infectados que doblaban la esquina y se dirigían directos a ella, venían de la calle principal. ¿Cuántos podrían venir detrás?, pensó. Volvió a intentarlo sin éxito, el motor producía una especie de tos asmática y nada más. En ese momento miró atrás, con un rápido vistazo quería comprobar si tenía posibilidades de volver a entrar en el bar. Si no había muchos engendros y Julián podía levantar con un brazo el cierre, quizá...

Lo que vio la dejó paralizada. Julián estaba encima de un coche (a unos cuatro metros de la entrada del bar, que continuaba con el cierre subido un metro más o menos), y un grupo de infectados lo rodeaban y trataban de atraparlo. Julián realizaba una especie de baile a la pata coja para evitar que cogieran sus piernas. Hubiera sido una visión cómica en otras circunstancias, en esas parecía lo que era, la danza de la muerte.

Pensó que si soltaba la moto ahora y corría hacia el bar, aprovechando que los infectados estaban distraídos, podría entrar y bajar el cierre, pero entonces Julián... Había otra posibilidad, pero pasaba porque la moto arrancara. Volvió a girar la llave, un ronroneo y poco más. Si no tomaba una decisión rápida los dos serían devorados.

Tres espectros más aparecieron por la esquina, se movían más rápido a medida que veían presas a la vista. Un intento más, giró la llave... y volvió a escuchar el sonido del fracaso. ¡Maldita sea!, gritó Eva, ¡maldita sea! Y unas lágrimas de impotencia llenaron sus ojos.

Julián había asumido que nunca volvería a entrar en el bar. Ahora solo le preocupaba no escuchar el motor de la moto. Eva estaba montada, eso lo veía, pero no arrancaba. ¿Qué demonios hacía? De pronto lo supo: la moto no funcionaba.

—¡Eva, si no arranca, corre, corre y vuelve al bar. Deja la moto y vuelve, correee...! —su voz se quebró cuando un infectado logró agarrar su tobillo.

Hasta los oídos de Eva llegó la voz de Julián. Estaría a unos quince metros, pero a ella le sonó como si le viniera del más allá. Iba a bajarse de la moto cuando se dijo: «una vez más», y volvió a girar la llave: «¡arranca, hija de puta, arranca!», pero solo escuchó el mismo sonido ahogado, como si no tuviera...

—¡Joder, claro, la gasolina! —gritó dándose una palmada en la cabeza.

Recordó la llave de paso de la gasolina. Palpó buscándola entre el chasis hasta encontrarla: estaba cerrada, había esperanza. Un infectado, especialmente activo, estaba a menos de tres metros. Abrió la llave de la gasolina y volvió a probar. El

motor sonó bronco, maravilloso.

Eva abrió gas y giró la moto en un palmo de terreno, el humo del tubo de escape inundó la cara del infectado que ya alargaba sus manos para cogerla. Vio a Julián tironear de su pierna presa. Estaba perdido si no actuaba con contundencia. El infectado que lo agarraba era su primer objetivo y se lanzó como un rayo contra él. Le propinó una tremenda patada a la altura de la cadera, y fue tan violento el impacto que derribó a un par de infectados más. Eva casi perdió el control de la moto pero pudo hacerse con ella, era una excelente conductora. Se paró a unos diez metros del coche y volvió a girar la moto haciendo derrapar la rueda trasera. Se le pasó por la cabeza intentar parar y recoger a Julián, pero sabía que era una locura, no tendrían tiempo suficiente y quedarían rodeados.

—¡Corre, Julián, entra en el bar ahora, vamos, ahora! —gritó la única opción factible. Y se le crispó la garganta del volumen con el que lo dijo.

Julián aún no creía lo que había visto, pero no era tiempo de pensar. Se dejó caer de culo, resbalando por el parabrisas, y aterrizó en el suelo. Manos espectrales se lanzaron hacia él, abriéndose y cerrándose. La adrenalina le dio alas y, medio corriendo medio gateando, pasó por debajo del cierre. La última gota de energía que le quedaba la usó para alargar su mano y, con un golpe brusco, bajar el cierre. Cerró el candado y expulsó el aire contenido en sus pulmones hacía un millón de años.

Caído en el suelo, junto a la puerta, miró entre los rostros monstruosamente contraídos de los espectros y buscó a Eva. Oyó el motor de la moto y por fin la vio pasar como un rayo, con el pulgar de su mano izquierda levantado.

—Hasta nunca, «ojos verdes», que tengas suerte.

5. PAELLA PARA CENAR

Empezaba a llover de nuevo sobre un Madrid prácticamente a oscuras. Luces mortecinas se filtraban entra las cortinas de algunas ventanas. El faro de una moto, violentamente, despejaba la oscuridad por donde pasaba. Eva circulaba lo suficientemente rápido para no ser alcanzada por aquellas manos monstruosas, pero con la prudencia necesaria para no chocar o caer, y no era fácil. El viento en la cara y las gotas de lluvia le hacían sentir bien. Cualquiera abría recorrido el trayecto aterrado, con las manos agarrotadas en el manillar de la moto, con el corazón a mil. Eva sin embargo disfrutaba de un estado de semiinconsciencia que la mantenía impermeable al entorno.

Un infectado levantó la cabeza del cadáver que estaba devorando y alargó su mano en dirección a la moto que pasó junto a él, luego volvió a agacharse y arrancó otro trozo de carne de un mordisco.

Ya estaba cerca de su casa. Recorría una ciudad que dormía el sueño del desastre. Apenas algunos gritos lejanos hubiera oído de no ser por el ruido del motor. Ya no había coches circulando pero sí detenidos en cualquier sitio y de cualquier manera. También estrellados contra farolas u otros coches. La moto pasaba entre ellos y brazos crispados salían como saludándola. Fue un esquivar constante de infectados que deambulaban sin rumbo, miles de cuerpos que antes fueron hombres, mujeres... niños y que ahora eran otra cosa muy distinta, unos nuevos seres que empezaban a reclamar el mundo como suyo.

Unas pocas calles antes de llegar la densidad de cuerpos que intentaban atraparla se intensificó extraordinariamente. Eva vivía cerca de una salida a la M30 y la acumulación de vehículos detenidos obstruía totalmente la calzada. El mayor número de infectados también se debía a ello. Sin posibilidad de circular, los ciudadanos que intentaron huir fueron poco a poco enfermando y probablemente abandonados por sus familiares en las aceras cuando entraron en coma. Sabiendo en lo que se convertirían, no dudaron ni un segundo y los arrojaron lo más lejos posible. Padres, hijos y hermanos, tirados como basura, con la maldita esperanza de librarse del contagio. Lo que no sabían era que antes de oír hablar de la pandemia, mucho antes, ya estaban todos condenados.

Eva se subió a la acera y, maniobrando con pericia, esquivó cuerpos y cuerpos de infectados que, bajo la luz del faro de la moto, aparecían de repente como en un videojuego de pesadilla.

La lluvia se intensificó y volvió resbaladizos los adoquines.

Comenzaban a dolerle los antebrazos de la tensión y el esfuerzo de cambiar constantemente de dirección. También tuvo que utilizar sus piernas para mantener el equilibrio. Reconoció la tienda de material de construcción que estaba a dos calles de

su casa. Eso le dio ánimos, y un poco de euforia hizo que acelerara en exceso. Vio un espacio entre los cuerpos de los infectados y aceleró un poco más. Lo había logrado, estaba en casa.

Pero calculó mal y pasó demasiado cerca de un infectado. Era un hombre en pijama, muy delgado y también muy viejo, con el pelo totalmente blanco vencido sobre sus ojos. Unas garras de acero se lanzaron sobre Eva, iban dirigidas a su cabeza. Gracias a los reflejos que aporta el estado de absoluta alerta, las esquivó de milagro. Sin embargo, con el brusco movimiento perdió el control y la rueda delantera osciló de un lado a otro. Botó sobre el sillín y estuvo a punto de salirse, pero los muchos años de experiencia con las motos, y su temple, lograron que no cayera. Casi había recobrado el control por completo cuando la rueda trasera patinó.

Imágenes caleidoscópicas inundaron sus ojos, fragmentos de ciudad que congelaba la luz del faro como fotografías siniestras: coches, asfalto, sus manos, sus piernas, farolas, edificios, rostros monstruosos. Eva giraba y resbalaba por el suelo agarrada a la moto. Oyó ruido de metal y de crujir de huesos. Fueron unos segundos, pero la eternidad para ella hubiera sido más corta.

En un momento dado, cuerpo y máquina se separaron y tomaron trayectorias distintas. La moto impactó primero con un árbol para terminar estrellándose después contra un coche. Eva salió despedida a metro y medio del suelo hasta que chocó contra un infectado, derribándolo igual que si fuera un bolo. Durante una fracción de segundo ambos cuerpos estuvieron muy juntos, tanto que Eva pudo oler el aliento pestilente del engendro, luego se separaron. Quedó tumbada en el suelo como una muñeca rota. Estaba magullada y sentía dolor en todo su cuerpo, especialmente en la cabeza, y se encontraba desorientada pero sabía que no podía perder ni un segundo. Se levantó como un rayo y corrió sin pensar en su cuerpo, solo corrió, y mientras lo hacía buscó las llaves del portal en el bolsillo de su vaquero. El estruendo del accidente había convocado a un número muy elevado de infectados que gruñían buscando su cena.

La luna iluminaba la calle pero hubiera encontrado su casa a oscuras totalmente. Tanteó en la cerradura y sus manos nerviosas buscaron la llave adecuada. No quería mirar atrás, para qué. Metió la llave en la cerradura, la giró y entró. Cerró la pesada puerta de metal tras ella, con un portazo tan violento que rompió el cristal de una hoja. Luego, con la espalda apoyada, fue resbalando poco a poco hasta quedar sentada en el suelo. Su cuerpo notaba los golpes del gran número de infectados y sus escalofrantes gruñidos. Su cuerpo maltrecho se negó a moverse, necesitaba descansar.

Perdió la noción del tiempo que pasó allí sentada. No era consciente de si había dormido o no, ni siquiera estaba segura de estar viva o muerta. Punzadas de dolor por todo el cuerpo le trajeron de nuevo a la realidad. Se tocó la cabeza y notó algo denso y pegajoso en sus dedos, supo que era sangre sin verla, en el interior del portal la oscuridad era absoluta. Intentó levantarse pero no pudo. Se acurrucó en el suelo y se

sumergió en un sueño inquieto, en el que ojos y bocas de colmillos afilados le cantaban una nana para que se durmiera.

La despertaron los golpes. Temblaba de frío sobre el suelo del portal, en una esquina. Tardó unos instantes en recordar, en tomar consciencia de lo que había pasado, los gruñidos de los infectados le ayudaron a hacerlo. Se levantó trabajosamente y miró hacia la calle, a través de los barrotes y el cristal roto de la puerta. Estaba amaneciendo y había dejado de llover. El cielo lucía de un azul intenso con tonos violetas. Lo vio a través de las caras contraídas de un montón de infectados que golpeaban sin parar, chirriando los dientes y lanzando espumarajos amarillentos por sus bocas.

Se olvidó por un momento de todo lo que había pasado y pensó en lo realmente importante: estaba en su casa, había conseguido llegar arriesgando su vida y la de Julián para comprobar cómo estaba su padre, y eso era lo que tenía que hacer. Subió de dos en dos las escaleras, su cuerpo se quejaba a cada paso pero arrinconó las quejas. Observó puertas abiertas y sangre por las paredes y el suelo. No vio cuerpos ni infectados, pero sí los oyó. Los escuchó gruñir y masticar dentro de algún piso, no miró y pasó de largo, ligera, sin hacer ruido. Casi resbaló al pisar un charco de sangre a medio coagular en el descansillo del tercero. Debió vivirse un infierno en aquel edificio, el mismo que se vivió en todos los de la ciudad, en todos los del mundo. En cada rincón del planeta se libró una batalla y la humanidad había perdido la guerra. Eso pensaba Eva cuando por fin llegó al 4º B, su casa. La puerta del 4º A estaba abierta y alcanzó a ver el salón, pudo distinguir maletas por el suelo y ropa caída. Sintió curiosidad y se inclinó para ver un poco más. Un ruido de pies arrastrándose en el interior hizo que se olvidara, metiera la llave en la cerradura y abriera.

En ese momento fue consciente de lo que estaba haciendo. Quedó paralizada en el umbral. El salón quedada a su derecha y no lo veía, de frente tenía un estrecho pasillo que desembocaba en una habitación. Era su casa, pero su casa del nuevo mundo, y eso cambiaba mucho las cosas. Tal vez ya no encontrara a su padre dentro, leyendo en el salón, sentado en su sillón favorito. Lo más probable fuera que descubriese a un ser de tez cenicienta, ojos rojos y mandíbulas abiertas que le recordara levemente a él, solo eso.

Miró a su espalda y vio aparecer una figura en el salón de la casa de enfrente. En la distancia creyó distinguir una mujer. No miró más, se giró, entró en su casa y cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido. Ya estaba hecho, no había vuelta atrás. Se quedó de pie, sin mover un músculo, intentando escuchar, aguzando el oído al máximo, pero no escuchó nada, silencio.

La luz ya inundaba violentamente Madrid y se derramaba por todos y cada uno de los miles, cientos de miles de edificios, y por cada una de sus millones de ventanas. También iluminó, por supuesto, las ventanas de la casa de Eva, y fue esa misma luz la que ayudó a reflejar su imagen en el espejo del mueble recibidor de la entrada.

Eva se observó como si mirara a otra persona, y esa objetividad fue la que le dio

una visión real de lo que veía, y no le gustó. La chaqueta estaba húmeda y rasgada. Los pantalones vaqueros tenían un desgarrón en la rodilla y una mancha de sangre, y estaban tan sucios que parecían negros. Pero lo peor con diferencia era su cara. Su bonito pelo negro era un revoltijo, apelmazado de polvo y sangre. En su mejilla derecha había un rasponazo y tenía una brecha muy fea en la barbilla. La sangre se había secado durante el tiempo que estuvo dormida y había formado una costra en su cuello. Se miró las manos, también cubiertas de rasponazos y de sangre, y las levantó hasta tocarse la cara. Era ella, claro, pero la expresión era distinta. Se acercó un poco para ver mejor sus ojos. Sí, sin duda eran los suyos, pero algo en su interior había cambiado. Esos pensamientos ocupaban su cabeza cuando sin querer tropezó con el paragüero metálico y este cayó produciendo un estruendo que sacó a Eva de su trance a la fuerza.

—¿Eres tú, hija?

A Eva se le iluminó la cara y de golpe olvidó todo lo que había pasado hasta ese momento. Era su padre, sonaba débil, pero era su padre, seguía vivo, seguía siendo él. La voz venía del salón. Corrió deseando abrazarlo y llenarlo de besos.

Lo encontró sentado en su sillón favorito, con la cabeza vencida sobre el pecho, delante de la televisión y con el mando a distancia en la mano. Una manta de lana gorda cubría sus piernas, temblaba ostensiblemente.

—Papá, papá —musitó mientras cogía la cabeza de su padre entre las manos y lo besaba en ambas mejillas.

—Hija, ¿dónde has estado? Estaba muy preocupado. Te he esperado despierto toda la noche.

—Estoy bien, papá. Ya estoy aquí, contigo.

—Pero todas esas cosas que han dicho por televisión, el virus, los muertos vivientes, Eva, ¿dime, qué pasa?

—Papá... —susurró mientras levantaba su cabeza y miraba sus ojos enrojecidos, la baba seca en su barbilla, la fiebre que perlaba su frente y llegaba hasta sus manos, abrasadora—. Todo está bien papá, no tienes que preocuparte de nada.

—Me duele mucho la cabeza, se me nubla la vista, no te veo bien, hija.

—Estoy bien, papá, pero tú tienes que acostarte y descansar. Vamos, te acompañaré a tu cuarto.

—Sí, hija, será lo mejor, no me encuentro bien. Luego me cuentas, luego.

—Vale, después te lo cuento todo, papá —musitó Eva sin dejar de acariciar la cara de su padre.

Apoyado en ella, caminó hasta su cuarto. Eva bajó la persiana y dejó la habitación en penumbras, descalzó a su padre y lo ayudó a meterse en la cama.

—Te echaré otra manta.

Eva lo arropó y besó su frente aguantándose el llanto. Después se alejó cojeando.

—Hija.

—Dime papá —respondió Eva desde el umbral de la puerta.

—Tienes paella en la cocina, me quedó muy buena, pero estará helada — consiguió articular a duras penas.

—No te preocupes, papá, ya la caliento. Tengo un hambre canina.

Antes de cerrar la puerta de la habitación fue al salón, sacó la caja de las herramientas del mueble mural, cogió un destornillador, volvió a la habitación y desmontó el pomo.

La puerta era maciza, resistiría.

Eva regresó al salón, se derrumbó en el sillón, enterró la cara entre sus manos y lloró hasta que se quedó sin lágrimas.

6. LUNA

La casa estaba revuelta. Había bolsas y maletas por todas partes y sus padres corrían de un lado para otro gritándose mutuamente. Oscurecía y ya empezaba a verse con dificultad, la electricidad no funcionaba.

—¿Dónde has puesto las botellas de agua? —preguntó con urgencia su padre.

—En la bolsa azul —contestó su madre.

—¿Has metido la comida? —continuó su padre.

—Está todo preparado, solo queda coger ropa de abrigo.

—Bien, démonos prisa. Tengo la caravana aparcada en la puerta.

—¿Crees que será lo mejor?

—Hay que irse de Madrid, a donde sea. Alejarse de la infección —explicó su padre mientras iba cogiendo los bultos y los ponía en la puerta.

—¿Qué pasa, papá? Mamá no me ha explicado nada, solo que tenemos que marcharnos.

—Hija, ha pasado una cosa horrible y tenemos que irnos. Ya te lo explicaremos después. Ahora termina de preparar tus cosas.

Luna no replicó y fue a su cuarto. Su madre se había encargado de meter su ropa en una maleta, pero de las cosas importantes prefería ocuparse ella. Tomó su mochila verde, la abrió y comenzó a llenarla con los objetos que ya tenía, perfectamente colocados, sobre la cama: un diario, un cuaderno de notas, un bolígrafo multicolor, un libro electrónico cargado con cien libros, un pequeño estuche de maquillaje regalo de su último cumpleaños, una botellita de agua, unos guantes y una bufanda, un paquete de pañuelos de papel, una cajita con artículos de costura de emergencia, un cortaúñas, pastillas para el mareo, unos pequeños prismáticos, un cepillo de dientes con pasta para viajes y su teléfono móvil. Había decidido meter a última hora un sujetador que su madre le había regalado hacía poco y que iba a juego con unas braguitas azules con lunares blancos. Aún sus diminutos pechos no lo llenaban, pero le había insistido tanto a su madre que terminó comprándoselo.

—¡Luna, nos vamos ya! —oyó a su madre gritar.

No olvidó echar de comer a Florita, un pequeño galápago que tenía en un acuario. Lo había intentado pero no le dejaban llevarla. Sus padres le dijeron que no era necesario, que volverían en unos días.

—Adiós, Florita, me tengo que ir, pórtate bien —susurró Luna mientras tomaba un buen puñado de comida y la vertía en el agua. Se echó la mochila a la espalda y se disponía a salir cuando se detuvo en seco, se volvió, cogió el bote de comida y a Florita y se los metió en el bolsillo del abrigo.

Al padre de Luna le había supuesto varias subidas y bajadas de escaleras el conseguir tener cargado todo el equipaje en la autocaravana. Afortunadamente vivían

en un segundo piso. No eran los únicos que se iban. La escalera era un trájín de vecinos saliendo con bolsas y maletas. La mayoría no sabía a dónde irían, los padres de Luna sí. Tenían una casita con terreno cerca de Cebreros, allí estarían bien hasta que todo pasara.

Eso pensaban.

Luna se subió a la parte trasera de la autocaravana mientras su padre se ponía al volante y su madre se sentaba a su lado. Pudo oír cómo su padre le contaba a su madre la odisea que había pasado desde que se fuera del trabajo. Había conseguido recoger la autocaravana y venir a buscarlas de milagro, le fue imposible cargar combustible porque las gasolineras estaban o bien cerradas o bien con colas kilométricas. Le quedaba un cuarto de depósito y confiaba en que fuese suficiente para llegar sin problemas.

Desde donde se había sentado Luna veía la cabina de conducción y, a través del parabrisas, Madrid iluminado exclusivamente por luces rojas de posición.

—Todo saldrá bien —susurró su padre y su cara se acercó a la de su madre. En el centro de la cabina Luna vio un beso apresurado que le recordó a otros tantos que había visto darse entre los protagonistas de las películas de desastres. No quiso pensar en ello y miró por la ventanilla, la oscuridad engullía poco a poco la ciudad por completo.

Luna era bajita para su edad, iba a cumplir doce años aunque aparentaba menos. No era débil, era fuerte y nervuda como su padre, pero al ser delgada y de piel muy blanca, proyectaba una imagen de fragilidad muy alejada de la realidad. Cuando volvió a pedir a su padre que le explicara lo que pasaba, este se excusó diciendo que no era el momento. Solo quería que la hicieran partícipe, que no la trataran como a una niña. Era lista como una ardilla, por eso no hizo falta que nadie le dijera que estaban huyendo de un desastre como nunca había vivido la humanidad, ya lo sabía. De su madre había heredado su pelo rubio, sus ojos azules y su piel nívea. El carácter reflexivo y su despierta inteligencia también provenían de ella.

—El tráfico es infernal —gruñó su padre.

Los padres de Luna llevaban un rato sin decir palabra. El padre trataba de controlar los nervios y apretaba el volante con mucha fuerza, se notaba en los tendones tensos de sus antebrazos. Había sido deportista de élite, campeón de España de los cuatrocientos metros tres años seguidos, pero una lesión en una rodilla lo despertó de sus sueños de éxito y lo devolvió a la realidad de la vida anónima, aunque aún conservaba la capacidad de control de la mente sobre el cuerpo de sus tiempos de deportista. Terminó trabajando en el negocio familiar, una pequeña joyería del centro que en los últimos tiempos, con la crisis, había ido de maravilla gracias a la subida del precio del oro. La madre era profesora de literatura en un instituto, había publicado dos libros de cuentos infantiles y uno de poemas, y estaba decidida a escribir una novela, por pura necesidad interior, sabía que nunca podría vivir de la literatura. Amaba los libros y había transmitido a Luna esa pasión por la lectura. Sus

padres se conocieron en la universidad y ya nunca se separaron. Eran un matrimonio casi perfecto, unos padres comprensivos y cariñosos que adoraban a su única hija. Los tres juntos componían una familia feliz.

—¡Vamos, vamos! —su padre proyectó la voz hacia el parabrisas, quería atravesarlo y llegar a todos y cada uno de los conductores que lo precedían, que eran muchos, muchísimos.

—Tranquilo, tranquilo, esto era de imaginar —musitó su madre mientras le acariciaba el brazo, tenso como una cuerda de violín.

—Mientras el motor está en marcha consume combustible, y no nos sobra —contestó golpeando el volante.

El viaje a Cebreros, situado a noventa kilómetros de Madrid, no les llevaba más de hora y media realizarlo un fin de semana cualquiera, pero hacía tres horas que salieron de casa y aún se encontraban en el Km 9 de la M-501, a la altura de Villaviciosa de Odón.

Luna observaba a sus padres desde atrás, sentada en la zona de comer con la mesa delante, a oscuras y con la pequeña Florita moviendo las patas entre sus manos. Intentaba no recordar las imágenes que había visto mientras salían de la ciudad: cómo la gente bajaba de los coches y dejaba tirados en mitad de la calle a sus familiares, temerosos de que los infectaran; los coches estrellados, con el conductor en su interior agitando los brazos y lanzando dentelladas al aire, o parados, con el interior cubierto de sangre producto de una carnicería; las escenas de barbarie, como aquellos dos hombres peleando, golpeándose hasta la muerte por una moto; los infectados, los cientos de infectados, con su andar vacilante y su horrible rostro contraído, aporreando los coches, rompiendo los cristales e introduciendo los brazos para agarrar a los pasajeros; los gritos desgarradores, los mismos que aún creía escuchar. Por eso se tapó los oídos, pero fue inútil, seguían allí.

Miró a sus padres, fijó la mirada solo en ellos. Y se agarró a su visión para que su mundo de felicidad no se le fuera a la mierda totalmente.

Tres horas más tarde se encendió un testigo en el panel de control.

—Joder, estamos en la reserva y aún nos quedan muchos kilómetros, y a este paso...

—Llegaremos, ya verás como sí. Y baja un poco la calefacción, estoy sudando —susurró su madre con un leve temblor en la voz.

—No la tengo encendida —contestó su padre y miró la ventanilla a medio bajar de la puerta de su mujer.

Llevaban más de una hora sin moverse ni un centímetro. Aprovechando que estaban cerca de un desvío a una comarcal, el padre de Luna sacó el vehículo del carril, le pidió a su hija que le acercara su abrigo acolchado y bajó de la autocaravana.

—Voy a ver qué demonios pasa. No se os ocurra bajar, ¿de acuerdo?

—Ten cuidado —musitó su madre con un hilo de voz.

Luna no dijo nada, seguía sentada en la semioscuridad del interior de la

autocaravana. No se le había pasado por alto el hecho de que su padre, antes de bajar, abriera la guantera y cogiera el revólver. Se enteró de que lo había comprado oyendo una conversación a medias entre sus padres. A ella nunca se lo habían enseñado, su padre no lo llevaba a casa, lo tenía en la joyería, en el cajón de su despacho. Lo vio una vez allí por casualidad, jamás en casa, aunque lo buscó, por curiosidad, para saber cómo era una pistola.

De pronto su madre pareció recordar a su hija, se giró en el asiento y dirigió la voz al interior del vehículo.

—¿Estás bien, hija?

—Claro, mamá, se está haciendo un poco pesado el viaje pero estoy de fábula — contestó con voz cantarina después de un breve silencio de reflexión—. ¿Y tú, mamá, qué tal estás tú?

—Bien, hija, bien, un poco cansada. Ya verás, pronto estaremos en casa y veremos un rato la tele. Papá vendrá pronto y nos iremos.

—Claro, mamá.

A las dos horas la puerta de la caravana se abrió de golpe y entró su padre. Venía empapado y nervioso, con el pelo revuelto. Se quitó el abrigo y lo tiró al suelo, la pistola la dejó sobre el salpicadero.

En la distancia parecían truenos, o fuegos artificiales de alguna fiesta lejana. Solo alguien que lo hubiese vivido sabría que en realidad se trataba de ráfagas de ametralladora.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, hija, un accidente. A unos dos kilómetros, un camión volcado —su voz urgente trató de ser sincera.

Arrancó el motor, dio un volantazo brusco y aceleró llevándose por delante el parachoques trasero del utilitario que lo precedía. La autocaravana fue dando bandazos mientras se saltaba una mediana, arrancaba una señal de tráfico y se adentraba en una carretera comarcal, oscura como boca de lobo, en aquella noche sin luna. Lo despidieron bocinazos y gritos, y distinguió por el retrovisor cómo el conductor con el que había chocado corría hacia él. Pronto fue una mota en el espejo. Bajó un poco la velocidad y entonces miró a su mujer, parecía dormida. Le tocó la frente, luego la cara, de nuevo la frente. Luna también le vio dar un golpe en el salpicadero, luego otro y otro, y volver a acelerar y encarar la comarcal con determinación suicida.

El padre de Luna no había contado la verdad, por supuesto. Cuando llegó al principio de la infinita cola de coches, una barricada con militares armados, un vehículo blindado y ametralladoras sobre trípodes bloqueaban la carretera. Un nutrido grupo

de gente, iluminados por unos grandes focos montados tras las barricadas, increpaba a cierta distancia a los militares. Había comenzado a llover con fuerza, y el estruendo de las gotas sobre los coches se unió al griterío general componiendo un ruido ensordecedor. Una voz proveniente de un megáfono se elevó sobre él.

—¡Vuelvan a sus vehículos y permanezcan dentro. Vuelvan a sus vehículos inmediatamente!

El padre de Luna contó unos diez o doce militares entre los que estaban de pie, en el vehículo blindado y apostados en las ametralladoras, todos con mono verde de plástico y máscara antigás. Una línea roja, pintada apresuradamente en el asfalto, mantenía a los civiles a una distancia de unos quince metros de la barricada. Poco a poco se fue acumulando más gente, los del fondo empujaban a los de delante y los primeros gritaban cada vez más. Palabras sueltas, frases inconexas, todas ellas producto de la desesperación, era lo que captaba el padre de Luna.

De pronto una consigna los unió a todos.

—¡Todos juntos, a todos no nos podrán parar!

—¡Sí, sí, vamos! —repitieron cientos de voces.

El padre de Luna observó todo desde una esquina, junto a una furgoneta amarilla de mensajería. Cómo una columna de ciudadanos, empapados por la lluvia, se separaba del grupo y traspasaba la línea roja y cómo, poco a poco, se les iban sumando más hombres, mujeres y niños. También escuchó de nuevo sonar la voz del megáfono, esta vez más amenazadora.

—¡Vuelvan inmediatamente detrás de la línea roja y métanse en sus vehículos!

La luz de los focos recortaba las siluetas de la gente. Su andar, vacilante en un principio, fue cogiendo brío, y más de doscientas personas traspasaron la línea roja.

—¡Si no retroceden abriremos fuego, último aviso!

Cuando se abre una lata agitada ya es imposible conseguir que el contenido vertido vuelva a su interior.

No hubo más avisos.

El primer disparo le voló media cabeza a un hombre menudo que caminaba en el centro del nutrido grupo, salpicando de sangre, sesos y trozos de cráneo a los que se encontraban cerca. Las ametralladoras calibre .50 fueron las siguientes en hablar. El padre de Luna tuvo los reflejos suficientes para tirarse al suelo y, a resguardo de la furgoneta, evitar las ráfagas mortales. Arrastrándose entre los coches se alejó de la masacre.

Corrió y corrió hasta que sintió que le estallaba el pecho. Luego se apoyó en un coche y lloró lágrimas de impotencia.

La primera etapa del loco y desesperado plan de los gobiernos mundiales para contener la pandemia, pasaba por la necesidad de mantener a las personas en sus casas. Las grandes ciudades se daban por perdidas y se acordó evitar la salida masiva

por carretera a toda costa. Ese fue el mensaje oficial también en España. Todas las cadenas de televisión retransmitieron el mensaje de «tranquilidad» del presidente del gobierno, la recomendación de quedarse en sus casas y no salir de ellas para nada, de no desplazarse para evitar infectarse. No se dijo que en realidad era para no infectar a más gente, claro.

El problema surgió cuando otro mensaje, difundido por científicos y seudocientíficos, periodistas, tertulianos y hasta famosillos colaboradores de tres al cuarto, decía justo lo contrario: salir por patas. Tampoco ayudó la filtración de que todo estaba grabado y hacía días que el gobierno en pleno había abandonado la ciudad con destino desconocido, y que de la Familia Real ni siquiera se hablara.

El ciudadano de a pie, maltratado por muchos años de mentiras, incompetencias, corrupciones y abusos políticos, estuvo dispuesto a creer a cualquiera antes que a ellos, y huyó en desbandada.

La segunda etapa habría consistido en reducir las ciudades a cenizas. Por suerte o por desgracia pronto no quedó nadie para encender la mecha, y el destino de la humanidad dejó de estar en sus manos.

7. FLORITA

El padre de Luna conducía como un loco, totalmente perdido, por una comarcal mal asfaltada llena de curvas. Aún huía mentalmente de la masacre perpetrada por los militares y de los cientos de infectados que iban rodeando los coches y que, a duras penas, esquivó hasta llegar a la autocaravana.

Clavó el freno de golpe y las ruedas patinaron peligrosamente en el asfalto mojado hasta detenerse definitivamente. El sonido del limpiaparabrisas fue lo único que se oyó durante unos minutos. Miró a su mujer, con la cabeza vencida contra la ventanilla, y abrió la puerta.

—No dejes a mamá tirada en el suelo, por favor, papá, no lo hagas.

—Tengo que hacerlo, princesa, no hay otro remedio —contestó con el llanto ahogado en la garganta, mientras bajaba de la autocaravana.

—Por favor, papá...

La lluvia entró por la puerta abierta. Luna vio por un momento la imagen fantasmal de su padre, entre una cortina de agua, iluminado por las luces de los faros mientras pasaba por delante. Abrió la otra puerta y el cuerpo de su madre cayó como una marioneta. Luna dejó de mirar, no quiso ver cómo su padre cogía a su madre de las axilas y la arrastraba fuera del vehículo, no quiso retener esa imagen en su memoria. Con las manos tapándose los ojos gritó a través del incesante repiqueteo de gotas de lluvia.

—¡La pistola, papá, coge la pistola y hazlo!

Su padre subió a la cabina. Las dos puertas delanteras estaban abiertas ahora y una corriente de aire helado y húmedo recordó a Luna que no estaba teniendo una pesadilla, que todo era real.

—Pero princesa... yo no... Es tu madre.

—Coge esa maldita pistola, papá, cógela —Luna habló con una voz firme y autoritaria que escondía un drama interior y una madurez anticipada que resquebrajaba definitivamente el capullo de la niñez.

Alargó la mano y cogió el arma. Luna no miraba, pero oyó el ruido del metal. No quiso oír tampoco y se tapó las orejas, pero la detonación fue demasiado fuerte y atravesó sus manos, llegó a sus tímpanos y se grabó a fuego en su memoria para el resto de su vida. Aún así algo en su interior le decía que el recuerdo de su madre muerta sería menos duro que la imagen de un espectro caníbal caminando eternamente por la tierra.

Durante más de media hora no hubo una palabra, ni un sollozo, solo se escuchó el sonido de los limpiaparabrisas y de la lluvia sobre el cristal.

Al pasar una curva los faros iluminaron un cartel que indicaba un pueblo a 10 kilómetros.

—Mierda —bufó su padre entre dientes. No iba en la buena dirección.

Hacia rato que la aguja indicadora de la gasolina había caído totalmente hacia la izquierda. Estaba desorientado por completo y no tendría combustible para llegar a Cebreros.

Un par de kilómetros más tarde el motor comenzó a toser y terminó por pararse. Cayó abatido sobre el volante. Luna cogió el galápago suavemente y, por primera vez, pasó a la cabina y se sentó junto a su padre.

—No te preocupes, papá. Descansa un poco, ya se nos ocurrirá algo.

Era difícil vivir algo más traumático, sufrir un día más perturbador y violento y, sin embargo, de pronto el cuerpo dice basta y se desconecta. Eso pensó Luna mientras miraba a su padre vencido sobre el volante, respirando fuerte, profundamente dormido.

La batería aún hacía funcionar los faros, y los limpiaparabrisas continuaban con su ritmo hipnótico: derecha, izquierda, derecha, izquierda.

Luna se dormiría segundos después y tendría un sueño muy hermoso en el que su galápago Florita crecía y crecía, y la llevaba a sus espaldas surcando mares de color turquesa. Buceaban hasta fondos marinos plagados de corales y peces de colores. Incluso unos hermosos delfines las saludaban moviendo sus aletas al verlas pasar. Sintió tan vivamente el agua tibia pasando veloz y la caricia de hermosas algas verdes por su piel desnuda, que su rostro dormido dibujó una leve sonrisa.

Un tibio sol atravesó el parabrisas y llegó hasta el rostro de Luna. Sus delicados ojos azules se abrieron poco a poco para contemplar, finalmente, un nuevo día. Lo segundo que vio fue una hoja cuadriculada sobre el salpicadero. La cogió y la leyó. Con una caligrafía apresurada, escrita en mayúsculas decía:

«PERDÓNAME, PRINCESA. TE QUIERO»

Su padre no estaba, la pistola tampoco.

Buscó por los alrededores hasta que encontró su cuerpo. Lo cubrió con ramas y hojas secas. Se guardó la pistola en el abrigo y luego volvió a la autocaravana.

Sentada en la parte trasera tomó en sus manos el pequeño galápago que continuaba dormido dentro del caparazón.

—Yo cuidaré de ti —musitó atragantada por el llanto, sorbiendo mocos de cabello de ángel.

SEGUNDA PARTE

8. SOLO

El sol se está poniendo y pronto será de noche, pero noche, noche. Quiero decir que no se verá una mierda. La primera vez que vi la ciudad a oscuras me impactó. Las farolas, anuncios luminosos, escaparates, semáforos, todo apagado. No hay luces de coches, luces blancas, rojas y amarillas, nada. Sin luz en las ventanas los edificios parecen más siniestros, muertos. Sobre todo eso me impactó, ninguna ventana iluminada.

Oscuridad absoluta.

Los días de luna llena se distingue algo, pero hoy está en cuarto menguante (como leí en algún sitio la luna es mentirosa, cuando tiene forma de D es creciente y cuando tiene forma de C es decreciente) y solo la silueta de los edificios se recorta sobre un cielo de película de Tim Burton. Nubes amenazantes se desplazan con cierta velocidad. La noche está fría y ventosa, oscura y silenciosa, bueno, eso es lo peor, el silencio. ¿Alguien puede imaginar estar asomado desde la terraza de un ático en Madrid, frente a la M 30 y cerca de la Adv. de la Ilustración, y no escuchar un solo ruido?

Oscuridad y silencio, nada más.

Acabo de cenar una lata de atún y dos trozos de melocotón en almíbar, empujado todo con una lata de cerveza del tiempo, que es fresco y, como las tengo fuera, estarán a ocho o diez grados. Ahora estoy en la terraza de mi ático, fumando el sexto cigarrillo del día. Tengo todo racionado, también el tabaco, calculo que tendré comida y agua para un mes, y cigarrillos para quince días. Cuando me quede sin comida y sin agua me tiraré a la calle... bueno, quizá lo haga cuando me quede sin tabaco.

Son las seis y cinco, hasta las ocho no me tocará fumar el último cigarrillo, después me iré a la cama, ¿qué voy a hacer a oscuras en casa? Por eso cuando oscurece me meto debajo del edredón de plumas y dejo que la luz que entra por la ventana me despierte al día siguiente. Duermo doce horas, como tres veces y fumo siete cigarrillos, esta es mi rutina básica diaria. O sea: como poco, fumo poco y duermo mucho, mi médico estaría contento.

También está el asunto del jardinero. Desde hace quince días entreno física y mentalmente, pero eso es más una necesidad que un reto, o ambas cosas. Noto que pronto estaré dispuesto a rematar la faena.

Tengo una linterna de esas que se cargan dándole a una manivela y, como no gasta pilas, la uso sin problemas. Por eso ahora voy a hacer recuento de comida, lo hago cada noche. Olvidé comprar papel higiénico y miro con desconsuelo el último rollo que me queda, si añadimos a eso el hecho de que no funcionan los grifos... ¿Habéis oído la expresión: pica más que un culito sucio?, pues eso.

Sin los humos de los coches y sin la contaminación lumínica el cielo de Madrid es

una pasada, estrellas y estrellas. No conozco las constelaciones pero alguna noche juego a descubrirlas: esa puede ser la Osa Menor, esa la Osa Mayor, esa otra Casiopea, y la de más allá Reticulum, que no sé si existe de verdad, pero qué más da, no veo a nadie por aquí cerca que eso le importe.

La verdad es que tengo bastante reserva de alimentos. Si redujera a dos comidas diarias tendría para cuarenta y cinco días. Fue una suerte (o una desgracia, ya veremos) que el día que todo empezó yo estuviera de compras en el supermercado. Odio hacer la compra y odio estar pendiente de que me la traigan a casa, por eso una vez al mes cogía el coche y lo cargaba hasta los topes de comida y demás artículos domésticos. Fue precisamente ese día, el día que se fue todo a tomar por culo, el que había elegido para hacer la compra. Si sumamos a eso el hecho de que encontré unas ofertas cojonudas, pues eso, que me pilló la cosa con la despensa llena.

¡Joder, qué día aquel! Lo recuerdo a menudo por dos razones: una porque me impactó de la misma manera que lo haría la visión lejana de una fiesta en un maníaco depresivo (esto lo leí en otro libro), y segunda porque es el último recuerdo que tengo de mi vida normal antes de que dejara de serlo. Había madrugado aquella mañana y antes de las diez ya estaba saliendo del garaje con mi coche. Sí, lo sé, no parece demasiado temprano para la mayoría de las personas que tienen un trabajo normal, pero es que yo no tenía un trabajo normal, qué demonios, lo sigo teniendo. A esto volveré más tarde, cuando lo haga incluiré el asunto de cómo tengo un ático en Madrid en un edificio con piscina, pista de pádel, gimnasio y vigilancia veinticuatro horas, ya que una cosa no cuadra con la otra. El tema es que sobre las diez y cuarto estaba aparcando en la puerta del supermercado y una hora más tarde tenía el carro lleno: latas de conservas de todo tipo, congelados, leche, vino, cerveza (muchas latas, pero muchas), fruta variada incluidos dos melones, zumos, verduras, carne, ajos, cebollas, pimientos verdes y rojos, zanahorias y hasta un conejito pequeño que tenía capricho de hacerme para el día siguiente. Tampoco olvidé el agua mineral, cinco garrafas de cinco litros cada una, no me gustaba el sabor de la del grifo..., bueno, la verdad es que no era el sabor, lo que entonces pensaba es que las cucarachas y las ratas usaban nuestros depósitos de agua como si fuesen parques acuáticos para su uso y disfrute personal, y no podía evitar, cada vez que llenaba un vaso, mirar en su interior con el mal presentimiento de encontrar flotando una pata de cucaracha o un bigote de rata. Compré dentífrico, dos cepillos nuevos, arroz, lentejas, pasta para parar un tren y hasta unos repuestos con fragancia de jazmín para los dispensadores de olor de los baños. Además eché al carro huevos, sal, Cola Cao, miel, lomo, salchichón y chorizo, jamón... palillos, una caja de palillos también compré. Tengo la dentadura perfecta, sin un empaste (bueno uno, pero hace tanto que me lo hice que a veces me olvido, fue durante la mili, hace más de veinte años), los palillos los compré para pinchar los berberechos, que me encantan, hacerlo con un tenedor no es lo mismo, coges muchos, es hacer trampas, por eso uso palillos, es como darles una oportunidad: «mirad, solo tengo un endeble palito y vosotros sois muchos, podéis

escapar en múltiples direcciones», bueno, nunca ha escapado ninguno, la verdad.

En la parte de abajo del carro, además de cuatro cartones de leche, llevaba una cafetera de esas que hacen el café con cápsulas, tenía capricho de ella y aquella mañana me decidí a comprarla, aún sigue en su caja. Y algunas cosas más compré que ahora no recuerdo, a ver... no, no recuerdo. ¡Ah, sí hombre!, unos guantes especiales para poder usar la pantalla táctil del móvil. Hay que joderse, y olvidé comprar papel higiénico.

Acababa de pagar y salía con el carro en dirección hacia mi coche cuando se desató la locura.

El cielo se está despejando y la bóveda celeste está impresionante, esto se merece otro cigarrillo, no han pasado dos horas todavía desde el anterior, pero un día es un día. Creo que ahora no me apetece recordar lo que pasó, voy a fumar tranquilo mirando las estrellas y luego me iré a dormir, mañana será otro día.

He desayunado un vaso de leche con Cola Cao y una manzana. Solo me quedan manzanas. Es una fruta increíble, aguanta lo que le echen. Para comer he cogido una lata de albóndigas y para cenar una de mejillones. Las tengo sobre la encimera de la cocina, el verlas ahí me da ánimos, no sé, pienso «hoy estás servido, tranquilo».

He montado una especie de cocina en la terraza noreste, que es donde menos sopla el viento, y allí caliento la comida. Uso un sistema muy sencillo: una cazuela y un alicate, bueno y unos trozos de madera y papel. La madera la voy sacando de un mueble aparador que nunca me gustó, y el papel... seamos sinceros, tengo algunos libros en casa que merecen eso y más. Cuando se cortó la corriente eléctrica, al día siguiente de que todo comenzara, lo tuve claro: nunca volvería. No había más que asomarse por la ventana para darse cuenta de ello. Ese mismo día comencé a trocear el mueble con un martillo y la macheta de cocina, con un cuchillo saqué las virutas que prenderían antes, junto con el papel. En la cazuela pongo el papel arrugado y lo prendo, voy echando las virutas poco a poco y cuando toma fuerza añado los trozos más grandes. Abro la lata, sin cortar del todo la tapa, y la pongo dentro de la cazuela, ¡y ya está! El alicate es para sacarla sin quemarme, claro. Suelo dejar la comida caliente para el mediodía, hay luz y me apetece más. Como en la propia lata para no manchar los platos, no hay agua, se cortó el día en que lo hicieron la corriente eléctrica y los servidores de internet, todo se fue al carajo al mismo tiempo.

Después de desayunar he pintado un poco, que es a lo que me dedicaba. Bueno, la verdad es que vivía de ilustrar cuentos para niños y encargos de páginas webs. Con eso pagaba las facturas, aunque la espinita me la sacaba exponiendo, en alguna galería de medio pelo, mi nueva colección de cuadros cada dos o tres años. Colección de la que apenas vendía uno o dos cuadros y volvía casi al completo a casa para terminar descansando en el trastero el sueño eterno. Acristalé por completo parte de la terraza noreste e hice un estudio, tenía calefacción y aire acondicionado. Ahora

solo tengo una luz fantástica, lo otro forma parte del pasado.

Estoy pintando un bodegón urbano con técnica mixta: acrílico, carboncillo y etiquetas de latas de comida pegadas con cola blanca.

Hoy me pienso bañar, aunque no me toca. Estoy que no me aguanto el olor ni yo mismo. Afeitarme dejé de hacerlo cuando se cortó la luz y la maquinilla eléctrica quedó inservible. Aún conservo espuma de afeitar y alguna maquinilla desechable, pero ahora no me importa que me crezca la barba. Antes eso me preocupaba porque ya la tengo llena de canas y me hacía parecer mayor, y para un divorciado maduro que aún estaba en el mercado eso era un hándicap. Ahora eso qué más da. Sin embargo la higiene es otra cosa. Me resisto al abandono absoluto, me mantiene vivo un baño de vez en cuando. Fue gracias a un impulso, quizá motivado por el recuerdo de algún documental o lectura sobre cómo actuar en caso de algún desastre, lo que me llevó a llenar las dos bañeras (en el tercer baño tengo ducha), los dos bidés y todas las ollas y cazuelas de agua. De momento he usado una bañera y el agua de dos cazuelas. La dinámica de actuación es la siguiente: una cazuela la uso para lavar utensilios de cocina, saco un poco en un vaso y limpio la cuchara, el cuchillo o lo que sea; la segunda cazuela es para enjuagarme los dientes después de cepillármelos, el agua usada no la tiro, la devuelvo a otro vaso que tengo para tal fin, y con un paño que desecho cada vez que uso (trocéé unas cortinas de algodón de la habitación de invitados, no sé por qué pero me da que no voy a recibir visitas en una temporada), me doy un agüita en los bajos después de cada deposición para que todo quede correcto.

No lavo mucho, tenía bastante ropa interior, y claro, al meterme en la bañera aprovecho y hago la colada. Se podría pensar que el agua estará impracticable, que será ya un caldo marrón grisáceo más fácil de cortar que de batir, pero no es así. Utilizo una técnica que usaban en la Edad Media, o al menos siempre la veía en las películas que mostraban a una dama que tomaba un baño; entre luchas de espadas e intrigas palaciegas era un relax mental y un regalo para la vista del espectador ver esas espaldas desnudas y esos rayos de luz sobre cabellos de miel... Umm... El sistema es tan simple como introducir una sábana dentro de la bañera antes de meterte en ella, luego pones el gel de baño, que todo lo mata, y a disfrutar. Cuando te cansas sales de la bañera, te secas, te vistes y sacas la sábana con cuidado, el agua escurrirá a través de la tela haciendo de filtro. Los, digamos, restos del naufragio quedarán en la sábana, luego la dejas secar, la sacudes y cepillas un poco, y lista para usar de nuevo, siempre del mismo lado, claro. Seguro que es una práctica que no aparece en el Manual de Higiene y Salud en el Hogar, pero a mí no se me ocurre otra manera mejor.

El agua de la otra bañera, los bidés y las cisternas la reservo. Tengo bastante líquido para beber, entre agua mineral, zumos, leche y cerveza. Seguramente agote antes la comida, pero me pareció buena idea mantener ese agua sin tocar y así hago. Bueno, la verdad es que me aterra morir de sed.

Algo que no he dicho es que ya estamos a finales de noviembre y, aunque en Madrid hace ya algunos años que los inviernos no son lo que eran, empieza a hacer frío. Dentro de casa estoy a diecisiete grados por la noche y bajando, eso quiere decir que meterse en una bañera con el agua fría es una experiencia difícil de olvidar. El día lo suelo pasar en el estudio, ya que gracias al sol es el lugar más cálido, por la noche pierde rápido temperatura.

Ya he comido, recogido la cocina y tirado la basura. O sea, he lavado una cuchara y he arrojado la lata y los restos de la fogata por la terraza. Lo sé, lo sé, no está bien. Debería echar la lata al cubo de los envases, y los restos de papel y madera quemada al de basura, para después, cuando estuvieran llenos, cerrar bien las bolsas y bajarlas, los días que toca, y depositarlas en sus correspondientes contenedores amarillo y naranja respectivamente. Eso sería lo correcto si el ambiente general no invitara al relax de las buenas maneras cívicas, ni hubieran estado dando vueltas por las zonas comunes un vigilante y un jardinero deseando comerme. Esto último fue hasta hace una semana, pero ahora ya me he acostumbrado y sigo sin bajar la basura.

Umm... tengo que empezar a disciplinar mis pensamientos, seguir un orden cronológico y repasar todo mentalmente, empezar por el principio y luego continuar. Sí, eso debo hacer, pero no ahora. En este momento me apetece salir a la terraza, fumar un cigarro y mirar por los prismáticos a ver si veo alguna cara conocida. Más tarde bajaré al jardín a pasear y realizar mis entrenamientos diarios. Me llevaré ropa de abrigo y leeré un rato también sentado en un banco, aprovechando este hermoso día soleado. Eso haré.

Hay más pájaros que nunca, o es la sensación que tengo, y palomas. Ellos están a salvo, vuelan libres, se posan en los árboles y las farolas con la tranquilidad de saberse inalcanzables. He visto incluso un grupo de periquitos de unos diez o doce individuos, son de un verde llamativo, vuelan juntos, comen juntos y también eligen siempre el mismo árbol para descansar. Parecen seguir a uno que tiene una pequeña mancha roja en el cuello. Quizá vengan de África o hayan escapado de alguna tienda o simplemente fueran liberados por sus dueños, quién sabe. Las urracas han tomado el parque que tengo frente a mi casa. Ya lo tenían en propiedad antes, era su coto de caza particular, ahora es su reino.

También surca el cielo una pareja de aves singulares, son más pequeñas que un halcón pero de ese tipo. No sé identificarlas, no entiendo lo suficiente de rapaces. Deben de tener su nido en alguna casa cercana. Cazan palomas. Otean desde los tejados y se lanzan en picado cuando ven una presa, posiblemente enferma o débil, o simplemente distraída. No se adentran en la zona de las urracas, éstas son muy territoriales y unas rivales implacables. Hace una semana una de las rapaces pasó planeando delante de mis ojos. Estaba apoyado en la terraza, como tantas otras veces, y la vi aproximarse por el rabillo del ojo. Una mancha marrón, de movimientos elegantes, atravesó mi campo visual a menos de dos metros. Hubiera sido algo sin reseñar de no ser porque al llegar a mi altura, justo cuando pasaba delante de mí, giró

su pequeña cabeza y me miró. Fue una sensación, claro, pero cuando aquel pequeño animal perfecto, mejorado a través de milenios de evolución, capaz e independiente, cazador implacable y letal, de una belleza difícil de describir, giró la cabeza y clavó sus inteligentes ojos en mí pareció decirme: «¡Coño! ¿Qué haces tú aquí, no os habíais muerto todos? Lo siento, tío, que tengas suerte, yo voy a seguir cazando».

No ha vuelto a pasar tan cerca. En algún momento albergué la vaga esperanza de que comenzara a visitarme a diario y, con el tiempo, terminara posándose sobre mi mano. Que compartiera las tardes conmigo. Ver anochecer juntos, en amigable conversación o en un silencio cómplice. No ha sido así, lo entiendo.

Perros ya no veo. Al principio vi algunos correr de un lado para otro, luego desaparecieron, imagino que en busca de agua y comida, reclamados por la llamada de la naturaleza. Ahora los animales son libres otra vez. Hubo uno sin embargo que se quedó unos días. Lo veía olfateando el aire, buscando a su dueño sin duda. Su andar, vivo al principio, se fue haciendo más lento y errático después. Era un pequeño beagle de color marrón, blanco y negro, de grandes orejas y rabo siempre en alto. A veces se paraba y aullaba con un lamento estremecedor. El mejor amigo del hombre había perdido el instinto de supervivencia y se negaba a retornar allí donde sus genes le decían que estaba el futuro. Olisqueaba a todos y cada uno de aquellos seres, buscando quizá una caricia detrás de las orejas, añorando la placidez de la vida de hogar junto a una familia. Pero no era una caricia lo que obtenía. El pequeño beagle huía cuando era un gruñido, seguido de un intento por atraparlo, lo que conseguía de ellos. Algo le decía que no eran los humanos que él conocía, que allí había gato encerrado. Y vaya si lo había.

Una mañana lo encontré tumbado en el centro de la calzada. Cansado, hambriento y débil, parecía haber dejado de luchar. Cinco comilones lo rodearon, él levantó un poco la cabeza y no hizo más.

Escuché unos débiles lamentos mientras se lo comían.

Mantengo la casa bastante limpia. Barro casi todos los días. Quito el polvo con un plumero y un paño. Hago la cama después de levantarme, bueno, después de desayunar que el rugir de tripas es lo primero que tengo que remediar. Fregar no friego, como es obvio, pero por lo demás intento mantener un orden y una higiene mínimas. Me hace sentir bien. El cubo de la fregona ha pasado a desempeñar otro papel, uno muy importante. Lo tengo en la terraza este, en una esquina bajo el toldo. Sobre él está una silla de madera oscura, ahora el conjunto es el nuevo váter. La elaboración me llevó su tiempo. Tomé medidas del original y corté las patas de la silla con un serrucho hasta conseguir los cuarenta y dos centímetros de altura estándar. El agujero en el asiento fue un poco más complicado, lo conseguí hacer con una barrena manual y un punzón: marcas el círculo con un compás de metal para madera, vas repasando las líneas una y otra vez, profundizando más y más, luego perforas agujeros muy juntos siguiendo la línea y ya casi está. Un golpe, cuando lo creas suficientemente débil, sacará el fondo. Para rematar un trabajo fino, una lima de

madera, lija y trabajo terminado. He montado la mayoría de los muebles de la casa y he fabricado las estanterías del estudio. Soy bastante «manitas» y tengo una buena colección de herramientas, la pena es que todas las eléctricas sean inútiles ahora. El cubo de fregar mide 31 centímetros de alto, con él no tuve ningún trabajo que hacer, lo puse debajo del agujero, coloqué una bolsa dentro sujeta con unas pinzas (al principio usé bolsas de basura, pero como tampoco me acordé de comprar se agotaron la primera semana, ahora pongo bolsas del supermercado) y el «trono» estuvo terminado. Podría parecer que me he tomado demasiadas molestias, pero os aseguro que la cosa mejoró bastante la experiencia y además, haciéndolo en la terraza, no añado nuevos olores a la casa, ya de por sí poco aseada. Al cubo va todo el agua sucia que uso para lavar los cubiertos, que es poca, y para asearme, que es menos aún, y también mis meados. He creado la rutina de aliviar mis tripas después de comer, cuando hay buena luz y la temperatura exterior es más agradable. Cuando termino me limpio (¡un rollo de papel me queda!), me paso un pañito húmedo al que llamo el «petit bidet», y después de anudar la bolsa va todo calle abajo por encima de la terraza: «¡Agua va!», grito, y le doy un toque del Siglo de Oro a este Madrid del siglo XXI.

Una vez miré para saber cómo había ido el viaje descendente, dónde había aterrizado mi paquete. Me asomé y vi abalanzarse a tres comilones, tirarse al suelo y disputarse con gruñidos mis desechos. No he vuelto a mirar más. No tengo la menor duda de que la calle sigue tan limpia como siempre.

Pronto llegará el frío. De momento lo llevo bastante bien. En el exterior baja hasta los seis grados de noche y por el día se mantiene entre ocho y doce. El interior de la casa no baja de diecisiete. Pero claro, aún el sol calienta y los muros y techos retienen el calor. Un par de noches de heladas y días nublados pueden poner la cosa mucho más difícil. Aún así no es el frío lo que acabará conmigo, antes lo hará el hambre y la sed, o el jardinero, claro, si no lo hace antes la soledad o la locura.

Quiero decir que no solo de pan vive el hombre.

Estoy viviendo una situación única en la historia del hombre desde que es hombre. Uno puede estar aislado en una cabaña en Alaska y no ver a un ser humano en meses, o encarcelado en un agujero hediondo sin contacto con nadie, solo, recibiendo la comida a través de una abertura en la puerta. Puedes estar en ese tipo de soledad, pero nunca podrá ser comparada con la mía, con la que siento ahora: el sentirse (amén de tener la certeza) solo en el mundo.

Ya me estoy poniendo negativo otra vez. Un psicólogo me diría que buscara refuerzos positivos, que ahondara en mi memoria y tratara de animarme con recuerdos gratificantes. Eso diría antes, ahora probablemente esté comiendo cagadas de perro en el mejor de los casos.

Estoy sentado en el sofá de piel del amplio salón de mi amplio y magnífico ático, así que no me fue difícil encontrar un buen momento de mi vida: el día que lo compré. Había vivido toda mi vida en pequeños pisos de alquiler del centro de

Madrid, en calles estrechas y edificios sin aparcamiento. Al terminar la carrera de ingeniero industrial, que fue la que le gustaba a mi padre, trabajé varios años en distintas empresas con escasos resultados. Lo que me gustaba era pintar. Cuando conseguí vender algunos cuadros y, sobre todo, llamar la atención de un par de editoriales de cuentos para niños, dejé para siempre la ingeniería. Pero claro, los ingresos provenientes del arte son escasos, en el mejor de los casos dan para mal vivir. ¡Por supuesto que hay artistas que están forrados! ¿Pero cuántos?

Pasados unos años de vida bohemia, que yo retrasé todo lo que pude, llegó el momento de sentar la cabeza y lo hice casándome con Claudia, una abogada de éxito que conocí una noche de copas en la Plaza de Santa Ana. La cosa fue bien al principio, incluso muy bien. Luego la relación se enfrió. Los hijos no llegaron, y mis pobres ingresos y mi negativa a volver a la ingeniería terminaron con nuestra relación. Bueno, también ayudó el que se liara con el cirujano plástico que le operó las tetas, unas tetas que eran magníficas y que el muy gilipollas estropeó añadiendo ingravidez a sus cualidades. El caso es que nos separamos y cada uno por su lado, sin resentimientos. Aquello coincidió con la muerte de mi madre. Mi padre había muerto el año anterior de un fallo multiorgánico, o sea hizo ¡pum!, y mi madre se quedó como un pajarito una noche viendo Gran Hermano. Mis padres fueron muy previsores y todo estaba correctamente dispuesto, no tuve problemas con el testamento. Como era hijo único todo fue para mí: un enorme piso en la calle Goya, varios paquetes de acciones, un buen montón de efectivo en tres cuentas y un BMW 4x4. Después de que Hacienda se llevara su parte, que pagué religiosamente, me quedó suficiente para comprar este ático, amueblarlo, pegarme un viaje por Sudamérica (difícil de olvidar) y guardar algo para imprevistos. El coche lo conservé y descansa en el garaje, me encanta su color negro metalizado y sus asientos de cuero gris claro, bueno, y los trescientos caballos también. Sentí mucho la muerte de mi madre, igual que sentí la de mi padre el año anterior. Que no estuviera de acuerdo con ellos en cantidad de cosas no significa que no los quisiera, aunque hay que reconocer que las penas con pan son menos, y en mi caso me pusieron en casa, nunca mejor dicho.

Tengo (tenía) pocos amigos pero suficientemente buenos. Todos profesionales de prestigio, casados y con hijos. Amigos de la infancia, como tiene que ser, con un conocimiento antiguo, muy antiguo, el que hace que cuando los miras, los hablas o los escuchas, lo hagas desde una perspectiva de *baby* y pupitre, con una considerable falta de respeto en el buen sentido de la palabra; sin importarte si son doctores *honoris causa* por la universidad de Harvard o han aparecido en la portada de la revista *The Economist* como hombres del año. No nos veíamos mucho y probablemente esa fuera la causa de tan longeva amistad. Nos dábamos espacio, pero eso no era obstáculo para que supiéramos que podíamos contar con ayuda mutua si la

necesitáramos. Llevo tres semanas aquí encerrado y los echo mucho de menos. A veces estábamos meses sin vernos y no me parecía extraño. No era su compañía una necesidad que sintiera a menudo, ahora es otra cosa. En estos momentos los querría aquí, conmigo, opinando sobre esto o aquello, compartiendo, sufriendo y riendo. Es muy duro el pensar uno solo todo el rato, el que todo dependa de ti para hacerse, que cada acción tenga un único responsable y que nadie te responda cuando hablas. Sí, hubiese querido que vivieran y murieran a mi lado.

Con buenos amigos se está bien hasta en el infierno, y esto es lo más parecido.

Pronto anochecerá y empieza a hacer frío. Me voy a ir levantando del sofá y ponerme algo. Además las tripas me rugen y tengo una succulenta lata de mejillones en salsa de vieiras esperándome.

El cigarro de las seis ha llegado. He cenado y ahora con media lata de cerveza en la mano salgo a la terraza. Me recuesto en el poyete y observo: el panorama es el mismo, una ciudad muerta. Luces apagadas, coches aparcados, quemados o simplemente abandonados en mitad de la calzada con las puertas abiertas. Papeles y bolsas, suciedad indeterminada y cantidades industriales de hojas movidas por el viento, llevadas de aquí para allá o formando montones. Una imagen de ciudad abandonada, lo que es. Hay infectados, por supuesto, o comilones como los llamé yo porque se lo comen todo. A medida que oscurece van ralentizando sus movimientos hasta detenerse totalmente y permanecen así, parados en mitad de la calle, apoyados en los coches, en los árboles o en las paredes, hasta que amanece o una promesa de alimento los active con la velocidad del rayo.

El día que se desató la locura iba a quedar con una chica que había conocido en una presentación de una editorial. Era una colección de clásicos para niños que ilustré y por eso estaba invitado. La adaptación la hizo una joven escritora con talento pero sin muchas ventas. Fue ella la que se acercó a mí con la *Ilustre Fregona* en la mano para comentarme lo mucho que le habían gustado mis dibujos, lo bien que se adaptaban a su texto y lo mucho que le gustaba mi camisa. Fue a esto último a lo que más atención le presté. Cuatro copas y tres chistes malos más tarde quedábamos para cenar al día siguiente. Se llamaba Lola y era una pequeña morena de ojos oscuros y piernas rotundas, de unos 30 años, nariz generosa y tez pálida. Hablaba mucho pero bien, buen contenido y buena forma. Después de sufrir algunos fracasos durante el último año ella prometía ser una buena oportunidad. Aquella mañana me levanté con su imagen en la cabeza. Supuse que después de cenar, si la cosa iba bien (todo parecía que así sería), acabaríamos en su casa o en la mía, tras tomar un par de copas por ahí. Esa fue la razón por la que decidí coger el coche y hacer la compra, no quería que faltara de nada en casa.

Era un buen polvo, sin duda, pero además la cosa tenía buena pinta, no sé, podríamos haber terminado envejeciendo juntos. Quizá ahora la esté idealizando,

Lola es el último recuerdo que tengo de una mujer como antes eran las mujeres, con sus defectos y sus virtudes, como cada hijo de vecino, pero cuyos intereses sobre ti no son meramente alimenticios.

Quién sabe qué podría haber pasado con ella, pero aquel día tuvo un desarrollo muy distinto.

Había madrugado para ir al supermercado..., creo que esto ya lo había recordado, bueno, me disponía a salir con el carro cargado en dirección a mi coche, aparcado en el exterior del centro comercial, cuando oí unos gritos que hicieron que me detuviera. En el interior, junto a las cajas, se había formado un pequeño revuelo. Me acerqué a cotillear. Una señora de unos setenta años estaba tumbada en el suelo, inconsciente, parecía ser un desmayo o algo así. A esas edades puede ser cualquier cosa, desde una simple bajada de tensión, pasando por un síncope, hasta un paro cardíaco. El personal de seguridad acudió bastante rápido y oí cómo llamaban por sus radios solicitando ayuda sanitaria. Allí no hacía más que estorbar con el carro, así que me alejé para no molestar, no entiendo nada de medicina y ya había suficientes mirones. Al salir volví a escuchar gritos en el interior, lo atribuí a un ataque de histeria de algún familiar o persona aprensiva, nos asusta la enfermedad pero ahí estamos, mirando sin perder detalle, eso pensé en aquel momento. Había cargado el contenido del carro en el coche y me disponía a devolverlo a su sitio y recuperar mi euro, cuando un hombre que llevaba a su hijo de la mano cayó redondo al suelo, igual que un saco, delante de mí. No tendría más de treinta años y su hijo unos cinco o seis. El niño empezó a llorar casi al instante, parado junto a su padre. Había poca gente cerca, fui el primero en llegar junto al hombre caído, luego se acercaron algunas personas más. Estaba completamente inmóvil y parecía no respirar, apoyé mi oreja en su boca y no sentí su aliento, tampoco encontré su pulso.

—Hay que hacerle un masaje cardíaco, puede ser un infarto —fue lo que dijo un hombre de mediana edad al tiempo que se arrodillaba y, discretamente, me empujaba para quitarme de en medio.

Desconozco la técnica para realizar un masaje de ese tipo, ni tampoco la del boca a boca correctamente, y me mareo con la sangre, sobre todo si es mía, por eso agradecí que otro tomara esa responsabilidad.

—Llaman a una ambulancia, rápido, este hombre no reacciona —dijo aquel buen samaritano.

Un montón de teléfonos aparecieron al instante. Cuando logré tener el mío en la mano ya el señor de mi derecha estaba pidiendo una ambulancia. El niño no paraba de llorar y una señora lo cogió de la mano y le acarició el pelo, oí que le preguntaba por su madre. Sacó una chocolatina de su bolso y se la dio, cesaron los lloros pero no los gritos. A unos veinte metros de donde estábamos una chica pedía socorro, estaba agachada junto a un cuerpo que no veía muy bien.

¿Qué estaba pasando? Mi mente trabajó rápido para buscar una explicación y pronto encontró algo plausible: tal vez un alimento en mal estado, una intoxicación

de algún tipo. En estos centros comerciales hay muchos restaurantes y cafeterías, quizá fuera eso y así lo manifesté en voz alta.

—Puede ser algo que han comido en algún lugar común, una hamburguesa, o algo con huevo, no sé... una intoxicación alimenticia —resolví al final.

—Tonterías —dijo el tipo que le estaba dando el masaje cardíaco al hombre del suelo—. Esto no es una intoxicación —resolvió sin mirarme siquiera, hablando con una seguridad que me dejó helado—. ¿Qué han dicho los de urgencias? ¿Quién ha llamado? ¿Qué han dicho, joder? Este hombre se va, tiene el pulso muy débil —continuó sin parar el masaje: presionaba, contaba, volvía a presionar, con un ritmo perfecto.

Era una situación de vida o muerte que requería una actuación rápida pero equilibrada, control en situación de estrés, temple en definitiva, y aquel hombre reunía todas esas cualidades. Este tipo de personas, resueltas y con carácter, dispuestas a dar soluciones y no a plantear problemas ni perder el tiempo en lamentos, son difíciles de encontrar y las realmente necesarias en este mundo. Para compartir una juerga o una buena cena vale cualquiera.

—Han dicho que no saben cuándo van a poder venir, que están saturados, «desbordados» creo que fue la palabra que usó. Me recomendó que lo mantuviéramos caliente y lo trasladáramos de inmediato al hospital más cercano —contestó el tipo que había llamado a la ambulancia. Aún mantenía el teléfono en la mano, lo miraba como si no creyera en las palabras que el mismo decía.

—Increíble, esto es increíble —masculó el hombre sin dejar de masajear el pecho.

—El hospital del Norte es el más cercano, yo lo puedo llevar, tengo el coche aquí al lado y es grande —dije contagiado de solidaridad humana. Tranquiliza pensar que es posible que un buen acto acarree otro, lo peor es tener la certeza de lo rápido que se contagian los malos, como la pólvora.

Todos parecieron estar de acuerdo y, ayudado por el buen samaritano, lo metimos en el asiento trasero de mi coche. Alguien dijo: «¿Y el niño, qué hacemos con el niño?». Resolvimos que debería llevarlo también, que aunque no tenía sillita portabebés el asunto era una emergencia y era mejor no separar al padre de su hijo, que en el hospital ya avisarían a su madre o a otro familiar, que ellos se encargarían. Creo que nadie quiso hacerse cargo de un niño tan pequeño, es comprensible.

Puse en el navegador la dirección del hospital, me indicó que estaba a 12,5 Km y que tardaría trece minutos en llegar.

Tardé más de una hora.

Colocamos al enfermo tumbado sobre el asiento trasero. Improvisé una almohada con una manta que llevo siempre en el maletero y le puse mi abrigo por encima. Al niño lo senté delante, sin cinturón. Era una irresponsabilidad, procuraría conducir lo más prudente posible, con mil ojos. Era una emergencia, me repetía una y otra vez. Nada más salir del aparcamiento me di cuenta de que la cosa no iba bien. Parecía que

todos hubiéramos decidido volver a casa al tiempo. Eran las doce del mediodía, si hubiese sido más tarde lo hubiera atribuido a que se acercaba la hora de comer, pero a esa hora y en un día laborable me pareció extraño. Además noté un nerviosismo fuera de lo normal en los conductores, tocaban el claxon insistentemente y dirigían miradas furibundas a través de las ventanillas. El niño habló, hasta entonces se había limitado a llorar y sorber mocos entre hipo e hipo. «¿Dónde vamos? ¿Mi papá por qué está dormido?». No he tenido hijos ni sobrinos, y a los niños de mis amigos los he evitado como a la peste, no es que no me gusten, ni sea un ogro, simplemente me bloquean, no entiendo sus extraños comportamientos, en definitiva. No tengo paciencia y me aburre hablar a un niño como se les habla a los niños, y eso ellos lo detectan. Le dije que su papá estaba malito y que lo llevaba a que lo curaran, también que llamaría a su mamá. El niño me miró y sorbió los mocos, «mi mamá está en el cielo», dijo finalmente. Como no se me ocurría nada que comentar con él puse la radio y busqué una emisora con música. No la encontré. Pasé sin detenerme por todas en las que oía personas hablando, solo me faltaba un debate sobre la actual crisis para terminar de sacarme de quicio. Al final conecté mi iPod y puse una selección de rancheras que escuchaba cuando estaba con ganas de cantar. Logré salir del centro comercial y conseguí tomar la A-1. Estaba atestada de coches en ambas direcciones y en los arceles veía coches detenidos con gente fuera hablando por teléfono. Circulaba muy lento, a unos 30 o 40 km/h, el niño parecía amodorrarse, baje un poco el volumen y recliné su asiento. De vez en cuando miraba pero no observaba ningún movimiento en el asiento de atrás, me temía lo peor. Buscaba desesperadamente un coche de policía (nunca aparecen cuando se necesitan, qué verdad es) cuando de pronto un camión articulado que circulaba por mi derecha, a unos veinticinco metros por delante, aceleró y empezó a embestir a los coches que tenía por delante. El chirriar de metal contra metal fue brutal y los coches salían disparados a su paso como si fuesen de juguete. Pude esquivar los coches destrozados que se cruzaban en mi camino pero otros conductores no tuvieron tanta suerte y quedaron atrapados en el caos. El lugar más seguro era circular detrás del loco del camión, abría una brecha que dejaba un rastro de hierros retorcidos, vidrios y aceite. Un panorama de coches volcados y destrozados fue pasando a través de mi ventanilla. Nunca lo hubiera hecho de no llevar a un moribundo y a su hijo, en aquel momento me pareció la mejor opción.

Hasta una mole de dieciséis ruedas como aquella tiene sus límites y pronto empezó a dar bandazos, probablemente debido al reventón de alguna rueda o a la dirección estropeada. Me quité de su estela a tiempo de verlo salir recto en una curva, pulverizar los quitamiedos e invadir los carriles de salida de la ciudad. Entre volantazo y volantazo aún pude contemplar con horror cómo proseguía su destrucción de coches y personas hasta que, finalmente, impactaba contra un autobús de línea y volcaba con un estruendo de mil demonios, esparciendo su carga que, en la distancia, me parecieron cajas grandes de electrodomésticos. La A-1 quedó bloqueada en ambos sentidos. La suerte me acompañó y me libré del desastre de

milagro.

El niño despertó de repente y con unos ojos a media asta miró sin hablar. «Tranquilo», le dije, «vuelve a dormir». La voz de *José Alfredo Jiménez* cantando *Un Mundo Raro* salía por cada uno de los seis altavoces, y yo comencé a tararear en bajito, muy bajito: el nudo que tenía en la garganta no me dejó hacer más. Hubiera puesto la radio para ver si decían algo del accidente pero temí despertar al niño que pareció volver a sumirse en un dulce sueño. La circulación se hizo más lenta todavía porque algunos coches estaban parados y los demás teníamos que sortearlos. En alguna ocasión distinguí al conductor caído sobre el volante.

¿Qué demonios sucedía?

Cuando llegué al hospital supe que algo muy gordo estaba pasando. Había coches aparcados por todas partes. Subidos en los bordillos y con las puertas abiertas, a veces incluso en marcha sin nadie en su interior. El acceso al recinto era prácticamente imposible. Dos guardias de seguridad, con máscaras blancas, controlaban la barrera. Después de explicarles que llevaba a un enfermo en el asiento trasero y a su hijo me miraron unos instantes, luego a la cara de ángel recién salido del sueño del niño, y levantaron la barrera. El interior del aparcamiento era un caos absoluto, un ir y venir de gente. Médicos y enfermeras, también con mascarillas, y personal de seguridad intentaban poner orden. Pasaban de las dos cuando conseguí parar el coche en la zona de urgencias, lo sé porque miré el reloj. Iba sudando y en ese momento me di cuenta de que no me había quitado la chaqueta, había conducido con ella todo el rato, algo que nunca hago, y con las ventanillas subidas. Como nadie del personal sanitario se acercaba, me bajé y le dije al niño que no se moviera, que volvía en un momento. Eché un vistazo al enfermo, abrí la puerta trasera y le toqué la frente, le ardía. Recuerdo que pensé que eso al menos era bueno, si estuviera fiambre estaría igual que un témpano.

En mangas de camisa entré en la zona de urgencias: se me cayó el alma a los pies. Era una sala de espera bastante grande, con sillas de plástico blancas unidas en grupos de seis, con una zona de máquinas expendedoras de bebidas y aperitivos a la derecha, pegadas a la pared, y enfrente un largo mostrador de información. También tenía un amplio pasillo que se perdía tras una puerta abatible de dos hojas color azul claro. La luz era suficiente pero no excesiva y la tonalidad la adecuada: ni muy fría ni muy cálida, el proyectista de iluminación había hecho un buen trabajo. Las paredes estaban pintadas de un blanco roto y el suelo era naranja suave mate. Hubiera sido un lugar relativamente agradable para ser un hospital, de no ser por el panorama que allí se mostraba. Las sillas estaban ocupadas por personas tumbadas que, tapadas con mantas por sus familiares o amigos, esperaban a ser atendidos. También había gente en el suelo, y el ruido de llantos y conversaciones altas era insoportable. Una señora cogía la mano a un chaval de unos veinte años, ella lloraba con la cabeza apoyada en su pecho y él parecía agitarse con espasmos intermitentes. Me hice sitio, con suaves empujones, entre la gente. Dos enfermeras, también con mascarilla, atendían como

podían a un grupo de personas que reclamaban atención para sus enfermos. La desesperación no dejaba hueco a la educación. Imposible llegar al mostrador. Busqué con la mirada la ayuda de alguna otra persona del hospital, pero no estaban nada más que aquellas dos enfermeras saturadas intentando contener lo que se les venía encima. Tenía sudores fríos, empezaba a mostrarme angustiado, no me gustan los hospitales y menos en esa situación. Me noté la respiración agitada y supe que ya tenía suficiente. Volví a salir al coche para comprobar que el niño siguiera en su sitio y cogí el teléfono dispuesto a llamar a mi amigo Mikel, que es médico en el hospital del Henares. «Las líneas están saturadas, inténtelo más tarde», dijo la operadora cibernética.

No podían ser los heridos del accidente de camión que acababa de presenciar. Era desesperante. ¿Qué sucedía allí?

Volví al coche y puse la radio, busqué y busqué y solo encontré estática y música enlatada, qué cojones estaba pasando. Me quedé un momento paralizado por la angustia y la responsabilidad. Yo, que vivía más a gusto que un arbusto, sin mayores preocupaciones que las de elegir entre colores y pinceles o decidir si a la bruja mala del cuento le pintaba una o dos verrugas, con mi vida perfectamente estructurada, huyendo de los problemas como de la peste, me encontraba allí, con un marrón de tres pares de cojones. Me arrepentí, pensé: ¿quién me mandaría a mí hacerlo? Con haberme mantenido callado hubiera bastado, ni siquiera tendría que haberme negado, cosa que requiere una acción. Aguantar el tiempo suficiente para que otra persona tomara esa responsabilidad hubiera bastado, alguien que soportara peor que yo el silencio y el tiempo de espera que requiere una decisión. Seguro que un par de ellos por lo menos se hubieran ofrecido a llevarlos. Pues no, tuve que ser yo, y ahí me encontraba, en la puerta de Urgencias de un hospital de locos y en una situación de locos.

Para colmo un guardia de seguridad golpeó el cristal de la ventanilla y me indicó, con muy malos modales, que tenía que irme y dejar el sitio libre. A veces necesitamos algo con lo que desahogarnos y, al tercer golpe en el cristal, supe de inmediato que lo había encontrado. Abrí la puerta y cogí al tipo de uniforme gris claro por la pechera. Yo no soy muy alto ni muy corpulento, pero voy tres veces por semana al gimnasio a levantar pesas, corro dos veces en un parque cercano a mi casa durante hora y media, juego al pádel una vez por semana con los amigos y también nado a diario durante cuarenta y cinco minutos. En definitiva, estoy en forma. Aunque eso no es lo realmente importante a la hora de achantar a alguien, lo fundamental es la actitud y no la aptitud. Es difícil de explicar, pero sabemos cuando alguien va en serio y no de farol, que va a llegar hasta el fondo, que nos la estamos jugando con él, vamos. Y eso fue lo que aquel guardia de seguridad debió de ver en mis ojos cuando le dije, salpicando saliva, «deja de golpear mi coche de una puta vez», porque calló, o habló tan bajito que al atravesar la mascarilla no llegó nada a mis oídos. El caso es que yo seguía zarandeándolo y diciéndole de todo cuando una voz a mi espalda hizo que me

detuviera.

—¿Quiere parar de una vez y tranquilizarse? ¿No le parece suficiente lo que tenemos encima para además tener que aguantar impertinencias?

Era una voz amortiguada pero firme y convincente, con el tono y la intensidad justa y el contenido exacto, de profesional. Me quedé paralizado al instante, solté las solapas del vigilante y me volví lentamente, un poco avergonzando, lo reconozco. Encontré a una enfermera tan alta como yo, con el pelo moreno recogido en una coleta y una mascarilla cubriéndole nariz y boca. Llevaba unas mantas en los brazos. Me miró fijamente. El sol de noviembre le incidía directamente en la cara, pero sus grandes ojos verdes ni se inmutaron. Tenía el rímel de su ojo izquierdo levemente corrido, también me fijé en un desgarrón que tenía en la manga derecha de su bata. Entonces me di cuenta de que el niño lloraba. No sabía cuánto llevaba haciéndolo, si ya lloraba cuando yo estaba dentro del coche, o había empezado con los golpes en la ventanilla, o comenzó al oír mis gritos.

—Perdón, lo siento mucho, estoy en un estado de nervios difícil de explicar — dije finalmente.

—Ya.

—Llevo a un enfermo en el asiento trasero de mi coche y a su hijo de cinco años. Traerlos hasta aquí ha sido una pesadilla con el tráfico y el accidente de un camión. El padre se desmayó hace más de una hora, no sé si está vivo o muerto y no hay manera de que nadie me atienda —expliqué atropelladamente, tratando de justificar mi actitud y de conseguir su ayuda.

—¿No son familia suya? —me preguntó extrañada.

—No, se desmayó en el centro comercial. Allí había más gente en igual situación —contesté ya un poco más tranquilo, sin dejar de mirar aquellos ojos verdes tan cansados.

—Ya.

—¿Me puede decir qué está pasando, por qué llevan esas máscaras? ¿Es algo contagioso, una infección, un virus, un ataque terrorista? Algo raro es, no lo niegue. Por favor, responda, algo debe saber.

—¿Ve todos esos coches que están aparcados? —respondió. Asentí sin hablar y fue cuando, al mirar más detenidamente, me di cuenta—. En todos y cada uno de ellos hay un enfermo en el asiento trasero, en alguno dos. Sus familiares están con ellos, usted es el primero que trae a alguien que no es de su familia. Simplemente no hay sitio donde tenerlos, esto va a más a cada minuto, solo sé eso.

Como yo me había quedado sin palabras ella continuó hablando al vigilante, que hasta ese momento había permanecido a mi lado sin decir palabra.

—Luis, dile a Pedro que te ayude y meted al enfermo dentro.

—Pero si ya no hay donde ponerlos —protestó el vigilante abriendo mucho los brazos.

—Cualquier hueco libre en el suelo bastará, en un pasillo... algún sitio quedará.

Yo me llevaré al niño a pediatría, debe de estar sin comer, seguro. Y toma estas mantas y repártelas antes entre la gente que está en los coches, la mañana está fría —concluyó la enfermera dirigiéndome una mirada de reojo, luego se acercó a mi coche, abrió la puerta del pasajero y cogió al niño en brazos—. ¿Cómo te llamas, cariño?

—Raúl, y tengo cinco años —contestó levantando la mano con los dedos extendidos.

—¿Tienes hambre?

—Sí, un poco, y tengo mocos y me duele un poco la cabeza —respondió el niño revolviéndose el pelo.

—Ya —dijo la enfermera y lo abrazó más fuerte.

—¿No va a decirme qué está pasando? —casi le supliqué cuando pasaba a mi lado con el niño en brazos—. Tienen que saber algo, esto no es normal.

—Váyase a casa y esté con su familia —concluyó sin girarse.

Yo no tenía familia, pero sí tenía casa, y le hice caso.

9. HOGAR DULCE HOGAR

Me costó lo suyo salir del hospital ya que no paraban de llegar coches que bloqueaban la entrada. La vuelta a casa fue otro infierno de tráfico y confusión. Decidí poner un CD de pop nacional de los ochenta que me acompañó todo el camino, no hay nada como la nostalgia para contrarrestar a la ira. Me crucé con una columna de vehículos militares que ocuparon toda la calzada. Recuerdo que pensé: malo, cuando los gobiernos sacan la espada a la calle, es porque el bisturí no es suficiente.

He de reconocer que, en más de una ocasión, invadí la acera con mi poderoso 4x4 para sortear el atasco que había producido algún coche parado, sin ocupante dentro. Este último hecho se repitió a menudo. No vi muchos coches patrulla, ni agentes de tráfico, lo dicho, nunca están cuando se los necesita.

Hora y media más tarde llegaba a mi casa. Tenía un dolor de cabeza de caballo y los nervios destrozados. Aparqué el coche en el garaje y lo miré unos instantes, con la alegría de quien ve el tumor que le acaban de extirpar en un bote de cristal. Fui a buscar el carro de la comunidad para cargar la comida y subirla a casa. Eran cerca de las cuatro y había pocos coches, en realidad, muy pocos. No encontré los carros, tenemos tres en la comunidad, en un cuartito al lado de los ascensores, pero no había ni uno. Me dirigí al coche resignado a tener que subir todo a mano cuando vi a mi vecino del séptimo salir del ascensor con un carro. Iba cargado hasta los topes. Lo acompañaban su mujer y sus dos hijos, unos diablillos pelirrojos que eran la pesadilla de la comunidad.

—Hombre, Maxi, me has salvado la vida. Cuando termines me pasas el carro. ¿Quieres que te eche una mano? —me dirigí a él mientras le hablaba.

—No te acerques más, quédate ahí —respondió, de esta forma, a mi amable ofrecimiento.

—Pero... ¿qué te pasa?

—¿Qué, qué me pasa? ¡La infección, joder! ¿Estás gilipollas o qué? —fue su respuesta. Su mujer no habló, acomodó a los niños en el coche y luego se metió ella, dando un portazo.

No esperé a que terminara para coger el carro, si me quedaba allí un minuto más terminaría diciendo o haciendo algo de lo que quizá me arrepentiría.

O sea que de eso se trataba, de un virus. Y este parecía que era grave, a juzgar por lo que había visto. Bueno, la verdad es que ya habíamos tenido la gripe aviar, el síndrome de las vacas locas, y más recientemente la gripe A (esta última conviene recordar que hizo que compráramos cientos de miles de vacunas que después se devolvieron porque se confirmó que, en algunos casos, era más dañino el remedio que la enfermedad), y todos eran reales, pero luego se comprobó que mucho menos

letales de lo que se decía. Parecía que este nuevo virus, tal vez magnificado por el gobierno para distraer la atención del caos económico en el que estábamos metidos, había calado en la población. Yo mismo había constatado, hacía tan solo unas horas, que el asunto parecía serio, en la calle la inquietud se palpaba, y de qué manera. En el hospital me acojoné bastante, lo reconozco, y me pasé con el vigilante, aunque él empezó primero, pero ya en casa, más tranquilo, lo veía todo con otra perspectiva, y no estaba dispuesto a que un virus de mierda me hiciera perder la educación. Por eso pasé de mi vecino y seguí a lo mío.

Iba y venía cargando bolsas y paquetes, dejándolos cerca de la puerta del ascensor para así no tener que hacer más que una subida. Mi vecino no volvió a decir una palabra, yo tampoco. Volvía la cabeza de vez en cuando, como si temiera que detrás de él se fuese a materializar, de repente, un virus vestido con una casulla y una guadaña. Increíble, pensé entonces.

Mi intención era echar un vistazo a las noticias en cuanto descargara toda la compra en casa y la dejara bien colocadita, pero cuando terminé de hacerlo estaba hecho unos zorros y el dolor de cabeza se había intensificado. Además no había comido nada y el estómago rugía insistentemente. Me duché, preparé un sándwich rápido de paté y queso que comí sobre la encimera de la cocina, y me tomé una aspirina. El ruido de cláxones atravesaba los cristales y llegaba a mis oídos como lo harían miles de cuchillas.

Me senté en el sillón y puse la televisión. A ver qué cojones decía.

En un canal, dos tipos que no conocía de nada hablaban del Apocalipsis, de señales inequívocas que, correctamente interpretadas, lo decían todo: era el fin del mundo. Cambié de canal. Un grupo de tertulianos discutía a gritos sobre la posibilidad de que fuera o no verdad no sé qué correo electrónico distribuido mundialmente por no sé qué doctor americano, en un momento dado uno de los tertulianos se levantó y se fue diciendo que era lo mejor, que estar juntos ya no era seguro. Cambié de canal. Seis o siete tertulianos llevaban mascarillas, acojonante, reconocí a una colaboradora, era la antigua pareja de un famoso torero, determiné que ya tenía suficiente. La cabeza me dolía y la sentía a punto de estallar. Apagué el televisor, me arrellané en el sillón y me dormí casi al instante.

Despertaría en otro mundo muy distinto.

A las tres horas me levanté del sillón y fui a la cocina, tenía la garganta seca. Estaba oscureciendo y recordé la cita con Lola. Había quedado en pasar a recogerla a las nueve. Me afeité y me recorté los pelos de las cejas. Ya en la habitación busqué en el armario una combinación de ropa que me hiciera parecer un poco más joven sin delatar que era lo que intentaba. Mientras me decidía encendí la televisión, solo había estática. Elegí unos chinos caqui, una camisa blanca de *sport* y un tres cuartos tostado. Antes de ponerme los zapatos tomé el mando y pasé por todas las cadenas, solo encontré estática, pensé que se habrían desconfigurado los canales. Me puse los mocasines y un cinturón a juego y opté por un reloj con correa también marrón y

esfera blanca. Me miré en el espejo y quedé satisfecho.

Volví al salón, cogí las llaves del coche, la cartera y unas gafas de ver de cerca que me hacían parecer interesante, pero que sobre todo necesitaba para leer la carta del restaurante. Eran las ocho, iba bien de tiempo. Tomé el mando de la televisión, más por curiosidad que por otra cosa, y encendí la televisión: estática nada más.

Un poco extrañado fui a la cocina y probé la televisión que tenía junto a la mesa de comer: estática también.

Tuve un mal presentimiento. El móvil tampoco funcionaba, ni llamadas ni datos. Me quité el tres cuartos y encendí el portátil que tenía encima de la mesa del salón. Tampoco había acceso a internet. Definitivamente todos los servidores se habían caído.

Olía a chamusquina.

Tenía el equipo de música encendido y *Sting* y su *Every breath you take* sonaba en ese momento. Lo apagué y el ruido exterior invadió la casa. Salí a la terraza en camisa y sentí frío, estaba fresca la noche. Cuando me asomé a la calle me quedé más helado aún. Increíble, era como si todos los coches de Madrid hubieran decidido salir al mismo tiempo. También aprecié un trajín de gente por las calles. No paseaban, andaban rápido e incluso corrían.

Con una inquietud y una necesidad de saber que no podía contener, decidí preguntar a algún vecino. Fui puerta por puerta, piso por piso, pero nadie me abrió, nadie contestaba.

En el portal encontré a Mario, el conserje, con una escoba en la mano. Se asustó al verme salir del ascensor.

—¿Qué pasa, Mario, dónde está todo el mundo?

—Usted es el único vecino que queda en la casa —contestó sin levantar la vista del suelo.

—¿Se han ido por lo de ese virus del que hablan en la tele?

—Claro. Y yo me habría ido también si no estuviera a prueba en el trabajo, perdón... —pidió sutilmente que me apartara para seguir barriendo.

—Madre mía, qué estupidez, ¿no te parece?

—Se dice que los infectados mueren y luego vuelven a la vida para comerse a los vivos —fue su siniestra y folklórica respuesta.

—Seguramente.

Mario era un tipo menudo y moreno de piel, con el pelo muy negro, no tendría más de treinta y cinco años pero aparentaba cincuenta. Sudaba copiosamente a pesar de que más bien hacía frío. Miré hacia las zonas ajardinadas y distinguí a un hombre con mono blanco y unas tijeras de podar, estaba arreglando los setos.

—¿Y ese?

—Es de la empresa que hace el mantenimiento del jardín. Es rumano y no habla ni jota de español. Ese hasta que no termine el trabajo no se va, es gente muy responsable. Como yo, hasta las doce que venga el relevo no pienso moverme —

respondió Mario.

—Bien hecho.

—Espero que se lo diga al presidente de la comunidad cuando lo vea. Todo buen informe es necesario en estos tiempos.

—Por supuesto, Mario, por supuesto.

Salí al jardín perplejo, el ruido de la calle era ensordecedor. El rumano me vio pasar pero no me saludó, él siguió a lo suyo. Era un tipo inmenso, con unas espaldas como un colchón, pelo cortado a cepillo y unas manos enormes, no sería yo quien le dijera que estaba haciendo mal su trabajo aunque así fuera. El edificio tenía unas zonas comunes con jardín, pista de pádel y piscina. El acceso desde la calle se hacía por una puerta que en un principio fue de cristal, pero que después de la última reunión, algunos vecinos paranoicos decidieron cambiar por otra de barrotes de hierro que era necesario empujar, con ambas manos, para poder moverla.

Ni siquiera salí a la calle, para qué, era evidente que el mundo se había vuelto loco. Esta vez el asunto del virus mortal parecía que había calado hondo. Corrían unos tiempos en España en los que ya no nos cuestionábamos nada, cualquier cosa era posible. Mejor remediar que curar.

De sacar el coche me olvidé, nunca llegaría a la cita con Lola a tiempo, donde ella vivía no llegaba el metro. Decidí subir a casa y probar de nuevo por si los servidores y la televisión volvían a funcionar.

A la hora y media, más o menos, se fue la luz.

Entonces se despertó en mí un instinto de supervivencia y llené de agua bañeras y bidés, y cuantas botellas y recipientes encontré. Tuve una visión milagrosa, porque una hora más tarde también se cortó el agua.

Estuve horas asomado a la terraza, fumando y bebiendo *whisky* sin parar, intentando entender el alcance de lo que estaba viendo. A media noche el tráfico se fue agilizando poco a poco, pero los gritos y carreras de la gente se intensificaron. Estaba helado, cansado y un poco «chispi», y además empezaba a llover. Decidí que ya tenía suficiente. Había poco más que pudiera hacer. Me metí en la cama con la convicción de que al día siguiente se descubriría que todo el asunto del virus había sido una maniobra de distracción urdida por algún poder fáctico con oscuros fines, una cortina de humo para ocultar el enésimo caso de corrupción política, o simplemente una broma macabra. Algo que valdría para llenar mil y un programas de televisión y vender montones de periódicos. Una forma de tomarnos el pelo una vez más.

Di unas pocas vueltas en la cama. Luego dormí como un tronco.

Me desperté a las once. Nunca ponía el despertador, no tenía un trabajo donde fichar y dejaba que fuese mi cuerpo el que decidiera cuando estaba listo. Fui a la ducha de cabeza, pero no salió agua, de los grifos tampoco. Pulsé el interruptor y traté de encender la televisión, la lavadora, el secador de pelo: no había luz. La cosa seguía igual.

Tenía un poco de resaca y el estómago vacío, me había acostado sin cenar. Saqué leche del frigorífico y me serví un vaso grande. Cuatro magdalenas y dos sobados me tranquilizaron el hambre. Me serví un zumo de naranja, cogí el paquete de tabaco y salí a la terraza. El cielo estaba azul intenso y el sol ya llevaba rato calentando los tejados de Madrid. Agradecí el calor y la luz. Con el vaso de naranja en una mano y el cigarro en la otra me asomé a la calle.

Se me cayó el alma a los pies.

¿Cómo describir lo que vi en esos momentos? Vamos allá. Ningún coche circulando, algunos parados en mitad de la calle, otros accidentados, un par de ellos carbonizados aún humeantes (¡pero cómo había dormido de profundo!), y nadie en la calle, quiero decir nadie normal, porque estaba llena de personas que se movían como si les costara mantener el equilibrio, un poco rígidos, tambaleantes incluso. Y maletas y restos de ropa... y sangre por el suelo, grandes manchas de sangre.

Eso contemplé. Y escuché un leve rumor, un lamento, como un salmo maldito salido de aquellas gargantas.

Necesitaba averiguar qué es lo que estaba pasando, no me importaba la infección, ni el virus o lo que cojones fuese. Tenía que bajar y preguntar a alguien, que me dieran una explicación.

Iba a hacerlo cuando escuché el sonido de un motor. Un coche se aproximaba y, por el ruido que hacía, a gran velocidad. Enseguida comprobé que era un patrulla de la Policía Nacional. Circulaba esquivando coches y personas, chirriaban las ruedas y los frenos. No me pasó desapercibido comprobar cómo las extrañas personas que estaban en la calle se giraban a su paso y trataban de seguirlo con las manos por delante.

Ese conductor iba demasiado rápido, ¿y por qué esas personas en lugar de apartarse parecían ir hacia él?

Justo cuando llegó a mi altura sucedió la tragedia. Un hombre alto y corpulento se interpuso en la trayectoria del vehículo, una Citroën Picasso. El impacto fue brutal y el cuerpo salió volando por encima del coche, que en ese momento circularía a más de 80 km/h. El conductor, tras el atropello, perdió el control y chocó, primero contra el bordillo, que hizo votar la Citroën igual que una pelota, y luego lateralmente contra una farola. En ese instante salió disparado un policía rompiendo el parabrisas, y quedó tirado en el suelo, inmóvil. Pero el vehículo todavía no había parado, aún dio un último giro, muy brusco, sobre su eje y terminó volcando.

Del interior del patrulla salió, a rastras, otro policía. Se le veía desorientado, pero con mucha urgencia por alejarse del vehículo. Miraba a un lado y a otro, luego desenfundó su arma. El otro policía continuaba en el suelo, desmadejado como un muñeco roto. Increíblemente, el ciudadano atropellado se estaba poniendo de pie y, aunque arrastraba una pierna y un brazo le colgaba inútil, no dejaba de avanzar hacia el vehículo accidentado. Y no era el único. Poco a poco los extraños viandantes se acercaban al lugar del accidente y un murmullo que se convirtió en gruñidos, invadió

la calle.

El policía pronto estuvo rodeado por más de treinta o cuarenta personas, quizá más. De todas partes venían para unirse. El agente, con las dos manos en la pistola, giraba sobre sí mismo sin dejar de apuntar. Luego sonó un disparo, luego otro y otro. ¡Disparaba a la gente! Perdí la cuenta de cuantos disparos fueron, pero muchos. Pensé que apuntaba al aire o que serían balas de fogeo, porque no caía nadie herido o muerto.

No entendía lo que mis ojos veían. Unos segundos más tarde todo se aclaró, por desgracia para mí.

Todos a una los viandantes se echaron encima del policía que pronto desapareció entre la masa. También el compañero, caído en el suelo, fue rodeado y quedó oculto por decenas de cuerpos que se movían con violencia sobre él.

Quise ver con más detalle lo que estaba pasando y entré en casa a buscar los prismáticos. Con ellos en la mano fui de nuevo a la terraza y enfoqué. Parecía un linchamiento, era difícil de determinar, pero toda esa gente gruñía y se movía como si así fuese. Enfoqué un poco más y entonces lo vi. Una mujer joven se separó del grupo llevando entre sus manos lo que parecía un amasijo de vísceras sanguinolentas a las que daba... mordiscos, se las estaba... comiendo. Distinguí claramente cómo las caras de todos se fueron tiñendo de rojo sangre, sus bocas masticaban, sus manos arrancaban pedazos de carne: ¡estaban devorando a los policías!

No pude mirar más. Devolví el desayuno en la terraza y tuve que sentarme en el suelo. Durante unos minutos la cabeza me dio vueltas, cuando paró recordé lo que me había dicho Mario, el conserje, y que en aquel momento tomé a guasa y atribuí a la ignorancia de la gente: «Se dice que los infectados mueren y luego vuelven a la vida para comerse a los vivos».

Eso dijo el conserje, y eso era lo que estaban haciendo con los policías, comérselos. La infección era real, el virus transformaba a la gente en caníbales. Una locura.

Tenía que bajar urgentemente y avisar a Mario (o al compañero que le hubiese hecho el relevo) de lo que estaba pasando. Sentía también, la verdad, la necesidad de hacer partícipe a alguien del horror que había vivido en butaca de palco. Los ascensores no funcionaban, evidentemente. Bajé las escaleras de dos en dos y de tres en tres, vestido con el albornoz y en zapatillas de casa. Fueron diez pisos a toda velocidad, y hubiera bajado a los mismísimos infiernos con tal de encontrar a alguien con quien compartir mi drama.

En el portal no encontré a nadie. Salí a las zonas comunes y enseguida vi a Mario y al jardinero rumano agarrados a los barrotes de hierro de la puerta de la calle (era una pareja inconfundible incluso de espaldas), la zarandeaban y gruñían. Me paré en seco, a escasos cuatro metros de ellos, observé lo que miraban y entendí de inmediato: deseaban salir para unirse al festín.

Reculé poco a poco, con el corazón a punto de reventar. Caminé hacia atrás,

evitando hacer el más mínimo ruido. Una zapatilla se me trabó por un instante en un adoquín del suelo y produjo un leve sonido al soltarse. Me quedé paralizado, sin respirar. No se volvieron.

Mi mente ya tenía la suficiente información y, aunque totalmente descabellados, los hechos mandaban. En ese momento yo estaba a pocos metros de unos seres que habían sido un jardinero rumano y un responsable conserje, y que se habían transformado, por no sé qué cojones de virus o infección, en máquinas de comer humanos. Los datos fundamentales los tenía, ahora urgía salir de allí.

Continué reculando sin dejar de mirar sus cogotes y llegué hasta el portal para comprobar, con horror, que había olvidado las llaves. Salí tan rápido de casa que no cogí las putas llaves.

Si se giraban me verían ahí parado, como un pasmarote, y vendrían a por mí. Intenté tranquilizarme, todo lo que puede tranquilizarse un hombre que piensa que en pocos momentos puede dejar de ser una unidad completa y que, algunas horas más tarde, terminará convertido en una plasta marrón en el suelo. Respiré hondo y fui hacia la garita del conserje. Quedaba a unos dos metros de donde estaban, pero no tenía otra. Me saqué las zapatillas y caminé como Cristo sobre las aguas, o sea, de milagro. Me temblaba hasta el alma. La puerta estaba abierta, entré y fui directo a la mesa donde sabía que guardaba las copias de las llaves de los vecinos. Sin dejar de vigilar a través del cristal abrí el cajón y saqué la caja. No podía quedarme ahí por más tiempo. Salí como entré, ingrátido. Reculaba y reculaba y buscaba mis llaves, tratando de que mis dedos no chocaran metal contra metal. Confiando en el tacto esperaba distinguir la forma de un pez espada que era mi llavero.

¡Lo tenía!

Tanteé hasta que distinguí la llave redonda que correspondía al portal. La fui introduciendo en la cerradura poco a poco, muy poco a poco. Esperé a que la puerta se cerrara detrás de mí para soltar el aire retenido y llenar los pulmones con otro nuevo en una inspiración que duró varios segundos.

Decir que subí a la velocidad de la luz sería quedarse corto.

En mitad del salón de mi casa, temblando, con la caja de las llaves en las manos, descalzo y en albornoz, fui por unos segundos el hombre más feliz del mundo.

Unos minutos más tarde empezaría a sospechar que quizá también el único.

10. CURIOSANDO

Los tres o cuatro días siguientes al incidente con el conserje y el jardinero los pasé metido en casa, asustado como un conejo, esperando el rescate. Pinté un S.O.S. bien grande en el suelo de la terraza, para facilitar la localización desde el aire, y otro en una sábana que colgué por fuera para que se viera desde la calle. Sería cuestión de tiempo que llegara la ayuda. Fuera lo que fuese que había ocurrido y por muy grave que hubiera sido, tendría que llegar pronto. Eso pensaba entonces. Traté de mantener la calma y de organizarme. Inventarié la comida y la bebida y me ocupé de asuntos de índole doméstica. Pinté y leí.

Pero sobre todo esperé.

Me pasaba el día asomado a la terraza, mirando a la calle. Estudié el comportamiento de los infectados, a los que llamé «comilones» porque se lo comen todo: hierba, hojas, ramas, corteza de árbol, incluso arena... por supuesto también animales (si logran cogerlos) como perros, gatos, palomas (casi nunca) y claro, humanos. Durante el día son muy activos. Caminan de un modo errático, algo más lentos que nosotros, de un lado para el otro sin descanso, pero a medida que anochece se van ralentizando hasta detenerse. Pueden permanecer completamente quietos durante horas. No duermen, siempre están alerta. Realicé experimentos tirando latas vacías para ver sus reacciones y pude comprobar que tienen el oído fino. No creo que vean mejor que nosotros en la oscuridad. A veces tienen comportamientos gregarios y, formando un grupo numeroso, desaparecen en alguna dirección, quizá buscando comida o impulsados por una extraña razón que no puedo determinar. Los infectados, físicamente, son como nosotros, pero desde luego nadie se los llevaría de copas una noche. Tienen la piel grisácea, cenicienta sería la palabra, repleta de venas abultadas, y sus ojos se han enrojecido de un modo escalofriante.

Durante los primeros días me planteé muchas preguntas como: qué demonios había pasado, si afectó solo a Madrid, a toda España o quizá a todo el mundo, y de ser así, cuántos habríamos sobrevivido. Muchas preguntas y ninguna respuesta.

Recuerdo que esperaba ver de un momento a otro aparecer una columna de vehículos militares cargada de soldados dispuestos a resolver el problema. Helicópteros de transporte que vendrían a recoger a los supervivientes para llevarlos a un lugar seguro mientras las cosas se solucionaban. Soñar es gratis.

Al principio no estuve solo. Cuando anochecía y la oscuridad cubría por completo la ciudad, en algunas ventanas de edificios vecinos podía ver encenderse tenues luces amarillas de velas, o danzantes destellos azulados de linternas. No volví a ver ningún vehículo circulando, ni por supuesto humanos por las calles, pero aquellas luces en las ventanas eran un bálsamo para mi moral. Desgraciadamente duraron poco tiempo. En los días sucesivos fueron desapareciendo paulatinamente, hasta no quedar

ninguna.

Ahora todo es oscuridad. Y silencio.

El sonido del fin.

Transcurrida la primera semana sentí que me volvería loco si no hacía algo. No es que sea un tipo al que se le cae la casa encima. Antes no tenía ningún problema en quedarme sin salir un fin de semana completo. Pero esto es otra cosa. El caso es que me decidí a dar una vuelta por el edificio.

Tenía la caja con las llaves de algunos vecinos y me propuse utilizarlas. ¿A quién podría importarle? Ya había metabolizado la idea de que nadie vendría a buscarme y que tendría lo que yo me proporcionara, nada más. No todos los vecinos se fiaban de dejarle las llaves al conserje, por eso, de cuarenta, seis tenían copia de sus llaves en conserjería.

Estaba confirmado que las escaleras eran seguras. Cogí una mochila grande y me dediqué a recorrer los pisos probando las llaves. En general encontré los pisos revueltos, con los armarios abiertos y cosas caídas por el suelo, muestras de una salida precipitada. Conseguí algo de comida extra, poca, la verdad, unas latas, pasta y algunos paquetes de legumbres. En días posteriores también arramplé con ropa, sábanas, velas, el agua de las cisternas, un poco de todo.

Fue irrespetuoso invadir la intimidad de mis antiguos vecinos, pero en fin, ya daba todo igual. Una vez superé el complejo de estar haciendo algo deplorable lo pasé muy bien desvelando el contenido de armarios y cajones. Satisface la curiosidad una y otra vez sin el menor remordimiento y descubrí algún que otro secretillo íntimo como el de mi vecina del sexto. Es... bueno, no nos engañemos, era una viuda de militar de unos cincuenta años, de buen ver, que no tenía mucha relación con la vecindad y que jamás bajaba a las reuniones. Recatada en el vestir y en las formas, pasaba desapercibida. Decir que el contenido de la maleta que tenía debajo de la cama era un completo muestrario de consoladores, sería decir poco. Lo dejé todo como lo encontré, solo me llevé las pilas, por supuesto.

Alguna que otra cosa interesante encontré en mi periplo por las casas, pero la palma se la llevó la sorpresa que recibí en el 9º D. Cuando abrí la puerta creí que había realizado un viaje en el tiempo atravesando un agujero de gusano. Manuel, se llamaba el dueño, era un soltero de sesenta años, profesor de literatura en la Universidad Autónoma, con pinta de profesor de literatura, afable y charlatán. A menudo me ponía al corriente de las cosas que pasaban en la comunidad. Sospeché más de una vez que quizá tenía algún interés por mis carnes morenas. El caso es que cuando entré en su casa dejé el siglo XXI afuera y me introduje directamente en la Edad Media: ladrillo visto en las paredes, tapices y escudos de armas por las paredes, muebles de época de madera oscura y cuero, apliques en las paredes simulando teas, una chimenea de piedra, pieles de animales en el suelo y hasta una armadura completa en una esquina del salón, donde por cierto se había concedido un anacronismo y disfrutaba de una pantalla de televisión de cincuenta pulgadas

flanqueada por sendas espadas colgadas de la pared. Una pasada de casa, la verdad.

De la casa de Manuel solo me llevé algunos libros, una lata de melocotón en almíbar a punto de caducar y una botella de Bourbon de doce años.

Días más tarde volvería a armarme para la batalla.

Sí, solo dos días después me levanté y sentí que me ahogaba dentro del edificio, que necesitaba salir, pasear, sentir el suelo bajo mis pies. En un momento de locura lo decidí: tenía que arrebatárselos las zonas comunes del edificio a mis dos infectados particulares.

Después de desayunar un vaso de leche con Cola Cao y dos sobaos, elaboré un plan sencillo, que es como deben ser los buenos planes. Analicé a los infectados y determiné que eran más lentos que nosotros, nunca vi correr a plena carrera a ninguno, ni cuando perseguían a alguna presa; no parecían muy inteligentes, cualquier animal se habría quitado de la trayectoria de un coche a toda velocidad, se resguardaría de la lluvia, se tumbaría para dormir y descansar. Definitivamente, sus cerebros no estaban a mi altura ni mucho menos.

La idea que elaboré para eliminar a esos seres consistía en salir corriendo por las zonas comunes, llegar hasta el recinto vallado de la piscina, abrir la puerta, entrar y esperarlos. La piscina en invierno se cubre con una lona azul, pero permanece llena, claro. Cuando entraran en el recinto persiguiéndome yo llamaría su atención desde un extremo, ellos tomarían el camino más corto hasta su merienda y con su mermada inteligencia no distinguirían el suelo de la lona y caerían al agua de donde les sería difícil salir. Una vez en el agua, entorpecidos sus movimientos por la lona rota, chapotearían y tratarían de acercarse al borde donde los esperaba yo para darles matarile. Sencillo.

Hasta ahí bien, pero pensando en cómo acabar con su triste existencia, enseguida me vino a la cabeza la casa de mi vecino Manuel. Me puse una sudadera, unos vaqueros y unas deportivas (nunca más en zapatillas de casa, nunca más), y volví a la Edad Media. Tenía claro lo de la espada, había visto dos y una me gustó especialmente. Era la típica con forma de cruz, con la guarda recta, la empuñadura larga y forrada en cuero negro rematada con un pomo redondo. La descolgué de la pared y la contemplé tranquilamente sentado a la mesa del salón. La hoja medía más de un metro, con acanaladura, la funda era simple, como toda ella, de cuero negro, sin brillo. Cuando la tuve en las manos me sorprendió lo ligera que era, menos de kilo y medio seguramente. Claro que si piensas que en una batalla de aquella época había que blandirla, golpeando y recibiendo sin parar, ese poco más de un kilo podría parecer una tonelada al cabo de un rato. No era una de esas copias baratas que venden en Toledo, esta parecía una reproducción de calidad y estaba extremadamente afilada. La saqué de su funda y la blandí en mitad del salón, dando mandobles a diestro y siniestro, cortando el aire con silbidos escalofriantes, estaba diseñada para dar tajos y no para clavar, y en ese terreno parecía absolutamente letal.

Me sentí poderoso con aquella arma antigua en las manos. Un guerrero feroz e

invencible. Era fácil de manejar con un enemigo invisible, por supuesto. Muy distinto sería apuntar a un cuerpo y descargar un golpe con todas tus fuerzas, pero no pensé mucho en ello y así me fue. Yo, en un impulso un tanto irreflexivo, decidí armarme con aquella espada, pero en realidad esperaba no tener que usarla, en el fondo de mi mente contemporánea, de hombre pacífico, deseaba que aquellos dos seres, movidos por el aliento del demonio, se hundieran poco a poco en la piscina hasta desaparecer para siempre.

Mis deseos no se cumplieron, a eso ya me voy acostumbrando.

La vaina de la espada tenía unas cinchas, también de cuero, y unas anillas para ajustarla al cinturón. Enseguida determiné que sería del todo imposible correr y moverme con agilidad y rapidez, podría engancharme o tropezar llevando la espada a la cintura. Fue algo que más tarde solucioné.

El entorno era muy acogedor y me apeteció servirme una copa y echar un vistazo a su nutrida biblioteca. El tal Manuel estaba bien surtido en ambos sentidos y me decidí por un Napoleón y un libro sobre el manejo de la espada medieval. El libro lo hojeé un poco, pero el coñac lo saboreé un buen rato. Retrasaba el momento de volver a casa y, entre los efluvios del alcohol, reparé en la armadura de la esquina. Puede ser buena idea, pensé, una protección infranqueable. Desmonté cada parte de ella y luego intenté ponérmela: fracasé. Las piezas se sujetaban mediante correas de cuero con hebillas y colocárselas una persona sola era imposible. Además, aunque hubiera podido, con todo ese peso encima, merma de movimientos y velocidad, mi plan sería inviable.

Otra cosa fue la cota de malla.

Debajo de la armadura propiamente dicha, el caballero llevaba una especie de camiseta o túnica hasta medio muslo y de manga larga, hecha de anillas de acero entretejidas, formando un escudo flexible que le protegía de cortes y flechas, no contra el dardo de ballesta que lo atravesaba todo. Me la puse de inmediato. Pesaba mucho, calculé unos doce o trece kilos, pero no limitaba mis movimientos y con ella puesta me sentía invencible. Yo, a menudo, corría con una mochila cargada a la espalda, y ese peso extra no me pareció mucho frente a la protección que aportaba. Estaba exultante y me tomé unos cuantos coñacs más.

Dos horas más tarde salía de casa de Manuel con una espada, una cota de malla, un libro y un discreto puntito que intensificó mi valor en la misma medida que disminuyó mi raciocinio.

Estuve a punto de morir ese día. Si bebes, no te enfrentes a monstruos.

11. LA BASTARDA

Aquel día estuve bastante ocupado. Una vez en casa lo primero que hice fue modificar la funda de la espada para poder llevarla a la espalda. Utilicé dos gruesos cinturones de cuero negro un poco gastados que ya no utilizaba, una remachadora y algunas cinchas de la propia funda que servían originalmente para ajustarla a la cintura. Una vez la tuve terminada la probé, y el resultado estético y práctico en cuanto a comodidad de portar el arma fue espectacular, pero tenía un pequeño fallo: era muy difícil volver a enfundarla sin tocar la hoja afilada con las manos, y atinar se hacía hasta peligroso. Lo solucioné añadiendo una cincha con una hebilla que se podía ajustar o aflojar, de esta forma solo tenía que girar sobre mi cuerpo la vaina, colocarla momentáneamente sobre mi pecho, enfundar la espada con la mano izquierda, volver a girar todo el conjunto y finalmente ajustar la cincha. Bueno, el asunto era un poco lento, pero se suponía que lo importante era desenfundar con rapidez, y eso estaba probado que iba de maravilla.

Serían las tres de la tarde cuando me tomé un descanso y disfruté de otra copa sentado en la terraza. No ganaba tiempo, estaba dispuesto a llevar a cabo mi plan y recuperar las zonas comunes ese mismo día, me había venido arriba como se suele decir, simplemente me lo quise tomar con calma. Para relajarme decidí saber un poco más de espadas y la lectura acompañó a la bebida.

El libro era un tratado sobre espadas medievales, modelos y técnicas de manejo. Estaba exquisitamente ilustrado, algo que supe apreciar sin duda, e incluía infinidad de fotografías de espadas. Me picó la curiosidad por saber cuál era la que yo había escogido y volví al salón a buscarla. Con ella fuera de la funda me fue fácil identificarla. Se llamaba de mano y media o bastarda, una de las más populares espadas europeas entre los siglos XIII al XVII.

Espada bastarda, me gustó mucho el nombre.

Me ilustré profusamente. Se encontraba a mitad de camino entre la espada corta a una mano y el espadón o mandoble. Era una mezcla de ambas: conservaba el tamaño de hoja de la espada corta a una mano pero su empuñadura se había alargado para poder usarla con dos, como el mandoble, aumentando así la contundencia de su golpe. Las mejoras en las armaduras las hicieron más ligeras, y redujeron sus zonas vulnerables, ya no se hacía necesario el uso de escudo por lo que ambas manos podían ser utilizadas para manejar una espada. También me enteré que a lo largo de los siglos, debido a la evolución de las técnicas de combate, la forma de la hoja sufrió variaciones. En un principio la espada bastarda tenía una hoja con poca diferencia de grosor desde la empuñadura hasta la punta, era más pesada, y resultaba ideal para golpear y tajar, pero a lo largo de los siglos la hoja se fue afinando significativamente,

se hizo más ligera y terminaba en una punta muy afilada más propia para dar estocadas, atravesar cotas de malla y buscar los puntos débiles de las armaduras.

IMG1

Mi espada era de las primeras, de las más antiguas, diseñada para golpear con dos manos y cortar de un tajo todo lo que se le ponía por delante. Sin pretenderlo había elegido el arma perfecta.

Serían las cinco de la tarde cuando me coloqué la cota de malla, me colgué la Bastarda a la espalda y me dispuse para el combate. Esa vez no me pasaría lo de las llaves. Fue lo primero que cogí. También me hice con un cenicero de cristal, bastante pesado, con el que atrancaría la puerta del portal para que no se cerrara y poder entrar rápidamente, si fuera necesario, sin utilizar la llave.

Tenía los nervios a flor de piel mientras bajaba las escaleras, pero el calorcillo del alcohol en el estómago me reconfortaba como una madre.

Qué estúpido fui aquel día, cometí tantos errores... Como elegir el alcohol y la ignorancia para que me acompañaran en aquella aventura, menuda pareja. Ese fue uno gordo, pero el peor fue no disponer de un plan B. Confié tanto en el éxito de la operación, en que los dos infectados cayeran como manzanas maduras a la piscina y quedaran allí atrapados, que no pensé que fracasaría, y fue lo primero que falló.

Después de controlar la posición del enemigo coloqué el cenicero bloqueando la puerta y salí. Tenía el camino libre hasta la piscina, los infectados se bamboleaban cerca de la puerta de la calle y había margen de maniobra de sobra. Una rápida carrera me llevó hasta el perímetro de la piscina, formado por una verja de tela metálica de un metro ochenta de alta. Abrí la puerta, que bloqueaba un pasador sin llave, y entré. Desde allí no los veía, por eso empecé a gritar y a saltar como un loco.

No tardaron en aparecer doblando una esquina. Venían juntos y su caminar era firme y decidido, me vieron y levantaron los brazos hacia mí. La sangre se me heló en las venas.

Mi sencillo plan consistía en esperarlos en el extremo más alejado de la piscina y eso hice. No tardaron en llegar a la puerta y entrar en el recinto. La piscina tendrá unos quince metros de larga por ocho de ancha, y una profundidad de dos metros en la zona más honda y uno y medio en la menos, que era justo donde yo estaba. Cuando cayeran el agua los cubriría por completo. No tuve que continuar llamando su atención, ya ellos habían fijado un objetivo y se dirigían hacia él con una determinación enfermiza. El aire era frío y unas nubes que amenazaban lluvia oscurecieron el cielo. Yo sudaba y tenía la respiración a mil, me encontraba total y completamente acojonado. Se dirigieron en línea recta hacia mí, a buen ritmo, el plan iba sobre ruedas, en nada estarían haciendo gárgaras en el fondo y yo habría ganado sin mover un dedo. Me equivoqué, por supuesto.

Al llegar al borde se detuvieron, giraron y rodearon la piscina, cada uno por un lado.

En ningún momento contemplé la posibilidad de que hicieran eso, los creí seres

estúpidos, menos inteligentes que un perro. Los subestimé. No solo habían detectado el peligro y lo habían evitado, también organizaron el ataque, estaba rodeado. Tenía que actuar rápido o terminaría devorado como aquellos polis. Lo primero que hice fue sacar la Bastarda y blandirla con manos temblorosas. Enseguida me di cuenta de que no funcionaría, no me veía capaz de aguantar su ataque y acabar con ellos a base de mandobles. La siguiente idea que tuve fue más propia de mí: huir, salir por patas. Pensé en saltar la verja, pero los infectados se acercaban demasiado rápido, si no lo lograba a la primera me engancharían. Se me había pasado de golpe el puntito del alcohol y este dejó un espacio vacío y frío: la realidad.

La había cagado pero bien.

Ya habían recorrido la mitad de la distancia y no tenía tiempo para más, o actuaba o luchaba. Actué y eché a correr. Elegí el lado por el que venía el espectro conserje, mucho más pequeño que el espectro rumano, era la elección obvia. No tenía nada pensado, pasar corriendo junto a él y volver a mi casa para meterme debajo de la cama y punto. Pero no fue fácil, el espacio que tenía para hacerlo era de unos cinco metros y el infectado, con los brazos abiertos, lo redujo significativamente. Corría con la espada entre las manos pero sin ser consciente de ella, por eso cuando le golpeé al pasar a su lado, antes de que se me echara encima, lo hice sin convencimiento, no como un guerrero, lo hice como un gilipollas. Igual me hubiese dado llevar en las manos un palo de escoba que una espada. La hoja impactó en el conserje, lo hizo sin fuerza ni precisión y apenas penetró unos centímetros en su hombro. Casi no tuve tiempo de reaccionar. Apenas me dejó ver su espantosa cara y percibir el nauseabundo olor de su boca, actuó. Fue muy rápido en lanzar su ataque. Proyectó su cabeza como un resorte y mordió mi antebrazo. Noté la presión de su mordisco, observé atónito cómo zarandeaba la cabeza igual que un perro, oí sus gruñidos y, afortunadamente, también escuché el reventar de sus dientes contra la cota de malla.

La espada a esa distancia era inútil, la solté y traté de zafarme. Sus manos engarfiadas me sujetaban y su boca desdentada lanzaba dentelladas hacia mi cara. A duras penas lo mantenía a distancia. A pesar de su pequeño tamaño tenía una fuerza y una determinación inhumana. Por el rabillo del ojo veía aproximarse un mono blanco y dentro al propio rumano. Si él me cogía también estaba listo. Era ahora o nunca. Introduje una pierna entre los dos, hice un poco de sitio como pude y cuando apoyé el pie en su barriga empujé con todas mis fuerzas. El conserje saltó hacia atrás, sonaron las uñas al romperse, pero definitivamente me soltó. Una nueva patada, esta vez dirigida a su pecho, lo lanzó a la piscina, a la que cayó produciendo un ruido sordo. Estaba libre.

No me podía quedar a ver si se hundía o no, el rumano estaba a menos de dos metros. Corrí para salir del recinto de la piscina y volver al portal. No miré atrás, mi salvación dependía de no cometer más errores, de concentrarme, de no hacer más estupideces. Cuando pasé corriendo junto a la pista de pádel volví a cometer otra.

Una puerta abierta nos llama igual que una bolsa llena de chuches a un niño y al ver la de la pista de pádel me metí de cabeza, ¿por qué?, aún me lo pregunto, fue una idea absurda, el miedo nos limita el raciocinio hasta límites insospechados. El caso es que entré tan despavorido que tropecé con el marco inferior de la puerta y caí como un fardo. Mi idea era cerrar la puerta a mi espalda, no pensé más allá. En que me quedaría encerrado para siempre ni se me pasó por la cabeza, increíble.

Me levanté muy deprisa. El tiempo que había perdido en mi caída fue crucial y ya el rumano traspasaba la puerta con sus ojos rojos mirándome fijamente. Por unos segundos me quedé paralizado frente a él, viendo cómo avanzaba. Otra vez el miedo. La visión de ese ser fue aterradora. Evidentemente reaccioné, o no estaría aquí para contarlo. La única opción que tenía era bien simple: estar al lado contrario de la red, rezar para que no pudiera pasar por encima y alejarlo de la puerta. Y eso hice, la única decisión inteligente que tomé aquel día. Una vez lo separé de la puerta salí y cerré, dejando al espectro dentro, a un palmo de mi cogote.

Los chapoteos que oí me tranquilizaron lo suficiente. Me acerqué un poco y comprobé que el conserje seguía en la piscina. De la garita cogí las llaves de la pista de pádel y me aseguré de que aquel ser no abriera por casualidad al golpear la manija.

De momento estaba a salvo, me había librado de milagro, pero la batalla aún no había terminado.

Imposible calcular el impacto que, en un ser humano, podía causar la visión cercana de aquellos seres. Tuve que esperar un poco a que dejaran de temblarme las manos, luego recogí la Bastarda del suelo y me acerqué al borde de la piscina. El conserje no estaba del todo hundido, la lona lo evitaba. Movía frenéticamente brazos y piernas sin ninguna coherencia, sin un fin concreto. Al verme encontró uno y, con imprecisión pero con la determinación que solo el instinto salvaje aporta, vino en mi dirección. Esperé. Sus manos llegaron al borde, sus ojos de fuego me miraron y su boca se abrió, el sonido que emitió no era de este mundo. Tenía que hacerlo, no podía dejarlo así, no era seguro creer que no fuese capaz de salir del agua en algún momento.

Era fácil acabar con él pero estaba aterrorizado.

Tardé un buen rato en metabolizar la situación, en determinar lo inevitable. No fue fácil pasar, en unos minutos, de pacífico ciudadano moderno a salvaje guerrero medieval. Muchos siglos de avances sociales, actitudes políticamente correctas, ideas dirigidas a la apología de la no violencia y un pacifismo como valor positivo nos separaban. Pero estaba ante un nuevo mundo e iba a ser necesario luchar con las manos para volver a dominarlo. Me costaba tragar una saliva que se había vuelto densa como leche condensada, pero era el momento de empezar a hacer bien las cosas, de ponerse serio en definitiva.

Al final levanté la Bastarda por encima de mi cabeza, sujeta con ambas manos, apretando tanto la empuñadura que los nudillos se pusieron blancos. El golpe que descargué pulverizó mi antigua conciencia antes que su cabeza.

Nunca olvidaré el sonido de su cráneo partido como un melón, y lo difícil que resultó sacar la espada de su cabeza.

El pobre Mario (en ese momento sentí lástima por él y volví a humanizarlo) cayó boca arriba, con los ojos muy abiertos, y se hundió dejando un pequeño rastro de sangre en el agua verdosa de la piscina. Un par de últimos espasmos y luego quedó inmóvil.

Con eso ya tuve bastante. El rumano jamás saldría de la pista de pádel, a no ser que yo lo sacara, y necesitaba descansar, volver a casa, sentir mi hogar de nuevo. En aquel momento la adrenalina desapareció por completo de mi organismo y su lugar fue ocupado por agua helada.

Temblando volví a casa.

Los gruñidos del espectro que dejé encerrado se despidieron de un hombre que ya no era el mismo.

12. GOLPE DE FILO

El día que me enfrenté a los dos infectados cometí muchos errores, fui un insensato y un temerario, pero sobre todo era un hombre mal informado: no sabía manejar una espada y desconocía el poder bloqueante del verdadero miedo. Ya en mi ático, metido en la bañera, cuando los vapores del alcohol se habían disipado completamente, lo vi claro.

Durante las dos semanas siguientes me dediqué a controlar el miedo y a practicar con la espada.

El miedo es necesario para la supervivencia, solo un idiota diría lo contrario. El que no tiene miedo no reconoce el peligro, y el peligro a menudo es mortal. La cuestión es aprender a controlarlo una vez estamos en su presencia, evitar que nos paralice. La visión de esos seres me bloqueó, sentí un miedo atroz que no me dejó actuar con coherencia y me empujó a tomar decisiones equivocadas. Tenía que poner remedio a eso.

No sé por qué me lo tomé tan a pecho, al fin y al cabo ya había pasado lo peor y el infectado que quedaba estaba encerrado en la pista de pádel. Además, lo más probable fuera que nunca saliera del edificio (¿adónde podría ir yo solo?), y que la desesperación o el hambre acabaran conmigo antes de que intentara ninguna aventura. Casi con toda seguridad jamás tendría que volver a enfrentarme a uno de esos seres. Fui, por tanto, poco práctico al plantearme un entrenamiento tan exigente, pero fue así como lo decidí. Algo que ahora agradezco.

Manuel tenía varios libros sobre espadas antiguas, sus tipos y sobre todo su manejo. Los leí todos. Anoté minuciosamente los golpes y el entrenamiento más adecuado para cada uno de ellos. No me fue difícil componer un plan de trabajo con dibujos donde representé los movimientos correctos, sus fases y número de repeticiones para fortalecer los músculos interesados en cada golpe. El enemigo no sería otro caballero con espada, por lo tanto me centré en los golpes de ataque y descarté los de defensa. Las técnicas de ataque son muchas, pero se dividen fundamentalmente en dos tipos: de corte (tajar o desgarrar) y de estocada (clavar). Las técnicas de corte son rápidas, tienen que practicarse mucho, requieren movimientos circulares de fuera hacia dentro, o de dentro hacia fuera, y hay que tener los músculos bien engrasados. El movimiento circular comienza en los brazos, pasa a los antebrazos, luego a las muñecas y finalmente acaba en el filo de la espada, normalmente entre el tercio medio y el primer tercio del filo, la parte más alejada de la empuñadura. No es igual que golpear un árbol con un hacha, hay que añadir al golpe el efecto de corte, golpear y cortar. Cuando practicas mucho lo entiendes, y yo practico mucho.

Todos los días me pongo la cota de malla, la Bastarda a la espalda y, durante tres

o cuatro horas, practico y practico.

Utilizo un naranjo, de unos veinte centímetros de tronco, como *sparring*. Coloco marcas con cinta aislante a distintas alturas y ensayo la puntería del golpe. Una y otra vez el impacto en el lugar correcto, eso es fundamental. Al principio, después de un par de horas de golpear, los brazos me ardían, los músculos de los antebrazos se acalabraban, las manos perdían fuerza y apenas podía sujetar la espada. Pero poco a poco mi cuerpo se familiarizó con los movimientos, con el esfuerzo, con el peso y sus trayectorias, con el rebote del impacto en mis hombros y, al final, la espada fue como una prolongación de mi cuerpo, un miembro más.

Controlar el miedo fue otra cosa.

No lo leí en ningún sitio, se me ocurrió a mí solito. Todos los días, antes de mis entrenamientos con espada, tomo una silla plegable y me siento, media hora, a menos de un metro de la puerta de la pista de pádel, frente al jardinero infectado. Al principio fue muy duro, se me hacía insoportable su visión. Yo permanecía sentado mientras ese ser golpeaba, introducía los dedos y aplastaba la cara contra la tela metálica. Observaba sus ojos enrojecidos, no humanos, de animal rabioso, su boca babeante lanzando dentelladas en mi dirección, incansable. Necesité algunos días hasta que pude permanecer delante de él sin temblar.

Al final fui capaz de levantarme y acercarme más a él, mantener la cara a un palmo de la suya, sentir su aliento putrefacto, ver con claridad la textura grisácea de su piel y sus venas hinchadas. Cuando lo hago ahora, y miro sus ojos a pocos centímetros, noto el volumen inmenso del miedo crecer en mi interior, pero además compruebo, con orgullo, cómo unos misteriosos mecanismos que he entrenado se activan para controlar esa masa informe capaz de paralizar un cuerpo y hacer reventar un corazón. Es una satisfacción enorme haberlo logrado.

No se debe vencer al miedo, basta con engañarlo.

Hace más de quince días que empecé mi entrenamiento. Ahora manejo la espada de cojones y me puedo cagar en los muertos de ese puto espectro mirándole directamente a los ojos.

Estoy preparado para terminar lo que empecé.

El día está cubierto, con nubes grisáceas que amenazan lluvia. Me he levantado con la moral alta y, después de desayunar, he hecho un poco de ejercicio en la terraza, estiramientos, calentamiento y algunas flexiones. El panorama en la calle es el mismo de siempre, quizá menos comilones. Parece que se estén yendo, han arrasado con todo lo verde que estaba a su alcance y seguramente busquen nuevos recursos en otro lugar. El coche de policía sigue accidentado en mitad de la calle, por supuesto, y los pocos restos de los dos policías también. Las manchas de sangre se han diluido con la lluvia, y son los trozos de ropa y correajes lo único que distingo con los prismáticos. No han dejado ni un hueso. Ahora lo miro y no siento nada, me he acostumbrado.

He pintado un rato y después me he relajado leyendo una guía didáctica bastante detallada, que ilustré hace más de dos años sobre el castillo de Manzanares el Real, para alumnos de secundaria. Los dibujos me llevaron bastante trabajo, tuve que documentarme con detalle sobre la época y el castillo. Visto ahora con perspectiva tengo que decir que me quedaron muy bien. Nunca leí el texto con atención, me preocupé que encajara con los dibujos y poco más. No lo hice por falta de interés, ni desgana, probablemente coincidió con algún otro trabajo o exposición y quedó olvidado. Siempre leo los libros que ilustro, esta guía fue una excepción, seguro. Por eso la elegí.

Una hora más tarde sabía un poco más de los Mendoza: Don Pedro González de Mendoza (1340-1385), a quien Juan I donó las tierras del «Real de Manzanares». Fue mayordomo y hombre de confianza de este rey. Se cree que murió en la batalla de Aljubarrota al ceder su caballo al monarca para que huyese tras la victoria portuguesa, pobre idiota. Don Diego Hurtado de Mendoza (1365-1404), hijo del anterior y el que disfrutó la herencia, fue el que construyó el primer castillo de Manzanares (El Castillo Viejo). Y finalmente Don Íñigo López de Mendoza (1398-1458), hijo a su vez del anterior. Llegó a Conde del Real de Manzanares y primer Marqués de Santillana con el Rey Juan II. Vivió en el Castillo Viejo y comenzó a pensar en la construcción del segundo castillo. Antes no había aeropuertos y en algo había que gastar nuestros dineros.

La verdad es que la guía me estaba entreteniendo bastante. Se completaba con una descripción muy detallada del castillo y del entorno. Me hubiera quedado tranquilamente ahí sentado (la amenaza de lluvia ya era una realidad y me resguardé en la terraza cubierta), pero tenía tomada una decisión y no debía retrasar más el momento.

Entré y me vestí convenientemente: elegí unos pantalones negros con bolsillos a los lados, una camiseta térmica de manga larga y encima un forro polar gris muy grueso y me calcé unas botas de montaña de media caña, muy cómodas, que llevaba siempre para andar por el monte. El conjunto lo completaban la cota de malla, que gracias al forro polar no resultaba incómoda, la Bastarda a la espalda y unos guantes de piel negra sin dedos que uso para levantar pesas. Me eché al bolsillo las llaves y el cenicero para atrancar la puerta del portal.

De esa guisa salí a la terraza y una cortina de lluvia me recibió. El agua y el aire en el rostro me revitalizó y, lejos de sentir que la tormenta que tenía encima sería un hándicap, la sentí como una señal que aportaría tintes melodramáticos a mi gesta. Un último vistazo al espejo del recibidor me devolvió la imagen de un guerrero moderno, con anacronismos en su vestimenta pero auténtico en el fondo. Un cruzado en los tiempos de Facebook y Twitter, un soldado medieval en una época en la que se mataba a miles de personas apretando un botón, o al menos así había sido hasta hacía poco.

Siempre entrenaba con la cota de malla puesta y me había acostumbrado a ella de

tal forma que casi no notaba su peso. Bajé las escaleras y llegué al portal. Atranqué la puerta para asegurarme una huida rápida en caso de que las cosas no salieran bien. En el fondo sabía que si el miedo me atenazaba o mi golpe no era lo suficientemente preciso no tendría muchas posibilidades de salir airoso. El rumano era enorme, si lograba agarrarme no podría deshacerme de él como hice con el conserje. Si no lo despachaba a la primera y ese engendro me cogía estaba listo.

Caminé despacio hasta la pista de pádel. Lo encontré a unos tres metros de la puerta, con la cabeza dirigida hacia arriba, recibiendo el agua de lluvia en su boca abierta. No me oyó llegar. Lo observé unos instantes. Había adelgazado en estas tres semanas y el mono blanco (que a estas alturas era más bien gris) le quedaba holgado, pero no dejaba de ser alucinante que no hubiera muerto de hambre, ¿cuánto podría aguantar sin comer? Ya no lo sabría.

Metí la llave, abrí la cerradura y llamé su atención como había hecho cada día. Su respuesta fue la misma de siempre: me miró con sus ojos de animal hambriento y brutal, abrió la boca y, lanzando dentelladas, se abalanzó contra la puerta. Era un misterio la manera en que responderían mi cabeza y mis entrañas, hasta ahora él había permanecido a un lado de la verja y yo al otro, pero en breve compartiríamos espacio y entonces vería.

Esperé a que se apretujase contra la puerta, ver su cara deformada por la ira chocar contra los hierros, que todo su cuerpo pugnara por traspasar la barrera que nos separaba, para accionar el picaporte y dar, al mismo tiempo, una tremenda patada contra la puerta.

El empujón desplazó al comilón y lo hizo trastabillar unos metros mientras la puerta quedaba abierta.

Ya no había vuelta atrás.

Los segundos que tardó en recobrar la estabilidad los aproveché para correr y ponerme en posición. No había plan, solo un sencillo esquema: yo esperaba para matarlo en la explanada adoquinada del jardín y él venía a por mí para sacarme las tripas y comérselas. Así de simple, matar o morir bajo la lluvia.

Ya estaba en posición cuando lo vi salir de la pista de pádel. Llovía mucho, con relámpagos y truenos que se mezclaban con el ulular del viento y el retumbar de los latidos de mi corazón. Estaba empapado, el agua resbalaba por mi frente, discurría por mi cara molestando a mis ojos y terminaba en mi barba.

Él y yo. Una tormenta de mil demonios encima de nosotros y la vida en juego. Me encantó la imagen y eso me tranquilizó. ¿Se puede tener una observación de carácter estético si el miedo te está dejando las pelotas del tamaño de un cacahuete? Comprobé que sí.

El comilón me vio, gruñó y se lanzó al ataque.

La Bastarda continuaba a mi espalda, metida en su funda.

Las piernas ligeramente separadas, los brazos a los lados, la mirada fija en el enemigo que avanza. Esperé a que estuviera a menos de cuatro metros para

desenfundar.

El cielo estaba tan oscuro como la ceniza. No recordaba haber visto llover más en mi vida. En esas circunstancias los colores se diluyen y las imágenes se ven en blanco y negro. Un rayo dibujó un arabesco inmenso en el cielo e iluminó la escena unos segundos, el trueno que lo siguió casi al instante fue brutal y retumbó en el silencio de la ciudad muerta. Con la Bastarda agarrada con ambas manos armé el golpe, igual que si fuese a batear. Di un paso atrás con la pierna derecha y llevé los brazos sobre el hombro del mismo lado, la mano izquierda más cerca del pomo, la derecha de la guarda y la espada desnuda cruzada sobre mi espalda, esperando el golpe de filo. Respiré hondo y miré de frente la cara del espectro a través de miles de gotas de lluvia. Cargó con las manos por delante, sin importarle el filo de mi espada, sin titubeos, igual que una locomotora, y eso fue lo más aterrador: su determinación inhumana.

Permanecí quieto, esperando que estuviera a la distancia adecuada, con el corazón a mil, dudando si el miedo agarrotaría mis músculos, si el terror me paralizaría en el último momento y fuera incapaz de descargar el golpe con la precisión y la contundencia necesarias. La distancia se redujo muy rápido. La densa película de agua me dejó entrever sus ojos rojos, su boca abierta... Había llegado el momento. La hora de la verdad. La orden se formó en mi cerebro, millones de sinapsis conectaron neuronas y enviaron información a los tendones que transmitieron la tensión a los músculos de mis piernas, de mi cuerpo, de mis brazos. El puto miedo se esfumó o quedó arrinconado.

La Bastarda salió precisa, con una trayectoria descendente en un ángulo de diez grados sobre la horizontal. El no muerto, o lo que cojones fuese aquel ser, estaba a un metro cuando el tercio medio de la espada impactó en su cuello, luego completó su movimiento circular de fuera a dentro con ejecución perfecta...

... y la cabeza cayó al suelo.

Su cuerpo quedó inmóvil unos segundos, de pie, frente a mí, luego se desplomó con un sonido sordo sobre las baldosas mojadas. Apenas sangró. La tormenta amainaba. Aflojé la presión sobre la empuñadura.

Había vencido.

Arrastré el cadáver (que pesaba una barbaridad) hasta la piscina y lo arrojé dentro, junto al conserje. El agua verdosa pronto se lo tragó y quedó como una sombra en el fondo. Los ojos y la boca aún se movían cuando tiré su cabeza. Me quedé unos minutos paseando por las zonas comunes con la extraña sensación de un recuerdo muy antiguo, el de contemplar un castillo arrebatado al enemigo. Ya todo el edificio era mío.

Ahora solo me quedaba conquistar el resto del mundo.

Subí empapado y helado de frío. Frío que hasta que entré en casa no había notado. Me puse ropa seca y me tumbé en el sofá hasta la hora de la cena. No dormí, permanecí así un par de horas metabolizando lo ocurrido. Ya estaba hecho y había

comprobado algo muy importante: aquellos seres eran aterradores pero morían como nosotros, y ahora también sabía que su visión no me paralizaría en un futuro en el que quizá tuviera que volver a verme cara a cara con ellos.

Después de la tormenta la noche quedó muy agradable. El cielo se despejó de nubes y un coral de infinitas estrellas brilló sobre mi cabeza. Me senté en la terraza con una copa en la mano. Las volutas del humo del cigarro ascendían hacia el cielo en una noche sin aire. Me permití encender una vela que coloqué en medio de la mesa. Observando su luz macilenta y acogedora pensé, por un momento, que todo había sido un mal sueño, que todo seguía igual, que el mundo era el mismo de siempre y que mi vida también. Imaginé que esperaba a una chica encantadora para tomar una buena cena, reír y compartir intimidades cogidos de la mano, mirarnos a los ojos con complicidad, acariciarnos, besarnos y luego, agarrados de la cintura, retirarnos a mi habitación para follar como leones. ¡Hay que ver lo que puede conseguir una puta vela!

Un gato chilló en la distancia y los gruñidos brutales de los comilones excitados por la carne de felino me devolvieron bruscamente a la realidad. No me iban a amargar la noche, esa noche era mía. Me sentía más vivo que nunca, capaz de todo, quién sabe... hasta de salir de casa, dejar el edificio y buscar otro lugar.

En muchas ocasiones creí que terminaría arrojándome por la terraza, pensé que ese sería mi fin, morir reventado contra el suelo. Ahora esa idea me parece cobarde y la descarto por completo.

Si tenía que morir lo haría luchando.

Dormí como un bebé. Antes me regalé una cena extraordinaria compuesta por una lata de chipirones, otra de atún, una manzana y mandarinas en almíbar que me encantan. Me tomé un par de cervezas y un copazo de coñac para rematar la faena.

13. UNA VENTANA A LA ESPERANZA

Eva se sentía sucia y muy débil. Llevaba dos días sin comer nada y bebiendo poco. Tenía la moral por los suelos, estaba al límite.

Ni su padre ni ella comían casi nunca en casa y las cenas, cuando no tenía guardia en el hospital, eran a base de fruta y yogures. Por ese motivo tenía poca comida guardada y, aunque la racionó cuanto pudo durante las últimas semanas, hacía dos días que se comió la última lata de tomate frito. Cuando se terminó los refrescos, las cervezas y la botella de agua que siempre tenía fresca en el frigorífico, vivió de la que sacó de la cisterna, unos diez litros. Ahora solo le quedaba una lata de Coca Cola y medio balde de agua de lluvia.

Sabía que su padre guardaba en su habitación, en el cajón de la mesilla, tabletas de chocolate, bombones y cualquier variedad de dulce que llevara chocolate. También tenía una botella de anís. Su padre era muy goloso, y cuando se metía en su cuarto a ver la televisión, se servía una copita y se comía su ración de chocolate, decía que así dormía como un bendito. Eva pensaba sin parar en ese montón de chocolate que le esperaba a pocos metros. Pero igual hubiera dado que estuviera en la Luna, porque el ser que un día fue su padre ocupaba ahora la habitación.

Al día siguiente de que lo dejara encerrado, oyó sus gruñidos, sus continuos paseos por la habitación, sus arañazos en la pared y los golpes en la puerta en el momento en que, por descuido, ella producía algún ruido que llegaba a sus oídos. Hacía tres semanas que convivía con una abominación. Caminaba por la casa como un fantasma para no hacer ruido. Lloraba en silencio la muerte de su padre y al mismo tiempo odiaba al ser que, al otro lado de la puerta, no dudaría en comérsela si pudiera.

Ocupó el tiempo leyendo y estudiando durante las horas de luz. Se había matriculado en medicina y estaba en cuarto curso, no deseaba ser siempre enfermera y esperaba algún día poder ejercer de médica. Sabía que eso ya nunca podría ser pero le distraía y le llenaba completar sus conocimientos, por eso continuó estudiando a diario con método estricto. Los primeros días pasó muchas horas asomada a la ventana de su quinto piso situado en el barrio del Pilar, observando cómo, día a día, desaparecían las luces de las pocas casas que aún contenían personas vivas. Su piso hacía esquina, por un lado daba a la calle Fermín Caballero y por el otro, la habitación de su padre, con la calle Santiago de Compostela y la M-30, cerca de la Av. de la Ilustración. Los infectados dejaron de interesarle a los pocos días y ya casi nunca miraba abajo. Se asomaba a la ventana constantemente para estudiar el cielo, intentando adivinar si llovería y poder así conseguir un poco de agua.

Eva no era tonta. Sabía que si no conseguía comida en breve moriría. Se iría debilitando paulatinamente hasta que su cuerpo se convirtiera en una carga,

durmiendo cada vez más hasta que un día no despertara. Le dolía el estómago y apenas se enteraba de lo que estaba leyendo, «*Cuando aún no existías*», un libro existencialista demasiado denso para su pobre concentración: ¿quiénes somos?, ¿a dónde vamos?, ¿qué debemos hacer?, ¿somos responsables de nuestros actos o está todo escrito? La realidad dejaba esas preguntas a la altura del betún y, sobre todo, la urgencia de sus tripas. Llevaba semanas sin asearse, haciendo sus necesidades en un cubo que luego arrojaba por la ventana. Apenas se miraba en los espejos, evitaba el que estaba en el recibidor y hacía tiempo que no entraba en el baño. No soportaba su inmundicia.

No se había rendido ni mucho menos, aunque estaba bloqueada. Pensaba constantemente en una salida a su situación sin ser capaz de hallarla. Cada día recordaba la promesa que le había hecho a Julián cuando lo dejó maltrecho en aquel bar después de que le salvara la vida. Le dijo que volvería a por él. Veintitantos días son demasiado tiempo para mantener las esperanzas. Probablemente Julián ya no la esperaba, quizá nunca lo hizo. O puede que ya solo fuese un infectado más dando vueltas a la barra de un bar eternamente. Eva pensó en todas y cada una de las posibilidades y se aferró a la única que la podía mantener cuerda: «Julián está bien, me espera e iré a sacarlo de allí».

Tenía pensada una forma de salir de la casa pero ahí se acababan sus planes. No encontraba la manera de poder, una vez en la calle, hacerse con un vehículo y llegar hasta Julián sin ser devorada. Su padre no tenía coche y no confiaba en localizar alguno abierto, con las llaves puestas y que funcionara, y además hacerlo rodeada de infectados.

Como las escaleras eran propiedad de un par de vecinos infectados que deambulaban arriba y abajo todo el día (ella los veía a veces en su rellano a través de la mirilla), su idea era escapar por la ventana descolgándose con una cuerda. No tenía trastero, por eso guardaba todo el equipo en el armario de su habitación: una gran mochila con cuerdas, mosquetones, fisureros, aseguramientos, piolet, crampones... Para una experta en escalada bajar por la fachada del edificio sería coser y cantar.

Continuó leyendo y una frase le rebombó en el cerebro como un mazazo, estaba a punto de cerrar el libro cuando esa línea de letras trazó un camino a la esperanza: «*La espera es el lugar donde habitan los fantasmas de nuestras dudas... la acción los disipa*». De pronto lo vio claro, cristalino. Tenía que actuar.

Estaba muy débil, pronto sería incapaz de tener fuerzas suficientes. Necesitaba alimentarse, coger energía y pasar a la acción. En segundos todo un plan de actuación pasó por su cabeza. Tenía que comerse el chocolate que su padre guardaba, salir del edificio descolgándose por la ventana y correr como una posesa hasta el bar donde estaba Julián. Visto desde fuera la idea era una locura desde el principio hasta el fin. Para ella, sin embargo, representó la diferencia entre dejarse morir o no, activó su cuerpo y su mente, y le infligió unas ganas de vivir que ya veía alejarse.

Ahora tenía que pensar en cómo lo iba a hacer. Estaba dispuesta a todo, no tenía

nada que perder, siempre supo que nadie vendría a rescatarla, que todo dependía de ella. Por eso, con una férrea determinación, tomó un papel y un bolígrafo y anotó:

- 1 - Coger fuerzas: comer chocolate y beber mucho líquido.*
- 2 - Preparar salida por la ventana. Organizar bajada con cuerdas.*
- 3 - Confeccionar ruta más corta a pie hasta bar de Julián.*

El punto dos era el más sencillo, el tres una locura y el uno el más doloroso, por eso empezó por él.

Necesitaba recobrar las fuerzas y eso pasaba por enfrentarse al ser de la habitación. Tendría que matarlo, matar al que fue su padre. Se dirigió a su habitación, revolvió en el armario, abrió su mochila de escalada y cogió el piolet. Lo contempló en su mano. Era un utensilio diseñado para la escalada, para penetrar en el duro hielo y dar sujeción en las ascensiones difíciles, pero también podía ser un arma terrible. Un golpe con su punta dentada penetraría un cráneo sin dificultad. Lo tuvo unos instantes en sus manos, sopesándolo. Enseguida supo que no podría hacerlo. No tenía la seguridad de ser capaz de abrir la puerta y esperar que la visión del que había sido su padre, ahora convertido en un ser espantoso, no la paralizara y la dejara a merced de sus mandíbulas. Debía pensar en otra cosa. Aún así llevó el piolet y lo dejó sobre la mesa del salón, junto a su hoja de ruta de tres puntos.

Su segunda idea le gustó algo más. Tardó más de dos horas en darle forma, en perfilarla. Al fin la tuvo definida. Consistía en sacar al infectado de su casa y dejarlo en el rellano de la escalera. Para ello colocaría una cuerda por fuera de la puerta de salida, a unos veinte centímetros del suelo, bien sujeta con clavos o alcayatas, de lado a lado, luego liberaría al infectado, este la perseguiría por el pasillo, ella saldría al rellano y esperaría fuera. Cuando el ser se precipitase a toda velocidad tras ella tropezaría con la cuerda, caería al suelo y ella aprovecharía para entrar en casa y cerrar la puerta a cal y canto. Visualizó la acción varias veces y determinó que había muchas cosas que podrían salir mal, muchas. No se le ocurrieron más ideas y decidió que así lo haría. En los puntos dos y tres no pensó demasiado, si el punto uno fracasaba nunca se llevarían a cabo, y si salía bien ya tendría tiempo de hacerlo.

Lo primero que hizo fue coger un trozo de cordino de cinco milímetros, un martillo y un par de alcayatas fuertes. Casi al instante descartó el martillo, si se ponía a dar golpes atraería a los infectados que deambulaban por la casa, sujetaría la cuerda al marco de madera con tornillos de cabeza ancha. Observó por la mirilla y cuando estuvo segura de que no había peligro, abrió con el aliento contenido. La puerta de enfrente continuaba abierta, la cerró sin hacer ruido, no quería sorpresas. Se aseguró de que los infectados no estuvieran cerca y atornilló la cuerda. Después de comprobar que había quedado bien firme volvió a entrar, cerró y respiró profundamente.

La siguiente acción no requería preparación alguna, solo valor, y un poco de locura también. Era mediodía y la luz iluminaba la casa y el hueco de la escalera a

través de unos ventanucos diminutos pero efectivos. Esperaría a que anocheciera. A última hora se le ocurrió añadir un elemento que le daría cierta ventaja: unas linternas. A la postre resultarían definitivas.

Mientras esperaba dejó la mente en blanco. No quiso pensar en la posibilidad de que si todo salía bien y llegaba hasta el bar (eso sería casi un milagro), podría no encontrar allí a Julián sino a una abominación. Tampoco ella estaba totalmente libre de esa posibilidad, aún no había pasado un mes desde que huyera del hospital y podría empezar a experimentar los síntomas en cualquier momento. Si eso pasaba (ya lo tenía claro) saltaría por la ventana. Al darse cuenta de que la cabeza se le llenaba de fantasmas y era imposible mantenerlos a raya, se levantó y fue a su cuarto, tomó el *email* que había leído mil veces y volvió al salón.

A la luz del atardecer leyó aquellas líneas con la vana idea de encontrar un brillo de esperanza.

No lo encontró.

Nueva York
27 de octubre de 2013

Dr. Arthur Freeman.

A todos los ciudadanos del mundo, hombres, mujeres y niños: la humanidad está a punto de desaparecer. Esto no es una broma, miren por sus ventanas y lo comprobarán. He de confesar que yo soy el responsable de liberar un virus que afectará en pocos días a casi todos los humanos, convirtiéndolos en algo muy distinto.

Hace dos años se encontró en las montañas de Alaska, enterrado en un glaciar, el cuerpo congelado de un hombre con una antigüedad de 15000 años. Una vez analizado se descubrió que no estaba muerto, aún existía una mínima actividad en su cerebro. Las múltiples pruebas detectaron que su organismo estaba infectado, hasta la última célula, por un virus desconocido. Aquel individuo portaba armas rudimentarias y una especie de macuto con hierbas y comida. Parecía tratarse de un explorador o cazador que se perdió por aquellas montañas y quedó congelado. Luego, milenios de nevadas ocultaron su cuerpo hasta nuestros días. Desconocemos cómo contrajo el virus o si fue el Paciente 0. Nunca llegó a su tribu, eso seguro. No llegó a contactar con otros individuos, por eso hoy seguimos aquí. El potencial de aquel virus no pasó desapercibido para nuestro gobierno y el hallazgo se mantuvo en secreto. Se envió el cuerpo a unos laboratorios ultrasecretos de nivel 5 en el desierto de Nevada y se destinó su estudio a la división de guerra biológica dentro del Proyecto Fobos («pánico» en griego) del que yo era director.

Una vez aislado se descubrió que aquel virus era algo prodigioso. Muy

distinto a todo lo que conocíamos. Al contrario que los otros, el virus al que bautizamos «Fubarbundy», no proliferaba dentro del individuo que infectaba hasta acabar con él. Este virus modificaba el organismo infectado, activaba mutaciones y daba como resultado un nuevo ser. Las pruebas no dieron positivo de infección en ningún organismo que no fuera humano. Ni animal, ni vegetal, solo el humano era su objetivo. Se realizaron pruebas prohibidas utilizando enfermos terminales que nadie reclamaría, y los resultados fueron sorprendentes. El individuo infectado, después de superar un estado de coma que podía variar entre unos pocos minutos hasta varias horas, despertaba siendo algo muy distinto. El virus realizaba cambios a nivel celular y lo convertía en un superhombre, extremadamente adaptado para la supervivencia. El coste era su humanidad. El nuevo ser economiza al máximo, reduce su capacidad cerebral (que en los humanos supone hasta el 20% del consumo total de energía) y no queda en él más que su instinto encerrado en un cerebro reptiliano. Su sistema inmunológico mejora de una manera increíble, no siente dolor y se cura sorprendentemente rápido, es capaz de sanar en pocos minutos una herida que le penetrara un pulmón o el estómago. Puede taponar venas y arterias en segundos con plaquetas increíblemente eficaces, y continuar viviendo después de amputarle piernas y brazos.

Durante seis meses estudiamos su vector de transmisión, su periodo de incubación, su resistencia al entorno. No hubo que modificar gran cosa para convertirlo en el arma perfecta. Su vector de transmisión es impresionante: basta rozar a un infectado o algo que este haya tocado para quedar contagiado. El nuevo infectado es portador a los pocos segundos y puede infectar a otros individuos casi al instante. Por supuesto también se transmite por intercambio de fluidos como sangre o saliva y viaja por el aire sin problema buscando unas vías respiratorias por donde entrar, o una piel en donde posarse. El exterior no le afecta, fuera del cuerpo permanece latente, igual que una semilla, por tiempo indefinido. El periodo de incubación era de una semana originalmente, pero lo modificamos para que se alargara hasta los treinta días y conseguir así un mayor número de infectados. Podía ser más efectiva que cualquier arma conocida, mil veces más devastadora y sobre todo discreta y silenciosa. Liberada en un país enemigo, solo habría que sentarse a esperar que sus habitantes se despertaran un día convertidos en seres irracionales que devorarían todo y a todos aquellos que aún conservaran la capacidad de pensar. Acabaría con la resistencia de un país enemigo en un par de meses, dejando los edificios intactos, luego solo habría que entrar a hacer limpieza. La idea inicial era poseer esta arma, desarrollarla, perfeccionarla y guardarla muy al fondo del armario para utilizarla como último recurso. Era muy peligrosa, extremadamente peligrosa,

aunque mejor tenerla nosotros que el enemigo. Pero surgió un problema: no encontrábamos la manera de contrarrestar sus efectos, de diseñar una vacuna, un antídoto que hiciera inmune a los ciudadanos americanos. El país que poseía el arma definitiva, EE. UU., podría sucumbir también a ella.

Sin lograr encontrar la manera de anular el Fubarbundy no había posibilidad práctica de invadir los países derrotados, habría que caminar permanentemente con trajes NBQ (Nuclear-biológico-químico) y nunca tendríamos la seguridad, por mucho que controláramos las fronteras, de que el virus no las traspasara algún día.

Un cambio en el gobierno desencadenó una nueva política con respecto al programa de armas biológicas, y una hornada de burócratas acojonados paralizó el Proyecto Fobos y ordenó la destrucción total y absoluta del virus y de los infectados, no debería quedar nada de ese aterrador Armagedón. Desmantelado el proyecto era cuestión de tiempo que se deshiciesen también de mí, y así hicieron. Me dieron una palmadita en la espalda y me mandaron a casa.

Y eso hice, pero me llevé el Fubarbundy conmigo.

Durante el último mes he viajado por decenas de países liberando el virus. Todo el mundo está contagiado, ya no hay vuelta atrás. Un individuo con una vida social normal puede infectar a miles de personas en un mes, que a su vez pueden infectar a otros miles y éstos a su vez a otros tantos. Cuando el primer infectado manifestó los síntomas y más tarde despertó convertido en un ser inhumano, ya nada podía detener el final.

Será algo más que una plaga, nacerá un nuevo tipo de especie, caníbal, sin mente, sin conciencia.

La verdad es que no sabría decir por qué lo he hecho. Por qué, de pronto, decidí acabar con la raza humana, erguirme en Dios vengador. Puede que el hallazgo del virus lo interpretara como una señal. Quizá el hombre debió desaparecer hace 15000 años y yo solo estoy enmendando un error. O simplemente soy un loco miserable, eso ya da igual.

PD: Suerte al uno por mil de individuos inmunes al virus. La van a necesitar.

Y ya saben, si sobreviven... no abran la puerta a nadie.

Dejó el *email* sobre el cuero gastado del sillón y recostó su cabeza. Había leído de nuevo ese trozo de papel deseando descubrir una fisura, un estrecho camino de salida, pero había vuelto a encontrarse en el borde de un oscuro y profundo abismo. Sus párpados le pesaban. Tenía frío, no quiso moverse para coger una manta, deseaba dejarse arrastrar a los brazos de un sueño sin conciencia.

Despertó aterida de frío con el salón a oscuras. Había anochecido.

Con determinación se levantó y se puso una chaqueta gruesa y unos guantes.

Cogió dos linternas, una de mano y otra con un gancho para colgar que usaba dentro de la tienda de campaña. Tenía un par de frontales de LED y una especial para señales también de LED pero las dejó en la mochila. Primero abrió la puerta de la calle y, por la estrecha ranura espío, no vio nada, no escuchó nada. Sabía que aquellos seres quedaban paralizados cuando oscurecía (los había visto muchas noches desde la ventana) y que se activaban si recibían algún estímulo. Por eso encendió de golpe la linterna y alumbró, con el corazón en la boca, el rellano. Estaba vacío. Salió muy despacio y colocó la linterna colgada del tirador de la puerta del vecino de enfrente, a unos seis o siete metros, dirigiendo su luz directamente al centro de su puerta. Comprobó una vez más la consistencia de la cuerda y entró de nuevo dejando la puerta abierta. Recorrió el camino hasta la habitación de su padre a través de un pasillo que, a la luz oscilante de la linterna, le recordó las entrañas de una bestia. Introdujo la manija que había desmontado de la cerradura semanas atrás y respiró hondo, soltando el aire muy despacio. Todo era silencio. La puerta de la calle abierta a su espalda le incomodaba, urgía actuar con rapidez. Era el momento. Se motivó imaginando en su cabeza la visión de una gran tarta de chocolate, la boca se le hizo agua y le ayudó a salvar las últimas dudas. El hambre enloquece y aquello que iba a hacer era una locura y de las gordas. Accionó el pomo. Empujó la puerta suavemente al principio, un segundo, quizá dos estuvo entornada, Eva recibió en la cara una vaharada de aire estancado y putrefacto, luego de un golpe la abrió totalmente.

Estaba hecho.

Desanduvo el pasillo a la carrera y se paró junto a la puerta de salida. La luz de la linterna colocada enfrente iluminó su perfil. Su pecho subía y bajaba. Levantó su mano y encendió la linterna, el haz viajó por el pasillo atrapando millones de motas de polvo en suspensión y se introdujo en la puerta abierta de la habitación. Por unos segundos no pasó nada. Eva sostenía la linterna con mano temblorosa, intentando prepararse para lo que nadie puede prepararse del todo. Una figura apareció por la puerta. El haz de luz tembló aún más. A duras penas rectificó su trayectoria e iluminó el rostro de aquel ser de pesadilla.

No reconoció a su padre y eso, aunque en aquel momento no lo supo, la tranquilizó lo suficiente para no desplomarse. La luz azulada de la linterna sobre el rostro grisáceo, cuajado de venas y ojos inyectados en sangre, no hizo más que intensificar el horror de su visión. El infectado caminó indeciso en un principio, titubeaba. Sus ojos se cerraban y se abrían en un intento inútil por evitar el deslumbramiento de aquella luz que a la vez le atraía como una farola a una polilla. Eva sabía que parte del éxito de su plan consistía en que el infectado saliera con la suficiente velocidad como para tropezar y caer, por eso, en un momento dado, dejó de enfocarle a la cara y dirigió la linterna hacia ella.

—Lo siento papá —dijo bajito—. ¡Lo siento! —repitió gritando.

Fue como si una corriente eléctrica atravesara el cuerpo de aquel ser. De golpe levantó los brazos y se lanzó como un rayo hacia ella con la boca abierta echando

espumarajos.

Eva no esperó más, salió con cuidado de no tropezar y se quedó a un lado de la puerta, pegada a la pared igual que una lapa, con la linterna apagada. En un instante aquel ser atravesó la puerta, en dirección a la luz de la linterna que había enfrente, guiado por la promesa de carne fresca y a la vez deslumbrado. No reparó en la figura agazapada a su izquierda. Tampoco vio la cuerda que trabó su tobillo izquierdo primero y luego el derecho. Sin dejar de agitar los brazos en dirección a la luz, ni de proferir escalofriantes gruñidos, cayó como un fardo contra el suelo.

Eva lo vio desplomarse todo lo largo que era, con los brazos extendidos, sin hacer ningún intento por amortiguar el golpe. Salió de las sombras, saltó por encima del cuerpo pisando su espalda, entró en la casa y cerró la puerta con un golpe que resonó en todo el edificio. Cuando echó los cerrojos se dejó caer en el suelo hasta quedar sentada. Aún debieron de pasar algunos minutos antes de que pudiera controlar los temblores y levantarse.

Lo había conseguido. El punto uno de su plan suicida estaba hecho.

Una vez pasado el *shock* inicial, corrió por el pasillo y entró en la habitación de su padre. El olor era nauseabundo y, por lo que pudo ver con la linterna, el infectado se había dedicado a arañar las paredes y estaban llenas de surcos sanguinolentos y desconchones. También había mordisqueado las esquinas de los muebles. Parecía haberse alimentado de madera y yeso más de veinte días, increíble, y sin beber una gota de agua. Los cajones permanecían cerrados, tiró de uno de ellos y, cuando a la luz de la linterna vio el brillo de envoltorios de chocolatinas, se sintió la mujer más feliz del mundo. La ilusión pronto se borró de su rostro porque solo eran eso, envoltorios. Revolviendo todos los cajones encontró dos chocolatinas y un culito de anís, nada más. Sentada en el suelo comió aquellos breves manjares y lloró amargamente.

El anís le calentó la tripa y el chocolate engañaría el hambre por unas horas. Fue a la ventana y la abrió de par en par. Agradeció el aire frío en su rostro y el olor de ciudad mojada que había dejado la lluvia. Mañana, con el nuevo día, podría asomarse y contemplar un entorno nuevo, una perspectiva distinta de la ciudad muerta. Algo diferente que mirar. Ahora todo era oscuridad y un silencio roto por el repiqueteo de gotas cayendo de los aleros de los edificios. También escuchó la esperanza romperse dentro de su pecho.

Temprano prepararía la cuerda para descender por la fachada, no podía esperar más o su casa pronto sería su tumba. Completaría el punto tres de su plan e iría en busca de Julián. En ningún momento pensó en lo que haría si lo conseguía. Su aventura terminaba en el bar. Su mente racional no iba más allá. ¿Para qué malgastar energías en algo que no tenía posibilidades de suceder?

No quiso enfriar más la casa, le pareció que el olor se había mitigado bastante y se disponía a cerrar la ventana cuando se quedó paralizada.

A lo lejos, en un edificio de enfrente, al otro lado de la M30, en la última planta,

distinguió una luz. Era amarillenta y muy tenue, pero en la oscuridad casi absoluta se veía perfectamente. Corrió a buscar sus prismáticos. Sí, no había duda, era un ático y la luz provenía de la terraza. Distinguió el reflejo en la pared del fondo pero nada más. No vio a nadie. Estaba helada, por eso cerró la ventana. Acercó una silla y clavó su mirada, a través de los prismáticos, en aquella luz. Era la primera vez que tenía acceso visual a esa parte de la ciudad y no estaba segura de que no hubiera estado siempre, que perteneciera a algún testigo o luz de emergencia alimentada por una batería. No podía asegurar que en aquel ático quedara alguien con vida, por eso permaneció allí, observando, soñando con que así fuera.

Debió pasar una hora para que lo viera. Fue durante unos instantes, pero no había duda. Una figura apareció a contraluz, se asomó unos segundos, apoyado en el peto de la terraza, y luego desapareció junto con la luz. Luego todo quedó oscuro.

Su corazón latió como nunca lo había hecho. Había alguien vivo además de ella. No estaba sola y eso lo cambiaba todo.

Corrió a buscar su linterna de señales y, apuntando en dirección al edificio, pulsó el interruptor: tres destellos largos, tres destellos cortos, tres destellos largos, pausa y de nuevo, tres destellos largos, tres destellos cortos, tres destellos largos. Estuvo así durante más de media hora. Incluso abrió la ventana por si el vidrio reducía o distorsionaba la señal.

No obtuvo respuesta.

Dudó si de verdad vio a alguien o fue producto de su imaginación. Estaba agotada pero con la moral alta, muy alta. Se abrigó bien y se metió en la cama. El día siguiente se presentaba lleno de posibilidades y con trabajo que hacer y necesitaba estar descansada.

14. ESPERANDO ÓRDENES

Hacía semanas que el hospital respiraba el aliento de la soledad. Pasillos, habitaciones, salas de espera, todo vacío y en silencio. Las manchas de sangre seca estaban por todas partes, suelo, paredes e incluso techos, y también cientos de agujeros de bala. Quedaban restos del desastre por doquier, testigos mudos de la incompetencia y la sin razón. La luz del mediodía, amortiguada por unas nubes densas y grisáceas, entraba por las ventanas e iluminaba aquella caja vacía e inútil ahora. Un hombre recorría, como un fantasma de carne y hueso, cada día el hospital.

El teniente Aconda anduvo por el pasillo haciendo resonar sus pisadas marciales en el silencio sepulcral del hospital. Se dirigía a la cafetería para comer algo. Tomó una bandeja y puso en ella un trozo de pan de molde que ya presentaba tonos verdosos de moho en las esquinas, una manzana, una lata de paté, otra de albóndigas y una botella de tercio de cerveza. Además cogió un par de servilletas, un tenedor y un cuchillo y se sentó en una mesa cerca del ventanal que daba al aparcamiento. Comió despacio, dirigiendo su mirada, de vez en cuando, hacia fuera.

Hacía una semana que se había quedado solo.

A su último hombre lo mató mientras dormía. Se levantó a medianoche, como hacía siempre, y le tocó la frente. Sudaba copiosamente y hervía de fiebre. Le colocó una almohada en la cara y le descerrajó un tiro con su pistola, a bocajarro.

Cuando se le escapó aquella pareja saltando el muro no pudo contener la ira. Ordenó a sus hombres que eliminaran a todos los supervivientes que tenían retenidos en el aparcamiento y luego formaran una montaña con los cadáveres en la parte trasera y los quemaran con gasolina. La pira ardió toda la noche, y a la mañana siguiente un amasijo informe de cuerpos calcinados fue todo lo que quedó de aquella locura.

Sus hombres habían aprendido a temerle y no objetaron nada cuando les informó que esperarían allí hasta recibir nuevas órdenes. El hospital disponía de agua y comida enlatada en cantidades ingentes. Los alimentos perecederos, como carne o pescado, los consumieron los primeros días cocinados en hogueras y, cuando empezaron a pudrirse, los guardaron en las cámaras frigoríficas, ya inútiles sin electricidad, para aislar el olor. Una vez retirados y quemados los cadáveres de todo el hospital había poco que hacer, pero el teniente Aconda, para evitar la relajación en sus hombres, dispuso una rutina de guardias y rondas de vigilancia por el perímetro para mantenerlos ocupados y alerta. Como no quería perderlos de vista mucho tiempo, dispuso que acondicionaran una habitación donde dormirían todos juntos. Por otra parte, él, cada dos horas, intentaba contactar por radio con el cuartel. Cuando las baterías de los *walkie-talkies* se agotaron hizo desmontar la radio de un Aníbal, conectarla a una batería de coche y colocarla sobre la mesa del despacho del antiguo

director del hospital. Por las noches se levantaba, comprobaba la temperatura de la frente de sus soldados y volvía al despacho para encender la radio, enviar su mensaje y esperar inútilmente. Recibía estática como única respuesta, todos los días igual. Las últimas órdenes de su comandante en jefe fueron las de eliminar a todos los infectados y después permanecer en el hospital hasta nueva orden. Y eso es lo que haría.

Sus hombres enfermaron uno a uno, y uno a uno fueron eliminados y quemados. Cuando se quedó solo, el teniente Aconda lo interpretó como una señal, un desafío que pondría a prueba su entereza y su determinación, su sentido del deber y su patriotismo. Vivió su soledad con el temple que se esperaba de un buen soldado y en ningún momento el arrepentimiento por lo que había hecho tuvo lugar en su conciencia.

Sin soldados a los que mandar, él asumió todas las obligaciones. Cada día realizaba rondas de supervisión por todo el hospital, inspeccionaba el garaje, el perímetro, comprobaba el armamento y por supuesto realizaba las conexiones por radio intentando contactar con su cuartel. Se aseaba a menudo y se afeitaba cada día, no estaba dispuesto a descuidar ni por un momento el perfecto estado de revista al que estaba obligado un oficial del ejército español.

Pasadas las cuatro de la tarde subió a la terraza y observó. Todo estaba como siempre. Cientos de infectados rodeaban el perímetro, caminaban erráticos sin mostrar el menor interés por entrar. Tampoco podrían hacerlo aunque quisieran. Las quince toneladas del BMR bloqueaban la entrada y un muro de más de dos metros y una verja resistente rodeaban todo el hospital. Estaba seguro allí dentro. Desde esa misma terraza contempló morir la ciudad: la huida desesperada de los ciudadanos, el primer apagón y el desaparecer de todas y cada una de las luces en las ventanas de los edificios de alrededor.

El sentido del deber irracional y del honor a veces no conseguían contener del todo un pellizco de miedo en su corazón.

No se permitía pensar mucho en su familia. Desde que se quedara solo tuvo un par de pensamientos malditos que supo apaciguar enseguida, distrayendo su mente con alguna actividad manual como limpiar armamento o realizar duros ejercicios físicos. Nunca podría anteponer sus intereses particulares a la misión que le habían encomendado, nunca.

Cuando empezó a oscurecer bajó de la terraza y paseó distraído por el aparcamiento. Sabía que el hospital disponía de grupos electrógenos alimentados por gasoil y acumuladores, pero de momento no necesitaba encender las luces y llamar la atención de los infectados. Además, no sabía si más adelante los podría necesitar para marcar claramente la posición ante un posible rescate desde el aire, dando todas las luces posibles. De momento se apañaba perfectamente con las linternas y candiles a pilas que encontró en gran número en cuartos de mantenimiento, habitaciones, despachos y salas de control.

Con paso firme bordeó todo el perímetro, pasó por la montaña calcinada de cadáveres y se paró junto al contenedor apoyado en el muro. Aún las salpicaduras de sangre seca estaban sobre la tapa y el muro. Volvió a mirarlas con satisfacción, lo había herido sin duda, pero no fue suficiente. Su mandíbula se tensó y un leve temblor se transmitió a sus labios. Había cumplido su misión sin titubeos, con rigor, sin que en ningún momento le temblara el pulso, como siempre había hecho a lo largo de su vida militar. Jamás sufrió una simple llamada de atención por parte de un superior, ni la más mínima mancha se podría encontrar en su largo historial por mucho que se buscara. Eso siempre había sido su máximo orgullo, el puntal que lo hacía caminar con la barbilla alta y el porte imponente de militar de pata negra. Pero ahora tendría que dar explicaciones de por qué dejó escapar a esa pareja de jóvenes del hospital, y un gran dolor le mordía como un lobo el corazón.

Tuvo tiempo de sobra para obtener la identidad de aquellos dos hijos de puta que se le escaparon de entre los dedos colocando una gran mancha indeleble en su immaculado historial. Lo primero que hizo fue obligar a una enfermera a que le imprimiera las fichas con fotos del personal que estaba de servicio aquel día. Luego cotejó las fotos con todas y cada una de las personas vivas y muertas del hospital. No fue fácil, los tiros en la cabeza cambian mucho las facciones. En unas pocas horas los tenía: faltaban el director, dos médicos, un ATS y una enfermera. Estaba claro, descartado el director, un hombre de sesenta y tres años y los dos doctores de cincuenta y dos y cuarenta y nueve años respectivamente, quedaron dos.

Probablemente no los encontraría nunca, pero era su deber conocer los nombres y las caras de aquellos que se burlaron de él y huyeron como ratas. Lo habían privado de la satisfacción de poder decir: «misión cumplida, mi general, sin novedad», y eso le calentó la sangre. Ellos serían los responsables de su vergüenza. Tocó el bolsillo superior de su tres cuartos donde llevaba, bien dobladas, las fichas de esos dos miserables. Se regaló con el pensamiento de que casi con toda seguridad, a estas alturas, formarían legión con los miles de infectados que deambulaban por Madrid. Podrían ser incluso cualquiera de los que rodeaban ahora el hospital.

—¡Que se pudran! —escupió en voz alta.

Con la mano crispada desenfundó su pistola, quitó el seguro, tiró del carro hacia atrás y caminó sin pestañear hacia la verja. Sin esperar a que se percataran de su presencia vació el cargador contra cuatro o cinco infectados cercanos, luego respiró hondo y exhaló un aire que contenía el germen de la locura.

Con paso ligero se retiró al interior del hospital evitando que el resto de los infectados, atraídos por los disparos, lo vieran.

Ya antes de los acontecimientos apocalípticos el teniente Aconda habría sido declarado por cualquier tribunal médico competente como persona mentalmente inestable, con graves trastornos de conducta y una muy baja autoestima. Ningún

psiquiatra responsable lo hubiera autorizado a desempeñar trabajo alguno en el que pudiera portar un arma. Ahora, semanas después de iniciada la pandemia, del teniente Aconda se podría decir que estaba total y absolutamente loco.

Los últimos días dormía en el sillón del despacho del antiguo director del hospital. Quería estar cerca de la radio en cada momento, llamar cada hora, cada media hora, siempre que fuese posible.

15. EL CUARTEL

El aire húmedo mecía los matojos y las copas de los árboles. La noche se estaba poniendo fría y amenazaba lluvia. Un gazapo perdido cruzó unas jaras buscando su madriguera, avanzaba rápido y se paraba a escuchar, manteniendo sus orejas muy tiesas. Olfateó el aire y cambió de dirección, parecía orientarse al fin. No vio al búho observar desde la copa de un tejo. Con un elegante planeo el cazador se lanzó sobre la presa y hundió las poderosas garras en su cuerpecillo de algodón. Su nuca fue destrozada por un pico corto y duro como el acero, un leve forcejeo y nada más. Morir para que vivan otros es una muerte con sentido.

Los animales salvajes día a día iban acercándose más a las ciudades, reclamando el terreno que habían perdido a lo largo de los siglos. Los pueblos y pequeñas poblaciones más cercanas al campo serían los primeros en ceder su lugar a la naturaleza, finalmente el asfalto también se convertiría en un lugar de hábitat para animales de todo tipo y, más tarde, coto de caza para rapaces y grandes depredadores como lobos u osos. Y por encima de todos ellos, en lo más alto de la cadena alimenticia, estaría el nuevo ser surgido del humano, su legado.

Las ciudades se llenarán de nuevos sonidos.

Pero aún quedaba algún tiempo para aquello y de momento los pocos humanos que todavía existían se afanaban por sobrevivir un día más. Muchos escondidos en sus casas, algunos en recintos cerrados que impedían el paso a los infectados. En la mayoría de las ocasiones un solo hombre permanecía vivo en un campo de fútbol, una finca rodeada por altas cercas de alambre, un almacén en una zona industrial, un barco..., en las menos, más de uno. Ese fue el caso de la Brigada de Infantería Acorazada «Guadarrama» XII (BRIAC), cuyo acuartelamiento estaba en el Municipio de Madrid en la base militar de El Goloso, donde un cabo y dos soldados habían sobrevivido y ahora eran los únicos habitantes en varias hectáreas de terreno. Edificios y material militar eran suyos. Ahora estaban seguros y tranquilos, rodeados por una valla perimetral infranqueable que dejaba el horror fuera, pero no había sido fácil conseguirlo.

Hacía pocos minutos que el soldado Muriel había encendido la radio del despacho del difunto comandante en jefe, el general Monzón. Los tres supervivientes acordaron mantener todas las radios apagadas. «No hay noticias, buenas noticias», había dicho el cabo Ortega, «si no damos señales de vida ningún mando podrá tocarnos las narices, luego ya veremos». Pero Muriel se tomó un par de copas de más en la cantina y sin pensárselo dos veces decidió saltarse el acuerdo. Después de quince minutos de que conectara la radio, una señal sonó. Estática primero, seguida de una voz rotunda y urgente que invadió la habitación resonando en sus paredes.

—El teniente Aconda habla desde el hospital del Norte. ¿Hay alguien? Repito,

¿hay alguien? Solicito nuevas instrucciones. ¿Alguien puede escucharme? Repito, mis coordenadas son...

Si no hubiese respondido, todo hubiera continuado como hasta entonces, pero un poco por alcohol, otro poco por estupidez y un mucho por curiosidad hizo que contestara.

—Aquí el soldado Muriel, desde el BRIAC —masculló con la lengua de trapo.

El BRIAC lo integraban: El regimiento de Infantería Mecanizada «Asturias», el Regimiento de Infantería Acorazada «Alcazar de Toledo», un grupo de artillería de campaña autopropulsada, un grupo logístico, un batallón de zapadores mecanizado, una compañía de transmisiones y cientos de soldados altamente entrenados que salieron con destinos distintos, pero con órdenes similares, hacía ahora varias semanas. Quedó un retén de veinte hombres, sin contar con el comandante en jefe, un coronel y un comandante. Partieron casi todos los vehículos operativos menos dos blindados, un Leopardo 2E y un Pizarro, un camión Uro MT y dos Aníbal que estaban en reparación. También quedaron varios coches civiles dentro del recinto y un par de motos.

El primero en percatarse de que tendría que hacer la guerra por su cuenta y quitarse de en medio fue el cabo furriel Ortega. Colombiano de nacimiento, había llegado a España con diez años; al cumplir los dieciocho se alistó en el ejército y estaba encantado en él. Se crió en Barranquilla, con sus padres y sus dos hermanos mayores, pero cuando el segundo también murió tiroteado, sus padres decidieron marcharse y buscar mejores oportunidades para el único hijo que les quedaba. Con ocho años trapicheaba con drogas y ya controlaba a un grupo de niños que trabajaban para él entre chabolas y calles sin asfaltar, a la luz deprimente de la miseria. Se creía más listo que sus hermanos y nunca pensó que terminaría como ellos, sino rico, controlando un gran cártel, rodeado de lujo y mujeres, por eso el día que sus padres decidieron largarse de la noche a la mañana se llevó el disgusto de su vida. Aunque le duró poco, enseguida se dio cuenta que España era un lugar lleno de oportunidades, terreno virgen para alguien que los tuviera bien puestos y estuviera dispuesto a todo. A los diecisiete años ganaba más dinero en un mes que su padre en todo un año cuidando jardines y limpiando piscinas de chalets de ricachones. Le iba de maravilla, pero la cagó. Se encaprichó de la chica del jefe de la banda y eso fue su ruina. Una noche lo cosieron a puñaladas las piernas y le cortaron la cara desde la ceja hasta la barbilla. Quedó malherido en el suelo de un callejón con un mensaje claro, si lo volvían a ver le cortarían las pelotas y se las meterían en la boca, una amenaza que dicho por otros podría parecer redundante pero viniendo de la Mara Salvador era una cosa a tener en cuenta. Cuando se recuperó y salió del hospital, decidió que tenía que quitarse de en medio y se alistó.

Después de haber sobrevivido a su barrio de Barranquilla y al jefe cabreado de una banda de pandilleros, el ejército le pareció coser y cantar. No tenía que ser buen soldado, bastaba con parecerlo y eso lo hizo de maravilla. En pocos meses ascendió a

cabo y pusieron a su cargo la distribución de suministros y el nombramiento del personal destinado al servicio de la tropa, un chollo de puesto en el que se podía ganar mucho dinero si eras listo, y el cabo furriel Ortega era muy listo.

Gracias a su olfato para detectar el peligro enseguida se percató de que la cosa pintaba muy mal. Cuando vio que distribuían los trajes NBQ a los soldados que partían en misión, los armaban hasta los dientes y los metían en camiones sin dar explicación alguna de adónde iban, ni qué pasaba, se disparó su señal de alerta. Más tarde, al presenciar cómo, una vez se fueron todos y quedó un pequeño retén, el comandante disparaba en la enfermería a un soldado en la cabeza por tener fiebre, se confirmaron sus sospechas: tenía que desaparecer de inmediato.

—Cabo, lleve a todos los soldados al comedor principal y luego espere allí con ellos. Enseguida el general se personará y los pondrá al corriente de todo —ordenó el comandante con la pistola aún humeante en su mano.

«Guache inmundito, ya mismo voy, hijueputa», pensó.

—A la orden, mi comandante —respondió marcial, sin embargo.

Salió directo al almacén y cargó un macuto con un par de mantas, víveres y agua para varios días. Luego pasó por la armería, se hizo con un subfusil HK G36, trescientos cartuchos 5,56 milímetros, una pistola y cuatro granadas R-41. Oculto entre las sombras llegó hasta el hangar donde se guardaban los vehículos, se metió en el Leopardo 2E, el único de los ochenta y ocho carros de combate que quedaba por tener el motor averiado, cerró la escotilla superior por dentro y esperó.

El primer día llegó a sus oídos, amortiguado por las planchas de acero del blindaje, el sonido inconfundible de disparos, detonaciones aisladas y otras veces ráfagas interminables. También oyó gritos. El segundo día solo escuchó un disparo.

El tercer día todo quedó en silencio.

Salió del tanque con el arma entre las manos. El hangar estaba vacío. Una luz inmensa, para unos ojos que habían estado casi a oscuras durante tres días, lo recibió al abrir la enorme puerta y salir al exterior. Agradeció el aire frío que despejó su cabeza y le llenó los pulmones con aire no viciado.

Durante horas recorrió el cuartel con el arma preparada y el corazón a punto de salirse por la boca. Al final se convenció de dos cosas: una era que, después de volarle la cabeza a esos dos seres que se estaban comiendo al comandante, ya no quedaba nadie más con vida; y la otra, que nunca sabría qué mierda había pasado allí.

En ambas cosas estaba equivocado.

Esa misma tarde casi fríe a tiros al soldado de transmisiones Aranda cuando lo vio salir del maletero de un coche y, a la mañana siguiente, ambos quedaron sorprendidos al contemplar al soldado Muriel, conductor de blindados, entrar en la cantina empapado de agua pestilente. Fue allí, tomando unas cervezas, donde le contaron lo que había pasado. Con la euforia que aporta el haber escapado del infierno, le relataron, atropelladamente, la locura que se desató cuando el general se presentó en el comedor con andar vacilante y, sin mediar palabra, se abalanzó sobre el

comandante y, de un mordisco, le arrancó la yugular. A partir de entonces todo fueron carreras y confusión, le contaron, soldados tirados por todas partes con temblores incontenibles, disparos, gritos. El coronel disparaba en la cabeza a los caídos ante la mirada atónita de la tropa que aún quedaba en pie, de pronto se detuvo, comenzó a temblar, se pasó la mano por la frente y se cuadró, levantó su pistola y se voló la cabeza. Ya no vieron mucho más, el soldado Aranda cogió una botella de agua y se escondió en el maletero abierto de un viejo Volvo, y el soldado Muriel retiró la tapa de una alcantarilla y se tiró de cabeza cuando dos soldados que echaban espuma por la boca estuvieron a punto de agarrarlo.

El resto de las explicaciones las encontraron en el despacho del general. Entre faxes y *mails* con el encabezado de URGENTE, se enteraron del espanto que se les venía encima. Enseguida los tres estuvieron de acuerdo en que estaban en el lugar más seguro que podrían encontrar. Tenían muchos alimentos, bebida y armas en cantidad. De momento se quedarían a esperar, luego ya verían.

El cabo Ortega, una vez que limpiaron el cuartel de cadáveres deshaciéndose de ellos arrojándolos a las alcantarillas, se encargó de hacer valer su mayor graduación y ordenó unos turnos de vigilancia reservándose para él las mejores horas. Desde el primer momento lo tuvo claro, hacer respetar la jerarquía militar y mantener las distancias con los dos soldados.

Después de unas semanas se sentía el puto amo, el caudillo de un país con dos habitantes. No había órdenes, y las pocas que había las daba él. Tenían comida y bebida de sobra. Mientras se solucionaban las cosas, y los americanos o los rusos o los putos chinos armaban una ofensiva y volvían a poner las cosas en su sitio, no iba a mover su culo de allí.

En eso pensaba sentado en la cantina, a la luz de un candil, junto a una estufa de queroseno y fumándose un Montecristo por generosidad del antiguo comandante en jefe, cuando entró corriendo el soldado Muriel, se paró frente a él y se cuadró.

—Señor, tengo al teniente Aconda esperando en la radio, dice que quiere hablar con el oficial al mando inmediatamente.

No miró a los ojos del cabo. Buscaba una excusa pero no la encontró.

—Lo siento, señor, encendí la radio del general sin darme cuenta, pero no me olvidé, le conté lo que acordamos... —balbuceó por efecto del alcohol y dejó la frase inacabada mientras se tambaleaba ligeramente.

El cabo Ortega sintió el impulso de sacar su pistola y descerrajarle un tiro a ese puto imbécil de mierda. Pero se contuvo, a lo hecho pecho, se acabó lo que se daba, ahora tocaba asumir responsabilidades y esperar que las cosas no se torcieran demasiado.

—Soldado, dígame que enseguida voy. Y abróchese la camisa —ordenó finalmente.

¡El cuartel en manos de un simple cabo! El teniente Aconda quedó consternado. No quedaba nadie del que recibir nuevas órdenes. Era la hora de marcharse del hospital, pensó mientras esperaba la llegada del cabo.

No creyó ni una sola palabra de aquel soldado beodo ni del cabo después. Le mentían cuando contaron cómo habían quedado encerrados en la cantina hasta hacía pocas horas que pudieron salir y eliminar a los infectados. Detectó muchas contradicciones entre las dos versiones, pero les siguió la corriente, le pareció lo más prudente. Además, él también mintió. Dijo que estaba sin transporte y necesitaba que les fueran a buscar inmediatamente, a sus diez hombres y a él. Fue una buena idea que se le ocurrió sobre la marcha, un cabo con dos soldados nunca se atrevería a desobedecer a un teniente con un pelotón de hombres bajo su mando. Por muy apocalíptica que fuera la situación, aquel que está acostumbrado a obedecer no lo olvida tan pronto, sobre todo si piensa que le pueden fusilar delante de un muro.

Ya tendría tiempo de poner las cosas en su sitio cuando estuviera en el cuartel, ahora lo primero era lo primero y quería salir de allí de inmediato. No quiso forzar mucho cuando el cabo le contó que necesitarían unos días para poner operativo un transporte adecuado antes de ir a recogerlos, se imaginó que solo quería ganar tiempo para ordenar el cuartel y eso en el fondo le agradó, evidenciaba su disposición a aceptar el mando que él representaba.

Satisfecho se tumbó en el sofá, se cubrió con un par de mantas y, sin desvestirse ni quitarse las botas, se durmió profundamente.

TERCERA PARTE

16. - - - - - -

Al bajar a entrenar con la Bastarda he echado de menos al rumano. Me asomé a la pista de pádel y... ¡hay que joderse!, me hubiera gustado verlo allí parado, frente a mí. De una manera enfermiza ahora me siento un poco más solo.

Intenté distraerme pensando en mis próximas actuaciones, pero no ha sido fácil. No voy a matarme y no voy a dejarme morir, eso lo tengo claro, y esa decisión pasa irremisiblemente por salir de aquí, pero joder... uff... me tiembla el alma solo de pensarlo. Al final me he planteado ir con calma, una cosa después de la otra. He diseñado un plan de actuación con varios pasos que iré completando uno a uno, por orden. En el mirador cubierto de la terraza tomé papel y lápiz y anoté lo siguiente:

- 1 - Preparar la salida de la casa: cómo hacerlo, qué llevar.*
- 2 - Qué necesito buscar fuera antes de dirigirme al destino del punto 3: comida, combustible, herramientas...*
- 3 - Determinar próximo destino: lugar, mejor ruta.*
- 4 - Tener plan B: qué hacer si el asunto se tuerce, volver a casa o destino alternativo.*

Eran cuatro puntos nada más, pero qué puntos. Me recosté en la silla y encendí un cigarro. El humo culebreó en su ascenso y disparó una batería de ideas inconexas que canalicé hacia el primer punto.

Ir a pie sería una locura, tenía que hacerlo en coche, por lo tanto lo primero sería acondicionar el 4x4 y dejarlo preparado para lo que me encontrara fuera, y eso hice. Bajé al garaje con un carboncillo y un rollo de papel calco de un metro de ancho que uso para cubrir los cuadros cuando los traslado. Como el coche lo tengo en la planta segunda, lo arranqué y lo subí a la primera, frente a la puerta de salida. El garaje estaba muy oscuro, una franja de luz entraba por debajo de la puerta nada más. Quiero decir que si apagaba las luces del coche no vería nada. Mantuve el motor en marcha, para no agotar la batería y, con las largas reflejadas contra la puerta gris claro, tuve la luz suficiente para sacar una plantilla de todas las ventanillas, incluida la trasera y el parabrisas, por supuesto. También tomé medida de los faros delanteros y traseros y del techo. Aprovechando la luz, comprobé el sistema de apertura de la puerta. Es una palanca manual a la que hay que dar vueltas como a un toldo. Solo me atreví a levantarla un par de palmos, parecía funcionar correctamente. Con el primer trabajo hecho volví a casa y recorté las plantillas ampliando el margen unos tres centímetros. Cogí, de la caja de herramientas, un alicate de corte grande, cinta de doble cara y bajé a la piscina. Me llevó un buen rato colocar las plantillas en la

alambrada que rodea el perímetro de la piscina y practicar los cientos de cortes, al final me dolían las manos. Quedaron bastante bien las piezas, más tarde las colocaría. Antes quise solucionar el tema del equipaje.

El coche tiene un buen maletero y, como iba a viajar solo, podía abatir los asientos traseros y conseguir mucho más espacio, pero quería el máximo posible y para ello necesitaba colocar una buena baca. La idea me vino rápidamente, la solución la había visto en el piso del vecino del 5º B. En el cuarto de los niños tenía dos camas de noventa por ciento ochenta, y el somier de lamas con patas me vendría de perlas. No me quedaría como las que llevan en el techo los todoterrenos de aventura, con escalera y todo, pero aportaría un espacio amplio y estable donde poder atar un montón de cosas. Es verdad que con esa cosa en el techo el coche perdería aerodinámica y velocidad, pero ya había visto lo peligroso que era circular rápido con todas esas cosas cruzándose en tu camino.

Bajé al garaje las piezas de alambrada cortadas a la medida, el somier, un rollo de alambre del más gordo que tenía, cuerda, una remachadora para metal y algunas herramientas más. También cogí la linterna de dinamo y dos velas gruesas para no tener el motor en marcha tanto tiempo. En el último momento incluí unas pelotas de pádel cortadas por la mitad.

Primero coloqué el somier de lamas sobre las barras del techo y lo fijé con cuerdas y alambre, quedó bien firme. Luego tapé todos los cristales con la tela metálica, utilizando el alambre y la remachadora. Esperaba que mantuvieran a raya sus manos. Las pelotas cortadas las fijé en medio de cada ventanilla, entre el cristal y la malla, se me ocurrió que, ante los más que probables golpes de los infectados, amortiguarían los impactos y evitarían que los cristales se rompieran. En invierno y con posibles lluvias intentaba minimizar al máximo la posibilidad de quedarme sin cristales. Completé el trabajo con los faros.

Miré el reloj y me sorprendí al comprobar que había estado trabajando más de cuatro horas, el tiempo había pasado volando, me sentía cansado pero de maravilla. Recogí un poco, conduje el coche por el garaje para comprobar la visibilidad y, con la satisfacción del trabajo bien hecho, subí a casa. Por las escaleras reflexioné sobre el subidón que experimenté al terminar el duro trabajo manual y llegué a una extraña conclusión: el hombre se aleja de los problemas cuando usa sus manos.

Me cambie de ropa, me aseo un poco y me dispuse a cenar. Tenía un hambre de lobo. Pensé no racionar tanto la comida, tenía que empezar a alimentarme mejor si quería coger fuerzas para cuando decidiera marcharme. Tomé una lata de fabada que me miraba desde hacía tiempo y me decía «cómeme», un bote de peras en almíbar y dos cervezas, una para antes y otra para mientras cenaba.

El coche quedó como un cruce entre el de Mad Max y Herbie, pero estaba contento y, si conducía con cuidado, me mantendría a salvo relativamente, que era lo importante. Había completado la primera parte del primer punto. Dejaría la segunda parte, o sea, confeccionar una lista detallada de lo que cargaría en el coche, para el

día siguiente. De momento, con lo que había hecho era suficiente.

Salí a la terraza, ya casi era noche cerrada. Un leve resplandor anaranjado se despedía por el oeste. No hacía aire y el cielo estaba totalmente cubierto, no de nubes de lluvia sino «panza de burro» las llamaba mi padre. Todo ello conseguía que la temperatura fuera agradable y apeteciera tomarse una cerveza apoyado en el poyete de la terraza, fumando un cigarro.

No llevada dos caladas cuando vi la luz.

Casi se me cayó el cigarro de la boca y la cerveza de la mano. Estaba ahí, delante de mis ojos. Proveniente de una ventana del quinto piso del edificio de enfrente una luz se encendía y se apagaba. Durante unos minutos la contemplé sin moverme, casi sin pestañear. Busqué en mi memoria el recuerdo de las ventanas que alguna vez observé con luz y no recordé ninguna en ese edificio, era nueva. Pasado el primer *shock* comencé a analizar lo que veía. No era una luz proveniente de una habitación iluminada con velas o linternas como había visto hacía semanas, esta luz destellante no buscaba iluminar una estancia, más bien parecía... Dios mío, parecía estar haciendo señales, señales destinadas a mí.

Corrí dentro de la casa y volví con los prismáticos, la linterna y el corazón desbocado. Encendí la linterna y la moví como describiendo un ocho, pensé que de esta manera le indicaba que una mano humana guiaba el trazo de luz. No tuve que esperar, casi al momento otro ocho de luz se dibujó en la distancia. Era otro humano, no cabía duda. No se puede explicar lo que sentí, imposible hacerlo.

Con los prismáticos no alcanzaba a ver mucho más que la luz un poco más grande. No son muy potentes y el edificio estará a unos trescientos metros. Continué mirando por ellos mientras agitaba mi linterna como un loco. Entonces pasó algo extraño. La luz dejó de describir ochos y círculos y se detuvo en un punto para volver a encenderse y apagarse con una cadencia que me resultaba familiar: tres destellos seguidos, a intervalos iguales, seguido de otros tres con intervalos más cortos y luego de nuevo tres con intervalos de igual longitud que los primeros, unos segundos apagada y vuelta a empezar: tres destellos largos, tres cortos, tres largos, apagado y de nuevo tres destellos largos, tres cortos, tres largos, apagado... De qué me sonaba, de qué me sonaba...

De pronto lo recordé, joder, cualquier *boy scout* de siete años lo sabría: tres largas, tres cortas, tres largas. Desde la ventana de enfrente, en código Morse, decían S.O.S. Alguien desesperado me pedía ayuda.

La alegría inicial se tornó en desesperación, sentí impotencia. Otro superviviente me pedía auxilio y no sabía cómo dárselo. Continué agitando la linterna de un lado a otro, pero así no iría a ninguna parte. En un momento dado la luz se apagó. Luego volvió a encenderse con otra cadencia, en un bucle.

Me estaba diciendo algo, pero mis conocimientos en Morse empezaban y terminaban en el S.O.S., ¡qué rabia sentía!

En un papel anoté la cadencia mediante puntos y rayas.

(... .— — — —... .—..) Apagada y vuelta (... .— — — —... .—..)

Pasados unos minutos volvió a apagarse durante un rato. Luego se encendió otra vez con otra cadencia. Era otro mensaje, seguro.

(... . —..) Apagada y vuelta (... . —..)

El último mensaje distinto que anoté fue:

(... — — — .—... —) Apagada y vuelta (... — — — .—... —)

Estuvo más de una hora repitiendo esos tres mensajes, luego se apagó definitivamente.

Cené en la terraza, la temperatura bajó en picado, hacía frío. Me abrigué y dispuse la comida a la luz de una vela, como hiciera el día anterior. Quería que ese alguien al otro lado de la calle supiera que yo aún estaba ahí. También necesitaba, por qué no decirlo, sacudirme del todo los fantasmas de la soledad absoluta. No pude terminar de cenar. Recordé que tenía una enciclopedia cojonuda de la era anterior a la Wikipedia, o sea en papel, y me precipité a buscarla. Cogí el tomo siete y volví a la terraza con la linterna en la mano. No tardé en encontrarlo, en la “M”.

«Morse, Samuel Finley Breese, inventor y pintor norteamericano, bla, bla, bla, inventó el telégrafo de su nombre (→ TELEGRAFÍA, 2)».

No necesitaba una biografía, fui directo donde me indicaba y cogí el último volumen de la enciclopedia.

«El telégrafo actual. De los múltiples sistemas primitivos, únicamente se conserva el dispositivo Morse, que consiste en la inscripción sobre una cinta de papel, de puntos y rayas convenientemente espaciadas y obedientes a un alfabeto».

Esto era lo que buscaba. La enciclopedia era realmente completa, la compró mi padre cuando yo estudiaba bachillerato. Pensé muchas veces en deshacerme de ella, ocupa mucho espacio y teniendo en cuenta que era de mil novecientos ochenta pensaba que estaba obsoleta. Qué gran error hubiera cometido, es evidente que por lo realmente importante no pasa el tiempo.

Las explicaciones eran muchas, pero fui directamente a lo que me interesaba: cómo funcionaba el código, cómo usarlo y cuál era su alfabeto. Y todo estaba ahí.

«No es sencillo llegar a dominar el código Morse. El aprenderlo de memoria exige unas pocas sesiones, pero para adquirir velocidad se precisa un tiempo considerable el cual depende de las facultades especiales del individuo y de la regularidad en las prácticas. Si bien la rapidez del aprendizaje varía grandemente con los distintos individuos, generalmente son suficientes 70 horas de prácticas para alcanzar una velocidad de 13 palabras por minuto; para alcanzar 16 palabras por minuto son necesarias unas 120 horas, y 175 horas para llegar a 20 palabras por minuto. Antes de empezar con la práctica del código es necesario tener perfectamente en la memoria todo el alfabeto».

Me tranquilizó el leer esto. Yo no buscaba ganar el Guinness de velocidad. Continué leyendo.

«Es de suma importancia mantener uniformidad en la longitud de las señales y combinaciones de ellas. La falta de uniformidad, en este aspecto, dará lugar a más errores que cualquier otra causa. Todos los puntos, todas las rayas y todos los espacios deben tener exactamente la misma longitud entre sí. En otras palabras, la exacta medida es absolutamente esencial para la comprensibilidad y el tiempo de los espacios entre los puntos y las rayas es tan importante como lo es la longitud de los puntos o de las rayas».

Esto era otra cosa, tendría que solucionar el asunto de buscar una referencia sonora.

«Los caracteres se miden tomando el punto como patrón. Una raya tiene la longitud de 3 puntos. El espacio entre signos de una misma letra es igual a 1 punto; la distancia entre dos letras es de 3 puntos, y entre dos palabras es de 5 puntos».

Lo último estaba claro, más difícil sería llevarlo a cabo con la precisión suficiente como para ser entendido. Aún así estaba entusiasmado y deseando ponerme manos a la obra. Al final venía un cuadro con el alfabeto. No sería práctico ir con la enciclopedia de aquí para allá, anoté en un cuaderno lo básico que necesitaría aprender para entender y hacerme entender y, por supuesto, reproduje la tabla del alfabeto Morse que, la verdad, me pareció muy sencilla.

IMG2

Tomé un respiro y terminé de cenar. Calenté las judías en la lata, para lo que debí encender el fuego. Me supieron de maravilla. Luego saboreé la pera en almíbar y me recreé con la cerveza mientras contemplaba las nuevas perspectivas con mi recién

estrenado compañero/a.

Fue en ese momento cuando recordé que no había traducido los mensajes que tan insistentemente me mandó. ¿Cómo era posible haberlo olvidado? Busqué el papel donde los anoté y los cotejé con el alfabeto Morse, sería rápido. Con un lápiz fui sustituyendo signos por letras y en pocos segundos tenía tres mensajes simples pero terribles:

H A M B R E

... .— — — —... .—..

S E D

... . —..

S O L A

... — — — .—...—

Una presión en el pecho y un malestar en el estómago estuvieron a punto de hacerme vomitar la cena. Me levanté mareado y me metí en la cama sin desvestir. Un golpe de realidad me había borrado la sonrisa de la cara y me puso en mi sitio. Decidí forzarme a dormir para estar descansado a la mañana siguiente y empezar mis clases de Morse.

Soñé con destellos que me herían los ojos, luces lejanas que activaban, con cadencias infinitas, manos grisáceas y huesudas.

A la mañana siguiente, en cuanto asomó el sol, me levanté y corrí a la terraza prismáticos en mano. Busqué la ventana y, tras el cristal, divisé una figura. Agité los brazos y grité como un loco. Abajo, los comilones ya caminaban de un lado a otro y levantaron sus cabezas intentando descubrir la procedencia de los gritos, me callé. La ventana se abrió y vi cómo aquella superviviente sacaba una sábana y la extendía con ambas manos. En rojo, con letras enormes ponía S.O.S. Estaba claro que no confiaba en que la hubiera entendido la noche pasada. Volví dentro, busqué una sábana y con pintura verde escribí: «Ahora estudiar Morse, luego hablar», la extendí por fuera y esperé. Con movimientos rápidos recogió su sábana y desapareció. Apareció pasado unos segundos y por su postura me pareció que miraba también a través de unos prismáticos, luego desapareció de nuevo. Estaba demasiado lejos para distinguir sus facciones pero parecía una chica joven de pelo moreno. Tardó un rato en volver, cuando lo hizo extendió la sábana de nuevo y pude leer, «OK», en letras rojas, probablemente de carmín.

El milagro de la comunicación humana había empezado, pero estaba claro que a base de sábanas y pintura sería imposible mantener una conversación decente, necesitaríamos tener a mano el menaje de cama de unos grandes almacenes.

Desayuné a toda prisa y me puse a estudiar. Como había leído no era

recomendable practicar más de treinta minutos diarios, pero claro, esa no era una recomendación para una época *post* apocalíptica, por eso no hice mucho caso y primero memoricé el alfabeto y más tarde practiqué toda la mañana.

Sobre las tres de la tarde descansé para comer.

Resolví el problema de mantener un ritmo exacto con un viejo despertador. Fue un regalo que nunca usé, una pieza *vintage* de los sesenta, muy bonito, de bronce con esfera blanca, pero que no había quien aguantara. El segundero sonaba como mil demonios y nadie con un mínimo de capacidad auditiva podría dormir con él en la mesilla. Por eso lo tenía sin cuerda en una vitrina. Ahora, para lo que yo lo quería, me vendría de maravilla. Con él funcionando, tic, tac, tic, tac, cada segundo, era muy fácil mantener un ritmo preciso. Practiqué un par de horas más, luego descansé y me tomé una cerveza. Quedaba poco para que anoheciera y quería estar preparado, por eso anoté en un cuaderno las preguntas que quería hacerla y su traducción a Morse. Algunas palabras serían clave como: «hola», «adiós», «repite», «espera», «sí», «no». La primera que tenía en la lista era: «¿Sabes qué ha pasado?». Estaba tan nervioso e impaciente que me pasé el día saliendo a la terraza y mirando por los prismáticos. No la volví a ver. La ventana permanecía cerrada y no distinguí ninguna figura detrás. Me permití pensar por unos momentos cómo sería, imaginar su aspecto, si sería joven o vieja, era una mujer, eso lo dejó claro cuando escribió «sola», y además a través de los prismáticos así me lo pareció, pero no sabía nada más de ella. De pronto tuve un mal presentimiento, una idea derrotista. También había dicho: «hambre» y «sed». Quizá estuviera moribunda, demasiado débil para levantarse de la cama y caminar hasta la ventana, deshidratada, con los labios tumefactos y agrietados por la sed. Me estaba poniendo malo cuando de pronto apareció en la ventana, primero tras el cristal, luego abrió y agitó los brazos. Yo los agité también, igual que un niño ilusionado saluda a sus papás montado en una atracción de feria.

Esperé en la terraza a que anoheciera. Abrigado y dispuesto disfruté de la puesta de sol. Sentí como bajaba la temperatura. Tenía todo preparado: linterna de señales (no valen aquellas con interruptor permanente), papel, lápiz, prismáticos, el despertador con la cuerda a tope y por supuesto mi alfabeto Morse a mano junto a una vela. No podía esperar más, me asomé a la terraza y comencé a transmitir.

H O L A

(... — — — .—...—)

Repetí durante unos minutos. No recibí respuesta. Esperé. Volví a transmitir. Nada. Esperé. Era increíble, no importa el medio utilizado, chateo por internet, WhatsApp, *email*, Morse, señales de humo..., siempre sentimos la misma ansiedad si no nos responden de inmediato y nos hacen esperar.

Un destello largo apareció en la distancia y disipó una montaña de contrariedades.
—Hola —repetí.

—Hola —respondió.

—Espacio. Novato Morse.

—OK.

—Yo Carlos.

—Eva.

No se me estaba dando nada mal. Ella repetía los mensajes dos veces y después me daba tiempo a que los tradujera. Al principio trasladaba a puntos y rayas los destellos, anotando en un papel, pero al poco no me hizo falta. El alfabeto Morse formó parte de mi lenguaje sin darme apenas cuenta. No hay mejor técnica para el aprendizaje que la necesidad.

—¿Cómo estás? —continué.

—Mucha hambre. Sed.

—¿Sabes qué ha pasado?

—Virus. Pandemia global. Pocos supervivientes.

—¿Cuánto tiempo en casa? —pregunté extrañado de no haberla visto antes.

—Casi un mes. Antes habitación cerrada.

Me di cuenta de que la estaba acribillando a preguntas. Permanecí con la linterna apagada invitándola a que fuese ella la que preguntara. No tardó mucho.

—¿Tienes comida. Agua?

—Sí. Sí.

—¡Genial!

Genial me dijo. Y aunque en el lenguaje por señales no puede haber tono de voz, ni sonoridad, ni es posible apreciar unos ojos chispeantes adornando las palabras, aunque solo se ven destellos de luz, me alegró el alma y me arrancó una sonrisa.

Tuve una intuición.

—Yo 45. ¿Tú? —pregunté.

—26.

—¡Genial!

—Ja. Ja. Ja. Ja.

Rió su luz y por unos momentos me olvidé de todo: el aislamiento, el frío, el virus, los comilones, la muerte... y me concentré en saber más de ella.

Hablamos casi toda noche. El tiempo se me pasó volando con Eva. No soy de la generación digital y nunca había chateado por internet, no era mi rollo. Jamás había entendido qué gusto encontraba la gente en chatear con alguien que estaba a cientos, a veces miles, de kilómetros de distancia, y que casi con toda seguridad nunca verían en persona. Yo era de la vieja escuela, pero ahí estaba, como un adolescente con móvil nuevo, compartiendo mi vida con una desconocida a la que quizá nunca vería en persona. No pude evitar preguntarle mil y una cosas, sentía necesidad por saber de ella. Me habló de su trabajo en el hospital, de la matanza del ejército, de su huida, de su padre infectado. Quise dejar a un lado la pandemia y me interesé por sus aficiones deportivas, musicales, literarias. Quise saber cómo era, «descríbete», dije y ella

contestó «chica con hambre». ¡Necesitaba tanto hablar con ella! Era inteligente, simpática y ocurrente, con un fino sentido del humor. Eso percibí o tal vez quise ver, o necesitaba crear una fantasía, ¿qué importaba? Estaba más a gusto de lo que había estado desde hacía mucho tiempo, incluso antes de la infección me costaba encontrar un momento en el que una mujer me hubiera interesado tanto.

Fue tal mi entusiasmo que tardé en darme cuenta de que Eva llevaba tiempo respondiendo con monosílabos, que apenas preguntaba nada.

—¿Sueño?

—Dolor tripa. Hambre. Mejor dormir.

No contesté. No encontraba las palabras. No las había. Resolvió ella.

—Dulces sueños —concluyó.

—Dulces sueños —repetí.

No pude dormir. El amanecer me sorprendió en el sillón del salón, bajo un par de mantas, con un cigarro entre los dedos y una idea descabellada en la cabeza producto de una noche en duermevela.

Salí a la terraza con los prismáticos en la mano. No vi a Eva. Volví dentro y, para entretenerme y no pensar demasiado, retomé mi plan de fuga y me dispuse a completar el punto primero: qué llevar. La lista que confeccioné era larguísima. Piensa en todas las cosas que meterías en un contenedor si tuvieras que irte de tu casa para no volver nunca y multiplícalo por tres. Además de lo convencional de cualquier viaje, esta lista debía incluir comida y agua, mantas, todo el combustible que pudiera encontrar en el garaje, herramientas, utensilios de cocina, envases, bolsas de todo tipo... Y solamente estaba anotando lo que podría conseguir en el edificio, luego habría otra lista, la que correspondería al punto segundo. Pero había decidido seguir un orden y eso hice.

Cuando me aburrí de escribir fui a la cocina y me tomé un vaso de leche con Cola Cao y un par de sobaos un poco rancios. No pude evitar tener un sentimiento de culpa mientras desayunaba. Volví a la terraza. Con los codos apoyados en el poyete de la ventana y los prismáticos enfocando a su ventana estuve más de una hora. Nada. Abajo los comilones hacía rato que se habían espabilado y seguían con lo suyo, su vida absurda de nuevos dueños del mundo. Definitivamente había cada vez menos. Sin duda esperar un poco más para salir sería la opción más inteligente, pero ya no dependía todo de mí.

El cielo estaba cubierto de nubes, como estuvo ayer, pero las de hoy eran grises y amenazaban lluvia. De pronto la ventana se abrió y Eva se asomó. Me saludó con la mano y luego distinguí unos destellos de luz tenue pero suficiente.

—Ocupada. Luego hablamos.

—OK —respondí lacónico, mordiéndome las ganas.

Me obligué a mantenerme ocupado. Corrí por las zonas comunes, practiqué con la espada, leí un rato una pésima novela de aventuras, incluso permití adormilarme en un banco, junto a la pista de pádel, bien arrebujado en el chaquetón acolchado. La

noche en blanco me pasaba factura. Subí a casa sobre las cuatro. Retrasaba la hora de comer en un absurdo gesto solidario. Salí a la terraza. Miré. Nada. Volví dentro y me tomé una cerveza con una lata de caballa en aceite de oliva. Volví a salir. Nada. Me tumbé en el sofá con un libro de técnicas medievales de combate a caballo, leí hasta que los ojos se negaron a seguir abiertos, apoyé el libro en mi pecho y me dije: cierro los ojos media horita y salgo a ver si ya está Eva. Durante la noche lo había decidido, iría a buscarla. En ese momento pensé en ello. Tenía que organizarme con ella hoy, y mañana, lo más tardar pasado, habría que hacerlo. Se alegraría cuando se lo dijera, seguro, la noche anterior había insistido mucho en la idea aunque yo no lo tenía tan claro entonces. Cerré los ojos con la sonrisa que provoca una idea suicida pero inevitable.

Cuando desperté me envolvía la oscuridad. ¿Cuánto había dormido? Miré el reloj, eran las 22:35. De un salto salí del salón, tirando el libro al suelo junto con las mantas, y me dirigí a la terraza como un rayo. Estaba mojada, había llovido. Cogí la linterna y la encendí. Un destello largo me contestó. Luego una batería de mensajes.

—Esperando toda la tarde.

—Dormido. Lo siento.

—Tengo todo preparado.

—?

—Voy a tu casa espera abajo con puerta abierta.

Me quedé mudo. ¿Había entendido bien?

—Repíte.

—Voy a tu casa espera abajo con puerta abierta.

Había entendido bien. Eva tenía sus planes y venía sola. Era una insensatez.

—Espera. Organizar.

—No puedo esperar. Ahora pocos infectados.

—Espera; ; ;

—Prepara cena. Voy.

—Espera. Espera. Espera —repetí inútilmente. Ya no respondió.

La luna estaba en cuarto menguante pero casi entera y, con el cielo despejado como había quedado después de la lluvia, en la ciudad se distinguían formas, volúmenes, los comilones parados como postes, los árboles del parque. Con los prismáticos y un poco de imaginación también distinguí movimiento en la ventana de la casa de Eva. Me pareció ver una figura saliendo, descolgarse. Contrastaba con la fachada clara del edificio. Luego no distinguí más, las sombras se empastaron y todo fue oscuridad. No me lo podía creer. Recordé que me dijo que hacía escalada y alpinismo pero lo último que hubiera imaginado era que iba a verla salir por la ventana bajando por una cuerda. No tenía tiempo que perder, debía bajar y esperarla con la puerta abierta. Si corría deprisa tenía posibilidades, no muchas. Ya nada podía hacer por ayudarla. Estaba cogiendo las llaves cuando escuché un grito. En el silencio absoluto fue como un alarido salido del más allá que rasgó la noche.

Volví a la terraza. Cogí los prismáticos. Fue inútil, todo era oscuridad. Desesperado busqué aquí y allá. Enfocaba y desenfocaba. ¿Dónde estaba? Los comilones se bambolearon ligeramente, alguno dio un paso tímido y luego se paró. También ellos lo habían escuchado. De pronto una luz, a la altura del primer piso, se encendió.

—La he jodido.

Mientras buscaba la linterna continuó.

—Colgada. Ahora ni para arriba ni para abajo.

Ya tenía la linterna dispuesta cuando recibí otro mensaje.

—Contenta de conocerte. Suerte.

¿Qué cojones quería decir? ¿Se despedía de mí? De eso nada. Tal vez ella no lo sabía pero ya su suerte estaba ligada a la mía.

—Espera. Ayudar.

La respuesta tardó en llegar.

—No es posible.

—Cena para dos preparada. Ayudar.

En otras circunstancias se habría reído, seguro, pero calló.

—No. Locura —dijo finalmente.

—Yo loco —concluí.

17. COLGADA

Eva se había levantado temprano. En la cabeza tenía una decisión tomada: esa noche iría a casa de Carlos. Un día más sin comer y ya no sería capaz de salir jamás. Era fuerte pero notaba que su cuerpo empezaba a dejar de lado a su mente. Tomó el papel donde había anotado unos días antes lo que haría y lo leyó.

1- Coger fuerzas: comer chocolate y beber mucho líquido.

2- Preparar salida por la ventana. Organizar bajada con cuerdas.

3- Confeccionar ruta más corta a pie hasta bar de Julián.

Tachó el punto uno y metió, como pudo, entre el dos y el tres: Correr hasta casa de Carlos. El punto tres pasó a ser el cuatro, no lo borró, por supuesto.

Estuvo hablando con Carlos casi toda la noche. Se formó de él una opinión buena en general, un tío interesante y divertido aunque un poco alejado de la realidad inmediata. El asunto del virus parecía no importarle demasiado y encaminó su conversación por unos derroteros más propios del flirteo adolescente que de adultos cuyas vidas penden de un hilo. Aún así agradeció la frescura de aquella conversación que la hizo olvidar por unos momentos el drama en el que estaba inmersa. Cuando ella le habló de su urgencia por salir de casa, de su hambre, de su sed, él estuvo de acuerdo en organizar un plan de rescate en unos días. No concretó ni mostró demasiado entusiasmo, enseguida pasó a otro tema más ligero y no volvió a retomarlo. Eva llegó a la conclusión de que era de esos tipos ricos a los que les cuesta ponerse en el lugar de los demás, empatizar, con buen fondo, pero tan alejados del mundanal ruido que es difícil cambiarlos ya. Además no creyó que fuera una buena idea hacerlo partícipe de su aventura, sería un estorbo en vez de una ayuda y tampoco quería que nadie más arriesgara su vida por ella. Otra cosa era su casa. Carlos tenía un ático bien acondicionado, un buen coche, comida y bebida. Era un destino inmediato seguro y conveniente. Allí podría recuperar fuerzas y disponer su salida para buscar a Julián en un par de días. En ningún momento pensó en el cuarentón como posible compañero de viaje. Los ricos no suelen arriesgar demasiado, ni sus vidas ni sus intereses, están acostumbrados a que lo hagan los demás y eso no lo cambia ni el Apocalipsis.

Por eso a la mañana siguiente no quiso hablar con Carlos, lo saludó y se disculpó diciéndole que estaba ocupada. Su idea era que, cuando tuviera todo dispuesto, al atardecer, comunicarle su intención de ir a su casa para que, a una hora concreta que estimó las 21:00, la esperara con las puertas abiertas. Estaba segura de que él estaría encantado de recibirla, eso lo nota una chica.

Lo primero que hizo fue preparar su mochila. No podía llevar mucho peso si tenía que correr rápido. Por eso cogió una mediana y la llenó con lo imprescindible: mudas, algo de ropa de abrigo y calzado, artículos de higiene personal y poco más. No tenía comida ni bebida, ese peso que se ahorra. Le dolió mucho dejar la mayor parte de su equipo de montaña, solo cogió lo básico, un par de cuerdas, algún mosquetón, un juego de figureros, aseguramientos... El arnés lo llevaría puesto y el piolet a mano, por supuesto. Luego preparó la cuerda. Estudió las opciones y decidió bajar por la ventana de la habitación de su padre. Era la única que daba a la M30, todas las demás estaban orientadas al este, a la calle Fermín Caballero, y pudo observar que, debido al mayor número de árboles y plantas de esa calle, la cantidad de infectados era siempre muy superior.

La cama de su padre se componía de un colchón de látex de treinta centímetros y de un canapé arcón debajo lleno de mantas y toallas. Ambas cosas pesaban una tonelada. Eva pasó una cuerda de diez milímetros por debajo del canapé y luego rodeó la cama anudándola bien fuerte, sujetó un mosquetón y aseguró la cuerda de cuarenta metros que usaría para descender. Empujó el conjunto hasta que chocó contra la pared de la ventana y lanzó la cuerda doble por la ventana para comprobar que llegara abajo. Dejó sobre el colchón el arnés de cintura, el ocho, las cintas *express*, los guantes, el piolet, un frontal, el casco y el resto de ropa que llevaría puesta, incluida la de abrigo. Cuando terminó se sintió cansada, cualquier pequeño esfuerzo la agotaba terriblemente. Recibió con alegría el chaparrón que cayó a media tarde. Pudo recoger casi medio litro de agua de lluvia que le vendría muy bien para ponerse presentable. Mientras esperaba a que el balde recogiera las gotas de lluvia, intentó contactar con Carlos pero no obtuvo respuesta, no le dio importancia.

Empezaba a oscurecer.

Se bebió la Coca Cola que había reservado y medio litro de agua de lluvia que le quedaba en una botella de plástico. Se sintió animada y decidió que era el momento de arreglarse un poco. Fue al cuarto de baño y colocó un candil Led para poder ver, oscurecía muy deprisa. Se desnudó aguantando el frío y se contempló en el espejo: estaba hecha un desastre, el pelo enmarañado, ojeras, había perdido peso y toda ella era un cúmulo de mugre. Tomó el balde con agua de lluvia y, con una esponja y jabón, hizo lo que pudo. Después se peinó y se cogió con una goma una pequeña coleta en su pelo negro. Se arrancó con unas pinzas un par de pelos incipientes de su labio superior y se pintó la raya de los ojos y los labios. Fue muy poco lo que pudo hacer, pero cuando salió se sintió una mujer más segura, con la moral alta. *Mens sana in corpore sano...* y aseado, se dijo riendo. Se puso la ropa interior limpia y se vistió con atuendo de montaña. Volvió a la habitación e intentó contactar con Carlos. No obtuvo respuesta. Eran las 20:30 y ya había oscurecido del todo.

Sin poner a Carlos al corriente de sus planes no podía llevarlos a cabo. Su idea era muy básica: descolgarse por la cuerda hasta llegar a la calle cuando estuviera oscuro, correr intentando hacer el menor ruido posible y, evitando pasar cerca de los

infectados inactivos, llegar hasta el portal de la casa de Carlos donde este esperaría con la puerta abierta. Antes de que anocheciera del todo comprobó que justo debajo de su ventana no había ningún infectado, alrededor bastantes. Si corría rápido, antes de que se activaran, ella ya habría puesto tierra de por medio.

A las 22:00 cerró la ventana helada de frío. Nadie respondía en casa de Carlos. Lo primero que le vino a la cabeza fue una estupidez impropia de los tiempos en los que estaba. Pensó que quizá se pudo molestar cuando no quiso hablar con él por la mañana y ahora, por una rabieta, había decidido no hacerla caso. Lo segundo que pensó fue mucho más terrible, propio de los tiempos en los que estaban ahora: Carlos ya no era Carlos, era un espectro dentro de un ático.

Sentada sobre la cama, tiritando, consumió todo el subidón de moral que había acumulado a lo largo del día en un segundo.

Se echó una manta por encima para recuperar el calor corporal que había perdido y permaneció allí, mirando al infinito. A la media hora, cuando creyó que su cuerpo respondería adecuadamente al esfuerzo, decidió que no había otra salida que actuar. No podía ir a casa de Carlos, correría hasta el bar donde dejó a Julián. Se colocó el arnés de cintura, los guantes, el casco, el frontal, se ajustó las botas, descartó las de suela lisa, eran las adecuadas para descender pero una vez en la calle serían peligrosas, y se decidió por unas de suela con relieve más polivalentes; comprobó de nuevo la cuerda (que había recogido para poder cerrar la ventana) y se colgó la mochila a la espalda. Para descender en rappel utilizaría el sistema «rápido». Cogió el ocho, pasó la cuerda a través del seno mayor y luego lo enganchó al mosquetón de cierre automático. Se decidió por este sistema en detrimento del «clásico» porque el descenso sería más rápido y, sobre todo, una vez abajo, mucho más sencillo desengancharse de la cuerda.

Cuando abrió la ventana para salir una luz maravillosa la recibió desde el ático de enfrente.

No hizo caso a las súplicas de Carlos para que esperara. Lo tenía decidido, y más teniendo la prueba de que su mente empezaba a fallar: estuvo a punto de tomar una decisión precipitada que le habría llevado al desastre por no esperar a estar segura de que Carlos estaba vivo. Además, no le parecía demasiado complicado, ahora que sabía a dónde iba. Minutos antes estuvo dispuesta a correr más de diez kilómetros sin pestañear, por eso la distancia de unos trescientos metros casi en línea recta que la separaban de casa de Carlos, se le antojó ahora cosa de niños.

—Prepara cena. Voy.

Le dijo antes de salir por la ventana.

—Espera. Espera. Espera.

Repitió Carlos. ¿Esperar a qué? ¿A qué me dibujes un camino de baldosas amarillas con tus lápices de colores? Pensó Eva y se dispuso a descender.

Para una alpinista experta bajar en rappel un edificio de cinco plantas era pan comido, el resto era otra cosa. Salió por la ventana y comenzó a darse cuerda con los

pies apoyados en la fachada, luego no hizo falta y bajó poco a poco, controlando con mano de hierro. Pasó el cuarto piso y miró abajo, de momento todo despejado. Siguió dando cuerda, controlando el balanceo con los pies.

Estaba frente a la ventana abierta del tercero cuando unos brazos salieron como un rayo hacia ella..., la cabeza de un infectado chascando la boca apareció después.

Eva gritó cuando las manos la agarraron de la chaqueta. Fue capaz de controlar su cuerpo y sus manos no soltaron la cuerda, de haberlo hecho se habría golpeado contra el suelo desde más de nueve metros. Reconoció a la infectada. Una señora de mediana edad que vivía con su hija en el 3ºB, su pelo platino era inconfundible. Eva, pasado el susto inicial que le había arrancado un alarido de pavor que rebotó como el eco, trató de estabilizarse y, sobre todo, de zafarse de la infectada que intentaba con todas sus fuerzas atraerla hacia su boca. Pensó en el piolet, colgando de su cintura por un mosquetón a su derecha, justo el lado de la mano con la que controlaba el descenso. No tenía tiempo de asegurar la cuerda con un nudo para después, usando la mano derecha, cogerlo y reventarle la cabeza. Supo que tenía que actuar de inmediato, soltó cuerda de golpe y su propio peso en descenso provocó que las manos de la infectada soltaran su chaqueta.

Si no hubiera tenido las manos llenas de callos se las habría destrozado al frenar la cuerda. Quedó a menos de tres metros del suelo, meciéndose suavemente.

Eva respiró profundamente y aseguró la cuerda para poder frotarse las manos. Cerró los ojos por un momento, faltó bien poco, pensó. Unos gruñidos debajo de ella hicieron que los abriera de golpe. Estaban tan cerca que a pesar de la oscuridad pudo ver perfectamente sus bocas abiertas lanzando dentelladas al aire. Su grito, el mejor estímulo para un depredador, había congregado debajo a cinco infectados que levantaban las manos esperando que cayera su cena.

Miró arriba y vio los cuatro brazos asomados por la ventana del tercero. Aunque fuese capaz de subir, que lo dudaba mucho debido a la falta de energía que sentía, nunca podría pasar delante de la ventana sin que las dos infectadas se le echaran encima. La situación abajo no era mejor, antes de que tocara el suelo esas bestias darían buena cuenta de ella.

No tardó mucho en asumir que todo había terminado. Dejó de pensar en su situación por un momento y recordó a Carlos, tenía que decirle que no la esperara, eso era lo primero, luego pensaría cómo acabar con su vida lo más rápidamente posible. Dirigió su cabeza en dirección al edificio y mandó un mensaje con su frontal.

—La he jodido.

Carlos respondió, dijo que esperara, que iría a ayudarla. Ella le dio a entender que no había solución y se despidió. Él insistió y Eva concluyó que cualquier intento por ayudarla sería una locura. Ahora se reía abiertamente, sin importarle hacer ruido, recordando la respuesta de Carlos: «Yo loco». Y continuó riendo, imaginando a ese maduro acomodado buscando ayuda llamando a su abogado o marcando inútilmente el 112 en un teléfono sin línea. Para troncharse.

Una leve brisa se levantó y le llevó el olor de lluvia de ciudad. Se meció igual que una niña e inclinó la cabeza con los ojos cerrados y una sonrisa dibujada en el rostro.

Quedaba esperar hasta que el arnés le fuese dejando dormidas las piernas por falta de circulación y que su cuerpo se rindiera definitivamente o terminar con todo de una vez. Palpó el bolsillo trasero del pantalón y se tranquilizó cuando comprobó que aún llevaba la navaja. Al menos le quedaba la opción de proporcionarse un final dulce. Aceptó su muerte. Nunca pensó que sería así, colgada a menos de tres metros del suelo. Un cadáver suspendido. Una imagen espantosa. Sus ojos se llenaron de lágrimas y recorrieron sus frías mejillas. Tuvo un último pensamiento para Julián. Le dolía haberle fallado. Los suicidas son unos cobardes, había oído mil veces, pero lo que iba a hacer no era un suicidio, solo medidas paliativas.

Sacó la navaja del bolsillo trasero y se descubrió la muñeca izquierda. Con las venas abiertas se desangraría en minutos y moriría como quien se queda dormido. Apoyó la hoja en la carne y cerró los ojos.

De pronto los abrió. Unos sonidos lejanos llegaron a sus oídos. Iban en aumento aunque no podía determinar su procedencia ni su ubicación, una ciudad en silencio es una caja de resonancia. Con los ojos anegados en lágrimas buscó entre la oscuridad, trató de enfocar. No logró ver nada. Eran golpes rítmicos, pisadas, alguien corriendo. Quizá más infectados venían a unirse al festín, pensó. Pues tendrán que esperar a que la cuerda de poliamida se pudra y entonces tan solo quedará de mí un montón de huesos secos, buen provecho, se dijo en voz baja apretando los dientes.

Alguien corriendo. Eso era lo que percibió a su derecha. Unas pisadas rotundas a toda velocidad. Ya las tenía encima. Se giró ayudándose con las piernas sobre la pared para ver qué se aproximaba.

Lo que vio la dejó helada. Por unos instantes pensó que era una alucinación, o que estaba dormida y soñaba, también se le pasó por la cabeza que ya hubiera muerto, por lo surrealista de la visión. Un hombre corría hacia ella como un loco, a unos diez metros sacó una espada de su espalda y la blandió con ambas manos sin dejar de correr. Estaban en el siglo XXI y aquel tipo con barba, cota de malla y espada en mano no podía ser real, tenía que ser una invención de su cerebro.

Empezó a pensar que no alucinaba cuando aquel personaje anacrónico comenzó a golpear con la espada a los infectados que tenía debajo. En pocos segundos los cinco espectros yacían en el suelo y el personaje irreal la miró desde abajo.

—Siento haber tardado, me entretuve eligiendo el vino para la cena —dijo Carlos con media sonrisa dibujada en el rostro.

Eva casi se desmayó cuando comprendió quién era su salvador.

18. CENA PARA DOS

Cuando llegué la encontré colgada de una cuerda y diez brazos a menos de cincuenta centímetros de su cuerpo arañaban el aire.

Habría tardado demasiado en bajar, coger el coche y levantar la puerta del garaje. Además hubiera hecho mucho ruido y el motor de trescientos caballos sonando como un trueno atraería a todos los infectados en diez kilómetros a la redonda en cuestión de minutos. También estaba el asunto de dejar la puerta del garaje abierta, ya que solo se puede cerrar desde dentro. El caso es que más pronto que tarde decidí que debía ir a pie. El día que sacara el coche sería para no volver, al menos en un tiempo.

Me coloqué la cota de malla sobre la sudadera y los vaqueros que llevaba en casa, ni siquiera me cambié de calzado, unas Nike blancas. No era mi ropa de batalla pero serviría. Cogí las llaves de casa, el cenicero de cristal, una escoba, la espada y salí zumbando.

Fui poniéndome la Bastarda a la espalda según descendía las escaleras y cuando llegué abajo atranqué la puerta del portal con el cenicero y la metálica de la calle con la escoba. Eché un breve vistazo fuera y no me lo pensé dos veces, esprinté en dirección a casa de Eva. La oscuridad no era tan absoluta a ras del suelo, podía ver cómo los infectados, unos segundos antes inmóviles, se giraban a mi paso. No miré atrás en ningún momento, para qué, sabía que poco a poco se iría acumulando una jauría de bestias en mi persecución, eso estaba claro. Corría en eslalon, haciendo resonar mis pisadas en el asfalto mojado, oyendo mi respiración, el ruido del correaje de mi espada y los gruñidos de los infectados. La casa de Eva estaba al otro lado de la M30, debía recorrer unos 350 metros en «L», evitar atravesar la zona verde, que siempre estaba abarrotada de comilones, y pasar el puente sobre la vía rápida. Eso era lo sencillo, el problema sería volver. Había otro puente unos trescientos metros en dirección oeste. Tomar ese camino iba a suponer recorrer más del doble de la distancia, no había otro remedio.

A unos diez metros evalué la situación. Saqué la Bastarda sin parar de correr y aprovechando que los comilones estaban ocupados mirando hacia arriba intentando agarrar a Eva, actué. De nuevo estaba frente a frente con esos engendros, pero al contrario de cuando luché con el rumano, esta vez sí sentí el miedo en mi interior controlado por la necesidad de sobrevivir. Claramente mi cuerpo se imponía sobre mi mente racional y los músculos se mostraron dispuestos a ejecutar a la perfección todo aquello que les pidiera mi mente salvaje. Y así hicieron.

Con el primer y el segundo mandoble decapité limpiamente a dos. Cuando el resto se percató de mi presencia cayó el tercero. Afianzaba los pies, golpeaba, rectificaba la posición de las manos sobre la empuñadura, volvía a afianzar los pies y volvía a golpear. Mano derecha cerca de la guarda, pie derecho retrasado para los

golpes de derecha a izquierda, pie izquierdo retrasado, mano izquierda contra la guarda y derecha junto al pomo para los golpes de izquierda a derecha. La lucha bien ejecutada es una danza hermosa, un espectáculo singular en el que no hay aplausos cuando concluyes, solo escuchas el silencio de la victoria si has actuado bien o el silencio definitivo de la muerte si no lo has hecho.

—Siento haber tardado, Eva. Me entretuve eligiendo el vino para la cena —dije zumbón cuanto los cinco estuvieron decapitados en el suelo.

Era algo que me pasaba a menudo, me salía la vena ocurrente en los momentos menos oportunos, como cuando comenté en un entierro que el finado había sido un buen hombre en vida y un bonito cadáver en la muerte. Nadie lo entendió.

Eva sin embargo creo que agradeció mi ocurrencia, porque su rostro mutó del pasmo a la sonrisa en un segundo.

—Baja, tenemos que largarnos —concluí.

Desenganchó la cuerda y se deslizó suavemente hasta el suelo. En un segundo estaba junto a mí. Miré en la dirección por la que había llegado y distinguí cientos de infectados en movimiento. Venían a por nosotros.

—No podemos volver por ahí. Sígueme —ella no dijo nada, descolgó el piolet de su cintura y lo mantuvo en alto.

—Corre detrás de mí, pero a cierta distancia, no quiero herirte —le dije en voz baja. Y ella miró la espada como quien mira un vagón de metro vacío en hora punta.

No tenía tiempo de explicarle que aquella arma temible fue diseñada para abrirse paso a través de las formaciones de piqueros, penetrar las cotas de malla, abollar los escudos y romper brazos y piernas protegidos con armaduras; y que, por tanto, contra un cuerpo desnudo era como cortar mantequilla: un buen golpe sería capaz, en el mejor de los casos, de sacar el paquete intestinal al completo, y en el peor, de entrar por un costado y salir por el otro partiendo a un hombre a la mitad. Yo tampoco lo creía hasta que pude comprobarlo personalmente.

Nos lanzamos a la carrera siguiendo el camino más largo. Afortunadamente, como imaginé, los infectados que nos cruzamos aún no estaban activos del todo y pudimos sortearlos con relativa facilidad. Otra cosa fue cuando llegamos cerca del portal. Allí, un nutrido grupo, alertado por mi salida de hacía unos minutos, se movía nervioso. Con el ruido de nuestras pisadas se giraron de inmediato y al vernos aparecer se lanzaron igual que una jauría de perros contra un zorro.

La salvación estaba a unos cincuenta metros, pero para llegar a ella teníamos que atravesar un espacio guardado por los centinelas del infierno. No podía dudar ahora. Afortunadamente no iban demasiado juntos, eran muchos pero dejaban espacio entre ellos, algo necesario para oxigenar mis golpes. El subidón de adrenalina me convirtió en un salvaje, en un guerrero temible y despiadado, borracho de sangre. Mis precisos mandobles amputaron piernas, brazos y cabezas. Corría y golpeaba a la vez y, tras mi paso, dejaba un reguero de muerte y mutilación. Comprobé que en la batalla se piensa lo justo y se actúa al máximo. Una buena receta a tener en cuenta.

De un empujón abrí la pesada puerta del portal exterior, entré y esperé que pasara Eva para cerrar. Un último vistazo me confirmó que la masa de infectados que se aproximaba era impresionante. Cerré con llave el pesado cerrojo y me quedé de pie, apoyado en la espada cubierta de sangre, con la cabeza agachada. Los golpes en la puerta de hierro forjado fueron en aumento. Eva estaba de cuclillas, recuperando el aliento, en un momento dado levantó la cabeza y me miró. Interpreté su gesto.

—Aguantará. Los que instalaron la puerta nos aseguraron que detendría un tren.

Se levantó y se acercó mirándome de arriba abajo.

—Pero... ¿tú de dónde has salido, tío?

No tenía muy claro a lo que se refería, por eso no contesté.

—Subamos —resolví.

Los diez pisos fueron la puntilla. Cuando llegamos arriba Eva se quitó el casco, la mochila y la chaqueta y lo dejó todo en el suelo, luego se derrumbó sobre el sofá. Yo iba cubierto de sangre. Salí a la terraza para dejar fuera la cota de malla, la espada, la sudadera y las deportivas. Encendí un par de velas y volví al salón con una botella de agua de litro.

A la luz de las velas la primera impresión que tuve de ella fue muy positiva. No recuerdo cómo la había imaginado pero superó con creces cualquier expectativa que pudiera tener. Era tan alta como yo, morena, con media melena lisa y flequillo. La piel, a la luz anaranjada de las velas, me pareció muy morena y de sus ojos claros no pude distinguir el color. Su mirada cansada conservaba la intensidad de una inteligencia despierta y un carácter enérgico y decidido. Se notaba una mujer segura de sí misma, fuerte, y los gestos de su cuerpo así me lo confirmaron. Se la notaba exhausta, pero mantenía el tipo de una manera admirable. Hubiera querido hablar con ella toda la noche pero sabía que no era el momento.

—Voy a preparar la cena. Tú descansa aquí —dije y le acerqué el agua.

No dijo nada. Abrió la botella y bebió hasta casi agotarla. Calenté una lata de albóndigas y preparé una especie de ensalada con una lata de atún, pimientos rojos y aceitunas. En un bol trocéé una manzana y la mezclé con melocotón en almíbar. Abrí un reserva del dos mil cuatro y fui sirviendo mientras ella comía. Aunque trataba de mantener la compostura no pudo evitar ser traicionada por su instinto y a ratos devoraba más que comía.

—Gracias. Está de muerte. Gracias, de verdad. Bueno, sí, un poco más de vino. ¿Tú no comes?

Ella comía y yo la observaba. Piqué algo. No tenía hambre. Mi nivel de adrenalina aún estaba tan alto que sentía el estómago encogido. Vino bebí. Y me fumé un cigarro como quien se chupa diez sesiones de psicoanalista seguidas: esperando que me lo solucionara todo.

—¿Te molesta que fume?

—Estás en tu casa —respondió. Y yo interpreté, y aunque lo encendí en su presencia, salí a la terraza para terminármelo a gusto.

Cuando volví a entrar ella aguardaba con la mirada dirigida hacia mí. En los platos (esa noche saqué la vajilla) quedaba una albóndiga, un poco de ensalada y algún que otro trozo de fruta en el bol. Es mentira eso que dicen que determinadas circunstancias hacen que perdamos la educación. Eva se moría por terminarse hasta la última miga de comida y sin embargo ahí estaba. Dándome una lección.

—Por favor, termínate eso, yo no tengo hambre.

—Vale —dijo, y no dejó nada.

—¿Quieres más? —le pregunté sinceramente.

—Comería toda la noche, pero así está bien. Demasiados días con el estómago vacío.

Recogí los platos y los llevé a la cocina. Mañana los limpiaría. Volví al salón. Eva se desperezaba y abría la boca como una niña pequeña. No se había movido del sillón desde que entró.

—He comido de maravilla, y el vino delicioso. Mereció la pena esperar colgada, has hecho una buena elección.

—Gracias —hice como una reverencia—. ¿Desea algo más la señora? —concluí con la voz engolada de mayordomo inglés.

—Sí —contestó y, siguiendo la broma, cruzó las piernas y adoptó una postura con las manos como de señora bien de otra época—. Prepáreme el *jacuzzi*, Bautista, y ponga muchas sales de baño, unas velitas y música suave.

—Me temo que el *jacuzzi* debido a la falta de fluido eléctrico no funcione, lo demás lo tendrá dispuesto en cinco minutos —resolví. Realicé una leve inclinación de cabeza y salí del salón.

Oí como reía y, manteniendo la broma, decía: «dese prisa, Bautista, necesito meterme pronto en la cama. Mañana tengo que ir de caza con el embajador del Kurdistán». Tardé algo más de cinco minutos en preparar su habitación y dejar una vela en la mesilla. En el baño coloqué otra vela y el iPod junto a ella, una toalla limpia y un bote de sales. Cuando volví al salón Eva cabeceaba.

—El baño está preparado.

Levantó la cabeza y me miró con una media sonrisa, igual que hacemos con un niño pesado al que le hemos reído las gracias demasiado tiempo y tenemos que pararlo.

—No es broma, puedes bañarte. Ven, compruébalo tú misma.

Se levantó como un resorte sin decir palabra, solo me siguió.

—Pero... ¿cómo? —musitó cuando se asomó al baño.

—El agua está fría, pero pasada la primera impresión te deja como nuevo. Tómalo con calma, entra poco a poco, no quiero que te mueras de un corte de digestión. La sábana que está dentro, cuando termines, la sacas a la terraza y la dejas colgada, es el filtro, ya entenderás. Y no te preocupes, yo tengo otra bañera, esta está sin estrenar, ahora es tuya. El iPod tiene la batería casi entera, si te gusta mi música puedes usarlo cuanto quieras.

Eva escuchaba sin articular palabra. Continué.

—El baño pertenece a tu habitación. La cama tiene edredón de plumas pero si tienes frío hay mantas en el armario.

—No sé si estoy más sucia que cansada, en cualquier caso si esto es un sueño no quiero despertar. Gracias, tío.

La dejé disfrutando de su sueño y me fui a darme un agua, de pronto me sentí tremendamente sucio y cansado.

Pasé un buen rato metido en la bañera, a oscuras. Poniendo en orden un catálogo de sensaciones. Segundos antes de convertirme en anfibio abandoné el agua. Cuando volvía de colgar la sábana en la terraza me crucé con Eva que salía del cuarto de baño con un albornoz puesto.

—Me voy a dormir. Mañana tenemos mucho de lo que hablar.

—Claro, hasta mañana.

Iba a cerrar la puerta de mi habitación cuando Eva me detuvo.

—Perdona... Carlos, pero hasta que no pase el mes, ¿te importaría cerrar tu habitación con llave?

—¿Cómo dices? —le contesté perplejo.

—Por lo del virus, recuerda, el periodo de incubación.

—Lo siento, Eva, pero no sé de qué me hablas.

—Vaya, ahora recuerdo que me dijiste que no tenías ni idea de lo que había pasado. Vale, mañana te pondré al día, pero, por favor, cierra con llave, yo haré lo mismo.

—De acuerdo, pero me dejas de pasta de boniato.

¿Insinuaba que aún corríamos peligro de convertirnos en una de esas cosas? Me había dado la noche.

Cuando se levantó yo ya llevaba un buen rato en la terraza limpiando la espada y la cota. Salió sin decir nada y se apoyó en el poyete, se envolvía con una manta y miraba el cielo. No quise romper la magia del momento y permanecí callado, observándola.

—Anoche hiciste algo increíble, ¿lo sabes?

—No ha sido nada, el baño estaba casi preparado y las albóndigas eran de lata —contesté sin quitarle ojo. Ella se giró y me miró con condescendencia—. Vale, vale. Sí, la verdad es que estuve impresionante.

—Sería un día precioso si no fuera por... —dijo mirando de nuevo al cielo y luego a la calle.

—Totalmente de acuerdo, si miras para abajo la ciudad pierde mucho.

—Se nota perfectamente por dónde pasaste anoche.

—Pasamos —rectifiqué.

—Ya sabes a qué me refiero.

Lo sabía, claro, fue lo primero que miré al levantarme. Conté ocho cuerpos sin cabeza tendidos en el suelo. También distinguí tres brazos y dos piernas cercenadas.

—¿Cómo un pintor acomodado pudo hacer eso? —abrió los brazos y me miró con los ojos muy abiertos. Eran de un verde intenso y contrastaban maravillosamente con su piel morena. Me pareció la mujer más hermosa del mundo, claro que decir eso no era decir mucho en aquellos tiempos.

—Primero vamos a desayunar. Después tú me cuentas por qué tenemos que encerrarnos por las noches y yo te cuento mi locura medieval.

—De acuerdo, ¿no tendrás leche con Cola Cao? —concluyó.

—Afirmativo.

—¡Genial! —dijo y dio un saltito que me encantó.

Desayunamos en la terraza como habría hecho cualquier pareja una mañana de domingo. Luego empecé yo a contar y le hablé de cómo me encerré en casa y no me enteré de nada de lo que había pasado, de mi temor de ser el único humano vivo que quedaba en la tierra. Disfruté describiéndole cómo había organizado mi vida en casa, la higiene, la comida. Le hablé de mi lucha de poder con el conserje y el jardinero, de la casa de Manuel, de la Bastarda, de mi entrenamiento físico y mental para conquistar el territorio común del jardín. Eva miraba sorprendida unas veces y encantada otras, me dejó hablar, sabía escuchar y resultaba cómodo explicarse con ella. Bajamos al garaje y le mostré mi coche, le hablé de mi idea de salir de casa para buscar otro lugar mejor, a ella se le iluminó la mirada y estuvo de acuerdo. Paseamos por el jardín marchito de la casa. Le confesé que había estado a punto de morir a consecuencia del alcohol y la mala planificación. Recreé para ella mi batalla personal. Rememoré con la espada y la cota de malla la lucha en el jardín. Combatí en soledad con enemigos imaginarios mientras ella me miraba y reía con mi parodia intencionada.

Comimos pronto y compartimos bromas, ocurrentes unas veces y estúpidas otras. Me mecía en sus ojos verdes igual que un bebé en los brazos de su madre.

En la sobremesa le llegó el turno a Eva de contar su historia. Era una narradora extraordinaria, mucho mejor que yo. Me quedé embobado escuchando su relato. Recreé perfectamente en imágenes el hospital, los militares asesinando inocentes, su huida ayudada por aquel ATS. Sentí por momentos que compartía espacio con ellos en aquel bar donde se refugiaron, viajé con ella en moto y hasta creí sentir el aire en mi cara. Me identifiqué tan profundamente que sentí su angustia cuando habló de su padre, y hasta noté el estómago vacío y la boca seca, somatizado por sus días de hambruna.

—Y este es el correo electrónico del que te he hablado.

Se levantó y sacó del bolsillo trasero del pantalón una hoja de papel. La firmaba un tal Dr. Freeman y comenzaba con una sentencia:

Nueva York
27 de octubre de 2013

Dr. Arthur Freeman.

A todos los ciudadanos del mundo, hombres, mujeres y niños: la humanidad está a punto de desaparecer. Esto no es una broma, miren por sus ventanas y lo comprobarán. He de confesar que yo soy el responsable de liberar un virus que afectará en pocos días a casi todos los humanos, convirtiéndolos en algo muy distinto.

Hace dos años se encontró en las montañas de Alaska, enterrado...

Eva esperó pacientemente a que terminara de leer. Cuando acabé levanté la mirada y algo evidenció mi rostro porque ella pareció molesta.

—¿No te parece terrible?

—Claro.

—No sé, me dio la sensación de que respirabas aliviado.

Pensé unos segundos y determiné dos cosas. Una, que efectivamente eso había hecho, respirar aliviado; y la otra, a Eva no se le podía engañar, era un lince para las expresiones faciales que ocultan sentimientos.

—Según este papel uno de cada mil habitantes del planeta son inmunes al virus.

—¿Y?

—Pues que echando un cálculo rápido, y sin contar a aquellas poblaciones aisladas en islas o algún país con un sistema de fronteras tan restrictivo como Corea del Norte o Cuba que haya sido capaz de controlar la infección, al menos quedarán setenta millones de supervivientes.

—Descuenta los que han muerto devorados o tiroteados o de hambre o de sed.

—Ya. Pero entiéndeme, hasta que te vi, pensaba que no quedaba nadie más. Que estaba solo en el mundo.

—Visto así... —concluyó y se levantó del sillón—. Voy a por una cerveza, ¿quieres una?

Le dije que la acompañaba fuera y, con el sol coleando en el horizonte, bebimos ajenos al desastre, mirando a la ciudad.

—Ese es el coche de policía del que me has hablado, ¿no?

—Ajá —respondí. Ella se marchó un momento y volvió con los prismáticos en la mano.

—Hay una pistola en el suelo y entre los restos de uno de los policías veo la otra aún en su funda —entendí—. Seguro que dentro del coche llevan más armas y munición —concluyó, se giró y se quedó mirándome.

Yo llevaba semanas mirando a la calle y nunca reparé en aquellas armas, se encuentra lo que se busca.

No hablé. Sabía a dónde quería llegar. Ya me había hablado de Julián y de la promesa que le hizo, y aunque en ese momento di gracias por haber encontrado una persona tan íntegra ahora no podía evitar sentir algo en mi interior que no supe

interpretar.

—Una espada es la ostia, pero no es para mí, prefiero algo más moderno. Me vendrá bien un poco de artillería cuando vaya a buscar a Julián —la extraña sensación en mi interior volvió. Reflexioné unos instantes.

—Cuando vayamos —dije finalmente.

Eva sonrió e iluminó la tarde. Continuamos hablando durante horas de nosotros, de nuestras vidas... de nuestros sueños. No hubo lugar para el Apocalipsis, un hombre y una mujer conociéndose, nada más. Disfrutamos de la dicha de estar juntos. Al menos yo así lo viví.

Cuando anocheció definitivamente ya teníamos un plan. Como el coche volcado estaba justo enfrente de casa, la idea era despejar de infectados la zona alrededor del vehículo para que Eva (fue inflexible en el tema de ir ella) pudiera correr hasta él, recoger las armas y volver a entrar al edificio mientras yo vigilaba. Preparé un par de latas que lanzaría lejos, a ambos lados del patrulla, cuando los comilones se desplazaran atraídos por el ruido dejarían una zona limpia. Al menos eso era lo que suponíamos. Eva cogió una bolsa de mano y se vistió con ropa oscura, yo me puse el equipo de combate al completo y bajamos.

La cosa no pudo ir mejor. El ruido de las latas fue como un imán y en pocos segundos Eva tenía el terreno despejado. Yo, desde la puerta entornada, vigilé mientras ella corría hasta el coche, abría el portón trasero y desaparecía en su interior. A los pocos segundos salió, cogió las armas de los dos policías caídos y, mirando primero a ambos lados, esprintó para volver a mi lado. Fue un juego de niños.

—Los comilones ni se han enterado.

—¿Los comilones? —me preguntó echándose la bolsa a la espalda, parecía pesada.

—Ah, no te lo había dicho, los llamó así.

—Yo bichos. Venga, vamos a casa —concluyó.

A la luz de una vela vació el contenido de la bolsa sobre la mesa de madera del salón.

—Ha ido muy bien. Mira, tenemos una escopeta Franchi calibre 12 con dos cananas llenas y dos cajas más que hacen un total de cincuenta cartuchos de postas —manipuló el arma e hizo saltar varios cartuchos de su interior—. Cinco más. Además tenemos dos pistolas HK de nueve milímetros, una con el cargador lleno y la otra a medias, y seis cargadores más, total ochenta y cuatro cartuchos.

Me había hablado de sus años en el ejército, en el cuerpo de enfermería, y de su contacto con material militar como vehículos y armamento, pero no dejó de impresionarme verla manipular esos artilugios mortales como si fueran juguetes para bebés.

—La escopeta estaba dentro del coche con los cartuchos y está perfectamente. Las pistolas y su munición tendré que limpiarlas a fondo —se explicó. Y colocó las manos en jarra.

—Bien, pues entonces vamos a cenar.

Después de la cena Eva volvió al tema de ir a buscar al tal Julián. Quería hacerlo al día siguiente y tuve que convencerla de la necesidad de hacer una buena planificación. Le hice ver que cuando nos fuéramos de la casa sería para no volver. Teníamos que pensar en algún lugar donde poder subsistir con relativa facilidad, con alimentos y agua en abundancia, y la seguridad mínima para poder pasar al menos el invierno. Además estaba el tema futuro de tratar de buscar a más gente viva. Necesitábamos pensar a lo ancho también y no solo a lo largo. En definitiva, quise demostrar que era en algo en lo que llevaba tiempo pensando y me estaba preparando. Le mostré mi lista, le recordé cómo tenía preparado mi coche. No dejé opción de réplica, era necesario actuar con disciplina y rigor.

—La victoria ama a la preparación —finalicé diciendo. Una frase que oí en alguna película y que me moría por poder decir alguna vez.

Ella pareció entrar en razón... Conseguí un día más.

Nos acostamos pronto. Al día siguiente teníamos muchas cosas que hacer y debíamos aprovechar al máximo las horas de luz. Aunque justo esa noche hacía un mes desde que se desató la pandemia, decidimos cerrar las puertas de nuestras habitaciones. Era algo de lo que no hablamos en ningún momento durante el día. Ella no lo sé, yo lo había borrado de mi cabeza absolutamente. Cuando Eva me dijo: «cierra por dentro, ¿OK?», fue como si me golpearan en las pelotas con un bate de béisbol.

Me levanté temprano, con las primeras luces del día. Lo primero que hice fue ir a la habitación de Eva. La puerta estaba abierta y la cama revuelta. Tampoco la encontré dentro de la casa. Una especie de quejido venía de la terraza. El sol temprano se desparramaba a través de las ventanas mientras el corazón me iba a mil. Busqué la Bastarda con la mirada, estaba en la esquina donde siempre la tenía. Procurando no hacer ruido caminé descalzo, helado de frío, en dirección a ella. Otra vez el guerrero tomaba el mando. No hubo lugar para la pena ni el llanto, ya habría tiempo para eso después. Escuché más ruidos fuera, una especie de sonidos guturales. Mi mano sintió el tacto del cuero de la empuñadura y se cerró sobre ella. Los sonidos cesaron de golpe, de pronto silencio. Luego unas pisadas acercándose. Desenfundé la Bastarda y esperé en posición en mitad del salón. A contraluz apareció Eva, se quedó parada unos segundos, observando.

—Hoy se te han pegado las sábanas —dijo con el aliento un poco alterado mientras se limpiaba las manos con un trapo—. Yo ya tengo limpias las armas, y te aseguro que ha sido duro. Ah, y he hecho mi colada. ¿Qué haces con la espada?

Titubeé de alegría y de vergüenza. Y comencé a dar mandobles en el aire.

—Me gusta practicar un poco en casa nada más levantarme —y continué dando mandobles.

—Madre mía —musitó.

La mañana estaba agradable y, bien abrigados, salimos a la terraza después de desayunar. Eva tenía el arsenal sobre la mesa y no perdió el tiempo.

—¿Has usado alguna vez un arma? —me preguntó cogiendo una pistola.

—En la mili pegué algunos tiros.

—Bien, pues empecemos —concluyó y comenzó su clase magistral.

Fue fascinante ver manipular esos artilugios mortales con tanta naturalidad. Me mostró cómo se cargaban, cómo se apuntaba, la mejor manera de llevarlas para no volarme un pie ni volarle su culo. Me sorprendió lo mucho que pesaban y cómo en sus manos expertas parecían juguetes.

—Tienes que manipularlas con respeto pero sin miedo —me dijo.

—Ya.

La pistola fue lo primero que aprendí a manejar. Luego le tocó el turno a la escopeta.

—Esta solo puede cargar cuatro cartuchos y uno en la recámara. La pistola trece, más uno también en la recámara.

La escopeta parecía más aparatosa de manejar que la pistola pero después de un rato manipulándola me acostumbré a su uso. Cargué y descargué, puse el seguro, vacié de munición, municioné de nuevo, todo decenas de veces.

—Creo que ya lo tengo dominado. ¿Una cervecita? —supliqué.

—Después. Ahora viene la parte práctica.

Abrí mucho los ojos y dejé la boca abierta. Eva desapareció un momento y volvió con una cartulina en la que había dibujado una rudimentaria diana. La fijó con cinta de doble cara al poyete de la terraza más alejado y volvió a mi lado.

—No tenemos mucha munición. Dispararás cinco tiros con la pistola y tres con la escopeta —y me colocó la pistola en la mano—. Vamos. Recuerda lo que te he dicho: respira hondo y suelta el aire después de disparar, no tires del gatillo, apriétalo suavemente y apunta, por supuesto, alza y mira bien alineadas.

Las detonaciones retumbaron entre los edificios varios segundos después de que hubiera terminado de disparar. ¡Pum, pum, pum, pum y pum! Los oídos me pitaban. Disparé a unos diez metros y solo metí una bala en la diana y de refilón.

—Vale, ahora con la escopeta —me quitó la pistola, se aseguró de que estuviera descargada y la dejó sobre la mesa. Luego cogió la escopeta y tres cartuchos y me los puso en la mano.

Cargué con buena maña. No dejé que me pusiera nervioso la mirada atenta de la profesora, que se mantenía discretamente detrás de mí. Apoyé bien la culata en el hombro como me había insistido sin parar, apunté y disparé. El retroceso me golpeó con violencia pero lo encajé bien. No di en la diana pero quedé sorprendido por el agujero, del tamaño de un puño, que produjo la descarga de postas en la pared de ladrillo. Los dos disparos siguientes hicieron desaparecer la diana en un torbellino de confeti.

—Listo. La escopeta para ti y las pistolas para mí —resolvió. Yo estuve de

acuerdo.

El resto de la mañana lo dedicamos a preparar todas las cosas que íbamos a llevar. Eva amplió mi lista y cuando estuvo todo dispuesto buscó bolsas y comenzamos a llenarlas. Me comentó la necesidad de dos cosas: la primera, encontrar una cizalla para cortar el candado del bar, y la segunda, pensar en una distracción mientras entrábamos y recogíamos a Julián. Me ocupé de ambas cosas. Recordé que el conserje guardaba todo tipo de herramientas en el cuarto de la basura y dejé a Eva en casa organizando los víveres y demás cosas que llevaríamos y bajé. No solo encontré una cizalla impecable, también me hice con un hacha y cuatro garrafas vacías de veinticinco litros. De los seis coches que quedaban en el garaje, cuatro eran diésel, como el mío. Llené tres garrafas enteras y la cuarta a la mitad. Al depósito de mi coche le quedarían más de cincuenta litros, eso hacía un total de unos ciento cuarenta litros, suficiente para ir a cualquier punto de España. Rellené el depósito hasta los topes y utilicé la garrafa para llenarla de gasolina.

Sujeté bien los otros tres bidones a la baca y volví a casa con la gasolina y la cizalla, más contento que unas castañuelas.

Eva tenía apiladas un montón de bolsas cerca de la puerta y resopló cuando me vio entrar por la puerta. Tenía el pelo revuelto y un mohín de niña mimada en los labios. Una sonrisa estúpida se dibujó en mi cara cuando levanté la cizalla en alto y a ella se le alegró el rostro.

—¡Genial!

—Creo que sé cómo podemos distraer a los comilones.

Eva me había contado que el bar estaba en una calle estrella de una sola dirección. Mi idea consistía en fabricar cócteles molotov y bloquear la calle en ambos sentidos mientras nosotros, en medio, actuábamos. Se lo expliqué a ella.

—¿Cómo sabes que esos bichos no atravesarán el fuego?

Tenía razón, había dado por hecho algo que podía costarnos la vida.

—Habrá que probarlo —resolví.

Eran muchos bultos y diez pisos, cuanto antes comenzáramos a bajar cosas al coche mejor. El ascensor, ¡qué gran invento se había perdido! Eva miró con detalle el trabajo que había hecho en el coche y lo primero que dijo fue un halago, lo segundo una objeción.

—Has hecho un trabajo estupendo, tu lado de ingeniero sin duda, aunque tiene un fallo —y apuntó con su dedo a la baca—. Este coche tiene techo solar, ¿no es así? —asentí—. Pues lo has condenado con la baca.

No entendía del todo lo que quería decir. Conducir dándote el aire en la cara estaba muy bien, pero ahora lo prioritario no era eso. Como arrugué el morro me lo explicó. Y me quedó cristalino.

—Podremos entrar y salir por arriba, joder, además has enrejado todo el coche, es la única ventana abierta.

Quité dos lamas del somier y el techo acristalado quedó despejado. Eva probó a

salir del coche a través del techo y quedó satisfecha.

—Ahora está perfecto.

A media tarde terminamos de cargar el coche y nos derrumbamos en el sofá. A los cinco minutos Eva se incorporó y salió a la terraza. Al volver traía algo en la mano, un libro.

—Cogí un poco de aceite y aguarrás de tu estudio para limpiar las armas y eché un vistazo a tus cuadros, pintas muy bien, por cierto, y encontré algo muy interesante —la observé atentamente—. Ya sé cuál será nuestro próximo destino.

Arrellanado en el sofá miré el libro que me ponía delante de la cara, no entendía nada. Era la guía del castillo de Manzanares el Real que yo había ilustrado.

—¿Un castillo?

—Piénsalo, es perfecto. Una fortaleza inexpugnable, con mucho espacio. Bien acondicionado puede ser el lugar ideal para pasar el invierno. Además, hay un pueblo cerca y agua no nos faltará con el embalse. Conozco bien la zona.

—¿Y cómo entraremos?

—Si la puerta está cerrada escalaré la muralla. Si hay bichos dentro les daremos matarile y punto.

Estaba tan entusiasmada como una niña pequeña y sus grandes ojos verdes despedían chispas que amenazaban con incendiarme por dentro. No pude decir que no, además no tenía ninguna opción alternativa.

—El castillo te irá como anillo al dedo —susurró.

Oscurecía rápido. Pronto sería de noche. Preparé dos botellas de cristal llenas de gasolina y les puse un trapo. Las saqué a la terraza y esperé. Me apetecía un cigarro pero no era el momento más oportuno. Eva se puso a mi lado. Durante unos minutos nadie habló. La barba me picaba un poco y me rasqué.

—¿Siempre la has llevado?

La miré sin entender.

—La barba, no te pega.

Dejé de rascarme.

—No. Cosas del Apocalipsis.

—¿Quieres que te ayude a quitártela?

Se me vino a la cabeza la escena de Memorias de África, cuando Robert Redford lava la cabeza a Meryl Streep y no me pude resistir.

—Claro.

Encendí un par de velas y a la luz ambarina Eva empezó a afeitarme. Primero con unas tijeras. Luego con agua, jabón y maquinilla. Yo estaba encantado.

—¿Crees que estamos a salvo de la infección?

—Probablemente sí. Según lo que dijo ese chalado de doctor muerte, claro —no veía su cara, estaba a mi izquierda recortando una patilla.

—Ya hace más de un mes que todo empezó y aquel día yo estuve en contacto con un infectado seguro.

—¿Cuando llevaste a ese tipo al hospital te refieres?

—Sí, y a su hijo. Lo tuve sentado a mi lado todo el camino.

Eva de pronto se detuvo y su cara apareció ante mis ojos.

—¿A qué hospital lo llevaste?

—Al del Norte, ¿por qué?

—¿El niño era rubio, de unos cinco años?

—¿Cómo lo sabes?

Soltó la maquinilla y se alejó un poco para mirarme.

—Yo trabajaba en el hospital del Norte.

Como yo seguía con la cara de pasmo continuó.

—Yo era la enfermera que te separó cuando estabas a punto de partirle la cara al pobre Luis, el vigilante.

¿Qué posibilidades había de que tal cosa sucediera? Coincidir en el hospital y semanas más tarde ella sobrevive a la pandemia y yo también, escapa de unos militares y vuelve a su casa que está en el mismo barrio que la mía, frente a frente, y terminamos juntos después de un rescate más propio de una gesta medieval que de una actuación de los GEO. Realmente costaría elaborar una fórmula estadística que indicara la posibilidad exacta. Una entre mil millones me pareció oportuna.

—Joder —fue lo más que pude decir.

Después de tomarme unas cuantas copas y de servirle otras tantas a Eva, decidí hablarle sobre nosotros. Quise convencerla de que tal vez nuestras vidas estuvieran destinadas a realizar un fin en común que ahora desconocíamos. No sé, intenté razonar sobre lo improbable de nuestro encuentro, del misterioso destino en definitiva. Ella no estuvo de acuerdo.

—Casualidad, solo eso, no creo en el destino. Una puta casualidad y punto —me soltó de pronto cortando la conversación de raíz. Algo se le trababa la lengua, yo cargo mucho las copas.

Ya había oscurecido del todo. Le quité discretamente de la mano la tercera copa y la llevé hasta el poyete de la terraza.

—Veamos si lo del fuego sirve o no sirve —murmuré mientras encendía el trapo impregnado de gasolina.

No quería provocar un incendio en el edificio, tomé impulso y lancé bien lejos, hacia la zona ajardinada de enfrente, donde solía haber más infectados. La botella describió una parábola y calló sobre la tierra produciendo un ruido sordo. No se rompió. Eva se volvió y simuló que aplaudía, estaba «chispi» pero no había olvidado cómo tocarle la moral a un hombre. La segunda vez apunté a una zona asfaltada, con menos comilones. No estaba dispuesto a fracasar de nuevo. La botella estalló y una llamarada iluminó la noche. El fuego cubrió una superficie más o menos redonda de unos diez metros de diámetro. La gasolina incendiada prendió a un infectado que siguió caminando sin mostrar signos de dolor. El resto, sin salir despavoridos, se alejaron discretamente del fuego. Las llamas tardaron unos cinco minutos en

consumirse y reducir su tamaño a unos veinte centímetros, diez hasta que se extinguieron totalmente. Durante aquel aquelarre nocturno, en el que las sombras de los engendros ejecutaron una siniestra danza, obtuve tres conclusiones: primera, no sienten dolor y el fuego no los mata inmediatamente; segunda, no temen al fuego pero lo evitan; y tercera, tendríamos cinco minutos desde que lanzáramos los cócteles molotov antes de salir cagando leches.

La cuarta conclusión que saqué esa noche fue que Eva no estaba acostumbrada a beber. Para cuando el fuego se apagó totalmente ella dormitaba sentada en el frío suelo apoyada contra mis piernas.

A la mañana siguiente yo me levanté primero. La puerta de la habitación de Eva estaba cerrada. Golpeé, primero suavemente y luego más fuerte. La noche anterior la metí en la cama semiinconsciente y su puerta no quedó cerrada por dentro, la mía sí. No quise pensar más y abrí de golpe. Eva se desperezaba en ese momento y me miró con dos ojos como rayas diminutas.

—Buenos días, dormilona.

—Ufff..., estoy como si me hubiesen dado una paliza.

—La resaca, nena. Te espero para desayunar. Queda mucho por hacer.

Y a eso dedicamos la mañana, a completar el punto dos, el que se refería a qué buscar fuera antes de dirigirnos al próximo destino. Eva añadió a la lista medicamentos y material quirúrgico, una aportación excelente en la que no había pensado. En realidad resolvió todo de una vez. Obtendríamos comida, agua, medicinas y material quirúrgico, combustible y herramientas en el mismo lugar, el hospital de donde escapó hacía varias semanas. Cuando le advertí de la posibilidad de que los militares continuaran dentro me dijo: «Recuerda, una entre mil de que estén vivos. Y de haber quedado alguno ya se habrá largado con el blindado. En cualquier caso andaremos con ojo». Era una buena idea lo del hospital, yendo con precaución, por supuesto, además quedaba cerca del bar donde supuestamente recogeríamos a Julián (uno entre mil de que esté con vida), en dirección, a su vez, de nuestro próximo destino, el castillo de Manzanares el Real. El hospital definitivamente sería una buena parada para abastecernos, siempre y cuando estuviera tranquilo. Había algo más que Eva me comentó sin darle importancia, dudaba si hacernos unos análisis de sangre para saber si éramos portadores o no. No sé si quería saberlo, lo pensaría llegado el momento.

Teníamos claro dónde completar nuestro equipaje y también estábamos de acuerdo en que llevábamos suficientes cosas en el coche como para aguantar el tirón de los primeros días si algo fallaba, por eso no perdimos más tiempo en ello y pasamos a completar el punto tercero: determinar la ruta. En un plano de Madrid trazamos el camino más corto hasta el bar y de este al hospital, eso fue fácil. Teníamos claro que quizá tuviéramos que elegir alguna calle alternativa al encontrar obstáculos imprevistos o un número excesivo de infectados. En un principio seguiríamos el mismo trayecto que llevó Eva con la moto, luego ya veríamos. Del

castillo nos separaban cincuenta kilómetros por las vías más rápidas y casi el doble utilizando comarcales y carreteras sin asfaltar. Marcamos ambas rutas en el plano de carretera. Con relación al punto cuatro, Eva estuvo un poco reticente. No quería pensar siquiera en el fracaso. Al final la convencí y acordamos abandonar el edificio de tal manera que nos permitiera volver a habitarlo, sin la sorpresa de encontrarlo lleno de comilones, si necesitábamos volver. Además dejaríamos algo de comida y de agua y todo bien cerrado. Cuando aceptó estas condiciones dimos por terminados todos los puntos y ocupamos el resto de la mañana en ultimar pequeños detalles.

Después de comer bajamos al jardín. Yo practiqué con la espada cargando también con la escopeta y Eva se relajó leyendo mi guía sobre el castillo. Hacía un frío que el sol conseguía que se llevara bien. Más de una vez la pillé observándome, levantando la cabeza del libro para mirarme. Imposible imaginar qué pensaría de mí. Cuántos malentendidos nos ahorraríamos en un mundo sin cautelas, quizá era el momento de poner remedio a eso, ahora que éramos cuatro gatos.

El sol desapareció tras unas nubes y Eva se levantó. El frío se impuso. Volvimos a casa. Ultimamos la ropa que llevaríamos puesta, comprobamos las armas y el equipo y nos dimos un largo baño. Salí primero. Eva me sorprendió en el salón colocando con cinta aislante una pequeña linterna LED al cañón de la escopeta.

—Asegúrate de que está con el seguro puesto —levanté la cabeza y la miré. Llevaba una toalla alrededor del cuerpo que dejaba sus hombros y pantorrillas al descubierto.

Quizá mantuve la mirada más tiempo del estrictamente necesario, o su intensidad no fuera la adecuada, el asunto es que ella detectó algo, lo supe por la forma en que mutó su rostro. Otra cosa era saber qué detectó. Tuve la oportunidad de poner en práctica mi filosofía, ser sincero para no crear malentendidos. No lo hice. No importa cuántos quedemos en el mundo, hay cosas que es mejor dejarlas como están.

Cuando comenzó a oscurecer estábamos preparados. Eva salió de su habitación vestida con unos pantalones ajustados negros, botas altas de montaña y un forro polar también negro. Llevaba el cinturón de policía con una pistola a cada lado y las fundas con los cargadores de repuesto. Se había recogido el pelo en una diminuta coleta y lo cubrió todo con un gorro de lana negro. Yo llevaba unos pantalones de bolsillos laterales llenos de cartuchos, las botas, el forro polar y por supuesto la cota de malla y la Bastarda a la espalda. También me abroché una canana de veinticinco cartuchos a la cintura. Ella estaba impresionante, recordaba a la heroína sacada de *Resident Evil*, yo sin embargo parecía hecho de recortes de periódico. No me quejaba, la indumentaria la elegí yo solito.

—¿Vas a poder conducir con la espada?

—Ya veremos —contesté.

Sobre el sillón estaban nuestros chaquetones, la escopeta y una caja con seis cócteles Molotov.

—Voy a fumarme un cigarro en la terraza.

Acababa de encenderme el cigarro cuando Eva se puso a mi lado. Miró el cielo y luego hacia abajo.

—Los bichos no se comen a sus cadáveres. Ahí siguen, intactos, tal como tú los dejaste.

Ya me había fijado en eso. Pero de aquellas «cosas» ya no me sorprendía nada.

—¿Qué son? Leí el *email* pero no me quedó claro, ¿son muertos vivientes?

—Técnicamente no, nunca murieron del todo. Pero tampoco son humanos ya, se han convertido en otra especie. Muy superior a nosotros en muchas cosas —me contestó Eva.

—Pero no en inteligencia.

—No, en inteligencia no, pero no les hará falta para dominar el mundo. Somos testigos de la última pandemia —concluyó.

De pronto tuve una imagen cinematográfica de los dos en aquella terraza. Me recordó a los momentos que más me gustaban de las películas de acción y terror: cuando los personajes, antes de afrontar un destino incierto, reflexionan ante una hoguera o resguardados en algún edificio en ruinas, compartiendo confidencias y conversaciones banales. La calidad de esas escenas son los que hacen a una película buena o mala, es mi opinión, por supuesto. Pensaba en ello cuando le pregunté algo que yo hubiera puesto en el guión.

—Sabes que probablemente no encontraremos a Julián.

Eva no contestó inmediatamente. El guión llevaba buen camino.

—Lo sé.

—¿Había algo entre vosotros? —continué.

—Lo conocí ese día, pero hizo más por mí en unas horas que todos los tíos con los que he estado juntos.

Esta vez fui yo quien tardó en contestar. Ella entendió y trató de suavizar.

—Se lo prometí. No podré vivir pensando que quizá siga allí, esperando a que cumpla mi promesa. Si puedo intentarlo lo haré —se giró y miró al cielo—. Ya te dije que no estabas obligado a acompañarme —concluyó.

—Y yo te dejé claro que iríamos juntos —no contestó. Continuó mirando al infinito y decidí cambiar de tema—. ¿Habías visto un cielo así de estrellado alguna vez?

—Solo en la montaña.

—En eso ha mejorado el mundo, está claro —no respondió. Continuó callada unos segundos para luego hacer una pregunta que no buscaba respuesta.

—¿Cuántos hijos de la gran puta habrán sobrevivido?

—Esperemos que pocos —yo le di una simplona.

—Quizá ahora sea el momento de empezar a hacer las cosas bien.

Pensé bastante en esto último que dijo pero no lo terminé de entender. Por eso callé. Me hubiera gustado soltar una frase brillante para rematar la escena de mi guión particular, pero no la encontré.

Una hora más tarde, cuando las sombras se apoderaron totalmente de la ciudad, salimos con el coche, directos a una aventura suicida. Tuve el cuajo de volver a poner en el CD a *José Alfredo Jiménez* cantando *Un mundo raro*. A Eva le encantó.

19. MUÑECO DE NIEVE

Luna vio caer la nieve a través del pequeño ventanuco de metacrilato de la caravana y se le alegró el rostro.

Había nevado toda la noche y el amanecer descubrió un paisaje de un hermoso color blanco. La comarcal desapareció totalmente y solo las señales de tráfico delataban su existencia, hacía semanas que no pasaba un coche. Los grandes copos caían mecidos por una suave brisa. Un autillo pasó volando encima de la caravana y luego se posó en un árbol, a resguardo. La temperatura bajaba de cero grados.

El interior de la caravana era una nevera. Por mucho que se abrigara, Luna no entraba en calor. Disponía de una cocina de butano que encendía para calentar la comida. La bombona era grande pero no sabía si estaba llena y prefería ser prudente, odiaba la comida fría. Se había organizado tan bien que no pasó hambre en ningún momento. Agua tampoco le faltaba, al menos le quedaban dos garrafas de cinco litros todavía. Otra cosa era el frío. Luna pasaba la mayor parte del tiempo metida en la cama, bien arropada, con la mochila verde que contenía sus cosas importantes cerca. Leía en su libro electrónico sin parar, con los guantes y la bufanda puestos y los prismáticos a mano. No había escrito nada en su diario desde que se quedó sola, sin embargo, en ese momento, lo sacó de la mochila y con su bolígrafo multicolor comenzó a escribir.

Hoy está nevando.

Todas estas semanas no he escrito nada porque no tenía ganas. Han pasado cosas horribles que no quiero recordar. Mamá y papá están muertos. Me he quedado sola. Las primeras semanas tuve a Florita pero una mañana no salió de su caparazón. La enterré debajo de un árbol. Solo decir que llevó mucho tiempo viviendo dentro de la caravana y que no he visto a nadie desde entonces. Bueno, a nadie vivo. Los primeros días pasaron cerca varias de esas personas que ya no lo están. Estuve aterrorizada hasta que desaparecieron, abrazada a la pistola de papá. Por cierto, he aprendido a usarla. He tenido tanto tiempo que, con mucho cuidado, manteniendo siempre lejos de mí la punta por donde sale la bala, he logrado entender lo que hay que hacer para que dispare (no lo he hecho todavía, espero no tener que hacerlo). Incluso la he abierto, sacado las balas y vuelto a meterlas. Ahora tiene seis dentro, encontré una caja llena en la guantera. Pero ya digo que de eso no quiero hablar mucho. ¿Qué podría decir?, ¿que es una mierda? Imagina que alguien se va de vacaciones y no sale de su cuarto en un mes porque está escayolado hasta el cuello y, encima, su ventana no da a la playa; y ahora que lo has imaginado piensa que ese alguien te manda un email contándote sus vacaciones, bueno, pues eso, una mierda al cubo.

Hoy sin embargo es otra cosa, está nevando y eso lo cambia todo. No hay nada

más hermoso que la nieve. Por eso en cuanto he visto los copos lo he tenido claro. Haré un muñeco de nieve. Esperaré que haya mucha y haré uno bien grande, detrás de la caravana, para poder verlo desde dentro cuando esté acostada. Lo vestiré, ya pensaré con qué, y le pondré una nariz, con... bueno, eso también lo pensaré cuando lo tenga hecho. No tengo nada más que decir hoy.

Ayer pasé mucho frío.

La nieve sigue cayendo pero hace tanto frío que no tengo ganas de salir a hacer el muñeco. Ayer tuve que encender la cocina para calentar un poco la caravana, fue un «gustirrinín» poner las manos cerca del fuego. Lo tengo pensado, si no ha venido nadie a buscarme antes de que se me acabe la comida me abrigaré bien y caminaré hasta el pueblo que vi señalizado en el cartel un poco antes de que nos quedáramos sin gasolina, creo que se llamaba Manzanares el Real.

He pasado mucho miedo esta mañana.

Por fin hoy me he decidido a construir el muñeco de nieve. Amaneció soleado y me abrigué doble, como decía mamá, y salí fuera. Me llevó varias horas pero hice uno más alto que yo. Lo vestí con una chaqueta de papá, como ojos le puse dos piedras blanquitas que encontré mientras cogía la nieve y le pinté dos puntos negros; con unas judías pintas, una al lado de la otra muy juntitas, le he puesto una boca que sonrío y la nariz la hice con un plátano pocho dentro de un calcetín rojo, me quedó genial. Estaba dando vueltas alrededor de él, admirando mi obra, cuando oí a un perro ladrar. Unos ladridos de perro pequeño. Me alegré mucho, y lo busqué. Pensé que quizá estaría perdido y, si era cariñoso, me lo podría quedar y nos haríamos compañía juntos. Al final lo vi. Primero una manchita marrón a lo lejos, venía por la carretera, me puse en su camino pero pasó de largo, ni siquiera me miró. Entonces oí como un murmullo que venía de lejos, de donde vino el perrito. Me metí corriendo en la caravana y, medio agachada, observé a través del parabrisas con los prismáticos. Poco a poco fui distinguiendo figuras, eran hombres que caminaban deprisa, como borrachos, más de cincuenta. Eran esas cosas, venían persiguiendo al perro. Pasaron junto a la caravana, la golpearon, escuché sus gruñidos, pensé que romperían los cristales y me cogerían, pero continuaron tras los ladridos y al final los perdí de vista. Yo me tumbé en el suelo con la pistola agarrada y no salí hasta la noche. Me meé en las bragas de miedo.

Creo que no voy a escribir nada más hasta que no sea algo bueno o divertido.

La noche era heladora. La brisa se había calmado y dejó de nevar. La oscuridad hubiera sido casi absoluta de no ser por la tenue luz anaranjada que traspasaba los cristales de la caravana. Luna calentó una sopa de fideos en un cazo mientras acercaba las manos a las llamas y canturreaba una canción de Justin Bieber.

Ella no lo sabía, pero de haber algún infectado cerca que viera la luz probablemente nunca se comería esa sopa.

30. QUEDAMOS EN EL BAR

El camino hasta el bar fue como bajar a los infiernos y encontrar fiesta de bienvenida.

Ir en coche no era como ir corriendo. Oyen el motor a cientos de metros y cuando llegas cerca de ellos ya están alerta. Hay que conducir muy atento. Tuve que quitar la música al poco de salir y concentrarme al máximo. Eva, plano en mano, me anticipaba la ruta con informaciones precisas, también ella estaba preocupada, sobre el regazo tenía la pistola. Las luces cortas iluminaban las calles y a los cientos de infectados cuyos rostros contraídos, deformes y con las bocas abiertas lanzando dentelladas, nos saludaban a su paso. La cuestión era evitar chocar con ellos, mi coche era grande y pesado pero el impacto contra un cuerpo de ochenta kilos podría ser fatal. En alguna ocasión tuve que frenar y a velocidad muy baja hacerme hueco entre un grupo que cerraba por completo el paso, en esos casos solo los empujaba. Recibimos golpes al pasar cerca de alguno, y llegaron a agarrarse a la malla metálica que cubría las ventanillas, yo entonces aceleraba un poco y, o bien se soltaban o arrancaba sus dedos, cosa que pasó en un par de ocasiones.

Estábamos cerca cuando Eva me indicó un cambio de dirección a la derecha para entrar en una calle estrella. Las luces iluminaron un grupo muy numeroso de comilones. Al sentir la luz algunos se giraron, pudimos ver que rodeaban un coche parado en mitad de la calle, alguien se movía en su interior. Imposible pasar, metí marcha atrás para salir y buscar una ruta alternativa.

—Para —me instó Eva—. He oído algo.

Paré y bajé un poco la ventanilla. Entonces lo escuché perfectamente. Unos gritos de socorro salían del coche. Alguien vivo nos pedía ayuda.

—Tenemos que ayudarlo —me urgió Eva, y pistola en mano comenzó a abrir la puerta.

—Espera, son demasiados, no podemos hacer nada por él.

Miré por el retrovisor, un grupo titubeante venía hacia nosotros.

—Tenemos que salir de aquí ya o nunca lo haremos.

—Pero es alguien vivo, no podemos dejarlo así —suplicó con la voz temblorosa de impotencia.

No contesté, no hacía falta. Metí la marcha atrás y pasé por encima de dos de ellos. Un sonido desagradable me indicó que una cabeza quedó reventada bajo las ruedas. Se habían acumulado muchos infectados y encimaban y golpeaban el coche ferozmente. Uno mordió la tela metálica de la ventanilla de mi lado y sus dientes saltaron como piñones. Eva estaba bloqueada.

—¿Por Dios, Eva, dime por dónde sigo? —grité para sacarla del trance. Funcionó.

—Continúa dos calles más y de nuevo a la izquierda.

Estuvimos a punto de quedar atrapados entre una cantidad considerable de comilones. Ni siquiera la tremenda potencia del coche podría con treinta o cuarenta de ellos. Patinaron las ruedas y gracias a la tracción total salí del nutrido grupo llevándome arrastras a dos o tres. Un frenazo en seco unos metros más adelante dejó un montón de dedos atrapados en el metal, nada más.

Tomé la segunda calle como me había indicado Eva y también encontré demasiados infectados. La situación se estaba complicando mucho. De nuevo di marcha atrás y solicité nueva dirección.

—No sé, nos vamos a alejar mucho —respondió nerviosa con la cabeza inclinada sobre el plano.

Si esperaba demasiado sería nuestro fin. Tenía que hacer algo y rápido. A cien por hora mi mente tiró por la calle de en medio y resolví con una locura. Aceleré marcha atrás y cuando llegué a la altura de la calle donde aquel tipo pedía ayuda tiré del freno de mano, trompeé y me quedé de culo. Eva se bamboleó como una muñeca de trapo pero no dijo nada. Bajó la ventanilla y cogió la pistola. Yo también bajé la ventanilla y destrabé las puertas. Intuyó lo que iba a intentar. Aceleré y pasé tan cerca del coche que saltaron los retrovisores, pero conseguí llevarme por delante a los infectados de ese lado también.

—¡Sal, rápido, vamos! —grité como un loco pegando la cara a la tela metálica al pasar a su lado.

La horda que se nos venía encima era impresionante.

La puerta del coche se abrió y salió un chico joven a trompicones. Miré el retrovisor interior y lo vi correr, iluminado en rojo por las luces de freno.

—¡Vamos, vamos! —nos desgañitamos al unísono Eva y yo. Pero fue en vano.

Llegué a ver su rostro de adolescente aterrorizado justo antes de que unas manos infectas lo atraparan. Desapareció bajo un montón de seres sedientos de sangre. La luz roja intensificó el color de la sangre. Aceleré para salir de esa ratonera con uno de esos seres sobre el capó, engarfiadas sus manos en el tela metálica que protegía el parabrisas.

—Maldita sea, maldita sea —Eva golpeó el salpicadero con el plano arrugado entre sus manos.

No había tiempo para lamentos.

—Joder, Eva, a dónde voy —grité.

Pareció entrar en razón y alisó el plano con manos temblorosas.

—Ahora a la derecha, todo recto y la tercera a la izquierda, hasta el fondo y de nuevo a la derecha y habremos llegado —me explicó atropelladamente Eva. Grabé el trayecto a fuego en mi cabeza.

El infectado continuaba agarrado al parabrisas y la visión de su horrible rostro me heló la sangre. Realizaba bruscos movimientos de volante pero no había manera de deshacernos de él. Eva se quitó el cinturón, abrió la puerta y, apoyada en el marco superior, sacó medio cuerpo y le disparó a la cabeza. Vi perfectamente sus ojos

reventar a causa de la presión interior generada. Menos mal que había colocado la tela metálica para que no estorbara la acción de los limpiaparabrisas y pude conectarlos para que, con un poco de líquido, eliminaran los restos de babas, sangre y humor vítreo.

Eva volvió a entrar y cogió del asiento trasero dos botellas con gasolina.

—Ahora a la derecha. Detente frente al bar que verás a tu izquierda —me indicó con urgencia antes de sacar su torso a través de la ventanilla del techo.

No sé por qué razón estábamos encontrando tantos infectados. La calle del bar no fue una excepción. Cuando entré las luces iluminaron un panorama poco recomendable. Atropellé a unos cuantos a velocidad baja y frené en seco junto al cierre metálico del primer bar que identifiqué. Justo en ese momento una botella estallaba en llamas a la entrada de la calle, otra lo hizo segundos más tarde a unos diez metros por delante. Era el momento de salir.

Eva tenía razón, no pude conducir con la espada, por eso, a mi pesar, tuve que dejarla en el asiento trasero. No había tiempo para cogerla. Entre los dos fuegos debieron quedar unos diez o doce y venían a por nosotros ciegos de rabia. Introduje otro cartucho en la escopeta y quité el seguro. Eva comenzó a disparar primero. Con una pistola en cada mano, metódica, apuntaba a la cabeza y disparaba, alternando ambas manos, siempre al infectado más cercano primero. Mi primer disparo le quitó media cara a uno de esos seres pero no lo paró. Necesité meterle otra andanada de postas para que cayera. Comprobé que era mucho más difícil buscar el punto de mira para apuntar siendo de noche, el tiro tenía que ser intuitivo y yo no estaba acostumbrado a disparar así, bueno, ni así ni de ninguna forma. Enseguida eché en falta mi Bastarda. ¡Nunca más sin ella!

Los tres siguientes disparos destrozaron las cabezas de otros tres comilones. Para no fallar permitía que se acercaran mucho y eso fue un problema cuando uno de ellos vino directo a mí y al accionar el gatillo sonó un clic. Tenía el arma descargada.

Eva me había enseñado un truco para municionar rápidamente en caso de emergencia: llevar un cartucho en la mano izquierda (con la que accionaba la corredera de carga), para introducirlo por la ventana de admisión inferior y tener una nueva descarga lista en décimas de segundo. Y eso hice, pero no atiné al meter el cartucho y se escurrió de mi mano. El comilón se me echó encima con las manos por delante y la boca abierta mostrando la promesa de un mordisco fatal. Oía los disparos rítmicos de Eva como acompañamiento y los gruñidos de esa bestia como sintonía principal. No había otra, con un golpe brutal le introduje el cañón de la escopeta en la boca hasta que noté que se le clavaba en el cielo del paladar. El engendró agitó la cabeza violentamente sin dejar de avanzar, sentí sus garras presionando mis hombros, de no ser por la cota de malla sus uñas habrían desgarrado primero la ropa y luego mi carne. Busqué en el bolsillo de la chaqueta, metí un cartucho y disparé. Durante unos instantes continuó de pie, sin cabeza de nariz para arriba, luego cayó hacia atrás. Reculando hasta el coche recargué la escopeta sin dejar de buscar al próximo

infectado que se me echaría encima. No quedaba ninguno en pie. Tampoco escuché disparos. Me giré y vi a Eva recargando las pistolas.

—El candado, rápido —urgió sin mirarme apenas, rodeada de un montón de cuerpos a sus pies.

No había un candado, sino dos. La cizalla produjo un sonido a metal cortado muy agudo, clic, clic. Eva no dejaba de vigilar pistola en mano. A través de las llamas se veían infectados agitándose nerviosos, muy excitados al ver unas presas tan suculentas. Teníamos que darnos prisa.

Uno a cada lado levantamos el cierre de una vez por encima de nuestras cabezas y abrimos la puerta de cristal. Nos recibió un aire cargado, mezcla de lugar cerrado, comida podrida y suciedad. También detecté otro olor pero de momento me callé.

—Dos candados puestos. Lo que sea está dentro —musité encendiendo la linterna que llevaba en el cañón de la escopeta.

—Lo sé —musitó Eva encendiendo su frontal. Llevaba una pistola sujeta con ambas manos.

Los haces azulados de las linternas LED barrieron el interior del bar. Yo no sabía dónde dirigirme, me detuve y la dejé pasar delante, cubriendo la retaguardia. El único sonido que llegaba a mis oídos era el crepitar de las llamas a mi espalda y las pisadas contenidas de nuestros pies. El bar estaba bastante desastrado, con papeles, bolsas y latas tirados por el suelo, y cientos de colillas. El mostrador era un revoltijo de cacharros sucios de comida podrida, botellas vacías y vasos. Eva avanzaba en dirección a la parte trasera. De pronto el haz de su linterna alumbró el comienzo de un estrecho pasillo con la pintura descascarillada. Se detuvo allí, pegada a la pared. Yo me puse a su altura, sin dejar de vigilar la retaguardia, con la escopeta a punto.

—¡Julián, Julián! —gritó proyectando la voz con la mano izquierda que luego volvió a utilizar para dar mayor precisión a un posible disparo.

Unos ruidos de alguien trasteando sonaron al fondo. Eva se tensó y apretó las manos en torno a la culata de su pistola.

—Tranquila —susurré.

Unas pisadas se acercaban.

—Tranquila —volví a susurrar.

—Estoy tranquila, joder —contestó por fin. Pero sus manos decían lo contrario.

Una figura descalza, con el pelo revuelto y la piel de la cara macilenta apareció de pronto. Eva levantó un poco más la pistola, rectificando la trayectoria hasta la cabeza. Durante unos segundos un silencio sepulcral, nada más. Al final la figura levantó una mano con la palma hacia nosotros protegiéndose los ojos de la luz.

—¿Eres tú, «ojos verdes»?

Eva bajó la pistola.

—La misma. Siento el retraso —contestó. Noté un temblor en su voz.

—Menudo jaleo habéis montado, como para no despertarme —dijo Julián y movió sus manos en torno a su cabeza, hinchó los mofletes y comenzó a emitir

sonidos que imitaban disparos.

—¡Qué cabrón! —soltó Eva sonriendo.

Enfundó la pistola y corrió por el pasillo hasta llegar junto a él y fundirse en un abrazo. La luz de mi linterna intensificó la carga melodramática. Miré hacia la puerta, el resplandor anaranjado había disminuido, las llamas se extinguían. Podíamos haber lanzado un par de botellas más de gasolina, pero más tiempo supondría también que se acumularan más infectados y tal vez no pudiéramos atravesarlos con el coche.

El abrazo continuaba.

—Tenemos que salir —hablé y moví un poco el haz de la linterna.

Eva se soltó lentamente, miró al tipo y, agarrando su cara con ambas manos, lo besó en ambas mejillas.

—Estás horrible... pero vivo —y volvió a besarlo.

Sí que estaba horrible, sí. Eva me había descrito a Julián con detalle, yo le insistí, y en mi mente tenía la imagen de un joven atractivo y desenvuelto, alto y bien formado, con una estética actual, un tipo que repartiría el bacalao en cualquier local de copas en el que entrara. La figura que apareció no encajaba para nada con esa imagen de mi cerebro.

Eva se giró y el haz de su frontal me deslumbró. Yo bajé la escopeta e iluminé el suelo.

—El fuego se apaga —comenté con voz serena, dejando transmitir un cierto tono de urgencia.

—Me alegra ver que al final encontraras a tu padre —dijo Julián mirando a Eva.

—No es mi padre —respondió sin esperar a que yo dijera nada.

—No soy su padre. ¿Nos vamos o qué? —espeté.

—Ya te explicaré, Julián, coge tus cosas, hay que salir pitando. Y no olvides las llaves del hospital —continuó Eva.

Volví a la puerta del bar y observé atentamente nuestro parapeto de llamas. El fuego apenas llegaba a la rodilla de los infectados. Había más en el lado de la calle por donde habíamos entrado pero era el más indicado para salir de nuevo utilizando la trasera del coche para abrirnos camino.

—Os espero en el coche —grité desde la puerta.

—¿Quién es el abuelo? —le oí susurrar a Julián—. ¿Y de qué cojones va vestido? —continuó preguntando en voz baja.

—Un amigo al que le debo la vida, y tú también —musitó Eva. Aún así la escuché perfectamente y salí a la calle con una estúpida sonrisa en la cara.

El motor estaba en marcha, coloqué el coche en mitad de la calle y esperé. Alternaba la mirada entre la puerta del bar y ambos lados de la calle. Un infectado se acercó demasiado a las llamas y su pantalón comenzó a arder, en pocos segundos el fuego no los detendría. ¿Por qué tardaban tanto? Bajé del coche y entré de nuevo en el bar.

—¿Qué cojones pasa? ¿Por qué tardáis...? —me detuve a mitad de la frase.

—Julián tenía preparado el equipaje. ¿Nos ayudas? —dijo Eva un poco molesta. Mientras acarreaba unas bolsas.

Miré fuera y distinguí a un infectado atravesar el fuego, detrás pasó otro. Sus ropas se incendiaron pero ellos continuaron ajenos a ello. Se estaban poniendo muy nerviosos.

—¡Están pasando. Cargad vosotros, yo los detendré! —abrí el portón trasero, cogí la Bastarda y solté la escopeta en el asiento.

Los infectados que avanzaban eran dos ancianos, una mujer y un hombre, delgados como palillos aunque igualmente letales. Envueltos en llamas eran una visión espeluznante. El primer golpe se lo di al anciano, de izquierda a derecha y de abajo a arriba. La espada entró por la axila derecha y salió salpicando sangre por su hombro izquierdo. A ella la decapité sin más.

—Listos —oí a mi espalda.

Me dirigí al coche. Eva estaba al volante. Julián aún no había entrado del todo, me observaba perplejo con medio cuerpo fuera. Crucé una mirada fugaz con él y entramos casi al tiempo.

—Conduzco yo. Poneos los cinturones. Próximo destino el hospital —concluyó. Aceleró con determinación y la cabeza girada hacia atrás.

El coche atravesó unas llamas a punto de apagarse y empujó violentamente al grupo de infectados del otro lado, el portón trasero crujió. Había muchos. Escuché patinar las ruedas perdiendo tracción, el coche botó al aplastar algunos cuerpos. Por un momento pensé que no lo conseguiríamos. Salimos de culo a la calle más ancha, Eva enderezó el coche y respiramos un poco.

—¡Guauu, menuda salida! —escuché decir a Julián.

Eva conducía mejor que yo sin duda. Se hizo al coche al instante. Aceleraba cuando podía y frenaba *in extremis*. Si no veía sitio para pasar entre los infectados, entraba ladeada para golpearles con la trasera y así proteger el motor. En pocos minutos dejamos las calles, circulamos por una zona despejada de edificios y llegamos a un solar. Una masa oscura se recortó contra el cielo estrellado, habíamos llegado al hospital. Paró el coche junto a un muro y me miró.

—Al entrar al bar estabas muy tranquilo —me dijo.

Supe por dónde iba aunque esperé que completara con una pregunta.

—¿Se puede saber por qué? —lo hizo.

—Olí a humo de tabaco.

—¿Y?

—Los muertos no fuman.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Bueno, los infectados no estoy seguro.

—¡Cabronazo! —espetó Eva y me golpeó el hombro con un manotazo delicioso.

Julián soltó una corta carcajada.

—Saltamos más o menos aquí, ¿no? —dijo Eva dirigiéndose a él.

—Más o menos.

—¿Qué tal la pierna y el hombro?

—Estoy como una rosa.

—Perfecto, entonces todos fuera —concluyó Eva.

Figuras tambaleantes se dirigían hacia nosotros a cierta distancia, eran pocos. Eva salió por el techo y desde allí se subió al muro.

—Me equivoqué en dos metros —dijo desde arriba y me guió con la mano para que adelantara un poco el coche.

Estuvo unos segundos mirando, finalmente se puso en cuclillas, levantó el pulgar y nos indicó que subiéramos. Yo salí por la puerta. Me coloqué bien la espada y le quité la escopeta de las manos a Julián.

—Vale, vale —dijo levantando las manos.

Los tres estábamos sobre el muro. Abajo había un contenedor. Eva miraba en todas direcciones pero no terminaba de bajar.

—Aquí pasa algo raro —sacó la pistola y saltó sobre el contenedor—. Tened los ojos bien abiertos, vamos.

Recorrimos el *parking* con sigilo, con las armas dispuestas. No lo recordaba así, las personas dotan a los sitios de personalidad y allí no había nadie, ni muerta ni viva. Eva se paró y habló bajito dirigiéndose más a Julián que a mí.

—Hay algo que no me cuadra. Esos militares hicieron una carnicería aquí mismo, yo lo vi, y ahora solo quedan restos de sangre y poco más.

—Es raro, sí —musitó Julián.

—Además está el tema de los vehículos militares. Recuerdo perfectamente cuántos eran y aquí siguen todos: el blindado, el camión y los dos 4x4.

—Es probable que los militares sigan dentro y hayan limpiado esto para evitar la peste de los cuerpos en descomposición —dije, algo que con toda seguridad ellos pensaban ya.

Durante unos instantes no supimos qué hacer. Permanecimos quietos, mirándonos, esperando la decisión del más templado.

—¿Qué cojones le ha pasado a mi moto? —fue Eva la que habló, pero no por temple, sino por indignación.

Corrió hasta quedar junto a una moto negra y cromada con la rueda trasera reventada y un agujero en el depósito del tamaño de un pomelo. Golpeó el sillín y resolvió.

—Bueno, podemos volver por donde hemos venido o aprovechar y llevarnos esa maravilla de blindado lleno de medicamentos y material quirúrgico.

Yo llevaba pensando en la pesadilla que sería el viaje en coche hasta Manzanares el Real desde que salimos de casa, y la propuesta de Eva me sonó a música celestial. Julián también estuvo de acuerdo. Lo primero que hicimos fue entrar en el blindado.

Eva abrió la escotilla superior y enfocó el interior con la linterna en una mano y la pistola en la otra, «vacío», dijo y bajó, nosotros la seguimos. Me sorprendió lo austero y espacioso del interior, olía a metal y gasoil. Vimos las caras nauseabundas de los infectados a través de las troneras laterales. En la parte delantera estaba el puesto del conductor y del tirador y en la trasera tenía asientos espartanos para ocho soldados más.

—Mirad a ver qué encontráis, yo voy a intentar arrancar el BMR —nos indicó Eva y comenzó a pulsar botones en la cabina. Era acojonante pensar que sabía conducir un monstruo de esos.

Y sí que encontramos cosas: cuatro latas de combustible de veinticinco litros, una caja con raciones militares, dos metralletas, munición, una caja de granadas, una baraja y una botella de ron debajo de un petate con ropa militar. El rugido bronco del potente motor diésel nos sorprendió.

—Funciona, ¡genial! —gritó Eva. Dio unos cuantos acelerones y volvió a apagar el motor—. No llamemos más la atención. ¿Y bien, qué habéis encontrado vosotros?

Me quitó la metralleta de las manos antes de que pudiera decir nada. Evolucionó sobre el arma como un fanático haría con el cubo de Rubik.

—¡Vaya, un subfusil HK G36! Ya os enseñaré a manejarlo, de momento pásame un par de cargadores, tenemos cosas que hacer y rápido —concluyó y continuó dando órdenes—. Julián y yo iremos a la farmacia a coger todo lo que podamos, pasaremos de la comida y del agua, este sitio no es seguro y cuanto antes salgamos pitando, mejor. Os digo lo que yo pienso. Creo que al menos un militar está vivo, escondido en algún lugar del hospital, y lo más probable sea que nos haya oído llegar. Posiblemente siga aquí porque no sabe conducir el blindado, no es fácil, chicos —puso la voz en falsete. Nos tenía con la boca abierta—. Sea quien sea quiero que recordéis lo que hizo, que lleva casi un mes solo y que si hubiera sido legal nos habría salido a recibir —como no decíamos nada concluyó ella—. Quiero decir que es peligroso.

Nada que decir. Julián y yo asentimos y reconocimos su mando al unísono, ahora esperábamos órdenes.

—Carlos, tú te quedarás aquí dentro, desde la torreta ves todo el hospital y nos podrás cubrir cuando volvamos cargados. Julián, ¿sabes disparar?

—Afirmativo, cazaba patos con mi tío.

—Toma —me quitó la escopeta de las manos y se la dio—. Y pásale la canana.

—Vaya, al final va a ser para mí —dijo con cachondeo dirigiéndome una mirada burlona.

Como me quedé con cara de pasmo, Eva me hizo salir a la torreta y me colocó frente a la ametralladora gigante.

—Esta es una Browning M2 calibre .50. Está cargada, solo tienes que tirar de aquí y comenzar a disparar, pero ojo, los agujeros de mi moto los hizo ella —asentí con la misma cara que pone un niño el primer día que monta en bicicleta sin

«ruedines».

Cientos de infectados se agolpaban al costado del blindado, eran demasiado torpes para trepar pero no quisimos tentar a la suerte y volvimos dentro.

—Además tienes esto —y me entregó la otra metralleta, subfusil lo llamó ella—. Recuerda el manejo de la pistola, esto es parecido, tiras de esta palanca y listo, además tiene mira, es preciso a doscientos metros. Bueno, andando.

No dejaba lugar a réplica, hablaba y actuaba como si lo hubiese hecho toda la vida. ¡Por Dios, era del Cuerpo de Enfermería del Ejército! ¿Cuánto podría haber dado de sí entrenada en cuerpos de élite?

—Una cosa, Julián, y no te ofendas, en cuanto puedas date un agua, apestas —lo dijo Eva, y yo asentí llevándome dos dedos a la nariz.

Salieron, atravesaron el *parking* y entraron en el hospital. En ese momento el frontal de Eva se encendió, así como la linterna de Julián. Pasados unos segundos dejé de verlos. Subido en la torreta, detrás de ese monstruo de metal que disparaba proyectiles del tamaño de plátanos, me sentí inútil. Nunca sería capaz de apretar el gatillo para cubrirlos, demasiado brutal. Aparte estaba el tema de los infectados. Si no me veían se calmaban un poco, pero cuando estaba a la vista era insoportable. Incluso tuve que sacar la Bastarda para partir el cráneo de un infectado que había trepado y amenazaba con alcanzarme. Preferí bajar del blindado con el subfusil y vigilar sentado dentro de un coche del *parking*. Quizá a Eva no le pareciera bien pero, qué cojones, no estaba en la mili. Trasteé con el arma y no me pareció muy complicada: tenía seguro, cargador, gatillo y, lo que más me gustó, mira telescópica. A través del parabrisas del coche observé todo el edificio, busqué un posible enemigo. Me sentí extrañamente poderoso, ahí metido, en la oscuridad del coche, viendo sin ser visto.

Bueno, poderoso y también un poco tenso; quería que terminaran pronto y salir zumbando de ahí. Necesitaba unas horas de relax sin estar en estado de alerta permanente. Tenía los nervios desechos y el estómago vacío. Lo tenía decidido, en cuanto saliéramos de Madrid, en el primer lugar despejado que encontráramos, haríamos una parada para cenar y poder tomar tranquilos unas cervezas.

La espada me incomodaba y sentí claustrofobia. A los diez minutos salí del coche. Agachado, rectando entre los coches, jugué a los comandos. Me di cuenta de algo que había pasado por alto la profesional de Eva: asegurar el perímetro. Entre las sombras, moviéndome como un cazador nocturno, llegué hasta el edificio y, pegado a él, lo fui bordeando. Al llegar a la parte trasera se me cayó el alma a los pies. Encendí la linterna para confirmar mis sospechas. La luz iluminó una pila de más de dos metros de altura conteniendo cientos de cuerpos calcinados. Una matanza en toda regla. Recordé la pregunta de Eva. «¿Cuántos hijos de la gran puta habrán sobrevivido?». Yo le contesté que esperaba que pocos. Hay que joderse.

Pasé junto a la escalera antiincendios que Eva me describió, la que llevaba a la terraza. Estuve tentado de subir y buscar por mi cuenta al cabrón que había ordenado esa masacre, si es que aún seguía allí. Fue un impulso irracional, ¿a dónde iba a ir yo

solo? En lugar de eso me senté en la esquina, con la espalda apoyada contra la pared y me encendí un cigarro. ¡Qué demonios! Aquí no quedaba nadie. Esto estaba vacío del todo. Eso es lo que pensé y comencé a tararear una canción de Radio Futura.

21. A LA ORDEN

El teniente Aconda quedó en conectar a las nueve con el cabo Ortega y, desde las ocho, sentado en el sillón del antiguo director del hospital, contemplaba la radio con los pies sobre la mesa. De súbito saltó sobre el sillón, aguzó el oído y confirmó sus sospechas al abrir la ventana, eran disparos. Sonaban lejanos pero no había ninguna duda. Primero pensó en el cabo y sus hombres pero enseguida lo descartó, ese inútil no se limpiaría el culo sin que antes alguien le diera la orden y él aún no había confirmado la recogida.

Tomó los prismáticos y subió corriendo hasta la azotea. Demasiado oscuro, no veía nada. Los disparos cesaron y durante unos minutos tan solo escuchó su respiración alterada. Gente armada, pensó, en España pueden ser militares, policías o cazadores. Dudó en realizar algunos disparos al aire, al final no los hizo. No se fiaba. Él tenía asegurada la recogida y quizá era complicarse la vida. Allá se la compusieran ellos. Se disponía a bajar de nuevo cuando el sonido de un motor aproximándose lo detuvo en seco. Esperó hasta que vio un vehículo en dirección al hospital por el lado derecho, atravesando la zona descampada. Desapareció de su vista cuando llegó al muro. El motor se apagó. Con los prismáticos no distinguió el modelo bien, pero desde luego no era un vehículo militar y mucho menos un blindado.

No tardó en aparecer una figura sobre el muro. Estuvo unos segundos observando y luego se agachó. Era una chica, sin duda. Tras ella aparecieron dos personas más, dos hombres. El teniente observaba y en su mente se fue formando un presentimiento. Las tres figuras saltaron del muro al contenedor que estaba pegado al muro y de él al suelo, luego se dirigieron al *parking*.

El teniente retiró los prismáticos de los ojos y se restregó la cara con la mano. ¡Eran ellos! ¿Quién si no podría saber el lugar exacto donde estaba el contenedor salvo aquellos que lo pusieron allí para escapar hacía semanas? Muy alterado recorrió la terraza como un entrenador de fútbol viendo perder a su equipo cinco a cero. ¿Para qué habrían vuelto? Decidió que eso daba igual, esos cabrones estaban ahí y eso era lo importante, ahora podría ocuparse de ellos y no dejar flecos sueltos. Al asomarse otra vez los vio correr hacia el BMR y entrar en él a través de la escotilla superior. Mierda, se recriminó, parecían ir armados y además olvidó sacar las armas del blindado. Acabar con ellos no sería tan fácil. Apretó los dientes hasta casi romperlos, las sienes le iban a estallar y para colmo oyó el motor del blindado arrancar, ¡eso era, vienen a robar propiedad militar! El asunto era doblemente grave: por una parte estaba el robo del vehículo, por otra, cuando ese blindado se moviera de la puerta nada impediría a los cientos de infectados acceder al recinto del hospital. El motor se apagó y vio salir a dos del blindado, enfocó con los prismáticos, eran el chico y la chica, el tipo más mayor se quedó junto a la ametralladora en la torreta del BMR. Se

sintió impotente y bajó corriendo dispuesto a conectar con el cuartel, aún no eran las nueve pero el asunto se había complicado y no podía esperar más.

—Teniente Aconda a cuartel general, respondan. Cuartel general respondan, es una emergencia —su voz delataba nerviosismo y el tic nervioso de su ojo, una patología. No contestó nadie.

El teniente lo siguió intentando hasta que, justo cuando daban las nueve en el reloj, una voz con acento meloso le contestó.

—El cabo Ortega al habla.

—Cabo, necesito que vengan a buscarme de inmediato. A mí y a mis hombres. Es una emergencia.

—Señor... creo que eso no va a ser posible.

—Es una orden directa, cabo —gritó el teniente. Las sienas le estallaban.

—Lo siento, señor, pero el motor del Pizarro aún no está operativo. Vamos a necesitar un poco más de tiempo. No quedan mecánicos, hacemos lo que podemos.

—¡Vengan con lo que tengan, un Uro o un par de Aníbal, pero vengan ya!

Hubo un silencio. El teniente apretaba el micrófono como si fuese a exprimirlo.

—Lo siento, señor, pero no sería seguro. No puedo poner en peligro a mis hombres ni a los suyos. Tendrá que esperar. Dentro de dos días a la misma hora podrá contactar de nuevo, espero tener solucionado el transporte entonces. Corto, nos queda poca batería.

—¡Cabo, cabo, escuche, es una orden, vengan de inmediato, cabo... esto le va a costar un consejo de guerra! —gritó pero ya no le escuchaba nadie.

Tembló de rabia y golpeó la mesa con la culata de la pistola, una marca profunda se dibujó en la madera de cerezo envejecido. No vendrían nunca. En un principio pensó que solo ponían excusas para ganar tiempo y ordenar un cuartel que probablemente habían tomado por su casa, ahora veía claro que fue una manera de engañarle sin comprometerse del todo, cubriéndose con una razón de peso ante posibles investigaciones.

Eso pensó el teniente y tenía razón. El cabo Ortega jamás tuvo la más mínima intención de salir de la seguridad del cuartel para ir a buscar a un puto teniente que le pondría a limpiar letrinas a la primera de cambio. Nunca se creyó que el teniente estuviera con diez soldados y sin transporte, eso era imposible. Ese teniente está más solo que la una, y así iba a continuar, pensó. Pero existía una probabilidad entre un millón de que las cosas se solucionaran, la situación volviera a ser la de antes y le pidieran responsabilidades. Por esa remota posibilidad ordenó a los dos soldados que estaban con él inutilizar los vehículos, pero no irreversiblemente, claro, para cubrirse las espaldas. Lo más probable sería que el jodido teniente muriera tarde o temprano de hambre o de sed, o de soledad, o devorado por los engendros aquellos. Mientras eso pasaba, continuaría dándole largas y si se ponía muy pesado averiaría la radio y punto.

Le había emplazado para dentro de dos días. Lo de la batería de la radio se le

ocurrió en el último momento y estuvo muy bien. ¡Ahí se pudra ese huevón!, musitó con el puro entre los dientes.

El teniente se levantó, enfundó su pistola y cogió el subfusil que tenía sobre la mesa, comprobó el cargador y se guardó otro en el bolsillo de su tres cuartos. Había cambio de planes. Utilizaría a esos desgraciados para que lo sacaran de ahí.

Lo primero sería localizarlos sin que ellos le vieran, desarmarlos y enterarse de quién era el que sabía conducir el BMR, los otros serían prescindibles. Salió del despacho, situado en el último piso, y recorrió toda la planta, atento a cualquier ruido. No estaban allí, bajó a la segunda. ¿Qué podrían venir a buscar? ¿Comida, agua, o...? De pronto lo tuvo claro, venían a por drogas. Sin duda estarían en la farmacia del hospital. Estaba en la planta baja, junto a los ascensores, lo sabía perfectamente, fue lo primero que visitó cuando se quedó solo y necesitó sus ansiolíticos para conciliar el sueño. Aún así bajó con reservas, escuchando atentamente en cada planta. Iba a oscuras para no delatar su posición. Sería pan comido, pensaba, aunque iban armados nunca podrían compararse con un oficial español entrenado para el combate. Notó cristales clavándose en sus sienes y tuvo que pararse para aguantar el dolor metiéndose los nudillos en la boca para no gritar. Se tomó un par de pastillas y respiró hondo.

El dolor pasó y pudo pensar con claridad. Evaluar la situación. Recordó que uno se quedó en el blindado y los otros dos habían entrado. Los objetivos más vulnerables eran los que estaban dentro del hospital; no le esperaban, tenía a su favor el factor sorpresa. Los encañonaría y los desarmaría, luego obligaría a salir al otro. De una manera indirecta se enteraría de quién era el conductor, pensó. Casi con toda seguridad que el que estaba en el BMR fuese su hombre, no encajaba que unos simples enfermeros supieran manejar el blindado, pero no podía arriesgarse.

Llegó a la planta baja, la oscuridad era casi absoluta. Había recorrido ese hospital tantas veces que se lo conocía de memoria. Unas luces en movimiento delataron a los intrusos, se escondió tras una esquina y los vio salir, cargaban unas bolsas enormes. Pasaron cerca de él sin percatarse de su presencia y en la puerta soltaron las bolsas, él llevaba el arma colgada del hombro y ella las pistolas enfundadas. Recordaba sus nombres perfectamente, no tuvo que sacar las fichas que guardaba en el bolsillo superior del tres cuartos.

Salió de las sombras y se colocó detrás de ellos, un poco a la izquierda, fuera de la línea de tiro del blindado. La chica miró a la derecha, parecía que algo le llamaba la atención. Era el momento de actuar.

—Julián y Eva, quedaos donde estáis. Y no hagáis tonterías, os estoy apuntando —la voz salió como una lija cepillando una puerta.

Eva se giró sobresaltada, la luz de su frontal iluminó a un hombre vestido de uniforme que los apuntaba con un arma. Julián no supo dónde mirar y se quedó inmóvil, con la linterna alumbrando al suelo.

—¡Mirad afuera o disparo! —ordenó en un tono tajante.

Obedecieron y se volvieron hacia el *parking*.

—Quiero que llaméis al tipo que está en el blindado, que venga aquí inmediatamente. Sin trucos. Si obedecéis nadie saldrá herido. Por cierto, Julián, ¿dónde te di antes de que saltaras el muro?

Eva tensó los puños de impotencia, estaban en manos de un loco y dependían de Carlos para salir del atolladero.

—Me diste en la punta del capullo y rebotó —contestó Julián zumbón.

—Muy gracioso. Vamos, Eva, llámale ya.

Esos chicos tardaban mucho y me estaba quedando frío. Un pequeño copo de nieve calló en mi mano y se deshizo casi al instante, luego llegó otro y luego otro más. Comenzaba a nevar. Decidí ponerme a cubierto, llevaban más de quince minutos dentro y no sabía cuánto tardarían todavía. ¡Menos mal que Eva dijo que había que darse prisa! Me metí en el asiento trasero de un viejo Opel Corsa que tenía la puerta abierta. Desde allí veía perfectamente la entrada y no me helaría. Iba a cerrar la puerta del coche cuando distinguí unas luces, eran ellos. Cargaban unas bolsas y las soltaron en la puerta. Salí para ayudarles, Eva detectó movimiento y me miró, durante unos segundos quedé iluminado.

Lo que pasó después me dejó más helado de lo que ya estaba. Me encaminaba hacia ellos cuando, con un gesto brusco de la mano, Eva me indicó que me detuviera. Luego observé cómo se giraba bruscamente y, por un instante, la luz de su frontal iluminó a un hombre que los apuntaba con un arma.

Reculé poco a poco y confié en que la oscuridad me absorbiera hasta hacerme desaparecer. Volví al interior del coche y me oculté detrás del asiento delantero. Ahora yo los veía pero ellos a mí no. Estaban paralizados y miraban al *parking*. ¿Qué debía hacer yo ahora?

Bajé la ventanilla manual y agucé el oído. Hablaban pero no distinguía qué decían. De pronto Eva comenzó a gritar abocinando con las manos.

—¡Alfonso, Alfonso, ven a echar una mano con esto!

Mi cabeza iba a mil. Trataba de entender y de actuar: no conseguía ninguno de los objetivos. Los gritos de Eva resonaron en el silencio de la ciudad y fueron respondidos por miles de gargantas nauseabundas.

—¡Alfonso, Alfonso, ven rápido, necesitamos ayuda con esto!

Me eché el subfusil a la cara y observé a través de la mira. A Eva y a Julián los distinguía perfectamente, estarían a unos quince metros, pero al tipo armado no. Lo busqué en el lugar donde lo vi cuando quedó iluminado, pero tan solo distinguí oscuridad. Eva, muy lista, intentaba avisarme de que algo no iba bien al llamarme con otro nombre. No sabía que yo había visto al hombre que los amenazaba.

Tenía que actuar rápido, antes de que sospechara algo raro y pusiera las cosas más difíciles, aprovechar la ventaja de que me creyera en el blindado. Si me veía los

mataría allí mismo o los ocultaría en el interior, de donde no los podría sacar nunca.

Tomé una decisión mientras Eva volvía a repetir una llamada que en realidad era un mensaje de socorro.

—¡Alfonso, rápido, necesitamos ayuda ya!

Saqué el reposacabezas y apoyé el arma en el asiento delantero. Quité el seguro y tiré de la palanca que colocaba una bala en la recámara lista para dispararse. Apunté al centro de la zona oscura donde creía que estaría ese cabrón y confié en que no se hubiera movido, si lo había hecho estábamos listos. El espacio era muy crítico, Eva quedaba a un lado y Julián a otro, tenía que meter la bala por un hueco inferior a un metro y esperar que tocara chicha y, además, apuntando a través de un parabrisas con un mes de mugre acumulada. Tenía la boca seca.

El puntito rojo de la mira temblaba demasiado. Cerré los ojos, los volví a abrir. Respiré hondo, contuve el aliento y no tiré del gatillo, dejé que el ruido me sorprendiera.

El disparo dejó un agujerito en el parabrisas, rozó el brazo derecho de Julián, reventó la mano derecha del teniente y salió por su codo antes de quedar incrustada en la pared.

El teniente Aconda sintió un dolor espantoso y soltó el arma. Gritó como un niño, nunca lo habían herido, jamás había entrado en combate.

La detonación del disparo dentro del coche casi me reventó los tímpanos. Me sorprendió el agujero perfecto que dejó la bala en el cristal y el poco retroceso del arma en comparación con la escopeta. Fue un alivio inmenso ver cómo Eva y Julián corrían para ponerse a cubierto detrás de un coche, parecía que había acertado. Salí con precaución y esperé agazapado. No hubo disparos de respuesta. Eva me distinguió, corrió agachada y se colocó a mi lado.

—¿Tú no tenías que estar en el blindado? —me recriminó sin dejar de mirar la puerta.

—Me aburría.

—¿Cómo has sabido dónde disparar? —me preguntó con una expresión en su rostro que delataba incredulidad.

—Durante un segundo lo iluminó tu frontal.

No contestó. Permaneció con la boca abierta, con la respiración acelerada. La nevada se intensificó y comenzó a acumularse en su negro pelo.

—Está herido —musitó.

—Tenemos que irnos —le urgí.

Ella no contestó, se tomó unos segundos.

—Hay que recoger las bolsas con las medicinas.

—No habrá nada que curar si estamos muertos. Vámonos —le supliqué.

—No, las necesitaremos. Cúbreme —y sin darme tiempo a responder salió corriendo en zig zag, disparando con ambas pistolas hacia el interior del hospital.

Noté rabia en su voz, Eva no quería las medicinas, de pronto entendí aquellas palabras que me dijo en la terraza de casa: ella deseaba empezar a hacer bien las cosas.

Corrí tras ella y, por el rabillo del ojo, observé a Julián hacer lo mismo. Agotamos los cargadores en el interior antes de iluminarlo con las linternas. El *hall* estaba vacío y las paredes acribilladas. En el lugar donde había estado aquel tipo encontramos un arma en el suelo y una mancha de sangre que desaparecía escaleras arriba. Eva enfundó las pistolas y cogió el subfusil caído, comprobó el cargador y se dirigió a las escaleras. Julián la detuvo.

—¿A dónde crees que vas?

—Ese cabrón aún está vivo.

—No vas a subir y buscarlo por todo el hospital. Olvídate, es muy peligroso —sentenció Julián arrebatándole el arma de las manos. Se dolió y en ese momento nos dimos cuenta de la sangre de su brazo. No nos dejó tiempo a hablar—. Siempre me disparan en este puto hospital.

—Lo siento, tío —me disculpé. Eva le palpó suavemente.

—Tu disparo estuvo bien, abuelo, pero no fue perfecto.

—Es solo un rasguño —concluyó Eva y sacó su pistola.

—Eva, déjalo, por favor, no vale la pena —dije cogiéndole la cara para que me mirara a los ojos.

Pareció reflexionar, a la luz de la linterna distinguí claramente cómo se tensaban sus mandíbulas. Eva odiaba a ese tipo de una manera objetiva. Para ella sobraba en este nuevo mundo. Me prometí que nunca le contaría lo que había visto en la parte trasera del hospital.

—Yo me quedo vigilando, vosotros llevad los medicamentos al blindado. Ah, y dejad una granada preparada, tengo una idea —resolví. Julián me hizo un gesto de asentimiento y arrastró a Eva hacia las bolsas.

—Atento a las ventanas y la terraza, no quiero más cicatrices —me instó Julián mientras se alejaba con Eva.

Julián volvió a recoger las dos últimas bolsas sin parar de mirar hacia arriba. Teníamos las linternas apagadas y apenas distinguía su cara. Sacó una cosa del bolsillo y me la dio.

—Toma, es un walkie de los que usan los de emergencias. Se puede recargar en el mechero del coche y tiene un alcance de cinco kilómetros —me explicó rápidamente—. Pulsa aquí para hablar.

—Estupendo. Iré a por el coche. Vosotros abrid camino con el blindado, yo os seguiré.

—Ok —respondió lacónico, parecía impaciente y se tocaba el brazo herido.

—Antes de salir dile a Eva que tire una granada cerca de la puerta del hospital — noté que giraba la cara, no entendía. Se lo aclaré—. El ruido se oirá a kilómetros y atraerá a miles de infectados. Ese hijo de la gran puta lo va a tener jodido para salir de aquí de una pieza.

—Cojonudo, abuelo —dijo por fin y se largó corriendo.

Yo también corrí. Salté el muro y me metí en el coche a través del techo, un par de infectados rondaba el coche, el resto estaría en la puerta, seguro. Aún no tenía la sensación de que todo estuviera controlado. Arranqué el coche y entonces escuché dos disparos y una detonación brutal.

22. BUFFET LIBRE

El teniente Aconda corrió escaleras arriba con el brazo derecho destrozado y sangrando profusamente. No entendía de dónde había salido el disparo ni cómo pudieron verlo, pero la cuestión ya no era esa. Llegó exhausto hasta la tercera planta, entró en la primera habitación que encontró y se escondió en el baño. Hecho un ovillo, en un rincón, temblando de dolor y de miedo, lloró.

Cuando Julián entró en el blindado, Eva ya lo tenía en marcha. Le sorprendió la cantidad ingente de infectados que lo rodeaban y lo empujaban intentando entrar al recinto, algunos comenzaban a trepar cuando lo vieron y tuvo que cerrar rápidamente la compuerta superior. Le contó a Eva la idea que había tenido Carlos y esta sonrió.

—¡Qué cabrón este Carlos, no para de sorprenderme! —dijo para sí misma. Pero Julián la oyó por supuesto.

—Sí, parece un tipo eficaz. Aún no entiendo cómo nos ha sacado de esta.

—Ya te contaré. ¿Tu brazo qué tal?

—Bien.

—Cuando podamos parar te curaré —concluyó Eva y sin esperar más cogió una granada, sacó medio cuerpo por la escotilla superior y la lanzó lo más lejos que pudo.

Antes tuvo que descerrajarles un tiro en plena frente a un par de infectados que pretendían agarrarla. No volvió a entrar hasta que la vio estallar junto a la puerta, reventando cristales y provocando una bola de polvo y cascotes.

—Nos vamos —anunció y se puso a los mandos del blindado.

La tremenda potencia de esa bestia de metal no fue suficiente para abrirse camino de inmediato, necesitó alternar las marchas para lograr salir de esa horda infernal. Adelante y atrás, adelante y atrás, hasta que las seis ruedas motrices desencallaron el vehículo y avanzaron aplastando cuerpos infectados que sonaban como si partieran nueces.

Nada más quitar el BMR de la puerta, una masa descomunal de infectados invadió el recinto en busca de lo que llevaban tanto tiempo deseando, comida. La explosión los había excitado tanto que se empujaban unos a otros enloquecidos. Los primeros que llegaron a la puerta del hospital enseguida olieron la sangre del suelo y se lanzaron a lamerla, luego siguieron su rastro escaleras arriba. Otros buscaron en la cocina y arrasaron con todo. Algunos rebuscaron en el montón de cadáveres calcinados y mordisquearon huesos y restos sin quemar, y todos comieron las cenizas como si fuera caviar.

En cuestión de minutos más de dos mil infectados recorrían el hospital.

El teniente escuchó los disparos y después la explosión. Su mente quiso creer que tal vez fuese el cabo Ortega que había cambiado de opinión y venía en su ayuda. La expresión de su rostro pasó bruscamente de la desesperación a la esperanza. Se puso

de pie y salió del baño, se sintió un poco mareado, estaba perdiendo mucha sangre. Corrió hasta una ventana y se asomó afuera.

Lo que vio derrumbó los endebles puntales donde se apoyaba lo que le quedaba de cordura: El BMR se ponía en marcha y al desbloquear la entrada dejaba pasar a miles de infectados que corrían hacia el hospital. Desesperado deambuló de un lado a otro sin saber qué hacer. Cientos de pisadas y gruñidos se escucharon por las escaleras. Sacó como pudo la pistola con su mano izquierda y subió a la terraza. Cerró la puerta y se apoyó en ella, la cerradura estaba reventada. Utilizó un trozo de cable de antena para asegurarla. Esperó allí de pie, formando un charco de sangre que se fue extendiendo hasta que pasó debajo de la puerta.

Un grupo de unos cien infectados subieron las escaleras siguiendo un rastro de sangre que lamían con glotonería. Pronto estuvieron al otro lado de la puerta y el teniente percibió su presencia antes de que comenzaran a golpearla. No resistiría mucho. Reculó y se dirigió hacia las escaleras de incendios pero abajo se agolpaban demasiados infectados como para poder pasar a través de ellos. Apoyó la espalda en el parapeto de la terraza y vació el cargador contra la puerta. Los agujeros en el metal dejaron pasar más claramente el sonido de la horda. El cable reventó por la presión y la puerta se abrió de golpe. Trastabillando, con los brazos extendidos y las bocas babeando se lanzaron contra el teniente.

No se lo pensó dos veces. Sin mirar se lanzó edificio abajo.

Quizá esperaba matarse, o fue un impulso irracional de escapar de un peligro inminente sin reparar en las consecuencias. El caso es que cayó de pie después de un trayecto de doce metros y sus piernas se troncharon igual que palillos. No reparó en los huesos rotos de sus piernas saliendo de sus pantalones, el dolor había sido tan intenso que casi se desmayó. Se arrastró reptando como una serpiente, ayudado de su brazo izquierdo, buscando meterse debajo de un coche.

Casi lo consiguió. Tenía el cuerpo debajo cuando sintió unas manos que agarraban sus piernas y tiraban de él. Luego escuchó gruñidos y unas mandíbulas cerrándose en su carne, despedazándolo. No pudo gritar, una dentellada certera había arrancado su garganta. Lo último que vio fue un infectado masticando su traquea. Luego solo oscuridad.

23. PÍCNIC

Conducir detrás de esa bestia de seis ruedas motrices y quince toneladas de acero era otra cosa. La nieve había empezado a cuajar en el asfalto y yo seguía las rodaduras del blindado como un grupo de patitos a su madre. Veía a los infectados salir disparados a ambos lados de aquella mole móvil igual que peleles. Los golpes sonaban por encima del ruido del motor y poco a poco me acostumbré al sonido de los huesos al romperse.

Pudimos circular a buen ritmo gracias al ariete y pronto salimos a la carretera. Eva llevaba los planos y yo solo tenía que relajarme y disfrutar del paisaje. Iba a poner música cuando el walkie crepitó.

—¿Todo bien ahí atrás, abuelo? —era Julián, por supuesto.

—Bien, ¿y tu brazo?

—Un par de centímetros y tendría que saludar con la manga —contestó irónico.

Me estaba tocando los cojones con el tema de llamarme abuelo, pero no encontraba el momento oportuno de cortar el tema de raíz.

—Eva, ¿me escuchas? —cambié de tercio. Escuché ruido al trastear.

—Aquí estoy —respondió.

—No se te ocurra frenar en seco, voy pegado a tu culo —dije aportando a mi voz un tono sugerente que no pude contener. Me arrepentí al instante. Esperaba que no lo hubiese notado.

—Umm, ya sentía yo algo. ¡Que corra el aire! —lo notó y la cara se me incendió de vergüenza. Intenté que mis palabras se diluyeran en la noche y cambie de tema de nuevo.

—Tengo las tripas que no dejan de rugirme. Cuando lo creas oportuno paramos a comer algo.

—Ok. Paramos, curo a Julián y luego comemos. Ya te avisaré —sentenció un poco serio. Claro, curar a Julián era lo primero y yo pensando en comer. Me sentí un poco avergonzado.

Puse a Bruce Springsteen y me sumergí en un mar de pensamientos contradictorios. Cuando te preocupa tanto lo que alguien opine de ti solo puede ser por dos razones... la segunda es porque es tu jefe.

Circulamos durante más de media hora a una velocidad constante de sesenta kilómetros hora. De vez en cuando el blindado impactaba contra algún infectado, durante los últimos cinco minutos nada. Diez minutos después sonó el walkie. Era Eva.

—Parece que está despejado por aquí, hace rato que no nos cruzamos con ningún bicho. Atento, en cuando vea un buen lugar, paramos.

—Vale —confirmé sin más.

No tenía ni idea de dónde estábamos, no me había fijado en los carteles. Miraba la trasera del blindado como única referencia. En un momento dado las luces de freno se encendieron y señaló con el intermitente. El lugar que había elegido para detenerse era un área despajada de árboles y vegetación junto a una comarcal cubierta totalmente de nieve.

Comprobamos los alrededores con las linternas y cuando estuvimos seguros de que no había comilones buscamos unas ramas y encendimos una fogata, hacía frío pero en esa zona no nevaba. Después de que Eva desinfectara la herida y vendara el brazo de Julián llegó la hora de llenar la tripa. Sentados sobre unas bolsas de ropa calentamos unas latas de judías que Julián había cogido del bar, y abrimos una botella de vino que nos entró de maravilla. Comimos y bebimos a gañote, riendo y compartiendo experiencias pasadas. Llegaron también los recuerdos amargos y duros y nos pusimos un poco más serios. Eva contó lo de su padre a Julián y luego nuestro encuentro, cómo la había salvado. Oída de su boca la aventura urbana tomó tintes de hazaña y, de no ser por la oscuridad ambarina, mis mofletes colorados hubieran llamado la atención igual que un semáforo en rojo. Expliqué a Julián lo que Eva ya sabía de mi etapa de soledad, lo hice precipitadamente, no me gusta repetirme. Más tarde le tocó el turno a Julián y, con una maestría de narrador innato, convirtió sus dramáticas semanas en aquel bar en una aventura hilarante de supervivencia más propia de un monologuista de teatro que de un hombre al borde de la muerte en soledad.

Yo había permanecido callado, escuchando. De pronto hablé y se hizo el silencio.

—¿Qué habrías hecho de no llegar nosotros? —Julián se tocó el brazo recién vendado y buscó la mirada de Eva.

Tardó en contestar. Imagino que recordó pensamientos que trataba de olvidar. Se borró su sonrisa de la cara. Mi pregunta fue un jarro de agua fría. No sé por qué la hice.

—Eso ya qué más da. Vinisteis, ¿no?, y eso es lo importante ahora —resolvió cerrando en falso.

Eva le apretó la rodilla en señal de solidaridad y se levantó. Cuando volvió traía una cacerola llena de nieve que puso en el fuego, y una pastilla de jabón y ropa mía que le arrojó a Julián.

—Cuando el agua esté caliente vas detrás del coche, tiras la ropa que llevas y te lavas de arriba abajo. Y me importa tres cojones que haga frío, no estoy dispuesta a permanecer junto a un tío que lleva un mes sin lavarse ni un minuto más —sentenció Eva. Julián no rechistó. Yo sonreí por lo bajo y le ofrecí un cigarro para que fumara mientras esperaba a que el agua se calentara.

Julián se había lavado hasta la cabeza cuando se sentó de nuevo al fuego. Tiritaba dentro de mi ropa y tuve que levantarme para buscarle un gorro de lana.

—¿Qué hacemos, vamos hasta el castillo del tirón o descansamos aquí y lo dejamos para mañana? —preguntó Eva mirándonos alternativamente.

—¿A cuánto estamos? —intervine yo.

—Diez o doce kilómetros —informó Eva moviendo la mano.

—Yo aprovecharía que todo parece estar tranquilo y descansaría cuando llegáramos al castillo. Con la visión de sus murallas al alcance de la mano seguro que dormimos mejor —dije tirando la colilla al fuego.

—¿Julián? —apremió Eva.

—Por mi bien —contestó con un castañeteo de dientes incontrolable.

—Bueno, entonces en marcha —concluyó Eva y se levantó—. Te pondré la calefacción a tope, no te preocupes —apuntilló finalmente zarandeando la cabeza de Julián como se haría con un niño travieso.

Con el estómago lleno la cosa cambiaba. Estaba de buen humor y canturreaba en la soledad del coche las canciones de *The Police* como si de verdad supiera inglés. Conducía con cuidado. La nieve en aquella zona alcanzaba más de treinta centímetros y, a pesar de seguir las rodaduras del blindado y de tener tracción total, notaba en ocasiones la pérdida de adherencia. No habíamos recorrido ni dos kilómetros cuando el walkie se encendió, era Eva.

—¿Lo has visto? —me preguntó con urgencia.

—¿Qué tenía que ver?

—La caravana aparcada a nuestra derecha y el muñeco de nieve —respondió.

—No me he fijado —iba tan pendiente de la trasera del blindado y de no patinar que no veía más allá.

—Voy a parar —concluyó.

Se abrió el portón trasero y salió Eva acompañada de Julián. Sus linternas me dañaron los ojos. No apagó el motor. Yo también lo dejé en marcha y salí, me coloqué la chaqueta, la Bastarda y cogí el subfusil.

—¿Qué tiene de espacial la caravana? Nos hemos cruzado con cientos de coches abandonados desde que salimos —me dirigí a Eva. Julián se abrazaba a la escopeta, no había entrado en calor aún.

—El muñeco de nieve. Ha nevado recientemente, quien lo haya hecho es muy probable que siga con vida —contestó sin detenerse.

Andamos unos cincuenta metros hasta que las linternas descubrieron la caravana aparcada fuera de la carretera. La rodeamos con sigilo y entonces vi el muñeco. Eva le quitó la nariz y descubrió un plátano dentro de un calcetín, me lo mostró sin decir nada. Entendí. Julián se mantenía a cierta distancia, con la escopeta preparada, vigilando en todas direcciones.

—Miremos dentro —musitó Eva.

La luz de la linterna no consiguió atravesar las cortinas. El interior se mantenía oculto, y la cabina de conducción estaba vacía.

—Bueno, lo educado sería llamar —resolví. Eva sonrió y aporreó la puerta. ¡Toc, toc!, dos golpes secos. Nada.

—Espera —urgí, y me acerqué.

—¿Hay alguien en casa? —pregunté en voz alta. Eva me miró como si estuviera loco. Nada. Accioné el tirador pero estaba cerrado. Tampoco pude abrir las puertas de la cabina. Vivo o muerto había alguien dentro.

—¿Qué hacemos ahora, reventamos la puerta? —intervino Julián sin dejar de apuntar en dirección a la caravana, controlando cada ventana. Había dejado de temblar.

—Voy a buscar herramientas. Lo que está claro es que no hay comilones dentro, si no oiríamos sus gruñidos —resolví.

Me disponía a volver al coche para hacerme con un destornillador y un martillo para forzar la cerradura cuando escuchamos trastear dentro. La puerta comenzó a abrirse. Los tres nos tensamos, dimos un paso atrás y apuntamos las linternas y las armas al mismo lugar.

Una diminuta figura apareció bajo una luz intensa que le hizo cerrar los ojos. Llevaba el pelo rubio revuelto como una muñeca vieja, y una manta de cuadros sobre los hombros. Bajo la capa de mugre de su cara había una niña.

—Hola, soy Luna. ¿Habéis venido a buscarme? —preguntó con una vocecilla aún instalada en el sueño.

Durante unos segundos nadie habló. Nos habíamos quedado de piedra. Bajamos las armas y desviamos un poco la luz para dejar de herir sus ojos. Eva se acercó tímidamente metiendo la pistola en la cartuchera y mostrando sus manos desnudas.

—Claro, pequeña. ¿Estás sola? —le preguntó finalmente.

—Sí. Mis papás han muerto.

—Yo soy Eva. ¿Quieres venir con nosotros? —continuó mientras se acercaba.

Estaba a punto de cogerla cuando la niña abrió la manta y encañonó a Eva con un revólver plateado que, en su mano, parecía un cañón. Julián levantó la escopeta y yo el subfusil en un acto reflejo. Eva no se movió un ápice.

—¡Bajad las armas! —nos ordenó Eva sin volverse.

No la hicimos caso. Era una niña, estaba claro, pero la soledad, el hambre, la sed, el miedo... eran motivos suficientes para que su mente se hubiera quebrado y la locura fuera ahora la dueña de sus actos. No es necesaria mucha fuerza para apretar un gatillo y a esa distancia no fallaría. Tal vez fuese exagerado decir, después de todo lo que habíamos pasado juntos, que temí por la vida de Eva más que en ningún otro momento anterior. Julián debería de estar pensando algo parecido porque apreció, por el rabillo del ojo, cómo se llevaba lentamente el arma a la cara para apuntar con precisión. Esa niña estaba a punto de saltar en pedazos.

—¿Sois buenos o malos? —preguntó dirigiéndose a Eva sin dejar de apuntar.

Eva no contestó inmediatamente, nos miró primero a Julián y después a mí y con voz serena contestó.

—Los mejores que podrías encontrar jamás.

La niña tardó en reaccionar, luego se metió el revólver en el bolsillo del pijama dejando la culata al aire.

—Bien, entonces recojo mis cosas y me voy con vosotros —sentenció finalmente y desapareció en el interior de la caravana.

Eva se volvió hacia nosotros sonriendo, dando palmadas y pequeños saltitos. Nosotros, como dos pasmados, seguíamos apuntando a la puerta ahora vacía.

—¡Genial, genial!... Bajad las armas de una vez, joder.

Julián y yo soltamos el aire al mismo tiempo.

CUARTA PARTE

24. EL SOL SOLO SALE PARA LOS JUSTOS

Luna quiso viajar con Eva en el blindado. Sacó de la caravana una bolsa con ropa, otra con la comida y la bebida que le quedaban y se colgó una mochila verde a la espalda. No dijo nada mientras lo hacía. Luego lo cargó todo en el BMR y se metió dentro. Eva sabría tratarla, sin duda.

Julián montó en el coche conmigo. A regañadientes obedeció a Eva cuando le sacó de su lado. Eran las doce de la noche cuando nos pusimos en marcha con una nueva compañera de viaje.

Los primeros kilómetros solo hubo silencio dentro del coche. Ninguno de los dos se decidía a hablar. Era un mutismo intencionado. Comenzaba a darle vueltas a las cosas que habían pasado esa noche cuando la radió sonó. Era Eva, claro.

—Chicos, ¿todo bien ahí atrás?

—Un poco aburrido —se precipitó a contestar Julián.

—Vaya —suspiró Eva—. Pues tengo una persona aquí conmigo que quiere decirnos algo —«Aprieta aquí para hablar», se oyó decir a Eva. Luego un ruido de trasteo y finalmente una dulce voz de niña.

—Soy Luna, quería daros las gracias y disculparme por el susto que os di con la pistola.

Esta vez fui yo quien respondió, le quité el micrófono de la mano a Julián y hablé.

—No te preocupes, preciosa, ya se nos ha pasado, ¿qué tal vas ahí delante con Eva?

—De maravilla, es muy simpática y me está contando un montón de cosas de vuestras aventuras. Yo también le he contado un poco de las mías, pero son mucho más tristes y prefiero oírla a ella.

—Vaya, qué le estará contando Eva —musitó Julián mientras yo tapaba el micrófono con la mano para que no se oyera.

—Estupendo, me alegro que lo estés pasando bien. Pregúntale si queda mucho para llegar —continuó.

Hubo un momento de silencio y volvió a hablar.

—Dice que un ratito, que ya os avisará cuando estemos cerca —contestó Luna—. Corto y cambio —terminó diciendo.

Volvió el silencio dentro del coche. Yo miraba a un lado y a otro por si nos encontrábamos con otro coche abandonado, pero de momento no había visto ninguno. Iba a poner música cuando Julián habló.

—Eva es increíble, ¿no te parece? —no contesté y él continuó—. Se ha hecho con la niña en quince minutos. Es una de esas mujeres que se cruzan en tu camino una vez en la vida —seguí sin hablar.

Julián quería decirme algo y yo estaba dispuesto a escuchar.

—Un veinte por ciento ángel y un ochenta por ciento demonio. Miras a esos ojos verdes, profundos e intensos y te quedas sin respiración. ¡Y ese cuerpazo...! ¿Y la has visto con el arma en la mano, y conduciendo ese monstruo? Es la cosa más *sexy* que he visto jamás. Sin hablar de su valor y su integridad como persona. Volvió a buscarme. Arriesgó su vida por una promesa. De lo que ya no queda, tío.

—Yo fui con ella, recuerda —intervine con voz neutra.

—Sí, tío, y te lo agradezco en el alma. Pero estoy seguro de que ella hubiera venido sola.

—Creo que sí —tuve que darle la razón.

—Voy a ir a por ella a saco. Te lo digo de corazón. Creo que tengo bastantes probabilidades y pienso jugar mis cartas lo mejor que pueda. Además le salvé la vida un par de veces y estoy seguro de que alguien como ella eso lo valorará mucho.

Estaba claro que Julián había querido decirme eso desde el principio y al final lo había hecho. Era un buen chico, valiente e íntegro. El mejor compañero para compartir un Apocalipsis, sin duda, y también un joven apasionado. Como yo permanecía callado, él continuó.

—¿Tú crees que volvimos al hospital a buscar medicamentos y material quirúrgico nada más?

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendido.

—¿No viste su cara al ver la moto destrozada? Es verdad que las medicinas serán un seguro de vida, pero lo que de verdad buscaba era recuperar su Harley Davidson.

—¿Eso crees? —no había caído en eso.

—Claro —prosiguió—. Te imaginas recorrer con Eva la Ruta 66 a lomos de una Harley... ¡Guauuuu! ¡Brrrum, brrrum! —simuló el motor bronco de esas motos.

No dije nada tampoco en ese momento. Los años nos vuelven prudentes. Ese es el motivo de que el mejor soldado de vanguardia sea joven. Intenté poner música de nuevo para evitar continuar esa conversación pero Julián aún no había terminado.

—¿A ti qué te parece Eva? —me realizó, distraído, la pregunta que un hombre cobarde nunca habría hecho a su posible rival.

Reflexioné con la velocidad del rayo, intentando confeccionar la respuesta perfecta, esa que me dejara al margen de una liza entre machos alfa en la que no creía en absoluto.

Sentí que me enamoraba de Eva casi antes de conocerla, cuando solo era unos destellos de luz intermitentes. Luego, al materializarse, al tenerla frente a frente, no tuve ninguna duda. No podía estar más de acuerdo con lo que había dicho de ella Julián. Con la pasión de la juventud realizó un retrato perfecto. Eva era la persona que había esperado toda mi vida, aunque llegaba tarde, veinte años tarde. Yo me conservo bien para mi edad, pero no soy tonto. Una generación nos separaba. Además, en ningún momento aprecié en ella gesto alguno que delatara una atracción o interés especial por mí, y en detectar eso soy un experto. Estaba resignado a verla pasar por mi vida sin quedarse, a disfrutar de su compañía todo lo que pudiera, a

sobrevivir en este maremágnun de desastres a su lado y nada más.

Julián era la mejor elección. Joven, guapo, ocurrente, divertido... Y lo más importante, arriesgaría su vida por ella sin dudarlo, ya lo había hecho. Por eso, cuando me preguntó, medí mucho las palabras para dejar claro que yo me retiraba de la partida antes de comenzarla.

—Un poco mandona. Hace años salí con una chica parecida y a la semana no pude soportarla más. Buena chica, sí, y todo lo que tú quieras, pero, uff... —esperaba que mi interpretación hubiera sido creíble.

—¿Mandona? ¡Hay que ver con lo que os quedáis los abuelos! —parece que fui convincente, Julián se lo tragó.

Puse música al fin y durante algunos kilómetros digerí el sapo que me había comido. Estaba hecho y punto. No sería el primer hombre que sufriera por amor ni el último. De pronto recordé algo que llevaba retrasando ya mucho tiempo y bajé el volumen al mínimo.

—Una cosa, pimpollo, la próxima vez que me llames abuelo voy a coger esa espada que tienes detrás de ti, la misma con la que me has visto partir comilones por la mitad como si fuesen pepinos, y te voy a cortar las pelotas de un tajo. ¿Entendido? —lo dije con voz muy suave, al estilo de «El Padrino». Tardó unos segundos en contestar.

—Claro, tío, no hay problema.

Volví a subir el volumen y Julián aguantó, sin rechistar, *Los Grandes Éxitos de Frank Sinatra*. Incluso tarareó *Strangers in The Night* acompañándola con golpecitos en el salpicadero. Él era un joven ilusionado y yo un maduro resignado, las cosas estaban en su sitio.

La radió crepitó.

—Chicos, os habla la copiloto Luna, estad atentos, en breves momentos vamos a parar, estamos a punto de llegar al castillo, ¡yuuupiii! Esperamos que el viaje haya sido de su agrado. Corto y cambio.

Era otra la voz de esa niña. Qué historia de dolor y supervivencia tan atroz habría detrás de ella y, sin embargo, unos minutos con Eva bastaron para devolverla al lugar de donde nunca debió salir, la insolente niñez.

Algunos metros más adelante se encendió el intermitente del blindado y el walkie volvió a sonar, esta vez era Eva.

—Vamos a parar en el aparcamiento que hay junto a la carretera. No veo de momento movimiento de bichos pero cuando detengamos los motores y apaguemos las luces estad atentos, si la situación se pone fea salimos zumbando. ¿Recibido? Corto y cambio.

—Recibido, te seguimos —respondí.

Aparcamos los vehículos uno al lado del otro. Apagué el motor y las luces, y bajé las ventanillas para escuchar atentamente. Aguzamos los oídos, no movimos un músculo a la espera de escuchar pasos, arrastrar de pies infectos, gruñidos o lamentos

guturales salidos de gargantas atrofiadas. Esperamos cinco minutos, diez, quince. Una luz desde lo alto del blindado se encendió. Era un foco potente, tipo los que usaban los patrulla de la policía para revisar zonas oscuras. Barrió los alrededores describiendo un círculo, luego se apagó.

—No veo nada, chicos, ¿vosotros? Corto y cambio —era Eva de nuevo.

—Nada tampoco. Corto y cambio —contestó Julián.

—Bien, vamos a salir, pero armas a punto y mil ojos, ¿OK? Corto y cambio.

Lo primero que hice al salir del coche fue ponerme la chaqueta de abrigo sobre la cota de malla y la espada a la espalda. También agarré la linterna, el subfusil y dos cargadores, que metí en los bolsillos laterales de los pantalones. Julián salió antes que yo, con la escopeta en la mano, y se dirigió sin esperarme al blindado.

Una suave brisa traía a tierra el olor indefinido del embalse de Santillana. La luz de la luna rielaba sobre la superficie del agua. La sensación fue relajante, algo que no podía permitirme. El portón trasero del blindado tardó un poco más en abrirse, cuando lo hizo salió Eva con unas toallas seguida de Luna, que llevaba una bolsa de mano.

—Vamos a dar un baño a esta princesita, vosotros vigilad. No tardaremos —fue lo único que dijo Eva. Seguida de Luna se dirigieron al pantano que quedaba a unos cincuenta o sesenta metros.

—Tiene el olfato muy fino —comentó resignado Julián.

Parecía raro que no hubiera comilones a la vista. El pueblo de Manzanares estaba al lado y vivían permanentemente más de siete mil almas, ¿dónde estaban todos? La gente de Madrid salió corriendo huyendo de la ciudad, pero los habitantes de los pueblos, ¿a dónde irían, se tirarían al monte?

—La idea del castillo es cojonuda, ¿a quién se le ocurrió? —Julián me sacó de mis pensamientos.

—A Eva.

—Claro, por supuesto.

La vista se me fue al castillo. Lo imaginé quinientos años atrás. Intenté meterme en la piel del Duque del Infantado cuando lo vio terminado y contempló estas imponentes murallas recortadas sobre el cielo. Seguro que se estremeció igual que lo hago yo ahora, al ver esas torres bajo un firmamento cuajado de estrellas y una bóveda celeste cruzada por una pálida Vía Láctea. Iluminado con antorchas, en todo su esplendor, debió ser una visión hermosa y mágica.

En ese momento sería una locura intentar entrar, demasiado grande y repleto de oscuros pasillos, un dédalo de recovecos peligrosos. Lo comunicaría al grupo en cuanto volviera Eva con la niña, el asalto al castillo convendría hacerlo a la luz del día. Los infectados estarían activos pero al menos no nos saldrían de detrás de un tapiz para arrancarnos la garganta sin que los viéramos venir. Confiaba en mi asertividad para convencerlos.

Unas luces moviéndose en nuestra dirección. Volvían las chicas.

—Dormimos un poco dentro del BMR y al amanecer entramos al castillo. A oscuras sería muy peligroso. Carlos, trae unas mantas del coche, estamos a cero grados aquí —concluyó Eva. Y desapareció, seguida de Luna, por el portón trasero del blindado.

—Estupendo, un cigarrito y a dormir un rato —dijo Julián sin dirigirse a nadie en concreto.

No dije nada. Me acerqué un rato al embalse y me empapé de los sonidos sutiles de la naturaleza en ausencia del hombre. Cuando estuve un poco más calmado volví escuchando el crujir de mis botas sobre la nieve. Julián continuaba fumando, supuse que su segundo o tercer cigarro. Cogí las mantas y fui directo al blindado. Luna estaba en la cabina de conducción, leía con un frontal puesto. Eva esperaba sentada en los bancos de la zona de carga. Dejé las mantas en el suelo y miré en dirección a Luna.

—Dice que no le apetece dormir, va a leer tu guía del castillo —dijo Eva adivinando mi pregunta.

—Eva, una cosa. Somos un equipo, estaría bien escuchar las opiniones de todos —no veía sus ojos pero distinguí perfectamente la intensidad de su mirada.

No contestó inmediatamente, luego disparó.

—¿No estás de acuerdo en que es mejor entrar al castillo de día?

—Absolutamente.

—¿Entonces?

No respondí. Es algo que me pasa. Cuando creo que me puedo pasar de frenada prefiero no coger el coche. Volví junto a Julián justo en el instante en que tiraba la colilla, con dos dedos, a varios metros de distancia.

—Bueno, a la piltra. Hoy ha sido un día intenso. He pasado de creer que moriría en un bar mugriento a pasar un día de campo con la reina del baile —dijo con su desparpajo habitual.

Seguí sin hablar. Me quité la espada y la dejé en el asiento trasero, el subfusil en el del acompañante. Julián me miraba sin entender.

—¿No vienes al blindado? —me preguntó finalmente al ver que abría la puerta del conductor y me metía con la manta.

—No hay mucho sitio, dormiré mejor aquí.

—Tú sabrás, tío, pero no es lo mismo esa rejita tuya de las ventanillas que una pulgada de acero —dijo apoyado en el marco de la puerta.

—Estaré bien.

—Vale, pero toca el claxon si tienes problemas, ¿OK? —concluyó dándome una palmada en el hombro.

No era el momento de poner música. La hubiera escuchado sin duda. Estaba demasiado contrariado como para dormir. El interior del coche aún conservaba el calor de la calefacción, se estaba bien. Lo inteligente sería intentar descansar unas horas, mañana podríamos tener un día muy duro. Me arrojé con la manta y me

obligué a cerrar los ojos. No llevaba ni un minuto intentando dormir cuando una luz traspasó mis párpados cerrados. Abrí los ojos, era un reflejo en el retrovisor interior. Giré la cabeza. La luz venía del puesto de la ametralladora del blindado. Supe quién era al instante. Los destellos se encendían y se apagaban con un ritmo y una cadencia determinada.

Repitiéndose, una y otra vez, decían: «lo siento».

No contesté. No recuerdo cuándo me dormí. Debió de ser inmediatamente. Soñé que estaba en casa, viendo un partido de la selección de fútbol, y llamaba para pedir una *pizza* de champiñones, jamón york y doble de queso. Minutos más tarde me la traía a casa una chica con un casco rojo montada en una Harley Davidson. Sabía que era una chica por sus curvas sugerentes pero la visera del casco era oscura y no podía ver sus ojos. Le quise dar propina y se negó a aceptarla. El gol celebrado en el televisor coincidió con unos golpes. Me desperté sobresaltado y eché mano al arma. Distinguí unas figuras a contraluz, junto al coche, una de ellas golpeaba la ventanilla con la culata de una pistola.

Eran Julián y Eva.

Tenía el corazón a mil, odio despertarme de golpe y si además pienso que voy a ser devorado por una horda de engendros mutantes más aún, claro.

—Vamos, dormilón, el desayuno está preparado —oí decir a Julián. Después se alejaron juntos.

Me desperecé y fui consciente de lo incómodo que es dormir en un coche, me dolía todo el cuerpo. Salí por la puerta como quien sale de un útero con ocho kilos de peso.

Quedé fascinado con el amanecer sobre el embalse rodeado de nieve. La luz anaranjada y violácea de un sol naciente se reflejaba en el agua en una imagen de estampa. De inmediato tomé conciencia de dónde y en qué situación estaba y cogí el subfusil, giré en redondo y miré a todos lados. Solo vi nieve, un castillo y unos amigos llamándome para desayunar. ¿Estaba soñando? Me quedé unos minutos más disfrutando del momento mágico de aquel amanecer. Me coloqué la Bastarda a la espalda y fui con ellos.

Habían encendido fuego y calentaban leche en un cazo. Luna estaba de pie, junto a Eva, y Julián abría un bote de Cola Cao con el mango de una cuchara. El castillo recibía las primeras luces azafranadas del día y la piedra de granito, sacada de La Pedriza, se incendiaba poco a poco.

—La puerta está cerrada —dijo de pronto Eva—. Me acerqué con Julián y todo parece tranquilo pero está cerrado. Tendré que escalar la muralla.

Bebí a sorbos cortos un Cola Cao caliente que me sentó de maravilla. Observé por primera vez con detenimiento el *parking* donde estábamos. Había algunos coches aparcados, y todos con las puertas cerradas.

—¿Y esto? —dije señalando con la taza al aparcamiento.

—Es raro, sí.

Continué de pie, con la taza en la mano, contemplando al sol evolucionar en el horizonte.

—Me ha gustado mucho tu guía —era Luna la que hablaba. Había llegado a mi lado sin que me diera cuenta. Eva y Julián descargaban cosas del coche, probablemente el equipo de escalada.

—Yo solo hice los dibujos.

—Ya lo sé, me lo dijo Eva, están muy bien.

—Gracias.

Permanecimos en silencio. Eva había hecho un buen trabajo con ella, con ropa limpia, aseada y peinada era una muñeca de porcelana. Me incomodaba un poco estando tan cerca. No sé hablar con los niños, por eso cerré la boca y seguí contemplando el amanecer.

—El sol solo sale para los justos —dijo de pronto.

—¿Cómo dices?

—Que el sol solo sale para los justos. Era algo que decía mi papá todas las mañanas cuando me levantaba para llevarme al colegio.

Reflexioné sobre la frase unos momentos y luego decidí hablar con la niña como haría con un adulto. O sea, de la única forma que sabía.

—No ibais mucho a misa, ¿verdad? Tu familia me refiero.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Un buen cristiano diría que el sol sale para todos.

Permaneció callada. Me giré para mirarla. La observé con detalle. La luz iluminaba su melena rubia y sus inteligentes ojos azules. Era menuda pero preciosa. Chascó la boca y dijo.

—A veces ser un buen cristiano obliga a decir estupideces.

Me sacó una sonrisa.

—Eva me ha contado por qué vas vestido así, con esa espada. Me ha hablado mucho de ti. ¿Siempre has sido tan valiente? —me preguntó sin mirarme.

—No sabemos de lo que somos capaces hasta que de verdad nos encontramos al límite.

—Mi padre fue un cobarde.

—No digas eso.

—Me dejó sola.

—Gracias a él ahora estás con nosotros. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Julián me contó, en cuatro palabras, lo que le dijo Eva sobre el drama de la niña, el padre matando a la madre y luego suicidándose—. Yo creo que te quería demasiado para negarte una oportunidad. La opción de la vida siempre es la más valiente. Llevarte con él hubiera sido lo más fácil —resolví finalmente. Miré su rostro de muñequita delicada y distinguí el brillo de dos lágrimas resbalar por él.

—¿Puedo darte un beso? —dijo sorbiendo mocos a duras penas.

—Claro —respondí sorprendido. Y me agaché para que aquella niña de juguete

me pudiera besar. No recordaba la última vez que me había besado un niño. De verdad, como hizo Luna, nunca.

—Gracias.

—Gracias, ¿por qué?

—Por no hablarme como a una niña pequeña —musitó y se fue para desaparecer en el interior del blindado, imagino que para poder llorar a gusto.

Eva se había quedado parada, con la cuerda a medio enrollar entre sus brazos, mirándome. ¿Cuánto tiempo llevaba haciéndolo?

El castillo estaba rodeado por un pequeño terreno, limitado con un muro de piedra de metro y medio con arbustos por detrás. Armados hasta los dientes saltamos una verja que daba acceso y subimos la suave cuesta que llegaba hasta la fortaleza. Eva llevaba las cuerdas en la mano y, colgando de su cintura, un montón de cachivaches de escalada que tintineaban al andar. No me hacía ninguna gracia que entrara sola. Era imposible prever lo que se encontraría al otro lado de los muros. «Mira bien antes de bajar», le repitió mil veces Julián junto al coche. Yo no le dije nada pero sufría por dentro. Luna llevaba una mochila a la espalda y se había metido el revólver en el bolsillo de su parca morada con capucha amarilla. Caminaba delante, con Julián y Eva, yo iba un poco más retrasado, intentando ajustarme bien las correas de la espada y el chaleco con cargadores para el subfusil. A mitad de trayecto Eva me esperó.

—Anoche me disculpé —susurró.

—Lo sé.

—¿Por qué no contestaste?

No quise decirle la verdad. Cómo podría confesarle que echaba de menos nuestras charlas, que nunca fui tan feliz como hablando con ella a través de destellos, que estaba dolido por mi conversación con Julián, que, en definitiva, empezaba a tratar de olvidarla.

—Hubiera hablado contigo toda la noche, pero había que dormir. Acepto tus disculpas —le respondí, en tono de broma, con una verdad a medias.

—Hay cosas que no cambian, ¿verdad?

—Verdad —dije sin estar muy seguro de a qué se refería.

Quise cambiar de tema. No meterme en un jardín del que no sabría salir.

—Esa niña, con una pistola... —dejé la frase inacabada.

—La maneja mejor que yo. Luna es increíble, pero eso seguro que ya lo sabes.

Continuamos andando sin que contestara. Subimos una larga rampa escalonada hasta la puerta y miramos los muros defensivos exteriores rematados con almenas y saeteras que se alzaban hasta unos cinco metros de altura.

El cielo tornó del ámbar al azul intenso. La ausencia de aire presagiaba un día hermoso de invierno. Eva no perdió el tiempo, se colocó el casco, cogió un martillo y clavos de escalada y se dirigió al muro. Julián no dejaba de mirar a todos lados con la

escopeta entre las manos. Luna observaba a Eva, yo también. Todo era calma y silencio hasta que comenzó a golpear con el martillo sobre la roca de granito.

—¡Que alguien me ayude! —nos instó.

Me acerqué yo. Trepó poniendo un pie en el primer clavo y el otro sobre mi hombro y comenzó a golpear de nuevo más arriba. A partir de ahí tendría que continuar sola, nosotros sujetaríamos la cuerda. Los grandes bloques de piedra dejaban huecos entre ellos y no le sería difícil buscar donde asirse.

—¡Eh, los de abajo!

De pronto una voz gritando nos dejó paralizados. Luna fue la primera que lo vio.

—Arriba, en la muralla —dijo señalando con el dedo.

Entre dos almenas se asomaba un hombre de barba blanca.

—Esperen que ya les abro —gritó finalmente al vernos mirar hacia arriba.

Eva bajó y se quedó junto a nosotros. Apretábamos nuestras armas con el dedo cerca del gatillo, mirando fijamente la puerta. Hasta Luna sacó el revólver del bolsillo y lo dejó colgando de su mano derecha. La puerta crujió y lentamente se fue abriendo.

Una figura menuda, cubierta con un raído abrigo oscuro, apareció ante nosotros. Sonaron las armas al disponerlas para disparar. Aquel anciano ni se inmutó. Terminó de empujar las puertas y se plantó delante de nosotros.

—Bienvenidos al Castillo de los Mendoza —dijo abriendo los brazos.

25. LOS SEÑORES DE MENDOZA

Aún no se nos había quitado la cara de pasmo cuando aquel hombrecillo nervioso y tremendamente vital continuó hablando.

—¿Acabáis de llegar?

—Llegamos anoche —contestó Julián.

—¿Por qué trepabais el muro? ¿No sabéis llamar a la puerta? —nos reprendió como si se dirigiera a niños.

Nos miramos sin entender. Nadie contestó. Creo que todos sospechamos que a aquel tipo le faltaba un tornillo.

—No visteis el cartel de la carretera, no me digáis más.

—¿Qué cartel? —preguntó Eva.

—Puede que se haya tapado con la nieve, luego iré a echar un vistazo —concluyó y agitó la mano igual que si espantara una mosca molesta—. ¿De dónde venís?

—De Madrid —respondió Eva.

—Umm, de Madrid —repitió el hombrecillo—. Seguidme y bajad las armas, aquí dentro no son necesarias.

Relajamos los músculos y le seguimos. A los pocos metros se paró delante de una puerta y se volvió.

—Ahora vamos a entrar en el zaguán, en el castillo propiamente dicho. Esto es la liza —dijo señalando el estrecho corredor adoquinado por donde caminábamos—. El muro exterior se llama barbacana.

No dijimos palabra.

—¿Conocíais el castillo? —Eva y yo asentimos—. Fui guía del Castillo de los Mendoza durante treinta años. Pero ahora vamos, ya os lo enseñaré con detalle en otro momento. ¿Habéis desayunado? —preguntó finalmente. Asentimos con la cabeza—. Bueno, es igual, será una buena excusa para presentaros a los demás.

—¿Los demás? —espetó Julián.

—Seguidme. Este es el patio porticado, fue reconstruido a principios del siglo veinte porque el anterior estaba en ruinas. ¿Precioso, verdad? —continuó nuestro guía sin contestar a nuestra pregunta.

IMG3

Atravesamos el patio y accedimos al interior por una puerta que comunicaba con una escalera. El silencio se fue llenando de un leve murmullo según recorríamos la galería del primer piso. El hombrecillo se paró junto a una puerta. Ya el murmullo claramente se había transformado en voces.

—Van a entrar en la sala Santillana, recibe tal nombre por el famoso Marqués de Santillana, evidentemente. Por cierto, no me he presentado, mi nombre es Justo. Pero pasen, pasen, se alegrarán mucho de ver caras nuevas.

Se echó a un lado de la puerta y esperó a que entráramos. No le dijimos nuestros nombres, estábamos demasiado sorprendidos con lo que vimos. Era una sala grande, de unos cinco metros de ancha por quince de larga, con tapices y cuadros en las paredes y el techo artesonado de madera oscura. En el centro había una gran mesa y alrededor una veintena de comensales que pararon de comer y de hablar para dirigir sus miradas hacia nosotros.

—Señores, tenemos nuevos amigos —anunció Justo.

Lo siguiente que pasó fue un maremágnum de saludos y de abrazos. Un incesante intercambio de nombres y preguntas sin cesar: sobre el exterior, sobre nosotros, cómo habíamos llegado... Fue tal el revuelo que no pudimos pasar de la puerta, rodeados de personas que nos miraban como quien mira un unicornio. De pronto una voz se alzó entre todas. Delicadamente alguien fue abriéndose camino entre todos para terminar delante de nosotros.

—Vamos, vamos, tranquilos. Dejemos que nuestros amigos pasen, se sienten con nosotros y coman algo. Ya habrá tiempo para las preguntas —el que hablaba era un hombre de unos sesenta años, alto y delgado, con facciones agradables, un tupido pelo blanco y cejas oscuras muy pobladas. Su porte distinguido y sus maneras elegantes delataban una exquisita educación. Sus vivos ojos claros nos escrutaron con rapidez, después nos tendió la mano. Primero a mí, estableciendo con rapidez un orden jerárquico basado en la edad sin duda.

—Mi nombre es Pablo y digamos que soy el responsable de todo esto —dijo y abrió los brazos queriendo abarcar todo el espacio. Se oyó un carraspeo a nuestra espalda—. Bueno, sin la ayuda de Justo nunca lo hubiera logrado, por supuesto.

Insistieron en que nos sentáramos con ellos y así hicimos, pero no quisimos comer nada aunque el olor de esas tortitas de maíz recién hechas era delicioso. Cuando terminaron de desayunar, Pablo mandó a dos hombres que fueran a los vehículos y trajeran nuestras cosas al castillo, y a Justo que revisara los carteles de la carretera, luego se dirigió a nosotros.

—La niña puede quedarse con Carmen y Marcos, su hijo —sugirió señalando el otro extremo de la mesa—. Ustedes síganme, tenemos que hablar.

La estancia estaba caliente gracias a una chimenea en la que ardían vivamente unos hermosos troncos. Había un escritorio en una esquina, una mesa redonda con sillas alrededor y una cama con dosel. Todos muebles castellanos antiguos muy gastados. Pablo se dirigió al escritorio, lo abrió y sacó una botella de coñac y unas copas. Fue a la mesa redonda y se sentó.

—Vengan aquí, por favor, tenemos más luz. Pueden dejar las armas encima de la cama —nos instó sin aportar a su voz un cambio significativo—. Ahora se encuentran en la torre del homenaje, la que fuera estancia de los señores de Mendoza.

Nos sentamos con él. Eva no bebió pero Julián y yo agradecemos su ofrecimiento

y nos tomamos más de tres o cuatro copazos mientras Pablo nos contaba su historia.

Había sido embajador en Marruecos los últimos años de su carrera diplomática. Cuando se jubiló se trasladó a Madrid hasta que murió su mujer, entonces buscó un lugar tranquilo y estableció su residencia en Manzanares el Real. Llevaba viviendo allí desde hacía ocho años. Nos contó que cuando se enteró de la pandemia se aprovisionó bien y cerró su casa a cal y canto, igual que todo el pueblo. No sabía por qué los infectados, que los primeros días recorrían las calles, se marcharon de repente. El caso es que a la semana salió de casa y se encontró con Justo, que cargaba una furgoneta con comida y demás cosas de primera necesidad, y le propuso refugiarse en el castillo. Justo sabía dónde se guardaban las llaves y a él le pareció una idea excelente. Pusieron carteles indicando que había supervivientes en el castillo y esperaron pacientemente. La primera semana llegaron varias personas, vecinos de Mataelpino, El Boalo, Cerceda, y demás pueblos cercanos. Seguían sin ver infectados por las calles y decidieron revisar el pueblo en busca de más comida y armas. Continuaron llegando más personas, normalmente en solitario, excepto Carmen y su hijo. En el pueblo encontraron con vida al cartero y a la cocinera de un mesón. Nos contó que en la mayoría de las casas continúan esas cosas atrapadas. Se oyen sus gruñidos y es peligroso acercarse a las ventanas.

Pronto se dio cuenta de que era necesaria una organización y convocó unas elecciones para elegir un equipo directivo que coordinara las actividades y garantizara el bienestar y la seguridad de todos. Él salió presidente por unanimidad y nombró a Justo como su mano derecha y a Anabel, una joven directora de recursos humanos de una multinacional, responsable de la comida, el alojamiento y la higiene, con la cocinera Fina bajo su mando. La seguridad recaía en Paco y Rafa, dos comerciales que tenían escopetas de caza, y dependían exclusivamente de su mando. A pesar de que el pueblo era relativamente seguro, solamente se acercaban a buscar lo imprescindible y siempre acompañados de un hombre armado. Les había costado, pero ahora estaban muy bien y tenían planes a corto plazo de mejorar la calidad de vida en el castillo. Su proyecto pasaba por reforzar la seguridad del perímetro exterior utilizando las vallas metálicas del campo de fútbol que había a unos ciento cincuenta metros del castillo, y luego hacerse con una bomba de agua a gasoil y desplegar mangueras hasta el embalse para asegurar el suministro de agua para beber, higiene y riego. También quería conseguir material agrícola para, en primavera, sembrar los semilleros que tenían con patatas, cebollas, tomates y demás hortalizas, y reservar un espacio para forraje ya que tenía pensado traer alguna vaca u oveja, y sobre todo unas cuantas gallinas lo antes posible. Por un veterinario llegado de Moralzarzal sabía de unas cuantas fincas donde podrían hacerse con los animales.

—Es muy posible que ya no haya animales vivos en esas granjas, pero si tenemos que estar mucho tiempo aquí los vamos a necesitar, así como vegetales y fruta.

Se tomó un sorbo largo de coñac y perdió la mirada en el paisaje que se descubría a través de la ventana.

—Y esta es mi historia. ¿Cuál es la suya, señores?

Hablé yo, Eva callaba y a Julián empezaban a cerrársele los ojos. Resumí bastante las primeras semanas y fui directo a los últimos días, cuando conocí a Eva, el rescate de Julián y el encuentro con Luna.

—Pobre niña, qué prueba tan dura. Espero que sea capaz de superarlo —musitó sinceramente afectado.

—Lo hará —añadió Eva.

Traté de ser lo más suave posible cuando le conté el incidente con los militares en el hospital y nuestra posterior visita en busca de medicamentos. Finalmente le relaté la huida con el blindado y la idea de pasar el invierno en el castillo. Reflexionó unos segundos, luego habló, mirándonos a todos con unos ojos de una intensidad asfixiante.

—Quizá el incidente de los militares en el hospital sea mejor mantenerlo en secreto. La esperanza de un rescate es lo que nos mantiene con la moral alta.

—No todos los militares son iguales —respondió Eva en un tono que delataba cierto malestar.

—Lo que me preocupa son las órdenes que los llevaron allí —sentenció para volver a perder la mirada en la ventana.

Volvió a retomar el asunto de los planes que tenía para mejorar la vida en el castillo y manifestó su alegría de contar ahora con el vehículo blindado que habíamos conseguido. En un momento dado se levantó, fue al escritorio historiado, abrió un cajón y cogió un cuaderno. Poniéndose unas gafas diminutas empezó a leer para sí mismo.

—Veamos —dijo finalmente—. Tenemos un veterinario, un guía turístico, una cocinera, dos ejecutivos, un cartero, un tendero, dos comerciales, un albañil, un delineante, una maestra con su hijo, un enólogo, un ingeniero agrónomo, una estudiante de periodismo, un empleado de banca, un bombero, dos amas de casa, una peluquera, un conductor de autobuses y un diplomático jubilado. Total veintitrés personas —concluyó y se quitó las gafas—. Ustedes dos son enfermeros, ¿no es así?

—Eva estaba en cuarto curso de medicina —apostilló Julián como un resorte. Ella asintió.

—Estupendo, estupendo. ¿Y usted? —me preguntó directamente.

—Soy pintor, me ganaba la vida ilustrando libros para niños.

—Ya. Eso no parece muy útil en estos momentos. ¿Qué otra cosa sabe hacer?

Me jodía tener que echar mano de una profesión que llegué a odiar tanto, pero me vi forzado.

—Estudie ingeniería mecánica hace muchos años —resolví con una voz que delataba mi poco entusiasmo.

—Bueno, eso es otra cosa. Les diré qué haremos. Ustedes dos hablarán con Miguel, el veterinario, y acondicionarán una habitación como enfermería. Con todo el material médico que han traído y su buen hacer seguro que quedará perfecta. Es algo

muy necesario, da confianza y humaniza a una comunidad. A todos los efectos usted es médica —Eva quiso decir algo, no la dejó—. Es médica y no se hable más —continuó—. Me dijeron que traían complejos vitamínicos, ¿no es así? —asentimos como los perritos de juguete que mueven la cabeza en la trasera de los coches—. Estupendo, pues hasta que dispongamos de alimentos frescos será necesaria su distribución. Usted —dijo dirigiéndose a mí— se presentará a Antonio, el albañil, con él y cuatro personas más que ya tiene asignadas se encargará de asegurar el perímetro. ¿Alguna pregunta?

Íbamos a hablar Julián y yo al mismo tiempo cuando Eva detectó nuestro malestar al instante, por eso se adelantó lanzándonos unas pataditas discretas por debajo de la mesa.

—No, está todo perfecto. Pero tenía una petición y una duda.

—Adelante —le invitó a continuar Pablo, con un cierto gesto de contrariedad en el rostro.

—Entendemos de armas. Carlos no lleva esa espada de adorno, y ya hemos agujereado algunas cabezas de infectados. Nos hemos enfrentado a esos seres en varias ocasiones y creo que seríamos útiles como escoltas cuando hubiera que salir al pueblo. Somos muy eficaces, se lo aseguro.

—De acuerdo, conservarán sus armas y formarán parte del equipo de defensa. ¿Y la duda? —apremió a Eva con el rostro algo más relajado.

—¿Tienen algún plan de emergencia en caso de ser sitiados por miles de infectados? Esto es inexpugnable para esos bichos, es evidente —dijo Eva abriendo los brazos. Luego se inclinó hacia delante y puso cara de niña asustada—. Pero no me gustaría morir de hambre o de sed encerrada entre estos muros.

Me alegré de no haber hablado yo. Eva había sido mucho más inteligente y más convincente de lo que jamás hubiera sido yo. Pablo dio otro sorbito a su copa y retrasó intencionadamente su respuesta.

—Tenemos un plan de evacuación. Le diré a Justo que se lo muestre más tarde. Hay muchas más cosas de nuestra vida aquí que irán descubriendo poco a poco. Hay espacio de sobra en el castillo, pueden elegir entre las habitaciones que libres e instalarse. Busquen a Anabel, ella les explicará las cosas que deben saber sobre horarios de comida, baño y turnos de limpieza de cocina y de ropa.

—Estupendo —soltó Julián acompañando la palabra con una carga de aire contenido. Eva lo miró queriendo matarlo.

Nos levantamos, cogimos nuestras armas y salimos de los aposentos del «Señor del Castillo». Al llegar al patio Julián estalló.

—¿Pero este tío qué se ha creído? ¿Un señor feudal? Nos impone tareas como si fuésemos vasallos suyos —gruño Julián entre dientes.

—Quizá el tono afectado con el que habla y el llamarnos de usted le confieran un aire autoritario que molesta, pero debemos reconocer que ha logrado una convivencia y un confort relativo para unas personas que se encontraban perdidas. El orden y la

disciplina son necesarias, te guste o no, y más en una situación límite como en la que estamos. Y recuerda lo que dije, no es ningún tirano déspota, es un representante legítimamente elegido por todos —dijo Eva casi sin pestañear.

—Yo no lo he votado —contestó igual que un niño al quedarse sin argumentos.

—¿Y tú que opinas? Estás muy callado —dijo Eva dirigiéndose a mí.

—Creo que somos tres almas libres. Nos toca las pelotas que nos digan lo que tenemos que hacer y punto. Pero este sitio es increíble, de eso no hay ninguna duda. Tenemos seguridad, comida, agua y lo más importante, más personas. No encontraremos nada mejor para pasar el invierno, y Luna estará bien aquí con un niño de su edad. ¡Joder! ¿Qué tengo que pensar Eva?, si tú estás de acuerdo, que sin duda eres la más puñetera, a mí me parece perfecto, nos quedamos y construiré la cerca más bonita que jamás hayáis visto —concluí sin quitar la mirada de unos preciosos ojos verdes.

Eva no contestó inmediatamente. Había quedado confundida, sin duda, con mi perorata. Estaba metabolizando lo que había dicho, sabía que tenía algo que objetar pero se le resistía.

—Vale. ¿Y tú? —preguntó volviéndose a Julián.

—Me quedo también.

—Bien, pues entonces vayamos a buscar a esa tal Anabel, tengo ganas de coger una cama —sentenció Eva.

Continuamos andando en dirección al salón donde habíamos desayunado. Estaba vacío. En el patio nos encontramos a Justo, le preguntamos y nos indicó que el cuarto de Anabel estaba al final de la galería norte. Nos disponíamos a subir de nuevo el primer tramo de escaleras cuando Eva se giró, me cerró el paso y, frunciendo mucho el ceño, me dijo algo que llevaba minutos rumiando.

—¿La más puñetera yo? Y lo dice un tío que se construyó un váter en la terraza para cagar a gusto y lo llamó «el trono». ¿Puñetera yo? Se atreve a decir alguien que se pasea con una cota de malla y una espada a la espalda como si fuera Lancelot — Julián observaba alucinado. Yo callaba por fuera y me divertía por dentro—. Me llama a mí puñetera un personaje que cuando se asome al almacén de suministros del castillo lo primero que buscará será el papel higiénico. Por favor, uff... —bufó dándome la espalda y subiendo las escaleras con una dignidad de reina.

Seguí sonriendo aunque un poco contrariado. La verdad es que oído de sus labios el retrato que había confeccionado de mí no podía ser más acertado ni la conclusión más evidente: un abuelo lleno de rarezas. De golpe se me borró la sonrisa de la cara.

Las semanas siguientes llegué casi a olvidarme de que el mundo se había ido a la mierda. Me encontraba tan a gusto y alejado mentalmente del desastre que nos había llevado a ese lugar que, cuando Justo nos llamó para enseñarnos el plan de evacuación en caso de emergencia, casi le pregunté, ¿emergencia de qué?

Fue un día después de comer. Lo seguimos hasta los sótanos del castillo. Justo llevaba un candil de queroseno que encendió al bajar las escaleras.

—Esta zona no se mostraba a los turistas pero yo la conozco como la palma de mi mano —susurró el amo del calabozo.

En fila india Julián, Eva y yo, recorrimos detrás de Justo estancias oscuras con olor a humedad. Sorteamos infinidad de muebles rotos, hierros retorcidos y cachivaches inútiles, parecía que allí abajo iba a parar todo lo inservible del castillo. Llegamos a una entrada abovedada y nos metimos por un túnel estrecho de techo bajo. Eva y yo casi dábamos con la cabeza, Julián tenía que andar agachado. La luz mortecina del candil oscilaba delante de nosotros iluminando unas paredes de ladrillos muy antiguos que rezumaban agua y salitre.

—Ya llegamos —oí decir a Justo.

Nos detuvimos en una pequeña estancia redonda donde el techo tomaba altura en forma de bóveda. A los lados, pegados a las paredes, había dos bancos de piedra. En la pared de enfrente se abría un agujero del tamaño de un hombre practicado recientemente al parecer.

—Este era probablemente el lugar donde hacían guardia los soldados. El agujero de la pared lo hicimos Antonio y yo.

Julián se adelantó y se asomó. La oscuridad era absoluta.

—¿A dónde lleva? —preguntó finalmente.

—A la Iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, después de recorrer unos doscientos metros —contestó Justo.

—¿Cómo conocía su existencia? —quiso saber Eva.

—Desde siempre se había comentado entre el personal que trabajábamos en el castillo de la posible existencia de un túnel de salida. Todos los castillos lo tenían, para la seguridad de los señores en caso de asedio y por supuesto para ocultar sus «correrías nocturnas» —explicó Justo poniendo cara de pícaro—. Esta pared estaba tapiada con ladrillo moderno y solo tuve que sumar dos más dos. Pero síganme, por favor.

El túnel se estrechaba aún más y llegaba a ser agobiante, después de unos minutos de hacer el «trenecito» salimos a una estancia rectangular, revestida de grandes bloques de granito y también con bancos de piedra en sus costados. En el extremo opuesto se abría otro agujero en la pared de ladrillo.

—Esta sala no se contempla en los planos originales de la iglesia, yo la busqué mucho antes de que todo esto pasara. Probablemente se hizo cuando el castillo y, más tarde, al construirse la iglesia se conservó. No hay nada en los archivos sobre este pasadizo pero aquí está. Tras esa puerta se encuentran las catacumbas de la iglesia y siguiendo esta escalera se sale justo al lado del altar.

—Vaya —exclamó Julián—. Un plan B cojonudo.

—¡Julián, ese lenguaje, estamos en lugar sagrado! —le reprendió Justo poniéndose un dedo sobre los labios.

Cuando hablé con Pablo le comenté un par de ideas para mejorar el plan de evacuación, como tener antorchas o candiles preparados en el comienzo del pasadizo, y unos vehículos siempre en perfecto estado y cargados con comida y agua cerca de la iglesia. Le pareció muy bien y llevamos allí un minibús con capacidad para quince personas más el conductor, un Nissan Pathfinder y un Toyota Land Cruiser todos perfectamente modificados y protegidos con rejas en las ventanas y defensas delanteras, todo ello por gentileza del grupo de «Construcciones y Mejoras» al que pertenecía. El BMR y mi BMW los teníamos en el interior del recinto del castillo y los destinamos a tareas de abastecimiento. En esto último insistí yo, ya había viajado detrás de esa mole de quince toneladas artillada con una del .50 y me tranquilizaba tenerla cerca, además podría salir del recinto y unirse al resto de vehículos sin problemas en caso de emergencia.

Debo decir que me entregué al trabajo que se me asignó con un entusiasmo y una determinación que no recordada haber tenido nunca, ni cuando pintaba y hacía lo que me gustaba. Volví a confirmar que no hay nada como trabajar con las manos y construir cosas útiles para que la cabeza deje de dar vueltas y se centre en lo importante. También empecé a olvidarme de Eva.

Antonio era un albañil con alma de arquitecto, bajito y regordete, era un trabajador eficaz y un jefe extraordinario. Junto al delineante, un comercial de telas, el ingeniero agrónomo y el bombero, desmontamos la valla del campo de fútbol y reforzamos el perímetro. Una vez terminado tapamos la malla metálica con cañizo y ramas secas para mantener el interior oculto. Luego nos pusimos con las mangueras. Las fuimos uniendo con bridas metálicas desde el patio del castillo hasta el embalse y lo dejamos preparado para cuando dispusiéramos de la bomba de agua.

Yo también me encargaba de la seguridad del grupo y nunca dejaba lejos el subfusil ni la Bastarda. Trabajábamos desde que amanecía hasta que anochecía y solamente descansábamos para comer. Era en esos momentos en los únicos en que veía a mis antiguos compañeros. Eva y Julián montaron la enfermería junto con Miguel el veterinario, eso fue durante la primera semana, luego Julián se desvinculó un poco y me contó que andaba ayudando a Anabel con la intendencia. Luna me abrazaba siempre que me veía en el comedor, parecía feliz, compartía habitación con Eva y estoy seguro de que ella tenía mucho que ver con ese cambio. Yo compartí habitación con Julián en un principio, hasta que un día me dijo que se había buscado otra habitación con vistas al embalse y que prefería tener, además, una cierta intimidad; no le pregunté más.

Fabricamos antorchas que colocábamos estratégicamente según el lugar en el que necesitáramos luz. Estuve encantado con devolver al castillo su imagen original. Era realmente mágico entrenar con la Bastarda en la liza a la luz anaranjada de las llamas. Lo hacía al anochecer, justo antes de cenar, sin importarme los ojos espías que me tomarían sin duda por loco. Una vez descubrí a Eva y a Luna en el adarve, el corredor

situado sobre la muralla, mirando cómo entrenaba. Sentí la necesidad de hablar con Eva, de tener una conversación más allá de las cuatro palabras que intercambiábamos a diario, la echaba mucho de menos, pero lo dejé estar, era mejor así.

Llevábamos tres semanas en aquel castillo, viviendo como hacía quinientos años, y la verdad es que no echaba muchas cosas de menos del siglo veintiuno, bueno, sí, el papel higiénico que empezaba a escasear.

Una mañana, cuando había terminado ya mis tareas con el grupo de «Construcciones y Mejoras», Pablo me llamó a su habitación.

—Hay que bajar al pueblo y conseguir algunas cosas —me dijo con una hoja cuadriculada en la mano—. Irá con Justo y Marcial, el resto del equipo lo elige usted. Necesitamos las cosas de esta lista. Prioritario la bomba de agua, Justo sabe dónde buscarla, y los víveres, por supuesto —calló y esperó alguna observación mía, como no la hubo continuó—. Si pudiera ser hoy mismo, mejor.

—Lo organizo y en un par de horas salimos.

—Estupendo —concluyó, me entregó el papel y me dio una palmada en el hombro—. Buen trabajo con la cerca.

Aquel tipo estaba viviendo los años dorados de sus aspiraciones políticas. Me caía bien de todas formas y a veces lo compadecía, siempre tan envarado y circunspecto. No envidiaba su trabajo ni mucho menos. Desgraciadamente son necesarias siempre personas como Pablo, gestores. No hay problema si son honrados y él lo parecía.

Estaba loco de contento de poder salir del castillo y enseguida me reuní con Justo y con Marcial, el cartero, ellos eran los que mejor conocían el pueblo. Les pasé la lista y me fui a buscar a Julián y a Eva, las personas que sin duda quería a mi lado si había infectados de por medio. A Julián lo encontré ordenando el almacén de la torre del homenaje y cuando le propuse la salida le faltó tiempo para soltar el saco que tenía en las manos e ir a buscar su arma. Eva fue otra cosa.

Al entrar en la enfermería la vi junto a la ventana leyendo un libro. No se percató de mi presencia hasta que llegué a su lado, aproveché la ausencia de su mirada perturbadora para acercarme con seguridad.

—Hola, Eva.

—Hola —me contestó lacónica dejando el libro sobre sus piernas.

Estaba guapa, como siempre, con ese aire impostado de mujer dura. En poco tiempo se había ganado el respeto de toda la comunidad, más por su trato humano que por sus conocimientos de medicina que eran muchos. Curaba heridas, cortes y magulladuras. Administraba los complejos vitamínicos con rigor cada día sin que se le escapara nadie y, sobre todo, aportaba una confianza indiscutible. Recordé en ese momento a aquella enfermera que me puso en mi sitio hacía ya tanto tiempo.

—Voy a bajar al pueblo a buscar suministros y me gustaría que vinieras con el equipo.

No contestó inmediatamente. Por un momento me pareció que se alegraba de verme allí, que de alguna manera me esperaba. Fue una ilusión.

—Necesito algunas medicinas y sobre todo se están acabando los complejos vitamínicos —respondió sin contestarme.

Desvié la mirada de sus ojos e hice como que me interesaba algo que veía a través de la ventana. Entonces me atreví a volver a hablar.

—Salimos en una hora. Si quieres venir te esperamos en la puerta.

No dije más. Salí como había entrado: con el corazón encogido. Sabía que Eva no entendía mi cambio de actitud, mi frialdad con ella, mi intencionado alejamiento; que a menudo pensaría qué cojones me había pasado con ella. Nunca me preguntó, sin embargo. Eva no sospechaba que la descubrí una noche abrazada a Julián, en una esquina oscura del zaguán. Escuché un cuchicheo confidente y me acerqué, observé entonces cómo él enterraba la cara en su cuello. No quise ver más, solo deseé desaparecer y asumir lo que en realidad veía: dos jóvenes enamorados. Tampoco hablé nunca de esto con Julián, ni siquiera cuando se mudó a un cuarto para tener más intimidad como me confesó. No guardaba rencor a ninguno de los dos, por supuesto, pero esa fue mi manera de soportarlo, alejándome.

Yo empezaba a estar bien y eso era lo importante.

Para cuando llegué a la puerta ya estaban esperándome Marcial, Justo y Julián, armado con la escopeta Franchi y una canana de cartuchos a la cintura. Yo volví a ponerme la ropa de combate, la cota de malla, la espada a la espalda y el subfusil.

—¿Ya estamos todos? —preguntó Justo.

—Sí —contesté al instante—. Iremos en mi coche.

Echaría de menos a Eva sin duda. Quizá fuera lo mejor, acostumbrarme también a afrontar el peligro sin que ella estuviera a mi lado. Me quedé un poco retrasado del grupo al bajar la cuesta en dirección al 4x4. Buscaba la llave del coche en el bolsillo del pantalón sin dar con ella. Ya estaba convencido de haber olvidado cogerla cuando recordé que la tenía guardada en la chaqueta acolchada. El grupo ya me sacaba veinte metros cuando escuché la voz de Eva a mi espalda.

—¡Eh, esperad!

Vestía de negro, igual que cuando salimos de mi casa para rescatar a Julián del bar. Con su andar canalla, las dos pistolas a la cadera y el subfusil apoyado en su hombro, era una locura.

—¿Creías que iba a perderme esto, capullo? —musitó al pasar a mi lado. Unas palabras solo para mí. Todo un detalle.

Bajó a buen ritmo hasta alcanzar a los demás, los saludó y se abrazó con Julián.

Llevábamos buen ritmo y la lista poco a poco se fue llenando de tachaduras rojas de material conseguido y cargado en el coche. Lo primero fue la bomba de agua a gasoil. Justo nos llevó a una ferretería industrial que estaba cerrada y vacía de infectados y, después de hacer saltar los candados con una cizalla, nos hicimos con una bomba nueva con capacidad de succión de 36m³ /h, más que suficiente, unos cuantos bidones de diésel y herramientas manuales para trabajar la tierra. Luego entramos en una farmacia. La puerta estaba cerrada pero oímos ruidos dentro.

Reventamos la cerradura muy atentos. Las sospechas se confirmaron. De su interior, tambaleante pero con muy malas intenciones, salió un infectado. Era un hombre, llevaba bata blanca y su lamentable estado hacía difícil determinar su edad.

—Es Rufino, el farmacéutico —me informó Justo casi al oído mientras me agarraba el brazo con una mano temblorosa.

Habíamos acordado que evitaríamos en lo posible disparar para no alterar demasiado a los infectados. La primera opción sería mi espada, si la cosa se ponía fea, fuego a discreción. Por eso todos se apartaron de mí y esperaron a una distancia prudencial. Dejé el subfusil colgando de su cincha a un costado, saqué la Bastarda y esperé su acometida. Esta no se hizo esperar, en cuanto nos vio aceleró el paso y, arañando con las manos el aire puro de la sierra y lanzando dentelladas soñando con mi carne, se me vino encima.

No fue mi mejor golpe. La hoja entró demasiado cerca de la mandíbula en su lado izquierdo y salió por la oreja del derecho. Aún así fue suficiente y cabeza por un lado y cuerpo por el otro cayeron al suelo.

—Bueno, a cargar las medicinas —me giré para decirles. Eva y Julián entraron en la farmacia a la carrera, Justo y Marcial estaban en mitad de la calle, mirándome como si contemplaran el milagro de los panes y los peces—. ¡Vamos! —grité para sacarlos del trance.

El día era frío pero el cielo azul y despejado aportaba una luminosidad revitalizante. Era extraño pero debo decir que me resultaba agradable pasear por aquel pueblo fantasma, calles vacías, ausencia de ruidos. No sé, me gustaba.

Lo último de la lista era el almacén de grano y semillas. Para llegar a él pasamos junto a una hilera de casas bajas con rejas en las ventanas y observamos muchos infectados que, agarrados a los hierros, se excitaban y gruñían a nuestro paso. Eva se acercó a mí y, levantando el arma, con los dientes apretados, me dijo en voz baja.

—¿Unos tiritos? El almacén es lo último y llevo tiempo sin practicar con esto —se la notaba molesta conmigo, sin duda.

No era lo prudente. Mejor hubiera sido no llamar la atención mientras estuviéramos en el pueblo. Pero sus ojos entornados por el sol, como rayitas, me convencieron.

—Venga —dije y esas rayitas se abrieron de par en par.

Empezó a disparar Eva. A unos seis o siete metros perforaba la cabeza de los infectados asomados a las ventanas con una precisión extraordinaria. Julián se sumó después. Desde más cerca, su escopeta cargada con munición de postas destrozaba los cráneos dejando un rastro de sangre y sesos esparcidos por la calle. Esperé junto a Marcial y Justo, a cierta distancia. Cuando acabaron las calles de Manzanares el Real se llenaron de unos murmullos guturales que fueron en aumento hasta convertirse en la sintonía del infierno.

—Vamos, mejor será terminar lo que nos queda —sugerí. Justo y Marcial caminaron a mi lado, girando la cabeza a un lado y a otro, aterrados.

El almacén de grano, según me contó Marcial, pertenecía a una familia compuesta por un padre, una madre y seis hijos. Todos trabajaban en el negocio familiar, incluso la hija pequeña de quince años ayudaba los fines de semana en la caja. La casa donde vivían estaba justo al lado y fue lo primero que comprobamos. Unos golpes en la puerta y enseguida obtuvimos la esperada respuesta de arañazos y gruñidos desesperados.

—Están en casa —sentenció Marcial.

Tomó la palanca de hierro, se dirigió al almacén y comenzó a forzar el cierre metálico. Un chasquido bronco y la cerradura saltó. Julián y Justo permanecían a su derecha, a unos dos o tres metros, Eva a su izquierda un poco más retrasada. Yo aún miraba a través de los cristales de la casa, con las manos a ambos lados de los ojos para evitar el reflejo y poder ver mejor el interior. Entonces las vi. Eran dos, una mujer mayor y otra más joven, extremadamente excitadas, golpeaban la puerta de la calle con una insistencia enfermiza.

—¡Espera, Marcial! —grité—. ¡En casa solo hay dos! —continué gritando pero ya Marcial había levantado el cierre metálico de un tirón.

Todo sucedió muy deprisa.

Del almacén salió un grupo de infectados que se precipitaron sobre mis compañeros. Conté seis adultos. El padre y los cinco hijos restantes. Marcial desapareció bajo dos de ellos, otros dos fueron a por Justo que reculó para colocarse detrás de Julián. Eva retrocedía y levantaba el subfusil para defenderse de los dos restantes. A mí no me vieron, me encontraba fuera de su campo visual. Levanté el arma con intención de abrir fuego y cubrirles aunque enseguida lo descarté. Demasiado peligroso, podría herirles. Julián disparó primero y las postas atravesaron claramente el pecho de uno de sus atacantes. No cayó pero lo retuvo el tiempo suficiente como para que apuntara de nuevo y le volatilizara la cabeza. Parecía que se las apañaba. Eva era otra cosa. Al recular para ganar distancia tropezó con el bordillo de la acera y cayó de espaldas violentamente, golpeándose la cabeza. Tenía que actuar rápido. Marcial parecía perdido ya, aún así vacié el cargador en el cuerpo de los dos infectados que lo encimaban mientras corría para bloquear a los que se precipitaban sobre Eva. Aunque no apunté, las balas fueron efectivas y pude comprobar, al tiempo que tiraba el subfusil al suelo, que Marcial pudo zafarse de sus garras y escapar corriendo calle abajo.

Eva lo tenía difícil. Uno de los infectados, corpulento, ya se agachaba para morderla, el otro, más delgado, iba a la zaga. Saqué la Bastarda y corrí los pocos metros que me separaban de ellos. Oí disparos de escopeta, pero Eva no se defendía, quizá estaba aturdida. El infectado más retrasado llevaba la cabeza inclinada hacia delante y desde atrás me era imposible acertarle en el cuello. Rectifiqué mentalmente el golpe y la trayectoria cercenó ambas piernas a la altura de la rodilla. Cayó a un lado, no tenía tiempo de rematarlo. El infectado más corpulento sujetaba a Eva por el cuello y abría una boca descomunal, llena de dientes amarillos, dispuesto a desgarrar

su garganta. Eva con una mano retuvo la cara del engendro en el último momento y alejó sus mandíbulas, con la otra sacó la pistola y le vació el cargador en el pecho. Aquella abominación ni se inmutó.

La infecta mole se encontraba demasiado cerca de Eva. No era seguro descargar un golpe en su cuello, si no medía la fuerza perfectamente terminaría cortando el de ella también. No tenía otra. Solté la espada y, tomando impulso, me lancé con el hombro por delante contra el infectado, intentando imprimir la mayor carga cinética a mi impacto.

Lo conseguí, arranqué a ese monstruo de encima de Eva en el último momento, y rodé junto a él en un abrazo mortal. El hombro me crujió con el golpe y comprobé aterrorizado que mi brazo izquierdo no respondía. Cuando paramos de rodar quedé debajo del infectado que fácilmente pasaría ciento veinte kilos. Con la mano derecha presioné su cuello de toro. Su cara se aproximaba a la mía, la presión era excesiva, no podría retenerlo mucho más tiempo. Sus babas amarillentas y apestosas escapaban de su boca. Mi mano cedió al empuje y noté sus dientes rozar mi carne. Estaba acabado.

Un disparo casi me reventó el tímpano. La mole se derrumbó sobre mí y contemplé el cielo azulado y la cara de un ángel a contra luz.

—Lo siento, Carlos. Tenía que disparar muy de cerca para asegurar el tiro —oí decir a Eva, muy profesional, con la pistola humeante en una mano.

Salimos disparados del pueblo. Eva y Julián le hicieron a Marcial unos torniquetes de emergencia en el asiento trasero del coche mientras yo conducía con una sola mano como si llevara un cohete en el culo. Nada más llegar al castillo lo trasladamos a la enfermería y se pusieron con él. También se sumó el veterinario, iban a necesitar toda la ayuda posible. Yo me fui de allí después de que Eva me colocara, precipitadamente, un vendaje inmovilizándome el brazo izquierdo. Volví a mi habitación y me derrumbé en la cama.

Después de que Justo le informara de lo ocurrido, Pablo se acercó a ver cómo estaba. Se mostró sinceramente preocupado y me felicitó por la operación. Culpó del desastre a Marcial, lo atribuyó a su precipitación y a mí me exculpó de toda responsabilidad. No era el momento de buscar culpables. Callé y admití sus felicitaciones sin complejo, el modesto solo busca el halago dos veces.

Hasta la noche no salí de mi habitación.

No fui a cenar. Subí las escaleras de la barbacana y paseé por el adarve contemplando una puesta de sol hipnótica. El hombro me dolía terriblemente y sentía el brazo dormido. Apoyado en la almena encendí un cigarro y dejé que las virutas de humo dibujaran arabescos gracias al efecto de la suave brisa. Allí me encontró Luna.

—Me alegro de que estés bien —dijo abrazada a mi cintura.

—Yo también, preciosa, yo también.

—Eva me lo ha contado todo. Debió ser horrible.

No le contesté. Acariciaba su cara de porcelana intentando distinguir sus intensos ojos azules.

—Acaba de subir a su habitación a descansar un par de horas. Quiere quedarse con Marcial toda la noche.

—¿Sabes cómo está? No tengo cuerpo para ir a la enfermería ahora —le pregunté.

—Eva no me ha querido contar los detalles, pero dice que mal. Una posibilidad entre diez —me contestó sin soltar mi cintura—. Quería salir a buscarte para mirarte el hombro y yo le he dicho que descansara, que ya lo hacía yo.

—¿Y Julián? —le pregunté instintivamente.

—No sé —contestó despectiva—. Seguramente le estará contando la batallita a Anabel —concluyó y noté un cierto tono de reproche en su voz.

—Julián se portó increíble esta tarde, acabó con tres de ellos, encontró a Marcial bajo una camioneta y le hizo el primer torniquete en el muslo. Si Marcial vive será gracias a él —relaté intentando defender a Julián de algo que no entendía que necesitara—. ¿Qué te pasa con él?

—Nada.

—Vamos —insistí agachándome un poco para que mi cara quedara a su altura—. A mí no puedes engañarme.

—Eva me dijo que no te dijera nada —dijo susurrando, como si las palabras rompieran un velo sagrado.

—No dijeras nada de qué.

Silencio.

—Luna, si es algo importante debes decírmelo. ¿Qué pasa con Julián que Eva quiere ocultar?

Silencio.

No volví a insistir, le miré a los ojos y fruncí el ceño. Fue suficiente para romper su resistencia.

—Cuando Eva lo rechazó, Julián se separó de ella.

—¿Eva lo rechazó? —espeté sin poder contener mi sorpresa.

—Me contó que una noche intentó besarla y que le paró los pies. Cuando le pregunté el motivo, ya que Julián me parece un chico muy mono —puntualizó con voz traviesa—, Eva me respondió que ahora él no era el hombre que necesitaba.

—¿Eso te dijo?

—Sí. Julián es muy divertido y antes estaba siempre con Eva, pero desde entonces se fue separando cada vez más. Ahora anda con esa estirada de Anabel. Creo que están liados —dijo bajando aún más la voz.

—Vaya —fue lo único que pude decir.

Me incorporé y encendí otro cigarro. El anterior se consumió entre mis dedos. El sol desapareció en el horizonte y un estallido de colores en la gama del naranja inundó el cielo. Luna soltó mi cintura. Se convirtió en una sombra a mi lado.

—No te molestes, Carlos, me caes genial aunque tú eras mi segunda opción para Eva —la escuché decir—. Un poco mayor, ya sabes, pero a ella le gustas y a ti es evidente que también te gusta ella.

Si me pinchaban no soltaba una gota de sangre. Me giré y la miré adivinando dónde estaría su rostro.

—¿Cómo dices? —acerté a decir.

—Vamos, Carlos, que tengo ojos en la cara.

26. UNA FLOR PARA EVA

Hacía un mes que una niña de once años había resuelto el misterio de los conflictos en las relaciones de pareja: la ausencia de sinceridad.

Un día después del incidente en el pueblo fui a la enfermería con la excusa, no del todo falsa, de que Eva me mirara el hombro dislocado. La encontré junto a la cama de Marcial, cambiando los vendajes de sus heridas. Habían pasado las horas críticas y teníamos muchas esperanzas de que saliera adelante.

—Hola, Marcial, ¿qué tal te encuentras? —le pregunté. Eva levantó la mirada y continuó con la cura.

—Ya ves, esos cabrones se llevaron buena parte de mí —me respondió con una voz acuosa mostrándome una mano vendada.

Salvó la vida gracias a que, cuando uno de aquellos infectados se disponía a desgarrarle la garganta, Marcial le sujetó la barbilla con la palma de la mano derecha. Lo malo fue que parte de los dedos quedaron dentro de la boca y se los cercenó de un bocado, solo le quedó el pulgar y el índice. Le acribillaron a dentelladas: una en el muslo derecho, otra en el hombro, y dos en la pantorrilla izquierda, además de la mano, claro. Los mordiscos le arrancaron músculos, venas y tendones, los destrozos fueron tremendos. Entre Eva, Julián y Miguel lo remendaron para que no se desangrara e hicieron lo que pudieron con los medios de que disponían. Si finalmente vivía quedaría con tremendas secuelas. Y todos los daños se los hicieron en pocos segundos. Así de letales eran esos seres producto de una mutación vírica.

—No te voy a decir que te veo cojonudamente porque no es verdad, te han dejado hecho unos zorros. Sin embargo quiero que sepas, para tu consuelo, que esos cabrones no tuvieron tiempo de hacer la digestión de la última comida.

Eva levantó la cabeza como un resorte y noté que me miraba echando fuego por los ojos. Mantenía mi vista fija en los ojos oscuros y francos de Marcial. Unos segundos transcurrieron como si fuesen eones.

—¡Qué se jodan esos cabronazos! Ja, ja, ja —espetó finalmente Marcial y continuó con una risa sincera y contagiosa.

Entonces me atreví a mirar a Eva. Los tres reímos en un ambiente de drama. Paradoja o milagro, cosas del nuevo mundo tal vez. Luego, cuando los tranquilizantes para el dolor le hicieron efecto, Marcial se durmió. Era el momento de hablar con Eva. Me paré frente a ella, con la ventana a mi espalda, intentando que el contraluz ocultara mi rostro e iluminara el suyo. Buscaba la composición perfecta en definitiva.

—Quiero decirte algo.

—¿Tengo que preocuparme? —dijo entornando un poco los ojos.

—Estoy loco por ti. Tú juzgarás si es preocupante o no.

—Vaya —respondió y se escabulló de mi cerco. Malo, pensé.

Se dirigió a una estantería de madera oscura y rotunda donde tenían perfectamente colocados cientos de frascos de medicamentos distintos, trasteó un poco entre ellos y al final cogió uno. Agitándolo entre dos dedos volvió frente a mí y me lo puso delante de la cara.

—Para eso que te pasa puedes tomar una pastilla de Fluoxetina cada mañana o besarme de una puñetera vez.

En aquel momento en que nuestros labios se juntaron y nuestras lenguas jugaron al gato y el ratón pude experimentar un aluvión de sensaciones amorosas y románticas de todo tipo, sin embargo, la verdad es que el deseo carnal fue lo que tomó el mando y una erección de caballo se impuso sobre todo lo demás. Yo estaba desbocado y Eva se alegró tanto de que ahora fuésemos «tres» que, aprovechando la cama vacía junto a la de Marcial, echamos el primer y más increíble polvo *post* apocalíptico de nuestras vidas.

Desde entonces no nos hemos separado. Yo soy muy feliz con ella, y siento que ella también conmigo. A la mierda los prejuicios.

A los pocos días Marcial dio los primeros pasos, algo inesperado absolutamente. Le dije a Eva que toda la energía sexual que desprendimos aquella vez junto a su cama fue a parar a él, y le levantó igual que a Lázaro. Ella rió y sus preciosos ojos verdes desaparecieron tras unas rayitas negras deliciosas.

No quedó para muchos trotes el pobre Marcial y Pablo lo nombró su secretario. Tenía mejor letra que él, a pesar de escribir con dos dedos, y lo agradecemos. Lo peor llegó a la semana justo de que fuera mordido. Una mañana ni Pablo ni Marcial bajaron a desayunar. Cuando fueron a buscarlos oyeron ruidos y gruñidos en la habitación de Pablo. No se atrevieron a entrar y me avisaron. Las señales eran claras y antes de abrir la puerta me hice acompañar de Eva y Julián con la artillería preparada. La pesada hoja de madera, al abrirse, nos mostró a Pablo parcialmente devorado en mitad de la habitación y a Marcial sentado contra una pared masticando con desgana un trozo de lo que parecía intestino. Al vernos intentó levantarse, y lo habría conseguido si el tremendo estómago que asomaba a través de su camisa abierta se lo hubiera permitido. Había comido tanta carne que era incapaz de moverse. Aún así alargó su mano mutilada y lanzó un bufido hacia nosotros.

No fue como matar a un desconocido mutado en monstruo caníbal, Marcial nos costó más, mucho más. Ninguno se decidía a hacerlo. Al final fue Julián el que se acercó y le voló la tapa de los sesos ahorrándonos el trago a los demás.

Aquellas muertes afectaron mucho a toda la comunidad, Pablo y Marcial eran personas muy queridas por todos, pero además quedamos tremendamente preocupados. Fuimos conscientes de que aún no estábamos totalmente libres del *Fubarbundy*, al menos no para el que pudiera transmitirnos un infectado al mordernos. Tendríamos que ir con mucho más cuidado a partir de ahora. Supimos que si nos hería uno de aquellos engendros disponíamos de una semana para dejar todos los papeles del entierro arreglados, todo un consuelo.

Después de enterrarlos cerca del embalse y de que Justo pronunciara unas palabras de despedida muy emotivas, volvimos a la rutina. Propuse formar sin dilación un grupo de dirección entre los voluntarios que se presentaran y hacerlo rápido, había cosas que no podían esperar. Convencí a Eva, a Julián y a Antonio, y yo mismo también lo hice. Nadie más se presentó y entre los cuatro comenzamos una etapa de gestión con ausencia de políticos.

Como no había riqueza material que repartir, ni contratos millonarios que firmar con constructoras, ni tratados internacionales de no intervención con dictaduras económicamente fuertes, nos fue de maravilla. Antonio se encargó de preparar la tierra para trasplantar los semilleros, que ya levantaban más de un palmo, y de construir una cerca para el posible ganado. Julián continuó haciendo lo que hacía con Anabel, bueno, y además se ocupó de que nunca faltara de nada en cuanto a comida y productos de primera necesidad; también sería el responsable de habilitar una zona en la antigua capilla (que se encontraba sin techo y en ruinas) como gallinero. Eva y yo nos encargamos de acondicionar el BMR, quitando los asientos traseros y preparando una rampa resistente con objeto de transportar una vaca u ovejas o lo que demonios encontráramos en aquella granja de Moralarzal.

Salimos al amanecer. Eva llevó el blindado acompañada del veterinario y yo viajé en el BMW con Lucas, el bombero, me pareció que era el que los tenía mejor puestos, bueno, después de Luna, que se presentó voluntaria, Eva quiso llevarla pero yo fui inflexible. Julián era muy necesario en el castillo y, a pesar de que se quedó refunfuñando, en el fondo comprendió que si algo nos pasaba era la persona idónea para asumir la responsabilidad de la supervivencia de la comunidad. Era el momento de pensar en los pocos humanos que quedábamos. Lo echaría de menos a mi lado. Ahora, superadas todas las diferencias, descubrí el tipo divertido y carismático que todos veían. Además, le iba tan bien con Anabel que incluso se alegró cuando se enteró de mi relación con Eva. Con veinticinco años si algo se tiene es capacidad de recuperación.

El viaje hasta la granja lo hicimos sin problemas. Empezaron cuando entramos en las cuadras y revisamos los corrales. Aquello era un desastre absoluto.

La finca era una explotación ganadera, según nos contó Miguel, dedicada al ordeño de vacas y de ovejas. También poseía gallinas ponedoras y pollos para consumo. No vimos a nadie, a nadie vivo quiero decir, porque el primero que salió a recibirnos nada más traspasar la cerca fue un infectado que sucumbió bajo las ruedas del BMR. En la casa tuvimos que dar matarile a la mujer del dueño, una infectada de más de cien kilos, y a un hombre joven, posiblemente su hijo. Lucas iba armado con una escopeta de cañones superpuestos cargada con cartuchos de *posta lobera* y no me defraudó. Fue él quien le reventó media cabeza a la señora de la casa, apuntando sin temblar y esperando a que estuviera a menos de dos metros, al joven lo eliminó Eva de un tiro certero entre los ojos a través de una ventana.

Limpia la finca de infectados nos pusimos manos a la obra para registrarla a

fondo, y ahí fue cuando nos encontramos la «tostada».

La zona de las vacas, donde las ordeñan esas horribles máquinas, era una montaña putrefacta de carne, piel y huesos, en la que hervían millones de gusanos. El olor era nauseabundo y asfixiante. Salimos de inmediato. La nave de las ovejas tres cuartos de lo mismo, los pobres animales, sin posibilidad de salir, morirían de hambre y de sed. Se nos calló el alma a los pies cuando en los corrales de pollos y gallinas solo vimos plumas en el suelo. A éstos, dedujimos al encontrar la puerta abierta, se los debió comer el dueño sin duda. Registramos la casa para no irnos de vacío y conseguimos dos escopetas, munición en abundancia y botes de conservas caseras de todo tipo. Cargamos en el maletero y la baca improvisada del 4x4 sacos de pienso y balas de forraje hasta no haber más.

Miguel hacía memoria para recordar otra finca cercana donde tuvieran animales de granja pero solo le venían a la cabeza un par de cuadras de caballos y una explotación de cerdos. Aunque nos hubieran valido para carne, de encontrar alguno vivo, no era ese el objetivo. Para abastecernos de proteínas Eva tenía una idea mejor.

Empezábamos a perder la esperanza de encontrar animales vivos cuando Lucas vio las manchas blancas y negras de una vaca. Estaba bastante lejos, entre unos arbustos, cerca de un riachuelo. Cómo había escapado era un misterio, decidimos no cuestionar nuestra suerte y corrimos locos de contentos. Y más contentos aún nos pusimos cuando descubrimos junto a ella cinco gallinas y dos pollos prófugos de la masacre. La vaca estaba gorda y lustrosa, con las tetas a reventar de leche después de tanto tiempo sin ordeñar, y las aves campaban a sus anchas picoteando aquí y allá llenando el buche. La vaca vino con nosotros como si fuera de la familia pero las gallinas y los pollos costaron un poco más atraparlos, y nos echamos unas buenas risas en el proceso. Al final de la mañana teníamos los animales cargados en los vehículos y una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Dejé a Lucas y Miguel en el 4x4 y yo volví con Eva en el blindado. Por extraño que parezca era la primera vez que subía en él. Me pareció incómodo y tremendamente ruidoso en comparación con mi coche de lujo, claro, aunque la sensación de poder que se experimentaba dentro era inigualable. El viaje de vuelta fue igual de tranquilo que el de ida. Eva y yo reímos con bobadas y tonteamos todo el viaje, estábamos en lo mejor de la relación y yo en lo mejor de mi vida. En un momento dado me fijé en la consola del vehículo.

—¿Esto es la radio? —pregunté señalando un aparato que tenía toda la pinta de serlo.

—Sí.

—¿La has probado?

—Claro, qué piensas, fue lo primero que hice cuando nos lo llevamos. Comprobé todos los canales y nada —contestó dándome un manotazo para que dejara de tocar los diales.

—Quizá tendríamos que intentarlo todos los días, a distintas horas, no sé. ¿Tú qué

opinas? —pregunté sincero.

—No tenemos nada que perder —contestó cogiéndome la cara con la mano y plantándome un beso en los labios.

—La desmontaré y la llevaré al castillo. Encargaré a Luna que se ocupe de hacer un barrido de emisoras dos veces al día, le encantará sentirse útil, además no conozco a nadie más competente que ella como interlocutora en el caso de contactar con alguien.

—Te encanta esa niña, ¿verdad?

—Claro, a quién no, es increíble —contesté recordando que buena parte de mi felicidad se la debía a ella—. Me ha dicho que te echa de menos ahora que no comparte habitación contigo.

—Yo también la extraño.

—Carmen y su hijo son buena gente, seguro que está bien con ellos —dije y dejé de tocar los diales.

—Estoy contenta —dijo Eva, y sin esperar a que le preguntara la razón me la aclaró—. Quizá en el hospital nos cruzáramos con el último hijo de la gran puta que sobrevivió a esta pandemia.

Me hubiera gustado creer que fuera así de verdad pero lo dudaba mucho.

La vaca mugió y nos reímos hasta dolernos la tripa.

Pasado el mediodía llegamos al castillo. Abrimos la verja e introducimos los vehículos en el perímetro exterior. Antonio y una cuadrilla de cinco o seis personas más trabajaban en la tierra y nos siguieron hasta que aparcamos cerca de la rampa escalonada de subida al castillo. Vi a Justo sobre la barbacana y le faltó tiempo para bajar y abrir la puerta. Con él venían Luna, Julián, Anabel y algunos más. Esperaban con expectación para saber si nuestra misión había sido un éxito. Luna corrió y se abrazó a Eva nada más bajar del blindado.

—Ven, tengo una sorpresa para ti —le dijo, cogió a Luna de su diminuta mano y la llevó a la parte trasera del BMR.

—¡Ohhh, es preciosa! —exclamó al ver bajar la imponente y bonachona vaca por la rampa improvisada de madera—. ¿Podré cuidar de ella? —preguntó dando pequeños saltitos.

—Claro —respondió Eva sin parar de abrazarla.

Nos sentimos protagonistas de una hazaña sin igual. Entre vítores y aplausos descargamos las gallinas y los pollos y el resto de las cosas que conseguimos en la granja y disfrutamos de un momento que la humanidad había perdido ya: el regreso del cazador a su tribu y la satisfacción que sentía este cuando llegaba cargado de alimentos. La era moderna cambió la caza por el salario, trasferido directamente a tu cuenta bancaria una vez al mes que, evidentemente, no era lo mismo.

Después de cenar subí con Eva al adarve y paseamos recorriendo el perímetro de la barbacana. Los días empezaban a ser más largos en febrero y aunque la temperatura aún era fría ya no helaba por las noches. Nos detuvimos para contemplar

los campos sembrados. Parecía imposible, pero ahí estaban, en tres meses tendríamos tomates, lechugas, patatas, cebollas y forraje para la vaca. Los manzanos tardarían un poco más, en concreto cuatro o cinco años. Plantamos cuatro, respetando el capricho de Pablo, aunque nadie pensó que probara jamás una de sus manzanas.

Era divertido escuchar durante las comidas la ilusión que teníamos por hacer un guiso de patatas, o una tortilla española, o poder comer una buena ensalada de lechuga y tomate. Aún quedaba tiempo para eso, pero la pequeña comunidad del Castillo de los Mendoza se sentía un poco más feliz y esperanzada ahora.

—Toma —saqué una pequeña flor amarilla algo marchita del bolsillo de mi chaqueta.

—Umm, ¿es para mí? —susurró Eva juguetona, la cogió y la olió.

—La primera flor de la primavera. Nació entre las patatas.

—Vaya —dijo e hizo un mohín de Oscar.

Mirábamos, apoyados en las almenas, la luz del sol rielar en la superficie del embalse, la suave brisa, el pasar de aves volando en formación y el silencio exquisito de la naturaleza. Me abandonaba a la contemplación de la belleza sencilla cuando tuve un pálpito.

—No debemos bajar la guardia.

—¿A qué te refieres? —me preguntó Eva volviéndose para mirar mi perfil.

—Es importante no olvidar nunca por qué estamos aquí y qué es lo que nos rodea. El peligro sigue ahí fuera, seguro, aunque no sepamos dónde está ahora.

—Te entiendo. Con el tiempo temes que nos volvamos descuidados, bajemos al pueblo o al embalse a bañarnos, sin armas, o dejemos abiertas las puertas.

—Algo así —resolví mirando su rostro a la luz caliente del crepúsculo.

Eva me acarició la cara y yo la tomé por la cintura y la besé.

—Tarde o temprano querremos salir de aquí. Estos muros de granito se nos quedarán pequeños. Está en la naturaleza humana no conformarse con lo que tiene, ni con lo que sabe. Siempre quiere más. Pero de momento mi futuro inmediato está puesto en esas pequeñas plantas y en tus labios. No tengo otros planes para los próximos meses al menos. ¿Y tú?

—Tampoco —musitó acurrucada a mi lado.

Permanecimos en el adarve hasta que la luz naranja se tornó violeta y más tarde gris, y la oscuridad ocultó el paisaje; entonces descendimos las escaleras de madera igual que un par de novios adolescentes.

—Mañana me gustaría que me acompañaras a La Pedriza, a escalar un poco y cazar una cabra montés para celebrar una pequeña fiesta con todos —dijo de pronto Eva.

—Excelente idea, pero tengo vértigo.

—Mentiroso.

—No tengo ni idea de escalar.

—Te enseñaré.

—Bueno, pero llevaré la Bastarda.

—Ya lo sé.

27. QUERIDO DIARIO

Hoy me siento muy feliz.

Prometí no volver a escribir nada en mi diario hasta que no tuviera algo bueno o divertido que contar. Que conste que he esperado hasta estar segura, no fuese que después solo hubiera sido un espejismo y de vuelta a las andadas. Hoy puedo decir que soy feliz.

Vivo en un castillo y eso ya de por sí es algo alucinante, pero lo más importante es que tengo una nueva familia. No es la típica de madre, padre, abuelos y hermanos, no, está formada por un montón de gente que, como yo, se quedaron solos después de la infección de ese virus.

Todos son muy buenos conmigo.

Más tarde relataré toda mi vida aquí y cómo conocí a Eva, Julián y Carlos. Ahora nada más quería escribir cuatro palabras para desahogar mi entusiasmo.

Hoy Carlos y Eva han traído una vaca y unas gallinas. Me voy a encargar de cuidar los animales, sobre todo de la vaca a la que he puesto de nombre Rosita, estoy loca de contenta. Eva es muy guapa, muy buena y muy valiente. De mayor me gustaría ser como ella aunque creo que mi genética no va a estar de acuerdo. Ahora a ella también la noto feliz, y a Carlos, por supuesto. Andaba loco detrás de Eva y no se decidía. Tuve que echarle una mano. Mamá siempre decía que los niños no debían meterse en las cosas de los adultos, pero creo que se equivocaba. De no ser por mí aún seguirían como el gato y el ratón. Tuve que decirle una mentirijilla a Carlos, le confesé que él era mi segunda opción para Eva, después de Julián, que es guapísimo. Creí que así sería todo más creíble, y parece que funcionó. Comparto habitación con Carmen y su hijo Marcos de trece años. Carmen es muy buena, es maestra y estoy aprendiendo muchas cosas con ella. Marcos es guapo y alto, pero de momento no me interesa. Es un poco tonto, espero que cuando crezca se parezca a Julián o a Carlos, si no seguiré esperando. Además es un pesado, solo quiere tocarme y que le enseñe los pechos cuando Carmen no está; era su obsesión hasta ayer, que lo he solucionado. Puse la pistola en su entrepierna y le dije que la próxima vez que me molestara terminaría meando sentado. Estoy segura de que es así como habría actuado Eva.

También he perdonado a papá por dejarme sola. Tenía razón Carlos, de no ser por él ahora no estaría aquí. Echo de menos a mis papás pero estoy segura de que si me están viendo se sentirán muy felices.

Luego sigo escribiendo que ahora me llaman. Hoy comeremos carne asada en la capilla, han puesto mesas y sillas y haremos una pequeña fiesta. ¡Es genial!

28. LA VACUNA

En algún lugar de las Rocosas (EE.UU.)

La inmensa puerta metálica se abrió produciendo un chirrido que resonó en las montañas y despertó las almas dormidas de los animales nocturnos del desierto. Diez soldados acompañados de un sargento salieron ataviados con trajes NBQ, era el cambio de guardia. Hacía tanto frío que cada dos horas se relevaba a los hombres. No había nada que vigilar, sin embargo las rutinas de seguridad se continuaban manteniendo. El sargento distribuyó a los hombres entre los distintos puestos y recogió a los salientes.

—¿Alguna novedad? —preguntaba en cada puesto que relevaba.

—Sin novedad, señor —respondían los soldados cuadrándose.

Durante los últimos seis meses había sido la respuesta que siempre se daba, «sin novedad».

Terminó su cambio de guardia dejando a dos soldados en el lugar más alto, sobre una pequeña colina. Era el puesto más importante, desde allí se tenía una visión de 360° en varios kilómetros a la redonda.

—Abran bien los ojos —les recomendó.

En compañía de los soldados volvió por donde había venido y desapareció tras la puerta metálica de quince metros de altura. Desde sus puestos los diez soldados de guardia oyeron cerrarse la puerta, ahora estaban solos.

El sargento montó a la guardia saliente en un camión y recorrió un inmenso túnel escavado en la roca viva. Iluminados con lámparas de sodio circularon trescientos metros hasta llegar a una inmensa explanada, una cámara central de más de treinta metros de altura donde se encontraban estacionados vehículos Hammer, tanques, camiones, helicópteros, aviones Predator y cajas y cajas de material militar. Una potencia de fuego tremenda, suficiente para poder acabar con la mayoría de pequeños países del mundo.

Fue una suerte para los cerca de cinco mil quinientos soldados destinados en el cuartel secreto de las Rocosas, llevar más de un mes sin salir cuando se propagó el virus. Ahora, después de seis meses, la moral estaba baja y el ambiente era de desesperación absoluta. La tensión se mascaba y las frágiles mentes de los jóvenes soldados estaban al límite. Una llamada en el despacho del coronel O'Brien lo cambiaría todo.

El teniente Crew contestó. Sin perder un segundo salió corriendo y fue a buscar al coronel que se encontraba comiendo en el pabellón de oficiales, en la zona más profunda de la montaña. Lo encontró terminándose una ración recalentada de carne de buey enlatada acompañada de patatas cocidas.

—Señor, disculpe que le moleste, llaman desde «El Nido», tengo al Dr. Widman en la radio, dice que es muy urgente.

«El Nido» era el nombre en clave de los laboratorios ultrasecretos de Nivel 5 situados en el desierto de Mojave, cerca de Las Vegas. Destinados a la guerra bacteriológica, de ellos salió la muerte andante, hacía ahora seis meses: el *Fubarbundy*.

El coronel O'Brien alzó la cabeza del plato y contempló al teniente absolutamente marcial, mirando al infinito. Soltó el tenedor en el plato y se limpió apresuradamente la boca con una servilleta de papel.

—Vamos —ordenó, y se levantó haciendo sonar la silla metálica contra el suelo de cemento. El resto de los oficiales se levantaron también, esperaron a que saliera de la sala y después continuaron comiendo.

El coronel O'Brien era un hombre bajito, de unos sesenta años, pelo gris cortado a cepillo y poca carne sobre los huesos. Tenía los ojos saltones y una cara redondeada que, junto a su pequeño tamaño y sus piernas arqueadas, le granjearon el apodo de «batriacio». Él no lo sabía, pero así es como le llamaban los soldados y algunos suboficiales. Eso no significaba que sus hombres no le respetaran como oficial al mando; razonable, justo y valiente, su autoridad era incuestionable. Nervudo y sanguíneo, era un hombre de una vitalidad extraordinaria. Militar de la vieja escuela, fue destinado a ese acuartelamiento después de recibir una herida en combate durante la guerra de Irak, por la que perdió el bazo y un riñón. Pudo retirarse entonces pero según dijo aún sentía que podía hacer cosas por su país. Y vaya si tenía razón.

—El coronel O'Brien al habla —dijo cogiendo el micrófono antes incluso de sentarse en el sillón tras la mesa de su despacho.

Después de una leve interferencia estática, la voz al otro lado sonó clara y nerviosa.

—Soy el Dr. Widman, hablamos hace dos meses.

—Lo sé, ¿qué tiene que decirme? —el coronel no era hombre que se anduviera por las ramas, ni amigo de protocolos innecesarios.

—La tenemos.

—Gracias a Dios —suspiró el coronel y miró al teniente que lo había seguido hasta su despacho—. ¿Y es segura?

—Eficaz al cien por cien. El mayor trabajo lo dejó hecho el Dr. Freeman, como le comenté cuando descubrimos sus notas encriptadas en la base de datos del laboratorio, solo hemos tenido que perfeccionarla lo suficiente para hacerla totalmente efectiva.

—¿Para cuándo podremos disponer de seis mil vacunas?

—Trabajando al cien por cien en tres días.

—Pues trabajen al ciento cincuenta por ciento. En dos días mandaré los helicópteros a recogerlas. Buen trabajo, doctor —concluyó el coronel y se arrellanó en el sillón.

Tardó en hablar. Con las manos en la mesa, como paralizado, dejó a su mente consumir toda la energía. De pronto se tensó y miró al teniente, que permanecía de pie frente a él.

—Teniente, convoque una reunión urgente. En cinco minutos quiero a todos los oficiales en la sala de Crisis —el coronel detectó en la mirada de su fiel teniente una necesidad de saber que no fue capaz de negarle—. Sí, mi querido Crew, ha llegado el momento de poner en marcha el *Protocolo Renovatio*.

NOTA A LOS LECTORES

Primero de todo agradeceros que hayáis elegido este libro de entre todas las opciones. Espero que os haya gustado y sobre todo entretenido, que es en definitiva el primer valor de un libro. Seguidamente querría haceros una petición. No sabéis lo importantes que son para los autores vuestras valoraciones mediante estrellas y comentarios en Amazon, por eso os pido que perdáis unos minutos en hacerlo. Opiniones tanto favorables como desfavorables nos ayudan a mejorar.

También querría informaros de que está en preparación el segundo libro de esta saga y se titulará «*Fubarbundy: La gesta del muerto*». En él podréis comprobar cómo la relativa calma en la que quedaron sus protagonistas se verá alterada por acontecimientos imprevistos, y hasta qué punto el menor de sus problemas serán los infectados. Por otra parte asistiréis a la puesta en marcha del Protocolo Renovatio por parte de los supervivientes americanos, una serie de medidas desesperadas para salvaguardar la supervivencia de la especie y que comienzan por encontrar un lugar seguro donde volver a empezar. Pienso que si os gustó la primera parte esta segunda no os podrá defraudar, imposible, en ello he puesto todo mi empeño.